BIBLIOTECA DE "EL IMPARCIAL"

Tamph
LF
S

R. H. SAVAGE

MI ESPOSA OFICIAL

3 1761 09704647 8

NOVELA RUSA

TRADUCIDA DEL INGLES

LIBRARY
MAR 19 1937
UNIVERSITY OF TEXAS

From the library of
J. H. Cornyn,
Mexico City, Mexico

MEXICO, D. F

LINOTIPOGRAFIA DE "EL IMPARCIAL," 1a. DE SAN FELIPE NERI NUM. 13a

1911

Presented to the
University of Toronto
by J. H. Cornyn

Date March 6, 1937.

LIBRO PRIMERO

EL CASAMIENTO OFICIAL

CAPITULO I

LA NOVIA

Todos tiritábamos con el crudo aire de invierno, mientras giraban las ruedas del ferrocarril por las llanuras de la Prusia oriental.

Nuestro rápido tren expreso se aproximaba á Konigsberg. Las granjas y las aldeas, los bosques y las lagunas, los pantanos y el río, todo volaba al través de las ventanas en vertiginosa carrera.

Los pasajeros poliglotas, envueltos en mantos abrigados, arrellanados en los cómodos compartimientos, dormitaban, fumaban ó charlaban con toda libertad, según el ánimo de cada cual.

Yo había visto poco á mis compañeros de viaje, pues las divisiones que atraviesan los cochecitos de tren en Alemania, impiden aquellos paseos de exploración con que amenizamos nuestros viajes en Norteamérica.

Se ha elegido la intempestiva hora de media noche para la salida del Schnellzug de Berlín con destino á San Petersburgo, un hecho que me dió á comprender el altanero desprecio de la burocracia ferrocarilera alemana por todo lo que atañe á la comodidad del público.

Yo me había apresurado á ir á la estación media hora antes de la indicada, de modo que me sobró tiempo para telegrafiar á mis amigos en Rusia, y conseguirme un boleto entero vía Eidtkuknen hasta el nuevo París á orillas del Neva. A un veterano curtido como yo, no le arredraba la perspectiva de pasar la noche en un mullido coche de primera.

Los preparativos que había hecho para invadir á la Rusia, los constituían un buen manto de viaje, un paquete de atrocidades nicotianas de las menos nocivas, algunos libros Fauchnitz, y unas cuantas novelas francesas, como salsa picante para todo lo demás. En el bolsilo de mi abrigado "ulster" de frisa irlandesa, se encontraba cierto misterioso frasco bien repleto y oculto de las miradas del público.

Era á mediados de Octubre, y á la pálida luz de la luna, los campos, áridos y tristes, adquirían un aspecto helado, famélico y gastado.

Los compañeros de viaje que más próximos se me hallaban, eran dos oficiales rusos, hermosos, bizarros, de manos blancas y guarnecidas de alhajas, que regresaban á la madre patria después de una visita á aquella París seductora, que tantos halagos encierra para el ruso que está de vacación.

Haciendo mi semi-vivac sobre el ancho y mullido asiento que me correspondía en el compartimiento, bien pronto me dormí profundamente, dejando á mis vecinos entregados á la indolente fabricación de cigarrillos, charlando sobre las bellas que se habían visto obligados á abandonar, y comentando la política rusa con toda la franca libertad de que se vale el ruso en el extranjero, puesto que en su país esto le es imposible, á causa del yugo de hierro que le impone el "Czar blanco."

Al amanecer, se nos aparecieron los gruesos muros de Konigsberg, donde tiene lugar la ceremonia de coronación de los reyes de Prusia. Internándonos en el dédalo de zanjas y fosos que constituyen las bien defendidas obras avanzadas de aquella ciudad, la última de los importantes centros de la Prusia cerca de la frontera moscovita, nos encontramos al fin en medio de ella.

Después que almorzaron mis compañeros militares, fueron en busca del baccarat y del sagrado fuego perpetuo del cigarrillo de papel. Por su conversación, supe que uno de ellos era el capitán Gregorio Shevitch, y el otro el teniente Alejo Michaelovich, ambos de la "créme de la créme" de la Guardia Imperial rusa.

Discutían sobre los asuntos del día en el francés irreprochable que caracteriza á los rusos, mientras las alternativas de la batalla de azar que sostenían, decidía de la posesión del dinero que París les había dejado conservar.

Yo, por mi parte, fingía leer un libro, fumando un buen cigarro á la vez; pero la conversación de los dos oficiales tenía mucho interés para un exmilitar norteamericano como yo, que visitaba por vez primera la romanesca Rusia, y paré la oreja, mientras aparentaba hojear las páginas de una novela que me fastidiaba.

Mis compañeros comentaban el reciente nombramiento de un formidable ogro de gran malignidad oficial, para jefe de la policía secreta rusa.

Parecía que este caballero, aunque no descendía de familia eslava sino de una germánica, gozaba de un poder inaudito aun en aquella tierra del despotismo. Desde un oculto nicho en San Petersburgo, este Maquiavelo hacía sentir el peso de su invisible mano en todas partes del mundo. Su alto rango, su amplia autoridad é importantes funciones, le daban libre acceso hasta el Czar, y era á nombre del soberano que fulminaba á sus adversarios.

—He sabido que los nihilistas están desplegando muchísima actividad, dijo Alejo, y que tratan de recomenzar las comunicaciones telegráficas y por correo que Loris Melikoff había interrumpido.

—Es verdad, contestó Gregorio, contemplando sus cartas con aquel instinto avariento tan común en la raza eslava.

—Los pobres diablos no pueden cruzar nuestra frontera sin temer, muy fundadamente, á la Siberia ó algo peor. El nuevo jefe político tiene la sagacidad de Bismarck y la habilidad truhanesca de un Vidocq.

Gregorio armó un cigarrillo con aire meditabundo, mientras murmuraba:

—Y se ven ahora en la obligación de hacer algún esfuerzo desesperado para volver á Rusia. Les es indispensable el establecer algún medio de comunicación. Si no consiguen dar con un nuevo sistema de señales y otro código, tendrán que abandonar para siempre sus conspiraciones. Pero tienen amplios recursos pecuniarios, y algunos de los agentes de que se sirven, son habilísimos.

—¡Cómo no! repuso el otro oficial, mientras daba las cartas. Mi tío, el embajador, me ha dicho que muchos miembros del cuerpo telegráfico son nihilistas, y prestan servicios incalculables á sus correligionarios políticos.

—Por hábiles que sean, observó Gregorio, el nuevo jefe político lo es más que ellos, y no dejará de cazarlos á todos dentro de poco.

—Sí, repuso Alejo, si no le asesinan primero. Y, lanzando una imprecación, entregó á su camarada afortunado, un rollo de billetes de banco, pues la mala suerte le había perseguido durante el juego.

Gregorio soltó una carcajada y se puso á contar y luego á embolsar los rublos de su amigo.

—Los nihilistas no serán más favorecidos por la suerte que tú, amigo. ¿Te acuerdas de aquel saloncito tan mono que tiene la princesa Frombetskoy en París?

Alejo se sonrió, acariciando amorosamente su rubio bigote en memoria de pasadas conquistas, y no pude menos de preguntarme cuántos besos furtivos arderían todavía en los labios del joven y bizarro militar.

—Pues bien, continuó el capitán, si supieras cuántos rollos de billetes azules del Banco de Francia han pasado á poder de aquellas blancas manos, tan adornadas de sortijas, entregados los tales dineros por la alta Dirección. Es la princesa la que da transcripciones de los planes perfeccionados de los conspiradores, y se me dice que acaba de suministrar informes que darán por resultado la captura de.....

Aquí el oficial me miró con aire desconfiado, bajó la voz y pronunció en el oído de su compañero algunas palabras que no me fué posible oir.

—¡Por San Vladimir! exclamó Alejo: aquélla de quien toda la policía ha tratado inútilmente de apoderarse desde la muerte de nuestro querido Czar. ¡Qué ganga para el verdugo si la llegan á cazar!..... Dicen que es una mujer divina.

Brilló una ardorosa mirada en los ojos tártaros del capitán Gregorio.

—En ese caso, dijo, no me desagradaría hacer en persona las veces de "maitre des épaules."

Dicho esto, los dos militares empezaron á hacer sus preparativos, puesto que nos íbamos aproximando á la última ciudad fronteriza.

—¡Bárbaros! dije yo para mis adentros; ¡cuán contento estaré de verme libre de vuestra detestable compañía y vuestra conversación, que sólo tiene por tema la intriga

y el terror! Y me volví á entregar á la lectura con toda serenidad, pues por mi parte, no había peligro alguno que me amenazara en la Rusia.

Llevaba conmigo los mejores pasaportes, "visés" en toda regla en la embajada rusa en París, y era portador también de cartas en las que se me recomendaba de la más cariñosa á manera á mi pariente por casamiento, Constantino Weletsky, uno de los consejeros del Czar, que fué una vez paje de la finada emperatriz, y que ahora gozaba de mucha consideración de parte de la familia imperial.

Además, tenía varias otras cartas de presentación que me abrirían paso al círculo encantado del gran mundo de San Petersburgo, porque una hija mía se había casado con Basilio, el único hermano de Welestky, un valiente oficial que había llevado su batallón hasta el cráter de de Grivitska, en Plewna, y luego había muerto lejos en el Oriente, dejando viuda á su joven esposa, y huérfano á su hijito.

Mi hija se había encontrado con Basilio mientras viajaba en el Japón, y allí mismo se habían casado.

Era con el fin de proteger sus intereses y volverla á ver, que yo visitaba la Rusia por primera vez.

Mi esposa se había quedado en París. Le arredraban los rigores de un invierno semiártico. Esperaba noticias mías antes de resolverse á visitar á nuestra hija, que había pasado solamente unas cuantas semanas con nosotros en Norteamérica, y luego, á la muerte de su esposo, había tenido que ausentarse para vivir en un nuevo ambiente y entre una parentela cariñosa, pero desconocida.

El sonido de unos campanazos y unos silbidos estridentes, nos indicaron que habíamos llegado á Eydtkuknen, frontera de la Santa Rusia. Aquí, la vía se ensanchaba hasta una trocha de seis pies, por tal de impedir alguna repentina invasión, lo que ocasiona una demora inevitable, por causa del cambio de la trocha usual en la frontera rusa.

Dos horas y media ha sido el espacio del tiempo designado para la inspección del equipaje y de los pasaportes.

Es esta ciudad la línea divisoria entre los territorios de su Augusta Majestad alemana y los de su amantísimo hermano imperial ruso.

Una cantidad de postes pintados con los colores rusos de un lado y prusianos del otro, recuerdan al transeunte el silencio, la discreción y la prudencia política; y la importancia de esta advertencia se realza con la presencia de muchos soldados armados, que se pasean en dos filas paralelas, á unos cuantos metros de distancia unos de otros. Revestidos de los uniformes muy diversos de los ejércitos de los dos augustos personajes que acabo de nombrar, los feroces guerreros se contemplan con mirada recelosa y llena de odio desde sus respectivos sitios, y marchan y se cuadran con tal tiesura, que parecen moverse de una pieza, tal como lo hacen los soldaditos de madera.

Se presentó ante mi vista una magnífica estación internacional, que contenía una aduana y un restaurant superior, del lado de la frontera rusa, y en esto último se fijaron codiciosos mis ávidos ojos,

pues tenía hambre canina, y anhelaba satisfacer los gustos pedidos de mi estómago.

Pero ¡ay de mí! la línea que separaba á ambos imperios uno de otro, se hallaba marcada por una fuerte reja de fierro, y comprendí que de mi pasaporte dependían á la vez la comida y la entrada en el país del Czar, pues había guardas apostados á las puertas, con el revólver y la espada al cinto, prontos y dispuestos para fulminar al audaz que tratara de pasar sin haber llenado las formalidades del caso.

Éramos seis los famélicos viajeros que nos hallábamos en una antecámara, con orden de preparar nuestros pasaportes y nuestros equipajes para ser inspeccionados.

Rodeados de la autoridad más formal y la más rígida disciplina, la demora fué tan fastidiosa, que era imposible olvidarme del "Departamento del Interior," que con tanta exigencia pedía alimento, sin poder yo atender á sus pedidos.

Mientras esperaba me llegara el turno para atravesar aquel golfo que me separaba de los codiciados comestibles, saqué mis llaves y papeles, mientras me entretenía en echar un vistazo sobre aquel grupo heterogéneo de viajeros.

En aquel estrecho recinto se codeaban condesas cubiertas de pieles y de terciopelos, criadas francesas vivarachas é impertinentes, burgueses opulentos, dandys insuperables, judíos, polacos sucios y desaliñados, con largos rizos grasientos y gabardinas raídas, cambistas, paisanos, turistas; toda esta muchedumbre abigarrada constituía una extraña mescolanza humana.

Por todos lados se veían oficiales altaneros, que iban y venían, dirigiendo miradas asesinas á las pasajeras más lindas, y haciendo sonar sus largas espadas.

Al presentarme para el examen oficial, mostré mi pasaporte, que ostentaba el águila norteamericana. Un coronel barbudo, cubierto de condecoraciones y medallas, lo tomó, y exclamó con tono amistoso: "Americanisky, ¡muy bien!"

Al oír sus palabras, no sentí pesar por los cinco pesos que había invertido en el susodicho papelito salido del Departamento de Estado. Un empleado había agregado allí el nombre de mi esposa al mío en el pasaporte, por si acaso ella deseara viajar conmigo, pues yo había obtenido uno para ella sola, que se había guardado en París para cualquier evento.

Ya que hube cumplido con las formalidades referentes al pasaporte, se me indicó dónde se hallaba el inspector de equipajes, y me retiré; pero no todos habían sido tan felices como yo.

Muchos eran los que habían visto rechazados sus pasaportes por contener irregularidades, y éstos se reunían para celebrar una especie de "meeting" de indignación.

Me sentía feliz mientras volvía á doblar el precioso documento que contenía el "ábrete, sésamo" al restaurant ruso, pues ya podría satisfacer las exigencias de mi apetito.

De repente, percibí una linda mujer en mi proximidad, y una voz por demás simpática y bien

modulada, me dijo en el inglés más puro:

—Dispensadme, señor, si os molesto: ¿me permitiríais una palabra?

La dama que acababa de hablarme se presentaba á mis ojos muy joven y muy hermosa, y, como todo el mundo sabe, nosotros los viejos guerreros somos muy susceptibles á los encantos femeninos. Además, su traje y su modo de ser, demostraban la gran dama.

Al mirarla, comprendí que era tan inocente é inexperta, que no podía menos de infundir compasión en un hombre de mundo como yo.

Sus rasgados ojos negros estaban ansiosos, sus labios de coral le temblaban nerviosamente, y esto unido á sus hermosos cabellos castaños, muy ondeados, que encuadraban un rostro bellísimo y delicado, aunque algo altivo, formaban un conjunto encantador.

Sus modales eran los de una niña muy joven; pero su figura, harto desarrollada para eso, y las líneas de su torneado cuerpo se destacaban á la perfección de un traje marrón obscuro, que acusaba en su corte la mano de Redfern, y en sus guarniciones de cebelina el frío clima de la Rusia.

Dentro de un manchón había dos manitas preciosas, y ¡qué ojos los que me contemplaban bajo el coquetón casquito, y qué pies los que aparecían de vez en cuando, calzados con una alta botita polaca!

Me descubrí ante aquella elegante desconocida, sonriéndole respetuosamente, y contesté:

—Indudablemente, señora.

Una bella compatriota mía, pensé; pero el "schuba" de seda que llevaba en sus hombros, demostraba más bien en su forro, de piel de zorro azul, el desmedido lujo ruso.

—Dadme vuestro brazo, os lo ruego, y nos pasearemos mientras conversamos, porque se nos observa, continuó la hermosa viajera con cierta inflexión temblorosa en su linda voz.

Ojalá no se le ocurra prolongar la conversación, pensé yo para mis adentros, porque acababa de oir la agradable música de los tenedores y cuchillos al través de la frontera rusa, y veía los mozos que, vestidos de etiqueta, volaban de un lado para otro, pues ya algunos de los viajeros habían pasado al lado de los centinelas y franqueaban los dinteles de aquel paraíso de los gastrónomos.

—Soy norteamericana, caballero, comenzó mi interlocutora, y me dirijo á la Rusia con el fin de reunirme con mi esposo, que ya se halla en aquel país. El llevaba el pasaporte para nosotros dos, pero ha tenido que adelantarse; y ahora yo me hallo sin los documentos, y no sé qué hacer.

Mientras así hablaba la bella desconocida, se oprimía suavemente contra mi brazo, y la voz se bajaba hasta llegar á ser un murmullo tal como el suave sonido de un umbroso riacho en la primavera.

—Siento en el alma vuestro percance, murmuré; pero, de veras, ignoro cómo seros útil. No conozco aquí á nadie absolutamente. No soy más que un viajero norteamericano, y carezco de espectabilidad oficial. Soy un militar retirado que me dirijo á San Petersburgo para encontrarme con unos amigos.

Estas observaciones las hice con

toda ingenuidad, pues habiendo dejado atrás mis "beaux jours," estaba muy impuesto de lo delicados que á veces eran algunos asuntitos tales como éste.

—Pero, caballero, noto que vais solo, á pesar de haber observado en vuestro pasaporte, al cual eché un vistazo mientras lo exhibíais al oficial que se hallaba allí, el nombre de vuestra señora.

—Seguramente, exclamé con impaciencia, puesto que el alegre sonido de los cuchillos y los tenedores me daban á entender que el refrigerio de que tanto necesitaba, desaparecía rápidamente al través de la frontera en la Rusia.

La dama se levantó en la punta de sus lindos piececitos y colocó ambas manos en mi brazo; luego, contemplándome, murmuró dulcemente, oprimiéndome siempre el brazo con aire significativo:

—Pero vos, caballero, me haréis cruzar la frontera á título de "esposa vuestra."

—¡Santos cielos! exclamé. ¿Y mi esposa legítima?..... recordando que la señora Lenox se me muestra un tantito celosa, de vez en cuando.

Mientras tanto, el demonio del hambre me roía las entrañas como un ratón dentro de un cajón de pasas.

—Os ruego, os suplico, continuó la más misteriosa bella con las más sorprendentes inflexiones en su dulcísima voz, que no me dejéis aquí. Me urge atravesar esta frontera inmediatamente. Lo que es aquí, todos me han creído esposa vuestra, como lo prueba el no haberme pedido el pasaporte todavía.

—¡Mi esposa! exclamé jadeante de sorpresa.

—¡Cómo no! El inspector principal me ha tomado por esposa vuestra. Vos sois compatriota mío. Llevadme hasta Wilna con vos y allí os dejaré. Mi esposo, que se halla en aquella ciudad, no sabrá cómo agradeceros el favor.

Y continuaba prendida de mi brazo, llena de una nerviosidad infantil.

Yo sentía la cabeza confusa, pero se me estremecían los nervios y me latía el corazón con aquel roce encantador.

Ni era tampoco por primera vez que socorría á alguna atribulada hermosa durante mis numerosas correrías.

En aquel momento, el aullido de un mozo de cordel moscovita, me hizo volver en mí. Nuestros equipajes eran ya los únicos que quedaban sobre el alto mostrador de zinc. Casi todos los demás viajeros habían desaparecido.

El coronel, que corría con el examen de los equipajes, estaba por entrar en el comedor.

Al pasar, lanzó una mirada llena de admiración hacia la bella criatura que se apoyaba en mi brazo, murmurando:

—¡Qué linda americana!

—No abandonéis á vuestra compatriota en tan triste posición. ¡Dios mío! ¡hasta me podrían encerrar en un calabozo! dijo mi compañera con un estremecimiento juvenil y lleno de gracia.

Eché las llaves al inspector de bagajes, contemplando indeciso á aquella bella mujer, que tanto suplicaba mi apoyo.

¿Hasta dónde me dejaría llevar? Y aun mismo lo ignoraba. Quedé suspenso, mientras se inspeccionaba mi equipaje de aspecto espartano.

Y la suave brisa traía á mi anhelante olfato el grato perfume de café moka y los manjares de que no podía participar.

—Perdonadme, señora, dije. La voz con que pronuncié estas palabras tenía un sonido hueco y desabrido.

El oficial empezaba á echar el ojo al extenso equipajede mi compañera improvisada.

Me veía obligado á arribar á alguna resolución inmediata.

—¡Por Dios, caballero, os ruego que no me desamparéis! suplicó la dama, llenos sus rasgados ojos de indecible terror. Y me tendió un manojo de llaves que yo, mecánicamente, dejé caer en la mano abierta del hambriento oficial.

Entonces, arrepentido ya, hice un gesto negativo.

—Pero, seguramente, no permitiréis que semejante percance interrumpa mi viaje, murmuró la incógnita. Vuestro silencio otorgará mi pretensión.

"Facilis est descensus Averni." Yo sentía bien que me iba hundiendo. Miré en torno mío. ¡Quién me diera que apareciera por aquella puerta ó el marido de la dama, ó mi esposa! ¡Pero no! Nada de eso sucedió.

En aquel momento, noté que el coronel tenía los ojos fijos en mi compañera con cierta mirada interrogadora. ¿Acaso desconfiaría de algo? Era preciso precaverme de eso. Volviéndome iracundo hacia el empleado de la aduana, le pregunté con tono feroz por qué no concluía de una vez de despachar nuestro equipaje.

Mientras tanto, el tic tac del gran reloj sonaba cual lúgubre advertencia de los momentos que pasaban rápidos.

El inspector comenzó á revolver los innumerables tesoros de indumentaria que llevaba la bella dama entre su equipaje, y la riqueza que desplegaban lo deslumbró.

Lleno de un placer tan irrisorio como estúpido, contemplaba yo aquellos montones de objetos femeninos. No tengo pretensiones de ser un Worh, ni un Pingát, ni un Jenness-Miller, de modo que no trataré de entrar en detalles; pero confieso que me sentí muy orgulloso al ver el lujo desmedido que caracterizaba el equipaje de mi mujer improvisada. Ni que fuera duquesa podría gastar unos encajes y unos bordados más ricos, unos terciopelos, unas sedas y unos más costosos, un zapatito y un calzado más elegante y encantador.

Y la vista de todo aquello hacía un efecto indescriptible en este corazón de viejo militar enamorado.

Eché una mirada á aquella cuya hermosura sería realzada por todas aquellas ropas lujosas. Ahí la tenía prendida de mi brazo, la belleza, la inocencia y la inquietud personificadas.

Aquel bello cuerpo comenzaba á vacilar, á tambalearse. ¡Santo cielo, la dama se iba á desmayar!

Por tal de infundirle ánimo, le dije con una risotada loca: "¡Qué hermoso trousseau tenéis, señora!"

Nos aproximamos á la barrera de hierro, prendida siempre la hermosa y esbelta desconocida de mi robusto brazo. Ya recobraba sus fuerzas y el ánimo que, por un momento, hube de perder.

Traspasamos inmunes aquel dintel férreo, y juntos nos encontramos dentro de las fronteras de la Santa Rusia.

CAPITULO SEGUNDO

QUE DIRE AL AMIGO GAINES SOBRE EL PARTICULAR

Las puertas de la barrera de hierro se cerraron estrepitosamente detrás de nosotros, puesto que fuimos los últimos pasajeros que pasaron la frontera; y al oir aquel ruido discordante, me pareció que la manecita que se apoyaba en el brazo mío temblaba y se ponía helada de frío, y que la dama se estremecía fuertemente.

Fijando en ella la mirada, noté que su bello rostro se había cubierto de mortal palidez; pero al echar de ver que yo la contemplaba, trató de reponerse; haciendo un esfuerzo heróico, consiguió sonreirme, y me dijo al oído con cierto airecito avergonzado que me hizo latir el corazón:

—Guardad mis llaves, por favor. Así tendremos un aspecto más conyugal.

—Claro, hijita; tendremos que representar la comedia hasta el fin, respondí.

Al oir el estilo familiar que había adoptado con ella, la incógnita se alejó un tanto de mi lado y un hermoso rubor sustituyó á la palidez que antes cubriera sus facciones. Este rubor fué contagioso, puesto que al pronunciar esta palabra "hijita", se me volvió á la memoria aquella esposa que yo había dejado en París y á quien verdaderamente amaba.

Ansioso de librarme de tan importunos recuerdos, y aconsejado por un hambre canina, conduje á mi bella compañera al restaurant, que estaba repleto de los viajeros que acababan su merienda á toda prisa, deseosos de volver á ponerse en camino.

Sólo en una mesa se hallaban dos asientos desocupados, la que había sido reservada para el coronel ruso, que en este momento acababa de sentarse allí.

El mozo le dijo unas palabras al oído, sonrióse el funcionario ruso, y luego se nos condujo á aquella mesa, donde, á fe mía, el militar no se mostró mal dispuesto á admirar los encantos de mi deslumbradora compañera.

El mayordomo del restaurant, con la cadena de plata al pescuezo, entregó el menú á madama, volviéndose luego hacia mí, ruborosa pero picaresca, para preguntarme:

—¿Y tú, Arturo, qué deseas tomar?

Cómo se había impuesto de mi nombre de pila, yo estaba cada vez más estupefacto; pero al rato me convencí de que la incógnita conocía mi nombre por haber visto el pasaporte que llevaba.

Dentro de poco el coronel, poliglota consumado, se nos presentó bajo el nombre de Juan Petroff, y mientras yo atacaba el vino borgoña el faisán asado y otros manjares con todo el gusto que me impartía aquel demonio de hombre que me había hostigado mi "protegée" charlaba alegremente con el militar ruso, quien nos explicó que era jefe de la división fronteriza de Wilna, agregando que

siempre se complacía al ver llegar viajeros norteamericanos, con tal de que ellos mismos se cerciorasen de que los rusos no eran tan malos como se les pintaba.

Apenas hubo hablado, cuando apareció un oficial compatriota suyo, saludándolo según es de regla, y disculpándose cortésmente el coronel se retiró.

En cuanto lo hubo hecho, me volví hacia la desconocida.

—Me habéis llamado Arturo, señora, le dije; y para que yo pueda seguir representando esta comedieta debidamente, sería conveniente que me indicáraís como os llamáis vos Decídmelo pronto, antes de que venga el coronel.

—Seguramente, contestó mi compañera; mi primer nombre es Elena.

—¿Y el segundo?

—María.

—¡Elena María! ¡Qué hermoso nombre! ¿Y vuestro apellido?

—Me diréis primero el vuestro, caballero. He conseguido ver vuestro nombre de pila en el pasaporte, pero el apellido me fué imposible decifrarlo.

—Lenox, respondí, Arturo Brainbridge Lenox.

Estremecióse la joven; luego, reponiéndose, observó con sonrisa un tanto confusa:

—Entonces yo también me llamaré Lenox. Por ahora me es forzoso llevar el nombre de vuestra esposa. Si diéramos un paso en falso, resultarían los más graves trastornos para ambos.

—Un pasaporte supuesto, agregó con mucha formalidad.

Pero en aquel momento volvió el coronel á sentarse, y la frase quedó trunca.

—Sentí mucho abandonar la mesa, observó Petroff; pero mucho más abandonaros á vos, señora. Y aquellos pardos ojos tártaros lanzaron una mirada asesina á la recién bautizada Elena María Lenox.

—Tuve que ocuparme inmediatamente de cierta cuestión de pasaportes, continuó el tenorio ruso, y me alegro infinito poder anunciar la captura de un "déclassé" que viajaba con documentos falsificados.

—¿Un pasaporte falsificado? preguntó mi bella compañera. ¿Quién lo tenía? ¿Un hombre ó una mujer?

—Un hombre, contestó el coronel brevemente.

—Ya comprendo: á ser mujer y hermosa, no habríais vuelto tan pronto aquí, exclamó Elena con sonrisa llena de coquetería.

—La delincuente más bella en la Rusia no me hubiera hecho demorar un instante más, señora, respondió el coronel, llenos los ojos de franca admiración y en tono de galantería.

A pesar de lo ocupado que me tenía el manejo del tenedor y cuchillo, no pude menos que notar la mirada del ruso, y de tal modo me iba posesionando de mi papel de marido, que no me agradó, y traté de cambiar de conversación, observando con aire indiferente:

—¿Supongo que esto de pasaportes falsificados será cuestión de todos los días en la Rusia?

—Nada de eso, replicó el coronel: los castigos que se imponen son demasiados severos para eso.

—¡Ah! ¿Se agregará la encarcelación á la multa?..... pregunté con bastante inquietud.

—Sí, la encarcelación "vitali-

cia'' en Siberia, me dijo el oficial al oído. Sólo los criminales más desesperados tratarían de valerse de pasaportes falsos.

Al oir estas palabras, el cubierto se me cayó ruidosamente de la mano.

—¿Por qué no pruebas de esta mayonesa, Arturo? me preguntó la supuesta señora Lenox. Ya veo que has acabado con el faisán, y te aseguro que esto está delicioso. El coronel también participará. Y presentó la ensalada al coronel, aderezada de tal manera de sus sonrisas y miraditas, que el embelesado ruso, contemplándola, dejó de notar la repentina pérdida de mi presencia de ánimo y mi apetito; porque sus observaciones me herían conmovido fuertemente el espíritu, á la vez que detenían el cuchillo y el tenedor.

....Pasaportes falsificados.... castigo..... Siberia..... sólo los criminales más desesperados se valdrían de ellos. Estas palabras se me atropellaban en la mente.

Entonces, una súbita resolución se apoderó de mi ánimo. Esta mujer hechicera, haciendo mal uso de mi pasaporte, quería convertirme en reo contra las leyes rusas. Pues bien. La frontera alemana se hallaba á unos cincuenta pasos de allí. Con sólo volver á atravesar la barrera cercana, me salvaría de las garras del oso ruso.

Disculpándome con aquella Circe que, con sus engañosos halagos, me había puesto en posición tan precaria, y que en este momento se ocupaba inocentemente charlando con el coronel sobre motivos de la mayonesa, me levanté de la mesa, salí apresuradamente del restaurant y me dirigí hacia el portón de hierro que felizmente se hallaba abierto.

La Alemania se me presentaba á dos pies de distancia. Estuve por franquear la barrera, y dentro de un momento más me hallaría al albergue de todo peligro ó castigo, cuando se me cortó el paso súbitamente, y la voz de un oficial me gritó:

—¡Alto ahí!..... ¿Vuestro pasaporte para alejaros de la Rusia?

—Por cierto que no tengo semejante pasaporte, contesté en el mejor francés de que podía disponer. Hace unos quince minutos, á lo más, que me había visto entrar aquí desde el tren que llegaba de Berlín. Ahora deseo volver á aquel tren, porque he dejado olvidado allí un paquete tan importante, que me es imposible dejarlo atrás.

—Más imposible os será salir de los dominios del Czar sin pasaporte, caballero, respondió el oficial, cortésmente pero con mucha firmeza.

—Pero me es forzoso hacerlo. No puedo perder aquel paquete.

—Imposible.

Y efectivamente, era imposible, puesto que las bayonetas cruzadas de dos centinelas me impedían seguir adelante.

—Sin embargo, vuestro olvido se podrá subsanar, caballero, agregó el cancerbero oficial.

Y dijo algunas palabras al oído de un empleado del otro lado de la barrera.

Un momento después, el conductor del tren que me había traído desde Berlín, se me apareció del lado de la frontera alemana.

—Si el caballero tiene la bondad de describirme el artículo que ha perdido, dijo cortésmente, haré lo

posible por encontrarlo y lo enviaré á San Petersburgo.

No me quedaba más recurso que seguir falseando los hechos.

Le dí al conductor una descripción minuciosa del paquete imaginario, y mi dirección, encargándole el mayor cuidado y que me lo enviara en el acto.

Y, para alejar toda sospecha, le puse un "thaler" alemán en la mano.

—El señor puede estar seguro que recibirá su paquete á las veinticuatro horas de hallarse en el Quai Inglés, número cinco, en San Petersburgo, dijo el alemán con la mirada llena de reconocimiento por mi generosidad.

—Os agradezco infinito vuestra urbanidad, oficial, dije con la sonrisa en los labios y la rabia en el corazón, al militar que me había impedido pasar la barrera; pues, comprendiendo que me hallaba dentro de las garras de la burocracia rusa, me convenía ser cortés y hasta servil á aquel poder.

Entonces volvíme lentamente al restaurant. Era indispensable sentarme otra vez al lado de mi cómplice, y representar esta comedia hasta su fin, dulce ó funesto.

Se apoderaba de mi ánimo un horrible presentimiento de que sería funesto el fin; pues, ya que el primer entusiasmo de esta imprevista aventura había pasado, la conciencia me remordía de una manera atroz.

Me hallaba yo como el héroe de cierta canción popular:

"Con una esposa en Natchez
"En la ladera del cerro,
"Y la otra en su hogar en Piké."

¿Qué diría de esta aventura á mi querida mujercita legítima, si algún día llegara á tener conocimiento de ella? Y me figuraba los rayos de indignación que lanzarían aquellos puros ojos azules si me vieran otorgando á otra el permiso para usurpar un título que sólo á ella le correspondía; á otra ocupando á mi lado el puesto que sólo á ella le correspondía ocupar. Y, sin embargo, después del paso impremeditado que acababa yo de dar, de esto dependía mi seguridad personal.

Y, meditando sobre el asunto, volvieron á asomar en mis oídos las últimas palabras que me dijera mi esposa cuando me alejé de ella en París:

—Querido Arturo, ten cuidado con aquel corazón susceptible que tienes; y no dejes que tu galantería militar te envuelva en algún berengenal. Ten ojo avizor en cuanto á las engañifas mujeriles. Acuérdate de lo que te pasó á bordo de aquel vapor trasatlántico cuando hicimos nuestro último viaje á Nueva York, y de cómo te llevaron preso por contrabandista, porque fuiste demasiado galante para negar el brazo y el amparo de tu compañía á aquella bonita modistilla francesa que te dió un paquetito para que le llevaras. Y acuérdate, hijito, de lo que de tí dijeron los periódicos cuando aquella lamentable aventura.

Pero ahora me hallaba en las redes de una aventura mucho más lamentable. En los Estados Unidos el castigo que se impone al contrabandista es comparativamente leve; pero en Rusia es más que terrible la suerte de aquel que lleva pasaporte falso.

Lancé una imprecación ahogada y volví á la mesa. Luego que entré al restaurant, noté que Elena espiaba la puerta con visibles muestras de inquietud. Aunque seguía con el coronel una animada conversación, era evidente que sólo se acordaba de mí, y al verme volver á su lado, lanzó un suspiro comprimido de desahogo.

En cuanto á mí, el apetito me había abandonado por completo, pero el estado de inquietud en que me hallaba, me causaba una sed devoradora; y, dejando á un lado el vino de Borgoña, me dediqué desesperadamente al coñac.

Los modales de mi supuesta mujer para conmigo, no dejaban nada que desear.

—Pobre Arturo, me dijo, con el prosaico cariño de la casada, ¿alguna dificultad del detestable ferrocarril te ha hecho abandonarme á mí y á tu comida á la vez?

—El equipaje y un compartimiento reservado, alma mía, contesté con una ternura que estaba bien lejos de sentir. ¿Acaso no era por causa de aquel hechizo persuasivo que me hallaba yo ahora en situación tan comprometedora respecto á mi esposa en París y la policía en la Rusia?

El galante militar que se hallaba al lado de Elena, hizo gala entonces de toda aquella cortés versatilidad que caracteriza al ruso bien educado. Al oir la contestación que dí á mi cara mitad, se apresuró á rogarme que no me molestase en lo más mínimo en cuanto á nuestro viaje en el tren, puesto que él tendría el placer de andar alguna distancia con nosotros, para inspeccionar el distrito que se hallaba á su cargo, y nos obtendría el mejor sitio disponible.

Una palabra suya bastaría para que se nos guardasen todas las atenciones del caso.

Luego se puso á bromear alegremente á la señora por la inquietud que mi partida le había ocasionado, asegurándome que desde que yo me había retirado de allí, madama sólo le escuchaba á él con un oído, y que hasta había notado que, dos ó tres veces durante mi ausencia, mi señora había estado á punto de levantarse para seguirme.

Acabó citando un bonito "couplet" francés sobre el amor, y preguntó con una sonrisa:

—¿Supongo que esta será vuestra luna de miel? levantando la copa á los labios para beber á la salud de la novia.

Y Elena, sonriéndose toda ruborizada, exclamó con la más encantadora ingenuidad:

—¡Oh, no, coronel! Hace años y años que estamos unidos.

—Entonces, os felicito, señor, dijo el ruso dirigiéndose á mí. En vos el amante subsiste en el marido.

Y el rubio coloso suspiró hondamente, envidiándome, al parecer, la posesión de aquella bella criatura que suponía esposa mía. Esta quizá había sospechado la idea que al militar le cruzaba por la mente, pues se mostró tan confusa, que exclamó su admirador.

—¡Os chanceáis, señora! ¡Ya me lo suponía! Aquel rubor no cubre sino el rostro de la recién casada.

—Iréis sin duda á San Petersburgo, agregó el terrible militar: espero encontraros allí este invierno.

Mi compañera sólo contestó con los ojos á esto; pero yo gemía interiormente.

¡Santos cielos! ¿Y si al coronel se le antojaba seguir el viaje con nosotros? La sola idea me daba escalofríos en todo el cuerpo. En este caso sería imposible separarme en Wilna de la desconocida dama.

Al oirse el sonido del primer campanazo, nuestro nuevo amigo se retiró, con el fin de cumplir con lo que nos acababa de prometer.

Se conocía que se hallaba muy impresionado por la elegancia y la sociabilidad de mi esposa número dos. Y en cuanto á mí, durante esta breve "entrée" en la sociedad oficial rusa, había tratado de conducirme con toda urbanidad.

Pero, luego que hubo desaparecido el coronel, le mostré á Elena una cara de pocos amigos.

—Señorita, le dije en voz baja, parece que hacéis lo posible para acrecentar las dificultades que nos rodean. ¿Por qué habéis dejado suponer á aquel hombre que nos dirigíamos los dos á San Petersburgo?

—No lo he negado, respondió la joven con los ojos llenos de reproche, porque me constaba que había visto vuestro boleto á aquella ciudad. ¿Acaso me era posible decirle al coronel que yo, vuestra esposa, como me supone, os dejaría en Wilna? Los amargos momentos que me hicisteis pasar alejándoos tan bruscamente de mí, le han inducido á creer que siento por vos el más acendrado cariño.

—¡La amargura que yo os hice sentir! exclamé, llena el alma de sentimiento indefinible, de gozo estático y pesar idiota, porque aquellos ojos que me miraban, tan tristes y plañideros, eran hermosos como los de una náyade.

—Sí, interrumpió la joven; yo bien comprendía que trataríais de volveros á Alemania, y no me atrevía á seguiros para rogaros que no lo hicierais, porque temía despertar la desconfianza en el ánimo del coronel.

Pero, si hubieseis podido conseguir vuestro intento, me hubierais dejado en una situación á que ninguna dama jamás se habrá expuesto. Me habría encontrado sin pasaporte en territorio ruso y se me hubiera considerado como una "déclassée." El primer polizonte que me encontrara me llevaría á la cárcel.

Tratabais de abandonarme, de desampararme en esta tierra extranjera, llevando con vos el pasaporte que constituía mi seguridad igualmente que la vuestra; y mientras vos regresabais tranquilamente á Berlín, yo habría gemido dentro de las murallas de una cárcel rusa.

¿Y creéis vos, continuó tristemente, que nuestro amigo Ricardo Gaines os agradecería haberla tratado así á su mujer?

—¡Ricardo Gaines!..... exclamé en el colmo de la sorpresa.

—¡Cómo no! exclamó mi compañera "malgré moi." Ricardo Gaines, vuestro amigo más íntimo en West-Point (1) en el año 1868.

Sí, Arturo Caimbridge Lenox, mi esposo ha hablado de vos durante horas enteras: y cuando me dijisteis hace un momento quién ——

(1) El Colegio militar aristocrático de los Estados Unidos.

erais, todo lo que de vos solía decir se me vino á la memoria.

No tenía intención de deciros mi nombre hasta llegar á Wilna, donde Ricardo os estrechará la mano; pero la inquietud que habéis demostrado al oir las observaciones del coronel ruso, acerca de los pasaportes falsos, me ponen en el deber de calmar vuestros temores, asegurándoos que no os merecerá pena muy severa el acompañar hasta Wilna á la esposa de vuestro antiguo camarada.

Esta noticia inesperada me inundó el alma de tranquilidad y desahogo, á la par que de un sentimiento de profunda vergüenza.

¿Por qué me había permitido desconfiar de esta inocente niña? Ricardo Gaines había sido mi amigo más querido en el Colegio militar de West-Point.

Durante algunos años lo había perdido de vista; pero había sabido que se ocupaba de practicar estudios é investigaciones sobre el aceite carbonífero de Bakú, por cuyo motivo era lo más natural que se encontrara ahora en la Rusia.

Es indudable que el pesar que sentía se me haya traducido en los ojos, pues la dama observó, con tono placentero y los ojos risueños:

—¿Y por quién me habéis tomado, señor?..... ¿Alguna aventurera, quizá una nihilista?..... Vamos, decídmelo con franqueza. ¿Qué habéis pensado de la esposa de Ricardo Gaines?

—La mejor explicación que os puedo dar, señora, es asegurándoos que Ricardo Gaines es el más feliz de los mortales, contesté, contento y libre ya de toda inquietud.

¡Cuán fácil me sería ya explicar á mi cara mitad que era la esposa de un antiguo camarada de armas, que se había valido de mis buenos oficios!

La contemplé á mi joven compañera con más simpatía cada vez, y luego, presentándome una preciosa carterita, me dijo la hechicera criatura:

—¿Me haréis el servicio de comprarme un boleto para San Petersburgo?

—¿Pero no os bajáis en Wilna? pregunté sorprendido.

—Por cierto; pero es indispensable que el coronel suponga que voy á la capital. Acordáos que él me cree esposa vuestra. No he creído conveniente hacer ninguna confidencia respecto de Ricardo Gaines al coronel Petroff. Y la joven me contempló con sonrisa picaresca.

En la próxima estación, me bajé para comprar un boleto para mi encantadora protegida, abonándolo con su propio dinero, pues la cartera que me había entregado estaba llena de billetes de á cien rublos. También hice telegramas á París á los banqueros de mi esposa.

Pero aunque no me cabía duda de que el hada doméstica se conformaría plenamente con mis explicaciones respecto de la mujer de mi amigo Gaines, sin embargo sólo puse en el despacho:

"Eydtkuknen.—Llegué anoche con felicidad."

Y lo dirigí á:

"Lenox, cuidado de Dr. Nel, Haxjes y Cía., París."

Mientras así escribía, sentí cubrírseme de rubor el rostro al pensar que ya no me era posible di-

-rigir una carta á mi verdadera esposa, hasta hallarme libre de la extraordinaria complicación que hacía suponer á la policáa de la Rusia que era mi mujer la que me acompañaba en la tierra del Czar.

Hice telegrama también á la familia de mi difunto yerno, los Weletsky, en San Petersburgo, anunciándoles mi próxima llegada allí:

"Llegaré mañana á las siete de la tarde."

Luego, con el ánimo tranquilo y confortado por un excelente cigarro, regresé al restaurant.

Llegado allí, tomé á mi cuidado una bolsita de viaje que pertenecía á mi supuesta esposa, y con ella apoyada en el brazo, dirigíme al tren donde el galante funcionario ruso nos esperaba, para cerciorarse de que se la recibía de la manera más atenta, y se la cedía el mejor sitio en los muchos coches del ferrocarril.

Entonces me ocupé yo de arreglar el tapado en aquel cuerpo encantador, con un cuidado digno de luna de miel, exclamando alegremente:

—¿Qué diría de esto el amigo Gaines?

La bella joven prorrumpió en una carcajada infantil, lo que me agradó sobremanera, pues no existe veterano alguno que no quede complacido al ver que se aprecian sus ocurrencias.

CAPITULO III

LA SEÑORITA VANDERBILT-ASTOR

El coronel ruso, atraído por aquella risotada, después de llamar discretamente á nuestra puerta, entró en el compartimiento al ponerse en movimiento el tren.

Confieso que el primer vistazo que de la Rusia tuve, por encima del torneado hombro de mi compañera, no me entusiasmó por demás.

Precipitándonos por entre las calles de la mitad rusa de aquel pueblo fronterizo, seguimos nuestra apresurada marcha sobre el camino de hierro trazado por la impaciente mano del gran autócrata Nicolás.

Bien pronto el paisaje comenzó á cambiar: á la laboriosidad alemana sucedían el desaliño y la dejadez de la Rusia.

Aquellos largos cerros, aquellos lóbregos bosques de abedul, los solitarios lagos, los fríos charcos y los grandes pantanos llenos de juncos, se unían para formar un cuadro tristísimo.

A cada rato pasábamos por alguna pequeña aldea, compuesta de una veintena de escuálidas chozas de madera, rodeada de vacas huesosas que merodeaban por la helada campiña.

Éramos el blanco de las miradas estúpidas de los groseros paisanos, vestidos de sucios trajes de cuero de oveja y botas altas.

¡Siempre adelante!..... Los cuervos batían sus perezosas alas por encima de los descuidados sembrados de repollo, y el aire entraba en el coche, frío y penetrante.

Elena y el coronel siempre sostenían animada charla, y yo, quitando la mirada de aquel feo cuadro exterior, la volví al de adentro, encontrándola cada vez más encantadora á mi esposa improvisada.

Se había quitado ya la "shu-

ba,'' y su hermosa figura descubierta, presentábase no ya con los perfiles de una niña, sino con todo el precioso desarrollo de una mujer.

A no ser por la expresión de inocencia infantil que iluminaba sus facciones, hubiérase creído que pasaba ya de los veinticinco años.

Aunque no flaqueaba la vivacidad de su conversación, noté que se había arrellanado en su mullido asiento, cual si se hallara ó muy fatigada, ó aliviada repentinamente de alguna fuerte agitación mental. Y no lo extrañé, comprendiendo lo deseosa que estaba de cruzar la frontera, y la inquietud que le habría causado al encontrarse sin pasaporte bajo las circunstancias actuales.

Mientras tanto, el coronel comenzaba á tantearnos con mucha delicadeza respecto de nuestra estadía en San Petersburgo.

—Los americanos de vuestro rango, decía, siempre son objeto de toda clase de distincion en las riberas del Neva. Os puedo asegurar, mi coronel, que encontraréis muy amena vuestra estadía en nuestra capital.

Y vos, señora, os divertiréis todavía más que vuestro esposo.

—¿Cómo así? preguntó Elena.

—Porque se encuentran tantos galantes oficiales en San Petersburgo, señora, respondió el ruso con afable sonrisa.

Los bailes, las reuniones, los paseos en trineo hasta la isla, los galanteos de parte de los bigotes retorcidos, de las lujosas charreteras y espuelas, ¡he ahí el paraíso de las damas! Me he fijado en el equipaje vuestro, señora, notando que contenía todo género de pertrechos bélicos. No os habéis olvidado de armaros bien de una gran cantidad de trajes parisienses.

Al pronunciar el ruso aquella palabra ''equipaje,'' se me presentó á la mente una nueva complicación. Me acordé de los rótulos de nuestros baúles. En la Rusia no se dan por separado.

Todo el equipaje de la dama iba dirigido á San Petersburgo, y cuando nos separáramos en Wilna, ya me suponia todas las mentiras y los enredos que me seria forzoso emplear.

Y el coronel seguía su charla interminable, tratando de curiosear un poquito acerca de nuestra dirección en la capital, esperando que tendría el infinito placer de vernos cuando fuera él á San Petersburgo, un mes después.

No pude menos de admirar el tino que desplegaba la niña, manteniendo en jaque aquella incómoda curiosidad, por medio de un fingido enojo á medida que las indirectas se iban asemejando más y más á las del padre Cobos.

Trató graciosamente de reprimir varios inequívocos bostezos, hasta que nuestro huésped tuvo el ''savoir faire'' de decir:

—La señora necesita descansar, y yo iré á jugar una partida al piquet.

Al cerrarse la puerta tras del coronel, volvíme hacia Elena para contarle aquella nueva complicación que surgía respecto del equipaje, cuando me detuve estremecido.

¡Se había dormido!..... ¡Y qué sueño aquél!.....

Había tomado una actitud del más gracioso abandono. Aquella

bella cabeza, reclinada hacia atrás, sostenida por una almohada celeste, dejaba entrever su garganta torneada, que relucía como el marfil á la luz de un rayo de sol que penetraba por la ventana.

Por entre aquellos rojos labios entreabiertos, se escapaba el suave aliento jugueteando entre dos hileras de perlas; y, por debajo de la falda, divisábase apenas la punta de un elegante pie, realzándose así todavía más aquel cuadro pintoresco y atrayente.

¡Ay de mí! ¡Cómo envidiaba yo á Ricardo Gaines!

Pero era indispensable no turbar aquel tranquilo sueño. La pobre criatura tenía necesidad imperiosa de descansar, después de las mortales inquietudes que la habían asediado durante las últimas dos horas.

Bajé, pues, la cortina, para impedir que le diera el sol en la cara, y volviendo la espalda, traté de apartar la mente de aquel seductor cuadro, por medio de la lectura de una novela.

Pero, á pesar de ser ésta una obra de lo más picante y francés que se puede imaginar, no me inspiró sino un interés escasísimo; y de sus páginas tornaban siempre mis ojos á fijarse en aquella belleza dormida, esta mujer que bien pronto devolvería al cariño de su esposo, mi antiguo camarada de West-Point.

Indudablemente, me era indispensable no preocuparme más de la hermosura de mi compañera. Hice, pues, los esfuerzos más heroicos para no pensar en ella, apartando los ojos de su rostro encantador; traté de fijar todos mis pensamientos, todos mis recuerdos en mi lejana esposa; pero involuntariamente convergían siempre mis miradas hacia aquella mujer que tan próxima á mí se hallaba.

Y mientras la contemplaba, un movimiento inconsciente de su parte vino á aumentar todavía más su atractivo.

Durante su plácido sueño, levantó el mórbido brazo para apoyar en él la cabeza. El pequeño pie asumía una postura más cómoda en los almohadones, y pareció aun más hechicera que antes, pues se le agregaba ya un vistazo de un tobillo delicioso calzado de finísima media de seda. El aliento se escapaba más paulatinamente por entre los labios de rubí; aquella belleza asumía un carácter cada vez más poético y seductor.

Se me agolparon á la mente mil recuerdos del "Paseo de los Enamorados" en West-Point, y, completamente subyugado, este veterano viejo imprimió un beso en aquella frente tersa y blanca, con todo el ardor de un adolescente, y la bella se despertó sobresaltada.

—¡Un par de guantes! ¡me los he ganado!..... (1) exclamé riéndome. ¿Qué diría de esto el amigo Gaines?

—Diría que lo teníais bien merecido, por el cuidado que tomáis de su esposa, contestó la joven, riéndose también. Os aseguro que siento como si fuerais mi hermano.

---

(1) En Norteamérica, el joven que consiga dar un beso á una niña dormida, está en el derecho de reclamar de ella le regale un par de guantes. Es ocioso agregar que esto sólo sucede existiendo la mayor intimidad entre ambos jóvenes.

Y volvió el rostro, toda confusa al ver la mirada que dirigía yo sobre ella.

En aquel momento oímos afuera un sonido. Era aquel maldito coronel ruso, que llamaba á la puerta.

—Os divertís mucho aquí, dijo al entrar, porque nuestra risa había llegado hasta él. Permitidme participar de vuestra alegría.

Y volvió á dedicarse á la señora Gaines, con un entusiasmo que me llenó de rabia y desesperación.

—¡Hola! dije para mis adentros, lleno el ánimo de virtuosa indignación.

Se me hacía un verdadero deber el proteger la mujer de Ricardo contra la adoración senil de este tenorio ruso (ya se sabe cuán descomunal es el desprecio del muchacho de cuarenta y cinco abriles por el vejete de sesenta).

Y con el deseo de partir por el eje á mi rival, comencé á colmar á la señora Gaines de galanteos y atenciones, haciendo gala de un cariño que sobrepasaba en mucho la devoción que los maridos muestran, en general, por sus mujeres.

Insistí en que sus pies deberían estar helados, y me apresuré á envolverlos en mi manta de viaje; arreglé y volví á arreglar los almohadones contra los cuales se reclinaba, con todo el ardor de un novio recién casado.

Y, después de cada una de estas demostraciones, volvía á repetir: ¿Y qué diría de esto el amigo Gaines?, de tal manera, que la cándida criatura soltaba cada carcajada que asombraba al viejo Petroff.

Al fin, la curiosidad del coronel sobrepujó á su cortesía, y no pudo menos que preguntarnos quién era este célebre Ricardo Gaines.

Encontrándome á la sazón de muy buen humor, le dije que Ricardo Gaines era aquel que había asestado un golpe á Billy Patterson; y pasé á explicarle este chiste norteamericano con tanta gracia, que quedó encantado y á cada rato exclamaba:

—¿Quién golpeó á Bil-lee Patterson? ¡Ricardo Gaines! Fué el que apuñeteó á Bil-lee Patterson. ¿Y qué diría Gaines de todo esto? ¡Ah! ¡ja-ja-ja, jo-jo-jo!.....

Y las risotadas que lanzaba eran tan grotescas y tan tártaras, que Elena y yo nos pusimos á reir de nuevo; y muy entretenidos estábamos todos, cuando divisamos las luces de Kowno y entramos en aquella estación.

—Os dejo ahora, dijo Petroff. Pero tenemos tiempo para tomar algún refresco aquí, y deseo que toméis una taza de té conmigo. No tratéis de negarme este placer. Vos y la señora sois huéspedes míos esta tarde.

—¡Indudablemente! dijo Elena, aceptando graciosamente el brazo del coronel; y yo les seguí, notando la viva admiración que despertaba la linda figura de la joven señora Gaines.

El estilo de su hermosura poseía aquel maravilloso encanto que atrae todas las miradas; y, al entrar en el comedor, profusamente iluminado y lleno de gente, todos contemplaban admirados los incomparables atractivos de la dama y lanzaban á su supuesto esposo miradas llenas de envidia.

Un momento después, mi reina de frontera se hallaba instalada en un asiento, frente á una lujosa mesa.

Después de una cena muy agra-

dable por todos los lados, nuestro anfitrión nos obsequió con aquel sempiterno agasajo ruso: el Clicquot de sello amarillo; y, bebiendo solemnemente á la salud de la dama, agregó: "Me es indispensable no perderos de vista; podré quizá sufrir el destierro de un "hasta la vista," pero un "adiós," ¡jamás!..... Sí, ¡ni pensarlo!.....

¡He aquí otro apuro para mí!

¿Cómo negarme á darle mi dirección en San Petersburgo?

¿Y si se la daba, y se me aparecía allí algún día y me encontraba despojado del atractivo que había sido el motivo de su visita, es decir, mi supuesta esposa, la adorable señora Gaines? ¿Cómo le explicaría mi repentino celibato?

Pero la inocente viveza de Elena me sacó de este nuevo aprieto. Dirigiéndole á Petroff una sonrisa encantadora, respondió:

—Tendremos el mayor placer en veros en el Hotel de Europa. No os olvidéis del nombre: el coronel y la señora de Lenox. Apuntadlo en vuestra cartera, os lo ruego, pues de otro modo segura estoy que nos olvidaréis completamente dentro de un rato.

Los ojos tártaros del coronel le aseguraron que no existía temor alguno de eso.

—¡Olvidaros á vos, señora! exclamó el galante militar, ¡imposible! ¡Cuán poco conocéis el corazón ruso!

—¡No conocer yo el corazón ruso! exclamó mi compañera, despidiendo sus ojos unos destellos que me asombraron.

Luego agregó con un repentino disimulo, que me sorprendió todavía más, y con su voz más ingenua é infantil:

—Pero voz me enseñaréis á conocer el corazón ruso, ¿no es cierto, coronel? Nos encontraremos en San Petersburgo y allí os devolveremos vuestra hospitalidad.

—Entonces, espero tener el honor de saludaros en breve en nuestra grandiosa capital, dijo Petroff, mientras arrojaba á la espalda su soberbia capa. Luego, acomodó la espada y besó la mano de Elena con una gracia muy solemne.

En aquel momento, nos indicaban las campanas que debíamos partir.

Ofrecí el brazo á la seductora señora de mi amigo Ricardo, y Petroff, con mucho crujido de espada y espuela, nos acompañó hasta el tren.

Después de una precipitada despedida, volvimos á ponernos en movimiento, oyendo repetir hasta lo último al enamorado ruso: ¡No me olvidaré del Hotel de Europa!

¡El Hotel de Europa! Pues en cuanto á mí, yo pienso aprovecharme de la hospitalidad de mi pariente Constantino Weletsky, quai Anglais número cinco, mi linda embustera, dije yo, riéndome y estrechándo la delicada mano de Elena.

¡Cuán contento me hallaba de veros libre al fin del persistente coronel y á solas los dos!

—¡Vos, vos emparentado con la famosa familia de Weletsky!.... exclamó mi compañera, haciendo caso omiso del apretón de manos.

—Seguramente, por el casamiento de mi hija.

—Entonces, eso cooperará..... observó la señora Gaines repentinamente; pero se detuvo al momento y dijo: ¡Qué bien estamos ahora sin aquel detestable viejo! ¡Vos y yo á solas!

El tono satisfecho con que pronunció estas palabras me hizo bendecir el momento en que hube dado con ella, y le dije al oído:

—¡Qué suerte que Ricardo se haya adelantado dejándoos á vos sin pasaporte!

—Silencio, contestó Elena: ahí viene el guardatren para encender la luz. Y me puso un dedo amonestador en los labios.

Mientras el empleado encendía luz, nos quedamos, mi compañera y yo, entregados á una muda contemplación del paisaje exterior, por nuestras ventanas respectivas.

Seguimos muy rápidamente nuestro camino, y las luces centelleaban alegremente, lo que nos precipitábamos por las pequeñas aldeas donde la miseria rusa reune su única fuerza: el número.

Sólo faltaban ya algunas horas para hallarnos en Wilna, donde nos aguardaba Ricardo.

Volví los ojos á mi compañera de viaje. Bañada por la suave luz de un farol, parecía más hermosa que nunca.

Casi me pesó que Ricardo estuviera tan cerca. Más hubiera valido que hubiese estado en San Petersburgo.

Nos llegaba mucho ruido y algazara de los otros compartimientos. Los locuaces viajeros moscovitas charlaban á más y mejor.

Yo me sentí triste y meditabundo, y quizá notándolo Elena, interrumpió el silencio, diciéndome:

—Desde que os he encontrado, mi bondadoso caballero, siento un vivo interés en todo lo que nos concierne. Contadme algo relativo á vos ó á vuestra familia, y yo se lo repetiré á Ricardo, á quien ha de interesar en alto grado también.

—¡Qué ocurrencia! respondí: la historia vuestra sería mucho más interesante.

—¡Quizá! contestó Elena con leve suspiro. Pero contadme vos primero la vuestra y yo os prometo relatar después la mía; tenemos bastante tiempo disponible todavía.

—¡Por favor! agregó con un gracioso mohín de niña mimada.

Completamente subyugado, accedí á su pedido, dándole un resumen de los principales acontecimientos de mi vida, y luego pasé á enterarla de los vínculos que me unían con la familia Weletsky, y apremiado con sus preguntas, la impuse de muchos de los detalles de mi vida privada.

Y, después de todo, quizá valía más ocuparme de esa manera, porque si no, ¡quién sabe lo que habría sufrido la lealtad que debía á mi antiguo amigo! De este modo, siquiera hacía pasar el tiempo.

—Y ya que os he enterado de la historia secreta de la familia Lenox, dije yo sonriendo, quizá os dignaréis darme algunos datos sobre los archivos de la casa Gaines.

Quedé algo sorprendido de lo poco que parecía conocer sobre el particular.

—Hace tantos años que Ricardo y yo nos hallamos en Europa, objetó Elena.

—Pero Maruja, la hermana de Ricardo, no podéis menos de conocerla. Se la consideraba como la belleza de West-Point, en el 68.

—¡Ah! sí, María, contestó la cuñada de la referida. Hace años que se casó María; vive en.... en México.

—¿Con quién se casó? pregunté.

—Con un tal Smith creo que fué, repuso Elena precipitadamente. ¡Si supiérais lo mucho que Ricardo se acordaba de vos! continuó cambiando súbitamente de tema. Mi querido amigo Arturo, decía, acariciándose el negro bigote.....

—¿El "negro" bigote? exclamé interrumpiéndola. Pero cuando Ricardo estaba en West-Point, era todo un rubio.

—Precisamente, repuso la dama, después de un sobresalto momentáneo. Y añadió en tono confidencial:

—Es que el pobre Ricardo se está poniendo tan canoso, que últimamente le daba por teñirse el cabello.

—Vos no necesitáis de eso, agregó sonriendo. ¡Qué negro tenéis el cabello y cuán sedoso es! Y me acarició la cabeza como criatura juguetona que era.

Quedé encantado de aquella ingenua lisonja.

—¡Y cuán feliz aquel diablo de Ricardo por haberse casado con vos! dije. Decidme: ¿cómo os llamábais antes de hacer de la tierra el cielo para Gaines?

—¿Supongo que con esa ampulosa metáfora, queréis preguntarme cuándo me casé con él?

—Precisamente, vuestro nombre de soltera.

—¿Habéis notado? Ya estamos en Wilna, dijo mi compañera, pues las luces de aquella ciudad se hallaban delante de nosotros. Ricardo estará aquí dentro de un momento.

—Sí; pero vuestro apellido de soltera. Me sería tan dulce acordarme de vos de soltera, antes que os hubiérais encontrado con Ri-

do, le supliqué, impregnado de aquel ambiente romanesco, pues ella muy próxima á mí se hallaba, y nos hablábamos al oído. Cada palabra suya me hacía latir el corazón.

—No os iréis hasta contestarme, exclamé, porque el guardatren acababa de asomarse á la puerta, anunciando: "¡Wilna!..... dos horas."

—Cuidado, que Ricardo nos verá, dijo Elena en voz baja, porque le había rodeado la esbelta cintura con mi brazo.—Por favor, dejadme ir al hotel inmediatamente. Gaines se alarmará. Puede ser que se retire..... que no sepa que yo estoy aquí..... y yo estaré "perdida"..... "perdida".....

—¿Pero "¿quién" se retirará? pregunté, sorprendido al oir el tono miedoso y entre cortado con que hablaba.

—El..... Ricardo, por supuesto. Dejadme bajar de una vez.

—¿Vuestro apellido antes de casaros? volví á preguntar inexorable.

—Vanderbilt-Astor, contestó. Y de un salto bajó del coche, mientras yo, pasmado al oir una tan particular reunión de patronímicos norteamericanos, junté todos los objetos femeninos que le pertenecían, y me dispuse á seguirla.

CAPITULO IV

EL BARON FRIEDRICH

Conseguí alcanzarla en la plataforma, donde andaba casi á la carrera, arropándose apresuradamente en su "shuba" guarnecida de pieles.

—Estáis de prisa, señora Gaines

de Vanderbilt-Astor, le dije, ayudándola empeñosamente á abrigarse.

—Sí, de prisa enfectivamente. Quiero..... quiero encontrarlo á Ricardo, murmuró.

Nos dirigimos rápidamente hacia el pórtico del hotel, rodeados de varios de nuestros compañeros de viaje.

El aire de la Rusia, penetrante cual la hoja de un cuchillo, nos apresuró todavía más la marcha.

A medida que caminaba, Mrs. Gaines, el andar se le volvía cada vez más garboso, el aire más satisfecho.

Yo bien comprendí el por qué de esto. Era que pensaba reunirse pronto con su esposo. Y esta idea me llenó de tristeza, volviéndoseme á mí el paso cada vez más lento y el ánimo más apesadumbrado.

El pórtico del hotel parecía una hoguera por lo profusamente iluminado.

Se hallaban en las puertas muchos porteros y "dvonniks" lujosamente ataviados, que aguardaban la llegada de los numerosos pasajeros de primera clase que llegaban por el mismo tren que nosotros; pues, por lo general, se acostumbra pasar las dos horas de espera bajo aquel techo hospitalario. En la Rusia, nadie piensa en apurarse.

Al aproximarse á la entrada, noté que las miradas de Elena se lanzaban ansiosas en todas las direcciones, cual si buscara á alguien.

—Esperando al marido por cierto, dije yo entre mí.

Un momento después, un caballero embozado y encapotado como el ruso de la clase media, se nos aproximó por entre la multitud; pero, viendo que Elena apoyaba la mano en el brazo mío, se detuvo, me miró con aire desconfiado, murmuró algunas palabras rusas y se retiró.

Pero al hacerlo, noté en él un movimiento de prestidigitación, por el cual puso un papelito en la mano de la dama, quien, al parecer, la hubo extendido para recibir el recado.

—Noticias de Gaines, supongo, le dije. Comprendéis el idioma ruso, según parece.

—Tan sólo una que otra palabra, respondió, hojeando el fragmento de papel rápidamente.

Un momento más tarde, la ví estremecerse como si la hubiese acometido un ataque repentino de chucho, quizá por causa del crudo aire que nos circundaba, y (esto me parecía lo más probable), por alguna emoción interior todavía más cruda.

—¿Son malas las noticias? pregunté.

—Sí, y son de Ricardo, tartamudeó, entrechocando los dientes. Llevadme al hotel pronto: hace mucho frío aquí. Me siento helada.

Más asombrado cada vez, la llevé adentro, donde se hallaba una gran estufa de porcelana, que difundía un grato calor.

Pero lo que estuve por aproximarla allí, me sorprendió todavía más.

Antes de llegar á aquel cálido ambiente, se repuso de aquel estremecimiento repentino, y soltándome el brazo, se acercó al "bureau" del hotel. Llegada allí, alzando la voz á manera de hacerse oir de toda la concurrencia, preguntó con la mayor serenidad si había cartas para la señora de Lenox.

Y al recibir una contestación negativa, agregó inmediatamente:

—Un salón reservado y cena para dos personas.

Hecho esto, se volvió hacia mí, preguntando con su vocecita infantil:

—¿Supongo que eso te convendrá, Arturo?

Y subió rápidamente la escalera.

Yo la seguí precipitadamente para pedirle una explicación sobre el raro hecho de que la señora Gaines esperara cartas en Wilna dirigidas á mi esposa.

El atento mayordomo pasó á nuestro lado como una exhalación, y abrió de par en par las puertas de un suntuoso salón

En la Rusia, se supone que todo americano es un ricachón, de manera que nos dan todo lo mejor.

—Las órdenes del señor "Barón," preguntó el hostelero, saludando hasta el mismo suelo.

De acuerdo con la indicación de mi compañera de viaje, le dije: "Deseo que me traigan la mejor cena disponible y al momento."

Me presentó el menú y la lista de vinos, y mientras yo elegía, la señora de Gaines arrojó la shuba y el turbante en una silla.

En cuanto se hubo retirado el sirviente, dirigíme á mi bella enigma con aire muy formal:

—¿Por qué pedísteis las cartas que viniesen dirigidas á mi esposa?

—¿Que yo las pedí? preguntó con tono inseguro.

—¿Qué, acaso lo habéis olvidado?

—Tal vez lo haya hecho, repuso la joven aparentemente muy nerviosa, quitándose los guantes y arrojándolos encima del tapado. Quedé tan sorprendida y alarmada al imponerme de las noticias que me trajo aquel hombre, un empleado de Ricardo, que no sé lo que habré hecho.

—¿Habéis tenido alguna mala nueva de vuestro marido? pregunté con alguna inquietud, porque los veinte años de separación no habían borrado enteramente el cariño que me había ligado á mi antiguo camarada.

—¡Calláos, por Dios, que no os oigan! Aquel título de marido mío lo tenéis vos aquí. Acercáos.

Un momento después, agregó nerviosa y atemorizada:

—Esto es terrible..... terrible..... atroz.

—¿Qué es atroz? le pregunté, sentándome á su lado en el sofá, porque aquellos pardos ojos se arrasaban en lágrimas, y el corazón latía desesperadamente bajo el corselete de seda que oprimía su torneado busto. Y á fe mía, ¡que no es poco lo que el histérico de la mujer bonita conmueve este corazón de viejo militar!

—El..... él ha seguido viaje para San Petersburgo, dijo la dama con voz entrecortada. Partió ayer por causa de un asunto urgente..... ¡Y yo aquí sola!..... decidme, Arturo, por favor, ¿qué debo hacer? Y vertieron esos divinos ojos un raudal de perlas.

—Dejáos aconsejar por uno que, como yo, conoce bien el mundo, murmuré, lleno de entusiasmo.

—¡Que Dios os lo pague, Arturo! sollozó mi compañera. Y entonces ¡ay! entonces sentí latir su corazón muy próximo al mío; el cabello perfumado me inundaba el hombro, y la joven se entregó á un llanto desgarrador.

—Calmáos, calmáos, dije yo, desesperado; porque es indudable que los ataques de nervios de las damas, por encantadoras que sean, no dejan de teñer sus inconvenientes.

—No....no lo puedo remediar, murmuró Elena. Tengo que desahogarme. Y vos, Arturo, ¡sois tan bueno conmigo! Cuando os separéis de mí, quedaré sin pasaporte. Mi equipaje todo está dirigido á San Petersburgo.... se entrará en averiguaciones.... seré tal vez detenida por la policía.... y vos... de vos mismo se sospechará.

—Habéis oído lo que decía Petroff acerca de los pasaportes falsos. Y es todo por culpa mía, por causa de mi aturdimiento que os halléis en este duro aprieto. ¡Y los periódicos! ¡Ricardo vendrá á saber todo!

El estremecimiento nervioso que se apoderó de Elena al hablar así, se me comunicó á mí también. ¡Santos cielos! si este episodio viera la luz en los periódicos, "mi legítima" también vendría á saber todo.

—¿Qué... qué haré? volvió á preguntar la atribulada joven todo temblorosa.

—¿Qué debéis hacer? exclamé animado de una súbita inspiración. Lo que debéis hacer, es seguir conmigo hasta San Petersburgo, para encontrarnos con Ricardo.

—¡Por cierto! Ya veis si seré aturdida que ni se me había ocurrido semejante cosa. Ya tengo el boleto. ¡Oh, Arturo, cuánto desprendimiento, cuánta viveza y bondad habéis demostrado en este asunto!

Y lanzando un suspiro de desahogo, cual paloma fatigada, dejó caer la bella cabeza encima de mi pecho varonil; mientras yo, lleno de embeleso, le rodeaba con el brazo la cintura flexible, cual la de una náyade y como la de Venus misma seductura.

—¡Anímate, hijita mía! le dije entonces, no porque fuera verdaderamente tan chiquilina; pero sirviendo en España bajo don Carlos, me había acostumbrado á usar diminutivos para con las mujeres, como hacían los demás Carlistas. Cesa tu llanto, alégrate. El mozo vendrá dentro de un momento con el té.

Mis consuelos infundieron nuevo aliento en Elena. Se incorporó, notó que un brazo adano circundaba su talle, y, cubierto el rostro de súbito carmín, se levantó bruscamente del asiento, exclamando casi alegremente:

—Qué excelente idea la vuestra!.... Dentro de veinte horas más nos hallaremos en San Petersburgo.... Una vez allí, vos os pondréis en busca de mi marido, dejándome en el Hotel de Europa; y figuráos cuánto nos reiremos contándole nuestras aventuras. Indudablemente, Arturo, sois un genio, y un genio del bien.

Y la cándida niña, rebosando de alegría infantil, se puso á bailar de un extremo al otro del salón, mientras el mozo del hotel servía una comida de la cual Lúculo mismo no se hubiera podido quejar.

Dentro de un momento, comenzó Elena á comer con el apetito de una criatura, lo que me agradó sobre manera. Así daba la prueba de la entera confianza que le

infundía mi profundo conocimiento del mundo, y que nadie mejor que yo sabría traer esta aventura á buen fin.

Pero, á medida que ella seguía riéndose, charlando y comiendo, yo me puse á meditar. Estaba confundido por las muchas dificultades de nuestra situación; y, dejando los manjares á un lado me dediqué á los vinos, volviéndome cada vez más tristón, mohino y apesadumbrado.

Al ver esto Elena, se aprovechó de la momentánea ausencia del mozo para decirme con una graciosa mueca de desagrado:

—¡Qué displicente os habéis puesto al saber que me tendréis á vuestro cargo algunas horas más.

Y me lanzó una mirada disgustada.

—No es eso lo que me preocupa; es el "después", repuse.

Figuráos que vengan los Weletsky á recibirme en la estación y os encuentren apoyada en mi brazo. Figuráos, ¡justo cielo! que hayan telegrafiado á mi hija, avisándole de mi próxima llegada, y que se encuentre ella también allí aguardándome.

—¿No os parece difícil que ella os tome por su madre, á pesar de que todos los empleados del ferrocarril os consideren como mi mujer?

—Vuestra hija se halla en Rjasen, observó la señora.

—Seguramente.

—Y vos, sólo habéis telegrafiado hoy de Eydtkuknen.

—Por cierto.

—Luego no existe posibilidad ninguna de que vuestra hija tenga aviso de vuestra llegada á tiempo para recibiros en San Petersburgo.

—Por seros desconocida la Rusia, habláis en tono muy seguro, no pude menos que observar.

—Tengo sobrado motivo para estar segura.... exclamó con ímpetu. Pero cambió de tono instantáneamente y continuó conmovida:

—....Para estar segura de lo mucho que os pesa haberme socorrido.

—No digáis eso, repuse. Pero esta cuestión de pasaporte falso... Y por poco no lanzó un gemido.

Muy pálido se puso el semblante de Elena al murmurar:

—Vais á abandonarme.... á dejarme aquí sola. ¿Vos... Arturo... "vos?"...

Y trémula y vacilante, me agarró la mano y la acarició con una muda elocuencia que me puso tan ancho como un indio norte americano que se ha acaparado la cabellera de su enmigo.

—¡Jamás!... exclamé. Sabed, niña aturdida, que sólo hablé de las dificultades que nos circundan, para que vos, en vuestra inocencia, no las ignoréis y por tal de enseñaros á ser más discreta.

—¿Discreta? dijo Elena con una formalidad que no había esperado de su parte. Seré la discreción personificada.

—Y en cuanto á vos, señor, agregó con su vivacidad habitual, os prohibo absolutamente beber más vino hoy. Y si hacéis caso omiso de mi advertencia, me divorciaré de vos.

Y levantó un dedo por vía de amenaza, contemplándome con unos ojos risueños que me embriagaban mucho más que la champaña que había bebido.

Traté, pues, de desechar todo temor, y acabamos de cenar muy alegremente.

Pero el tic-tac del reloj que se hallaba en la chimenea me advirtió que el tiempo pasaba fugaz.

Llamé, pues, al mozo, pagué la cuenta y arrojé un par de rublos al atento sirviente.

Al notar esto, la señora Gaines me entregó silenciosamente su cartera.

—¿Para qué es esto? pregunté con extrañeza.

—Para sufragar los gastos míos, contestó la joven al momento. La esposa de Ricardo Gaines debe pagar sus deudas.

Pero la señora Lenox.... observé.

—Las pagará también, contestó Elena á media voz. No me neguéis este favor, os lo suplico. Dios mío, ¿acaso no me hallo yo en situación bastante fastidiosa ya, para que vois no me hagáis sonrojar cada vez que os veo abrir vuestra cartera? Tomad estos billetes. Debéis hacerlo, tendréis que hacerlo. Si no queréis aceptar todo, tomad siquiera algo.

Y metiéndome en la mano una cantidad de billetes de banco, agregó:

—Ahora, os podré invitar á almorzar conmigo mañana, con la conciencia tranquila.

Dicho esto, nos dispusimos para partir.

—¿Os pesa el no haberos separado de mí en Wilna?.... preguntó mi protegida, con picarezca sonrisa, agregando en seguida:

—Cuidado, Arturo: el mozo nos observa. Sois demasiado atento para ser un marido verdadero.

Esta observación la hizo, porque yo la estaba arropando en su manto con un cuidado tierno y galante que no se asemejaba mucho á la "nonchalance" de un casado.

Poco después, apoyada ella en mi brazo, bajamos la escalera y penetramos por entre la multitud de gente curiosa que contemplaban embelesados á la bella "Barina Americansky."

Iba á salir del hotel, cuando uno de los empleados me detuvo.

—Dispensad la molestia, coronel Lenox, me dijo; ¿pero queréis tener la bondad de firmar este papel y presentarme vuestro pasaporte? Es una pura formalidad, pero hay que obedecer las instrucciones que recibimos de la policía.

No me quedó más recurso que escribir en el libro del hotel: "Coronel Arturo Lenox y señora," otro recuerdo fatal para si alguna vez mi mala estrella hacía que mi legítima tropezara con aquellas páginas.

Al dirigirse el empleado á mí, Elena me había agarrado del brazo, llena de sobresalto; pero al verme firmar, mirando por encima de mi hombro, observó al empleado:

—¡Ah! ¡estos pasaportes! ¡Hemos tenido que exhibir tantas veces los nuestros, que se está gastando el papel!

Volvióseme á prender del brazo la bella niña, y al internarnos en las sombras de la noche, camino á la estación del ferrocarril, se me aproximaba cada vez con más cariño, murmurando:

—¡Me asusto cada vez que nos piden ese detestable pasaporte! Y vos, que sois un verdadero hombre de mundo, ¡cuánta bondad dego

plegáis al haceros cargo de una niña incauta como yo!

Creí imprudente pasar por alto este cumplido, contentándome con retorcerme el bigote negro como el azabache (gracias á una preparación que en Oriente obtuve de Alí Kahn, un barbero alejandrino, cuando estuve al servicio del Khedive de Egipto;) pero el hombre de mundo que tenía dentro, meditaba profundamente.

Dentro de un rato, nos hallamos denuevo en el tren. Entramos en nuestro compartimento, la señora de Ricardo se dejó caer en el mullido asiento con un suspiro á la vez de contento y de fatiga.

Las emociones que nos había proporcionado esta nuestra corta estadía en Wilna, parecían haber surtido desastroso efecto en el sistema nervioso de mi compañera.

Saqué el reloj: faltaba aún un cuarto de hora para nuestra partida.

El aire frío entraba en el salón, dando de lleno en el rostro de Elena. Me apresuré á cerrar la puerta.

—Tantas gracias, dijo con aire indiferente. Estoy muy fatigada. ¿Queréis hacerme el servicio de colgar mi sombrero en la percha? ¡Ave María! ¡os molestáis demasiado! exclamó al ver que yo trataba de sacarle la shuba de pieles con la exquisita ternura.

—¿Puedo hacer algo más por vos? Estáis tan fatigada, dije, lo que ya libre de sus tapados, volvió á inclinarse en su asiento, tan lánguida é indiferente, que me hizo recordar la seductora Dudú de Byron:

"Tan suave, tan languida é indo-
(lente,
De verla sólo os volveríais demen-
(te.

Mis zapatos, dijo la dama. Me dí prisa á sacar de su balija de viaje dos pantuflas del gusto más artístico, y pasmado contemplaba aquella obra del arte francés, pintorescos, pequeñísimos, bronceados y bordados con todo el buen gusto y la elegancia francesa.

—¡Ouch! prorrunpió la bella repentinamente, al verme hincado delante de sus adorables piecicitos, tan pequeños, que estos zapatitos liliputienses los contenían perfectamente.

Luego me ocupé de desatar los cordones de las botitas polacas de mi fatigada protegida, con toda la destreza de una doncella, y exquisita cortesía de antaño que sé desplegar cuando quiero.

Se resistió languidamente, al principio, á que llevara á cabo su tarea; pero por fin aceptó mis buenos oficios, y yo, con el majestuoso aire de un marqués del antiguo régime, le saqué las botitas, sustituyéndolas por los zapatos que, aunque tan exiguos, parecían ser muy grandes para aquellas monaditas de alto aristocrático empeine.

Pero al hacerlo, ¡ay de mí! estos ojos embelesados obtuvieron un vistazo de dos admirables tobillos, cubiertos de medias lustrosas de seda, y toda la sangre se me agolpó á las sienes.

—¿Qué diría de esto Ricardo? exclamé con una risotada idiota.

Y en aquel momento el maldito ruido que hacía alguien que llamaba á la puerta, sonó en mis

oídos como fatídico trueno y dió fin á mi momentáneo devaneo.

Al abrir la puerta, noté que Elena se había levantado bruscamente, llenos de miedo sus ojos de ciervo.

El conductor del tren se hallaba en la puerta, con el galoneado gorro en la mano.

—¿Me perdonará el señor haberlo molestado?

Hice un gesto de asentímiento.

—Siento mucho tener que pediros un favor. El tren está lleno de gente.....

—¿Cual es el servicio que desea? murmuré, y la voz se me había puesto hueca.

—La princesa Palitzín y su cuñada han venido de Varsovia, y están en este tren. Vuestra señoría tiene el único compartimiento espacioso, continuó con sonrisa respetuosa. Y si se dignara permitir que las dos damas se instalasen aquí, se encontrará fácilmente algún otro compartimiento donde estaríais igualmente cómodo.

—¡Que se vaya la prencisa á... quién sabe dónde!.... estuve á punto de decir en un arranque de ira, cuando la señora Gaines, con una sonrisa llena de amabilidad que encantó al empleado, dijo con tono alegre y contento:

—Indudablemente, señor.

El conductor no supo cómo expresar su reconocimiento.

—Si supierais lo que me pesa el verme obligado á molestar á un amigo del coronel Petroff....

—No os afligáis, interrumpió Elena. Segura estoy de que haréis lo posible por.... mi pobre marido desterrado.

Las últimas palabras las pronunció con picaresco énfasis.

El empleado, saludándonos, se retiró.

Al ver mi cara compungida, mi compañera se echó á reir.

—Mi buen Arturo, me dijo al oído, ¿no veis que es esta una circunstancia de las más felices para nosotros? Yendo en compañía de estas dos ilustres damas, ¿quién se atrevería á entrar en averiguaciones respecto de nuestra posición ó de nuestro pasaporte?

En aquel momento regresó el conductor y llevó el equipaje mío á otro compartimiento al lado del nuestro, donde un caballero se disponía á retirarse. Para evitar todo comentario, dejé para Elena mis novelas francesas y varias otras nimiedades.

Las dos princesas entraron luego.

Era evidente que el empleado les había impuesto de nuestra espontánea urbanidad, porque desde luego manifestaron á Elena el más vivo reconocimiento, expresándose en el lenguaje de su patria.

La señora Gaines, muy vivaz y alegre, se sonrió, y contestó en francés:

—Dispensadme, pero no comprendo el ruso.

La gran señora inmediatamente pasó á usar el idioma galo, mostrándose también conmigo muy agradecida.

Yo le respondí con cortesía, pero rabiaba interiormente.

Sin embargo, comprendí que mi marcial apostura y caballerosidad habían impresionado vivamente á

la princesa y á su encantadora compañera.

Era la princesa una dama hermosa y de majestuoso continente, y la otra una niña de unos diez y ocho abriles, muy fresca y linda y con toda aquella exquisita amabilidad que distingue á la rusa bien nacida.

—¿Sois norteamericano? preguntó la señora mayor.

Asentí por medio de un gesto.

—¿Y la señora?

Elena se sonrió é inclinó la cabeza.

—Os dejaré ahora, dije con voz ronca de despecho.

Y tan displicente le pareció á Elena, que se puso á reir, y, quizá arrepentida de su crueldad conmigo, me siguió, diciendo con su vocecita juvenil:

—No estés tan disgustado, mi querido Arturo.... ¡buenas noches!

—Buenas noches, contesté. Y apoderándose de mí una repentina tentación, me apoveché de la oportunidad para imprimir un ósculo tierno y ardiente en aquellos labios de coral, y entonces... ¡era de verse el rubor de esa traviesa carita!

La mayor de nuestras dos huéspedes dijo algunas palabras en ruso á su cuñada, y ésta se echó á reir, lo que acentuó todavía más los sonrojos de mi pseudo-esposa.

Entonces me retiré, pero aquel beso me había puesto fuera de juicio.

Al dejarme caer en los almohadones, Satanás, que se me había acomodado muy sí señor en el hombre, me decía quedito al oído: "Elena es por demás hermosa. ¿Por qué no te aprovechas de la ocasión que se te presenta?"

Pero el honor me detenía. ¿Acaso influía en mi ánimo el recuerdo de dos queridos ojos azules que, ansiosos, espiaban mi regreso á París?.... ¿Aquellos ojos que había olvidado momentáneamente por causa de los encantos y hechizos de mi protegida?

No, señor, "no" era eso. Era que se me aparecía la figura de Ricardo Gaines con el uniforme de cadete que vestía hace veinte años en West-Point, y se despertaba en mí el sentimiento de lealtad que debía usar para con mi antiguo camarada. ¡Ay de mí! ¡qué somos nosotros los hombres de mundo!

Mis meditaciones fueron interrumpidas por una observación que se me dirigió en el inglés más correcto, pero con un acento peculiar, medio ruso y medio alemán.

—¿El señor es norteamericano?

Alcé los ojos y me dí cuenta de que el que me acababa de hablar era un compañero de viaje, hombrecito rechoncho, de cara de pronunciado tipo alemán, unos ojos de tártaro, muy pequeños y penetrantes, bigote francés, y en estado de plena barbarie en cuanto á cabellera.

Vestía bien, pero sin ostentación, y parecía frisar en los sesenta, aunque es probable que no haya tenido más de cuarenta y cinco ó cincuenta años; pero las antiparras azules que llevaba puestas, le ocultaban los ojos y le envejecían mucho.

Lo que más notable tenía ese hombre, era la voz, suave, melodiosa y persuasiva.

Contesté con mucha política á la pregunta que me había dirigido, agregando con la modestia que nos distingue á nosotros los americanos, que hube sido en mis tiempos oficial del ejército de los Estados Unidos y de los ejércitos de varios otros países también.

—¿Y sois de la relación de la princesa Palitzín? preguntó continuando inmediatamente con cierta inflexión envidiosa: los americanos entran en toda la mejor sociedad europea.

Esta observación me resintió un tanto, y, con el deseo de enseñar los buenos modales á este desconocido, repuse:

—Vengo á visitar á la familia Weletsky; mi hija casó con Basilio, el hermano menor de Constantino. Mi yerno fué uno de los héroes de Plewna y murió en el Japón.

—¡Ah! ¿soi parientes de los Weletsky?

Se conocía que me estimaba mucho más ahora, y con razón, puesto que acababa de nombrar una de las familias más antiguas y aristocráticas de la Rusia.

—Pertenecéis á una grande nación, continuó. Y comenzó á hacerme muchas preguntas curiosas, pero sensatas, acerca de mi país; y bien pronto nos hallamos ocupados en una conversación amistosa y hasta íntima, fumando dos buenos cigarros.

Yo le conté una ó dos de mis aventuras de militar entre los Indios, y el me dejó pasmado relatándome un par de anécdotas muy raras acerca de unos jóvenes neoyorkinos que acababan de visitar á San Petersburgo.

Al oírlas, no pude menos que abrir desmesuradamente los ojos.

Momentos después, al retirarme, mi compañero me dijo:

—Quizá tenga que bajarme del tren antes de que os despertéis; pero si puedo seros útil en algo, estoy á vuestras órdenes, coronel Lenox. Y me entregó la siguiente:

Barón Friedrich

CAPITULO V.

LA BELLA AMERICANA.

Era ya de día cuando me desperté, y el "muojik" llamaba á la puerta para anunciarme que el almuerzo estaba servido.

Al levantarme, traté de ponerme á la altura de las responsabilidades que me acarrearía otro nuevo día en la Rusia.

Mientras me vestía, el guardatren entró para hechar un vistazo á los boletos; y me impuso de los altisonantes títulos de las princesas Palitzín.

Una de ellas era esposa, la otra hermana del gobernador general de Polonia.

Se mostró muy atento conmigo é iba á retirarse, cuando oí la voz de mi compañero de la noche anterior.

Este caballero no se había ba-

jado del tren como pensaba haber hecho, puesto que se hallaba sentado en mitad del compartimiento, ocupándose de su "toilette," que era modelo de sencillez, pues sólo se había quitado el paletot y el chaleco.

—Deseo una palabra contigo, dijo secamente al guardatren.

—Sí, vuestra excelencia, respondió aquél con un saludo respetuoso.

—Por lo visto no has caído en cuenta de quién soy yo, dijo mi compañero con voz iracunda, ó te habrías cuidado bien de fijarte en todos los reglamentos del ferrocarril. ¡Acércate, bestia, animal, perro infame! ¡quiero decirte algo al oído! Y agarrando de la oreja al autócrata del convoy, le dijo algunas palabras en voz baja.

Al oirlas, se demudó el semblante del guarda-tren, se puso lívido, y las rodillas se le doblaron. Se arrastró de la manera más servil á los pies de mi compañero de viaje, que le contemplaba con el labio contraído por una sonrisa de desprecio.

—Sí, vuestra excelencia, vuestra ilustre alteza.... perdonad á vuestro humilde esclavo.... ¡Perdonadle!....

—¡Basta de ceremonias! y atiende lo que te digo.... vete y ordena que me sirvan un almuerzo en el restaurant para mí y para este señor, mi amigo norteamericano, quien espero aceptará mi hospitalidad. Y me indicó, sonriéndome de modo amistoso.

El empleado del ferrocarril se retiró con todo género de saludos serviles.

Quedé muy impresionado por el efecto que la comunicación del barón Friedrich había producido en aquel hombre, y me apresuré á aceptar la invitación con que me obsequiaba.

Luego que nos bajamos y sentimos el aire penetrante y eléctrico, empecé á gozar verdaderamente de las escenas nuevas y extrañas que me rodeaban.

Mis nervios y mi mente habían descansado ya de las emociones agitadas, pero agradables del día anterior.

Entré en la estación y mandé que se llevara un almuerzo delicado á mi esposa; y recibí recado de esa seductora dama, agradeciéndome la atención y advirtiéndome que, más tarde, nos volveríamos á ver.

Fué la doncella de una de las damas Palitzin que me trajo este recado, porque estas grandes señoras oficiales no eran muy madrugadoras que digamos, y la criada se ocupó de prepararles el almuerzo.

Una vez que hube cumplido con la señora Gaines, el borón Friedrich y yo nos sentamos á la mesa y empezamos á almorzar.

Al sólo recuerdo de aquella opípar colación, se me hace agua la boca todavía.

Se nos brindó con los manjares más ricos de la estación.

Las truchas venían de Gatschina, las perdices de Finlandia, el jamón era de un jabalí de Westfalia.

Bebimos Johannisberg imperial, y en cuanto á los cigarros.... ni en Cuba mismo había fumado mejores.

Una colación como aquella en-

gendra la amistad entre los hombres y el amor entre las mujeres.

Nuestra conversación, que se limitó al principio á algunas observaciones triviales, por último llegó á ser de carácter más íntimo.

Hablábamos con toda la libertad de los amigos antiguos, y me asombró el sumo y profundo conocimiento de los negocios, de la estatura y los asuntos sociales que demostraba mi compañero.

Sólo una vez estuve por tratar de la política, cuando el barón intervino diciendo:

—En este país, es más prudente no permitirse comentario alguno sobre el Gobierno. ¡Cuanto más se medita sobre este punto, menos se dice!

—Pero yo sólo trataba de la política americana, exclamé. ¿Qué tiene que ver la elevada tarifa de los Estados Unidos con el gobierno del czar?

—Tal vez nada.... tal vez algo.... contestó Friedrich; pero no habléis de eso ni en la voz más baja. ¡Podréis acordaros de ello en sueños, si os place, pero cuidado con hablar durante el sueño!

Seguid mis consejos, y tened siempre presente que, en este país, todo crimen social es leve... (aquí se sonrió maliciosamente) comparado con un crimen político.

Me sorprendió mucho el tono autoritario con que hablaba, pero me asombraron más todavía las serviles atenciones de que nos hacía objeto el dueño del hotel.

Dos ó tres veces ya se nos había aparecido durante el almuerzo; pero cuando nos vió dirigirnos á la plataforma, se puso á hacer mil cortesías y reverencias.

Luego, besándole la mano á mi compañero, le preguntó si la colación había sido del agrado de su altísima nobleza.

—¿Y acaso se le permitiría mandar poner en el tren un buen canasto de comestibles para nosotros, ó siquiera un cajón de cigarros y un poco de champaña?

Después de mucho hacerse del rogar, el barón se dignó aceptar los cigarros, y el hotelero se retiró saludando hasta el suelo.

Luego mi compañero me dijo:

—Había pensado bajarme en Dunaberg antes de que vois os hubieseis despertado, pero á causa de algunos informes que acabo de recibir, seguiré viaje hasta San Petersburgo. Por ahora, me perdonaréis que os deje; tengo pendientes varios asuntos que reclaman mi presencia inmediatamente, antes de que parta el tren.

El barón me saludó amablemente y se alejó de mí. Yo quedé lo más perplejo y con la mayor curiosidad por saber quién era este hombrecillo mitad alemán, una cuarta parte tártaro y la otra cuarta parte francés, para que los empleados del ferrocarril se inclinasen delante de él como si fuera un Dios bajado á la tierra.

Por fin, supuse que sería el director de la línea férrea, que se ocupaba de hacer un viaje de inspección.

La aureola que le circundaba parecía, en parte, recaída sobre mi cabeza; pues, mientras me paseaba por la estación, todos los que nos habían visto juntos me miraron con el mayor respeto.

Esta estación no se diferenciaba en nada de las demás estaciones de Rusia.

Había un restaurant por el estilo francés, una iglesia griega de blancas paredes y cúpula colosal. Cuatro cúpulas de menor tamaño, una en cada esquina; chozas de madera, casitas hechas de troncos de árbol, y una multitud de aldeanos y viajeros encapotados y con gruesas botas y cubiertos de pieles.

Además, se veían numerosos centinelas de casaca gris y gorro de astracán; y los cañones de sus fusiles y las bayonetas que llevaban, brillaban en el claro sol de otoño. Les completaban el traje los sables de aspecto formidable que llevaban ajustados por medio de correas diagonales de cuero negro.

Y á fe que sería difícil encontrar un grupo más apuesto que el que formaban aquellos fornidos mocetones de azules ojos y rubia cabellera.

Mientras me paseaba por la plataforma, gocé de veras del cigarro que fumaba después del almuerzo.

Es indudable que en la Rusia se obtienen los mejores cigarros, y los vinos más exquisitos, y los del barón Friedrich eran deliciosos.

Mientras fumaba meditaba, y meditando me puse alegre y contento.

El buen almuerzo de que acababa de participar, el sol brillante y el aire fresco, todo se reunía para alentarme el ánimo.

Arribé á la conclusión de que este asunto de la señora Gaines no me incomodaba absolutamente.

En cuanto llegáramos á San Petersburgo, la llevaría á un hotel; luego encontraría á mi amigo Ricardo, y le explicaría la ingrata situación en que se había hallado su señora cuando me encontré con ella, y lo mucho que yo había hecho por ayudarla.

Entonces me apresuraría á contar mi aventura al ministro norteamericano ó al secretario de la legación.

Probablemente éste se mostraría un tanto incrédulo, quizá se sonreiría con intención alguna vez que la encontrara á Elena en cualquier parte, ó lanzaría miradas compasivas á Gaines cuando fuese á buscar su correspondencia, pero, seguramente, haría lo posible para dejarme bien parado con la policía rusa.

¡Los americanos son tan excéntricos!

Se creería que yo me había dejado seducir de pura ignorancia y por amor á la seductora dama, y la ofensa que había cometido contraviniendo la ley de pasaportes se les haría muy leve.

A medida que me iba convenciendo de todo esto, el día me parecía más y más hermoso.

En aquel instante, alguien interrumpió mi paseo á lo largo del convoy, diciendo:

—Arturo, tantas gracias por el delicado almuerzo que me enviaste y..... buenos días.

Alzando los ojos, ví una manecita muy blanca cargada de alhajas que centelleaban al sol, la que me daba una palmadita en la espalda.

Por toda contestación besé la mano consabida, y un momento después surgió en la abierta ventana la traviesa carita de Elena.

—Esperad un momento, dijo, porque deseo acompañaros en vuestro paseo esta mañana.

Y bajó á la plataforma, más fresca, más elegante, más irresistible todavía que el día anterior.

—¡Qué bueno eres, Arturo, y qué deliciosos los manjares que me habéis enviado! ¡No, no me contestéis de esa manera! exclamó, porque yo seguía representando el papel de esposo cariñoso en su rosada mejilla.

Luego puso la mano bajo mi brazo y acomodó el paso á mis trancazos militares.

La impuse entonces de mis intenciones para cuando llegáramos á la capital, y le pregunté á dónde desearía hospedarse.

—En el hotel de Europa, contestó sin titubear. ¿Pero sabéis, continuó en voz baja, que los Welestky vendrán á saber irremisiblemente lo que nos pasa?

—¿Y por qué? pregunté azorado, ¿por qué vendrían á saber?

—Porque las princesas Palitzín son las amigas más íntimas de vuestros parientes rusos.

—¿Intimas de los Welestky? exclamé todo estremecido.

—¡Cómo no! La más joven, Dozia, está comprometida con Sacha, sobrino de Constantino Welestky.

—¿Sacha? ¡qué nombre tan particular!

—No tiene nada de particular es el diminutivo de Alejandro.

—¡Cuán poco sabéis de la Rusia! prosiguió ingenuamente.

—¡Y vos sabéis tanto! respondí.

Por un momento, Elena mostróse un tanto turbada, pero en seguida contestó con un gracioso mohín de desagrado:

—Deberíais enorgulleceros de vuestra mujercita, en vez de regañarla. Las Palitzín se han enamorado de mí.

—¡Dios mío! ¿Las habéis hechizado como á mí?..... pregunté con tono tan azorado, que á Elena poco le faltó para desternillarse de risa.

—Pues lo que es á mí, señora, no me parece ser muy risible nuestra situación, refunfuñé en tono tan desapacible, como me era dado usar con la graciosa criatura que se me apoyaba en el brazo de una manera muy propia de la luna de miel. Y esa actitud de su parte me llenaba de orgullo, preciso es confesarlo.

—No me reía de nuestra situación, mi "soberano," Fué vuestra ingenua franqueza la que tanto me divertía. ¿Convenís, entonces, en que os hechicé?

—Como acostumbráis hacer con todos, contesté.

Efectivamente, con sólo echar una mirada en torno nuestro, se probaba la verdad de mi aserto.

Elena poseía aquella belleza especial que subyuga á todo hombre que la contempla, y todos se volvían hacia ella para admirar sus brillantes atractivos y graciosísimo andar.

Los paisanos torpes y estúpidos la contemplaban boquiabiertos; los mozos del hotel se olvidaban de sus deberes por tal de mirarla: aun mi desprendido compañero de la noche antes, al subir la plataforma para ocupar su puesto en el tren, le lanzó una mirada de admiración por entre las azules antiparras que cubrían sus pequeños ojillos, me saludó con la mano y contemplóme envidioso.

Luego que hubo desaparecido, la señora Gaines me preguntó con indiferencia quién era aquel caballero.

—Lo ignoro, repuse; pero me ha obsequiado esta mañana con un al-

muerzo como no lo he probado nunca.

Las serviles atenciones de que le hacen objeto los empleados de ferrocarril, me inducen á creer que mi nuevo amigo es el director de la línea, ó quizá uno de los más fuertes accionistas.

—¿Y no sabéis que todos los ferrocarriles rusos pertenecen al gobierno, mi ignorante hijo de Marte? preguntó la joven con sonrisita burlona. Pero acaba de sonar la campana.

—Es verdad.

—Luego, no puede ser el director de la línea, contestó, y la ayudé á subir al coche. Parada en los escalones, tenía el rostro vuelto hacia mí.

—Sin embargo, continué, el tal caballero no deja de ser algún gran personaje. Es todo un barón..... el barón Friedrich.

Al pronunciar el nombre de mi nuevo amigo, resbaló el pie de Elena, y se cayó en mis brazos, abiertos siempre para recibir fardos de ese género.

—¿Qué os pasa? pregunté.

—Nada..... un vahído pasajero: siento la cabeza un tanto congestionada.

Esta explicación no me dejó muy satisfecho, porque la notaba muy pálida á mi compañera.

Sin embargo, volví á ayudarla á subir, y reponiéndose ella un tanto y esforzándose por sonreir, observó:

—¿Supongo que vos y el barón habréis trabado relación muy íntima mientras almorzabais?

—Indudablemente.

—Entonces (y se apoyó contra el coche) ¿quizás le hayáis contado esta aventura nuestra?

—No tal, señora. Yo no cuento nada que pueda comprometer á una dama.

—Gracias tantas, murmuró, con la voz un poco entrecortada. Yo..... yo me hallo mejor ahora. Dejadme, os ruego, porque quiero meditar sobre algún medio de explicar nuestra situación á la familia Welestky.

La acompañé hasta la puerta del compartimiento donde se hallaban las damas Palitzín.

Al llegar allí, se detuvo repentinamente.

—Cuidado con ser muy expansivo con vuestro nuevo amigo, me dijo al oído.

—Supongo que al obsequiaros del modo que lo ha hecho, no habrá tenido más motivo que el de relacionarse con las princesas. Se comprende que no deja de ser un burgués que daría la cabeza por tal de poderles besar la mano á esas grandes señoras. Acordáos, Arturo, que no es muy inferior en la escala social y tratadle de la manera que le corresponde.

Dicho esto, se retiró Elena, y yo fuí á reunirme con el barón Friedrich.

Este se me mostró muy risueño, ofreciéndome desde luego un magnífico cigarro de los que le había regalado el hostelero.

Y el tren, con clamor de campanas y estridente silbato, partió otra vez camino á la capital de la Rusia.

El barón se hallaba muy ocupado revisando unos papeles, informes oficiales, según parecían, y yo me entretuve lo mejor que pude con un libro; pero me perseguía continuamente el recuerdo de la complicación Weletsky.

Las princesas Palitzín eran amigas íntimas de mis parientes rusos, y me habían encontrado en compañía de mi supuesta mujer. ¿Cómo explicaría yo este hecho extraordinario?

Pues bien; si la situación se volvía insostenible, no habría más remedio que hacer confesión plenaria de lo ocurrido á Constantino Weletsky, en la confianza de que sería él bastante hombre de mundo para ocultar á mi verdadera esposa una revelación que me perjudicaría á mí, y á ella le causaría mucha pena.

Mientras así reflexionaba, me interrumpió mi amigo el barón Friedrich, quien, alzando los ojos de los documentos que tenía delante, me preguntó vivamente:

—¿Habrán viajado muchas mujeres lindas en el tren que os trajo de Berlín?

—Ninguna tan linda como mi esposa, repliqué con ardor.

—¡Ah! aquí tenemos un maridito muy entusiasmado, dijo el barón riéndose; una verdadera "rara avis" en este mundo. Y vuestra hija que se casó con Basilio Welestky, ¿sería la entenada de la señora que acabo de ver con vos?

—No, es la hija.

—¿Y es abuela esa señora? preguntó con mucha sorpresa.

—Por cierto, contesté muy suelto de cuerpo: está casi igual hoy que cuando nos casamos. Cuando estaban juntas ella y mi hija, todas las suponían hermanas. Vos mismo incurriríais en el mismo error.

—¡Ah! ¿con que sí?..... replicó mi interlocutor. No se puede negar que la nación norteamericana es muy notable. Encuentro en vos un marido que sigue enamorado de su mujer después de veinte años de matrimonio, y en vuestra señora una abuela que parece una joven colegiala. Con tanta belleza y apariencia tan juvenil, comprendo qu el esposo siga siendo el enamorado novio..... ¿siempre?

En esta última palabra, pronunciada con marcada intención, entreví una pregunta disimulada, pero lo pasé por alto, y el barón volvió á ocuparse de sus documentos.

Al poco rato vino el guardatren á avisarme de que mi señora deseaba verme.

Acepté la invitación y entré en la primera división del compartimiento, donde Elena me recibió de la manera más encantadora, y las dos damas rusas me hicieron los saludos de regla, entablando luego conversación sobre motivos de la vida doméstica norteamericana.

Con el deseo de producir una impresión favorable, tomé la conversación por mi cuenta, y después de contar algunas anécdotas de mi vida de militar, y hacerles una descripción á la ligera de mis aventuras en el Egipto, la Turquía y la España, comprendí que había conseguido captarme la simpatía y la admiración de mis oyentes.

Así pasó el día hasta llegar á Pokroo, donde se hacía la última parada larga, y donde las princesas nos invitaron graciosamente á acompañarlas á la mesa.

No necesito decir que aceptamos la oferta.

El telégrafo había anticipado la noticia de la llegada de las dos ilustres damas, de modo que hicimos una entrada regia al comedor, recibiendo saludos y reverencias de todos los presentes, entre los que se contaba el barón de Friedrich.

Muy corta nos pareció la media hora que se nos acordaba para participar de nuestra colación tan agradable y social.

Las bellas moscovitas estaban muy versadas en la charla de los salones continentales, y mi supuesta esposa parecía estar tan impuesta como ellas de todas las noticias sociales.

Cuando después nos dirigíamos al tren, cuando yo conversaba con la princesa casada, mi esposa se prendió del brazo de la más joven y juntas pasearon por la plataforma. Era un hermoso grupo que atraía las miradas de todos los presentes, porque la princesa Dozia era toda una princesa rubia y contrastaba admirablemente con Elena, cuya hermosura era de un tipo más moreno y animado.

La esposa del gobernador general de Polonia contempló el cuadro con una sonrisa.

—¡Qué instinto especial tienen las señoras para formar grupos de ese género! me dijo.

El barón parecía también gozar con aquel espectáculo, pues sus azules antiparras seguían los movimientos de las dos jóvenes. Y lo que me pareció curioso, fué que cualquiera hubiese dicho que la señora Gaines iba y venía con el sólo fin de impresionarle, pues cada vez que se le aproximaba, adoptaba una actitud cada vez más íntima y cariñosa que antes para con la princesa Dozia.

—¡Canastos! dije yo para mis adentros, mientras una fuerte punzada me atravesaba el corazón; hasta á ese vejete ridículo lo trata de enamorar.

Y consiguió su intento, porque habiéndose retirado la princesa Palitzín, el barón me rogó me hiciera el honor de presentarle á mi señora.

Como es natural, no me fué posible negarme á cumplir con su pedido, de modo que lo llevé hasta donde se hallaba Elena, diciendo á ésta:

—Mi esposa, la señora Lenox; os presento el barón Friedrich.

Elena le recibió con la mayor cordialidad y le presentó á la joven que le acompañaba; pero la aristocrática princesita no le hizo más caso que si hubiese sido algún can que se hubiese rozado contra ella.

Después de sufrir los desprecios de la joven Dozia por algunos momentos, el barón se retiró.

Al estrechar la mano de mi supuesta esposa y saludándola con sus ojillos vivos y perspicaces fijos en su lindo rostro, murmuró: "Tan joven para ser abuela....." Y se fué, dejándola á la princesa muy entretenida con la turbación que en Elena había producido aquella observación, que no parecía ser muy de su agrado.

Partió el tren algunos minutos más tarde.

Al pasar por el coche donde estaba Elena, ésta me detuvo y me dijo en voz baja:

—No encuentro más que un medio de salir de este berenjenal en que nos vemos metidos. Cuando lleguemos á nuestro destino, me llevaréis á un hotel, me buscaréis á mi esposo y, si fuera indispensable, os doy permiso para sacrificarme un poquito en favor vuestro para con los Welestky. No veo más remedio que eso.

—Pero si después llegara á oídos de Ricardo..... objeté. El no ha de permitir bromas del género.....

—No os aflijáis por eso, contestó mi compañera, soltando la carcajada. ¡Ricardo está ya tan acostumbrado á ello!.....

Volvió rápidamente á entrar en su compartimiento, dejándome á mí con la boca abierta. El Ricardo Gaines de West-Point, mi amigo del año 1868, no hubiera tolerado bromas de ese género ni una sola vez, tratándose de la buena fama de la mujer que llamara esposa.

Al poco rato, cuando el barón y yo nos hallábamos á solas, entablamos conversación sobre asuntos generales; pero dos ó tres veces volvió á repetir sus alabanzas sobre la belleza y juventud de Elena, "tan raras en una señora que, según me dicen, ya tiene nieto."

Yo me hallaba bastante engreído por las distinciones de que se me hacía objeto, y, además, no hay duda de que la champaña que había bebido surtía efecto en mí, pues deseoso de darme humos, le conté á mi compañero que mi esposa era la señora Vanderbilt-Astor de Lenox, y pasé á hacerle una breve reseña de los cuatrocientos que constituyen la aristocracia neoyorkina.

Caía ya la noche cuando empezamos á divisar los arrabales de San Petersburgo, con sus magníficas quintas y jardines.

Nuestras ilustres amigas ya se disponían á bajar.

Ya se asomaba delante de nuestra vista, la gran cúpula dorada de la iglesia de San Isaac.

Penetramos por las espléndidas sinuosidades de Peterhof, en cuyas umbrosas selvas el autócrata imperial tantas veces había tratado de enamorar á las hermosas de su corte..... y casi nunca en vano.

Luego, rápidos como una exhalación, pasamos por la marmórea grandeza de Gatschina, dejamos atrás los sombríos cuarteles con sus amenazadoras fortificaciones, y con clamor de campanas y silbidos penetrantes de locomotora, el tren al fin entró bajo un inmenso techo abovedado.

¡Ya nos hallamos en la ciudad del Czar!

La plataforma estaba atestada de la muchedumbre que allí aguardaba la llegada de parientes ó amigos.

Vinieron varios mozos de cordel para encargarse de nuestro equipaje menudo.

Dí orden de que se mandaran nuestros baúles al Hotel de Europa, y en seguida ayudé á las dos damas rusas á descender del coche. Al momento fueron rodeadas de un grupo de amigos de ambos sexos, de aspecto sumamente distinguido, quienes se apresuraron á saludarlas efusivamentee.

Entonces volví para buscar á Elena, y, al momento de bajar, llamó, como siempre, la atención de todos los miembros del sexo feo que allí se hallaban.

Hice lo posible para escurrirme desapercibido por entre la multitud con mi hermosa cuan incómoda compañera, con dirección al hotel, pero fueron en vano mis esfuerzos, la princesa nos detuvo para presentar "la bella americana" á sus amistades.

—De todos modos, dijo, tendréis que relacionaros con ellos en breve, puesto que son amigos íntimos de los Welestky. Sólo me anticipo á haceros conocer á aquellos que trataréis más tarde como amigos.

Al momento de ser presentados, Elena fué rodeada de un grupo que,

con la hospitalidad que caracteriza á la raza eslava, la inundaba de las más cordiales invitaciones.

Noté que el barón Friedrich contemplaba con ojos de envidia esta escena de gran afecto, pues muchos de los caballeros gustaban lujosos uniformes. Por poderoso que fuera mi nuevo amigo para con los empleados de ferrocarril, la sociedad de la corte no le hacía caso, por lo visto.

Cambié unas cuantas frases con uno de los caballeros que me había sido presentado por la princesa, un capitán de caballería de la guardia, y volvíme para dar algunas órdenes en cuanto al equipaje, cuando ví aproximarse un caballero de aspecto distinguidísimo, seguido de un "chasseur" vestido de rico uniforme.

—¡Ah! Constantino, exclamó la princesa Palitzín, al saludarla el caballero. ¿Habéis venido á recibir á vuestros parientes?

—Seguramente, espero al coronel Lenox, contestó.

Era Welestky mismo que venía á recibirme. Semejante contratiempo me turbó terriblemente.

—¡Ahí lo tenéis delante! dijo la princesa muy risueña, indicándome á mí por medio de un gesto.

Y un momento más tarde, Constantino Welestky me abrazaba, dándome la bienvenida á San Petersburgo.

Yo me hallaba de tal modo confundido, que ignoro lo que habré dicho ó dejado de decir.

Dentro de un momento se encontraría con Elena. Se descubriría todo y se produciría un escándalo mayúsculo.

La miré á la que me había puesto en semejante situación y quise hacerle señas, pero se hallaba conversando tranquilamente con sus nuevas relaciones.

—Me daréis el recibo de vuestros equipajes, me dijo Welestky. Mi carruaje nos espera.

—Pero, señor, dijo la princesa con su melodiosa risita, os olvidáis del otro equipaje más encantador que posee este caballero: su esposa, la bella americana. ¿Por qué no la saludáis?

—¡Vuestra esposa Laura aquí! exclamó Constantino. ¿Y por qué no habernos avisado que la traíais contigo?

—Puse en el telegrama que llegaría esta tarde. Creía que no ignorábais que nunca voy á ninguna parte sin mi esposa.

Al contestarle de esta manera traté de sonreirme, pero sólo conseguí hacer una horrible morisqueta. Por fortuna, el galante ruso ya no tenía fija su atención en mí, porque se hallaba delante de mi supuesta esposa. Traté de presentarlos uno á otro, pero tenía la lengua trabada. Con gran contento mío, la princesa me ahorró el bochorno de presentar á esta aventurera como la madre de mi Margarita.

—Este honor lo reclamo para mí, dijo la dama. Permitidme, señora Lenox, que os presente. Constantino Welestky, chambelán del emperador, y niño mimado de todas las damas rusas.

El galante veterano besó la mano de la princesa con toda la exquisita cortesía de que hacían gala nuestros abuelos.

En seguida se dirigió á mí:

—Os doy la bienvenida á la Rusia, coronel, pero tengo el sentimiento de deciros que á vuestra hija le aqueja una ligera indisposi-

ción, que le ha imposibilitado de abandonar su casa de verano.

Luego ¡Margarita no se hallaba en San Petersburgo!..... ¡Loado sea Dios! Esto me daría tiempo de respirar.

—No os alarméis, dijo Welestky apresuradamente, notándola muy pálida á Elena. No es nada grave. Bien pronto se os reunirá.

Entonces, apercibiéndose de la belleza de esta pariente que veía por vez primera, exclamó:

—¡Habráse visto otra abuela tan joven y tan hermosa como vos, Laura!

Y la besó en la mejilla.

Y Elena á todo esto contestó acaparándose el título y los saludos que le prodigaban bajo la suposición que fuera ella mi esposa legítima, mientras yo me veía abrumado bajo el peso de la vergüenza más intolerable.

—¡Hasta la vista, princesa! dijo Welestky á madama Palitzín, ofreciendo el brazo á Elena y retirándose de la estación.

Yo le seguí, casi sin conciencia de lo que hacía, renegando de los atractivos de la señora Gaines, del deseo de ser admirada, que le había impulsado á representar el papel de esposa mía ante este círculo de amigos de los Welestky. Llegamos al carruaje, y el "chasseur" ya había subido al pescante, cuando me asaltó una súbita decisión. No me era posible permitir á esa aventurera albergarse bajo el techo y alternar con la familia de Welestky. Me sentía dispuesto á todo, antes de permitir se ultrajara la hospitalidad de semejante manera.

Antes de subir al coche, lo detuve al viejo cortesano, diciéndole:

—Es imposible que nos hospedemos en vuestra morada. Habréis hecho los preparativos para recibirme á mí "en garcon;" pero sería abusar de vuestra hospitalidad llevar á vuestra casa á esta señora, á quien no esperábais.

—Vaya, pues, mi querido Lenox, contestó Constantino con cierta impaciencia. En mi casa se podría alojar medio regimiento.

Eché una mirada horripilante á la señora Gaines, y ésta se interpuso inmediatamente:

—Sois demasiado bueno. Pero nos es imposible por ahora aceptar vuestro amable ofrecimiento. Ya se ha enviado mi equipaje al Hotel de Europa. ¿Acaso trataríais de separar á una dama de sus trajes?

—No, murmuró Welestky. Mucho me temo que eso implicara separarla de su buen humor. Pero mañana (agregó, al parecer muy sentido al ver rechazada su hospitalidad), es indispensable que vengáis á mi casa. No admito negativa alguna.

—Sea entonces, contesté desesperado, feliz de conseguir esta tregua, por corta que fuera, y de postergar siquiera, por algunas horas, la confesión que me vería obligado á hacer á este mi expresivo pariente. Mañana iremos.

—Mañana, entonces, os esperaré, contestó Constantino. Y por ahora creo que, al menos, me concederéis el placer de llevaros al hotel en mi carruaje.

Ayudóla, pues, á mi supuesta esposa á subir á su lujoso landó, y partimos á todo escape por entre enormes edificios, pasajes, iglesias y puentes construidos todos de piedra de colores sombríos.

Al pasar por la Perspective Newsky, donde se aglomeraba mul-

titud de gente, vimos centellear millares de luces.

Y durante todo el viaje, yo me quedaba frío al oirle á la señora Gaines, siempre en el papel de madre amorosa, averiguar toda la vida y milagros de mi hija.

—¡Ah! Constantino, decía con su modito ingenuo é infantil, no os podéis figurar lo mucho que he extrañado á mi adorada hija. No conocéis lo que es el corazón de una madre.

Al fin, llegamos al hotel, y mi pariente se despidió de nosotros, diciendo al retirarse:

—Es probable que esta tarde vengan mis sobrinos Boris y Sacha á saludaros, y esta noche, Lenox, si no os halláis demasiado fatigado, quizá me haríais el gusto de venir á echar unos párrafos conmigo. En cuanto á vos, mi encantadora pariente americana, mañana á primera hora vendrá mi esposa á visitaros.

Volvió entonces á depositar otro fraternal saludo en la mejilla de su supuesta pariente, y se retiró en seguida.

El departamento del hotel al que nos condujo, consistía en varias habitaciones muy ricamente amuebladas, que se comunicaban entre ellas. Las ventanas daban al "Miachel Strauss."

Los empleados del hotel, al vernos llegar en el carruaje de Welestky y comprendiendo que éramos norteamericanos, nos colmaron de atenciones; además de eso, los baúles de la señora eran tan numerosos y de tan descomunal tamaño, que infundieron el mayor respeto en el hotelero, dejando quebrantado de fatiga al desdichado mozo de cordel que corría con el equipaje.

Al entrar, noté que habían sido colocados en un lujoso dormitorio situado al lado derecho del salón; otra habitación semejante, á la izquierda, parecía haber sido destinada á recibir los objetos que me pertenecían.

La señora Gaines abarcó esto de una rápida mirada, y despojándose de su shuba y sus pieles, me dijo:

—Os ruego, Arturo, me dispenséis si os dejo por media hora: veo que mis baúles ya han llegado. Desearía retirarme á aquel aposento para sacerme la tierra de que me hallo cubierta. Más vale que vos hagáis otro tanto en vuestra habitación. Os aseguro que la tierra no os embellece á vos tampoco.

Y me indicó con un gesto gracioso el aposento á la izquierda, é hízome un ceremonioso saludo que mal cuadraba con la carcajada que soltara al notar lo triste de mi figura, como que desaparecían mis facciones bajo una espesa capa de polvo. Luego, se retiró para ocuparse de los misterios de su toilette.

No dejé de encontrar muy sensata la recomendación que me había hecho, y me apresuré á seguir sus consejos.

Media hora más tarde, volví de nuevo á nuestro suntuoso salón, vistiendo el traje de etiqueta usual al caballero norteamericano, y á fe que á esta indumentaria, como á toda otra, la realza en sumo mi figura bizarra y apostura marcial.

En aquel momento, los sirvientes ponían cubiertos para dos personas.

—Necesito cubiertos para tres, les dije.

—¿Para "tres"? Las palabras fueron repetidas por una voz argentina que partía de la puerta entreabierta de la habitación á la derecha. Ya pareció la señora Gaines, cuya garganta y brazos de nieve resplandecían de brillantes, aunque el traje que llevara hubiese sido más adecuado á una colegiala que á una matrona, pues se componía de una tela transparente que, ora se le pegaba al cuerpo, asemejándola á una estatua, ora flotaba al aire, dándole el aspecto etéreo y diáfano de una sílfide.

—¿A quién esperáis? preguntó adelantándose rápidamente hacia mí.

—¿A quién había de esperar, pues, señora? A Ricardo, en cuya busca me dirijo en este momento mismo.

—¿Conque sí? dijo la dama, dando vuelta á la pulsera que rodeaba su torneado brazo. ¿No os parece bien que lo dejemos esperar á Ricardo un par de horas todavía?

—¡Quizá no os falte razón! contesté. Ricardito se ha portado mal, y á Ricardito se le tiene que castigar. Y eché á reir de puro contento ante la perspectiva de comer á solas con aquella bella criatura. En honor de la verdad, debo agregar que ella no pareció participar de mi alegría. Se dirigió al mozo diciéndole (y bien se comprende el brinco que me hizo pegar):

—Estoy esperando cartas, y deseo que traigan todas las que vengan dirigidas á la señora de Lenox.

El mozo se retiró, saludando respetuosamente.

Muy indignado de ver á esa mujer apropiarse siempre el nombre de mi esposa, le dije en tono disgustado:

—Señora, tan bien representáis vuestro papel, que encuentro que os estáis propasando. Habéis usurpado el título y el nombre de mi señora; os habéis hecho presentar á varios de los amigos íntimos de los Welestky como la madre de mi hija. Pero os prevengo que debe cesar esta comedia "inmediatamente."

Yo comprendo que resultará un gran desagrado para el pobre de Ricardo; que se producirán para mí escenas de las más desagradables con mi hija y mi esposa; pero antes de que esta hora toque á su fin, le habré encontrado á mi amigo Gaines; le explicaré cómo os ayudé cuando, en la frontera de este país, os encontré en trance tan apurado; le contaré cómo vos misma, al llegar aquí, habéis aumentado las dificultades de nuestra situación; y tal vez..... tal vez si encuentra de su agrado la comedia, nos perdone á los dos..... Y paseando la mirada por el fastuoso salón, con su mesa iluminada por innumerables bujías de cera, su vajilla reluciente y su mantelería blanca como la nieve, exclamé con risa sardónica:

—¡Qué diría Ricardo Gaines de todo esto!.....

En el acto de pronunciar las palabras, me detuve lleno de asombro y de temor. El mozo acababa de entregar á Elena una carta dirigida á mi esposa legítima, y al abrirla y al imponerse de su contenido, aquella mujer misteriosa volvió hacia mí el rostro. Noté la extraña expresión que empañaba aquel hermoso semblante ¡y quedó trunca para siempre la última bro-

ma que en este mundo pronunciaron los labios míos con respecto á Ricardo Gaines!.....

CAPITULO VI

LA COMIDA DE BODAS

El rostro de Elena, cubierto de mortal palidez, expresaba todo un mundo de espantosa advertencia. La joven se dirigió sigilosamente hacia la puerta por la que acababa de pasar el criado; y, después de echar una mirada investigadora por el vestíbulo, la cerró con llave.

Luego tapó la bocallave con el pañuelo y pasó de una ventana á otra, con aquella gracia serpentina que caracterizaba sus movimientos, revisó cuidadosamente los colgajos y cortinados, bajó la persiana, examinó todas las sillas y los sofáes y, por último, alzó el blanco mantel que cubría la mesa, y miró recelosamente por debajo.

Todo asombrado y sin poder articular palabra, yo la contemplé. Pero no comprendí el horrible significado de aquella extraña escena, hasta que dirigiéndose hacia mí Elena, me dijo en el oído:

—Breve tiempo me queda para explicaros cómo nos salvaremos vos y yo.

—¿Qué decís?..... pregunté con voz entrecortada. Y se aumentó todavía más el asombro y el espanto en que ya me hallaba abismado, al notar lo que pensaba hacer aquella inocente niña, á quien yo había socorrido en la frontera, y cuyo viaje á Wilna y á San Petersburgo había tratado de amenizar en todo lo posible. Se ocupaba en examinar detenidamente un revólver bull-dog tan pequeño como mortífero.

Su mirada se había vuelto muy viva, muy penetrante, llena de firme resolución. Brillaban sus ojos con un fulgor extraño, como jamás había visto antes en una mujer. Más tarde supe lo que indicaba aquel siniestro resplandor. ¿Acaso estaría trastornada?

En el momento en que estuve por dirigirme á ella, me detuvo.

—¡Silencio! dijo. Dejadme hablar á mí para salvarnos á los dos, mientras haya tiempo. Yo no tengo esposo en San Petersburgo. No lo tengo en ninguna parte del mundo.

—¡Santo cielo!

—Yo había pensado en separarme de vos en Wilna, pero las noticias que allí recibí me hicieron seguir hasta esta ciudad, y vos tuvísteis la bondad de traerme. Y ahora esta carta—indicando la que tenía entre manos—me advierte que será necesario valerme de todas las precauciones posibles aquí también. Hacedme el servicio de poner un cigarro en la boca.

La obedecí maquinalmente.

—Y ahora os lo encenderé. Y así lo hizo graciosamente, sirviendo de mecha la carta que acababa de recibir, de la cual no quedó más rastro que las cenizas.

Hecho esto, continuó aquella mujer misteriosa:

—Si os dejo aquí, se despertarán mil sospechas en el ánimo de todos y seremos arrestados los dos.

—Y eso ¿qué importa? somos norteamericanos.

—Vos sois norteamericano, pero yo no; aunque hablo vuestro idioma como si lo fuera.

—Entonces decidme, por Dios,

¿quién sois vos? pregunté muy pálido.

—No puedo..... Basta con deciros que, en este país, mi apellido es tan conocido como temido.

—¡Dios mío!..... ¿Sois?.....

—¡Callaos!..... Y tapándome la boca, prosiguió rápidamente:

—Cuando salí de París, tuve intención de separarme de vos en cuanto llegáramos á San Petersburgo.

—Cuando salísteis de París, no me conocíais.

—Os equivocáis. Era indispensable que alguno de nosotros restableciera nuestras comunicaciones interrumpidas y encontrase un nuevo código, repuso Elena con voz á la vez muy alterada y muy serena. ¿Creéis vos, acaso, que me hubiera atrevido á presentarme en las fronteras de este país maldito, sin disponer de algún medio de internarse en él?

Viniendo yo sin pasaporte, sería irremisiblemente arrestada. Pero estábamos impuestos de vuestro próximo viaje á San Petersburgo con pasaporte para vuestra señora también, y sabíamos que ésta no os acompañaría. Sabíamos también cuán sensible se mostraba siempre vuestro viejo corazón para con las damas hermosas. (Ya se comprende cuánto se mofaba este demonio de mujer de mis penas.)

Yo viajé en el mismo tren que vos desde París á Berlín y desde Berlín hasta Eydtkuknen, en la plena seguridad de poder valerme del pasaporte para poder cruzar la frontera y seguir viaje hasta Wilna..... quizá hasta San Petersburgo mismo.

—¡Santo cielo!.....

—Y creí poderme separar de vos aquí..... Pero callaos, ¡oigo pasos!

Fuese hacia la puerta y la abrió muy suavemente; luego, volviéndose á mí, dijo riéndose:

—Por favor, Arturo, no pongas una cara tan tristona y hambrienta. Ya traen la comida, mi impaciente marido.

Y en efecto, entraron dos sirvientes con la consabida colación.

Las últimas palabras de Elena eran muy intencionadas, pues el estado de ánimo en que me encontraba se me reflejaba en el rostro, y á no explicarse de alguna manera el cambio repentino que en mí se había operado, aun el espíritu más torpe lo habría notado, entrando, por consiguiente, en curiosidad por saber el motivo.

Acto continuo se sentó Elena á la mesa y, llena de gracia jugueto-na, se puso á representar conmigo aquella comedia cuyos chistes eran tan fatídicos como los sentimientos que me embargaban; el "garcon de service," con una enorme bandeja en la mano, nos colocaba los platos en su lugar, mientras otro, un hombre muy formal, servía el Chambertín y colocaba el champaña al alcance de nuestras manos.

Al tragar esos exquisitos vinos, parecían mofarse de mi garganta seca. Sentía latir mi pobre corazón unísono con el suave sonido que hacían los líquidos al echarlos á la copa, y delante de mí se hallaba "ella" tan risueña como las pastoras Watteau que adornaban las pintadas paredes, y cuyos serenos semblantes parecían hacer befa de mi angustia.

Seguí comiendo maquinalmente; maquinalmente tragaba los vinos,

con la mente entera embargada por las más espantosas visiones de Ricardo Gaines, el látigo, las heladas llanuras de la Siberia, las minas subterráneas, el azogue.

¡Y todos estos cuadros se me aparecían teñidos en sangre!.....

Así fué tocando á su fin aquella comida fatal..... la sopa, las "entrées," el asado, la ensalada: una verdadera confusión de horrores, hasta que mi compañera le dijo al sirviente:

—Ya os podéis retirar. Yo le serviré el café á mi esposo. Conozco como más le gusta, con dos terrones de azúcar y una cucharada de "kirsch." ¿No es cierto, maridito mío?

Salió el criado, y Elena cerró tras él la puerta. En seguida volvió á la mesa y mientras servía el café, dijo con mucha cautela:

—Debemos quedarnos acá juntos, llevando yo siempre el nombre de vuestra señora.

—¿De mi señora? ¿Para seguir engañando á mis amigos?..... No tal. Os prometo que no os permitiré pisar los umbrales de la casa de los Welestky con el título de madre de mi Margarita. ¡Jamás!.....

—Pero si no debéis, no podéis, no os "atreveréis" á impedirme de hacerlo, exclamó Elena, presa de la más viva agitación. Si se llegara á saber que vos me habíais proporcionado el pasaporte para venir á la Rusia, nada en este mundo os podría salvar.

—Os olvidáis del ministro norteamericano, le dije, algo más tranquilo ya.

—Me consta que el influjo de diez ministros norteamericanos no os podría librar de ser desterrado á la Siberia..... ó algo peor todavía, me observó la joven, cada vez más palida, pero más resuelta al notar que yo me hallaba indeciso.

—¿Decidme quién sois, señora?

—¡Todavía no! Y una extraña sonrisa se dibujó en su expresivo rostro. Pero llegará el día en que tengáis noticias mías.

—Pues bien. Seréis todo lo que se quiera, pero ya no usurparéis más el título de esposa mía.

—Perdonadme, caballero, dijo Elena muy pausadamente y con cierta tristeza. Ya tengo el derecho de llamarme esposa vuestra en la Rusia. Desde el momento en que vos mi hicísteis cruzar la frontera á título de esposa, lo soy en efecto ante las leyes rusas.

Si queréis impedir que lo que pasa llegue á conocimiento de vuestra verdadera..... mejor dicho, de vuestra "primera" mujer, no tenéis más recurso que dejarme seguir representando esta farsa hasta que me sea posible abandonar la Rusia. Y debo agregar que es éste el único medio que os queda si queréis volver á ver vuestra esposa. Porque (y atended á lo que os digo), si esta noche nos arrestan, luego que despunte el día de mañana, nadie ya hablará más de vos, ni se os conocerá más en este mundo. Habréis desaparecido de la Rusia. Os lo repito, sólo os queda una esperanza de salvación: ¡el silencio!

—Perdonadme, señora: me queda todavía un recurso más.

—¿Cuál?

—Me bajo á la dirección del hotel y os entrego en manos de la justicia.

—¡Sois todo un valiente caballero! exclamó la joven, llenos los ojos

de desprecio é indignación. Por tal de salvaros á vos mismo, librariais á los más indescriptibles horrores á la mujer que se ha confiado á vuestra entereza y lealtad. Vos, un norteamericano que os jactáis de vuestra caballerosidad para con las mujeres; vos..... (y los tonos de Elena se volvieron muy dulces y persuasivos). Sólo os he conocido por dos días, pero ya he penetrado lo bastante vuestro carácter para comprender que, dada la nobleza y virilidad de vuestros sentimientos, sería imposible que adoptáseis el medio que habéis indicado.

Mientras que así discurría, Elena había posado una delicada manecita en mi hombro, y su poderosa belleza abogaba en su favor. Pero, notando que yo apartaba de ella los ojos, por tal de sustraerme á sus irresistibles encantos, agregó; á la vez que una sonrisa se dibujaba en sus expresivas facciones:

—Y, además, yo he hecho de modo que os sea imposible proceder como decís.

—¿Cómo imposible?

—Indudablemente. Vos mismo estáis demasiado comprometido. Me habéis voluntariamente traído á través de la frontera con pasaporte falso. Me habéis presentado como esposa vuestra al coronel Petroff. Me habéis anotado en el libro del hotel de Wilna con el título de esposa. Habéis permitido que la princesa Palitzín me creyera vuestra esposa. Habéis dejado que me diera á conocer vuestro pariente y anfitrión Constantino en aquel carácter, y vos mismo me habéis presentado como tal al director de la Tercera Sección, "¡el jefe de la policía secreta!".....

—¡Dios mío! ¿Qué decís?..... Estas palabras las pronuncié con un gemido á la vez incrédulo y desesperado.

—Quiero decir lo siguiente, continuó con tono burlón, pero que no dejó de convencerme de la verdad de sus palabras. Ese barón Friedrich, aquel que habéis creído fuese el director de la línea férrea, á causa de haber presenciado los serviles agasajos que con él usaban los empleados del ferrocarril, aquel que me besó la mano murmurando: "Tan joven para ser abuela...." Pero, ¡Santo Dios! ¡recién se me ocurre! ¿Qué habrá querido decir con eso? ¿Habrá sospechado de mí? dijo interrumpiéndose, pálida hasta los labios. Luego continuó, con ademán trágico:—¡No! no es posible. El cariñoso recibimiento de Welestky y las atenciones de la princesa Palitzín para conmigo, han bastado para devolver la confianza á aquel viejo cegatón de Friedrich. ¿Cómo desconfiar de una dama que ha sido admitida en el más exclusivo círculo social del Imperio? Podréis referirle todo lo que os plazca al barón Friedrich. Podréis contarle toda la historia de cómo creíais haber socorrido á la esposa de vuestro amigo Gaines, y veremos cuánta fe le infundirá vuestra inmaculada inocencia.

Pero aquí, yo, que hasta entonces me había quedado contemplando como hipnotizado á aquella sacerdotisa de la desesperación, exclamé con una carcajada de demente:

—¡Veinte veces maldito sea Ricardo Gaines!.....

—No reneguéis de vuestras antiguas amistades, dijo Elena con sonrisa sarcástica y en un tono tan

burlón, que hubiera hecho un efecto diabólico á no ser por las lágrimas que se adivinaban muy próximas. Perdonadme al bueno de Ricardo. Sólo me valí del nombre de vuestro amigo para calmar los temores nerviosos que os acometieron en la frontera, y que á mí me hubieron de perder. Antes de abandonar yo á París, estábamos muy enterados de vuestra vida íntima, pero sólo conocía de nombre á vuestro camarada de West-Point. De ahí provinieron aquellas respuestas evasivas que os dí cuando me preguntábais de Mamie, la señora Smith, actualmente en México, y mi apellido de soltera, Vanderbilt-Astor. Lo que tienen de más notable los americanos en la Europa, es el dinero, y por eso adopté los otros dos nombres más conocidos.

Callóse Elena, y aquella risa burlona se trocó en un suspiro; los ojos se le llenaron de lágrimas y esta mujer extraordinaria continuó de esta suerte:

—Creedme, os lo suplico. Yo tenía la intención de pasar desapercibida por vuestros parientes, de venir sola aquí y dejaros partir con los Welestky; pero cuando sentí fijarse en mí los ojillos legañosos del autócrata policial, y oí murmurar aquella suave voz: "Tan joven para ser abuela," no me atreví á dejaros, pues bien comprendía cuán inexplicable sería que nos separásemos en aquel momento.

Me resigné á lo inevitable, porque de ella dependía mi seguridad personal, como la vuestra también. Y debéis confesar que, al menos, os ahorré el bochorno de verme alojada á título de vuestra esposa, bajo el techo de vuestro amigo.

Cambiando rápidamente de ánimo, brilló en sus ojos el férvido resplandor que ilumina la faz de una mártir; y su voz, siempre muy baja, tornóse estridente:

—Ahora estoy en manos vuestras, agregó. Si vos, después de lo que acabo de deciros, todavía os encontráis tan deseoso de tratar de salvaros delatándome, descended ahora mismo á la dirección de este hotel y decidles todo lo que sabéis de mí. ¡No seré yo la primera que haya arrostrado la vergüenza, el martirio y la muerte por socorrer á su patria!.....

Dentro de algunos momentos os pedirán el pasaporte y que declaréis quiénes somos vos y yo.....

Y entonces, si persisten en decir que yo soy vuestra mujer, apareceré ante la ley como vuestra esposa oficial. Y, toda ruborizada, agregó:—Y ya que mi suerte de vos depende, elegid el camino que habéis de seguir, elegidlo.

Parada delante de mí, sonrosada y confusa, su hermosura se acentuaba todavía más que antes. La suave luz de las bujías bañaba sus blancos hombros. Con la frente y los ojos bajos, una de sus manecitas cargadas de alhajas, jugueteaba inquieta con la vajilla que cubría la mesa.

Contemplándola y comprendiendo el estado de desamparo en que se hallaba, sentí despertarse en mí el sentimiento de caballerosidad innata en el corazón de todo norteamericano. Me olvidé del terrible perjuicio que me había ocasionado. ¿Acaso tendría yo alma para entregar esta hermosa y delicada mujer en manos de unos cuantos polizontes rusos, embrutecidos por el uso del rodki?

Contestéla con voz ronca:

—Basta ya. Estoy dispuesto á hacer la declaración que queréis. Proclamo que sois vos MI ESPOSA OFICIAL.

—Luego, ¿no os pesa el que yo no sea la mujer de Ricardo Gaines? preguntó con voz temblorosa, pero con la mirada llena de coquetería.

—¡Demasiado feliz me encuentro de que no seáis esposa de ningún amigo mío! exclamé con sobrado énfasis.

En aquel momento alguien llamó á la puerta, presentándose en seguida el secretario del hotel, para pedirme el pasaporte, con el fin de entregarlo á la policía.

Y ALLI MISMO HICE LA DECLARACION.

Retiróse el empleado, y aquella Circe quedó inmóvil en el umbral de su aposento, llenos los ojos de triunfo.

Pero acto continuo se operó en ella una metamórfosis repentina. El modo de ser de esa mujer de mundo, de esa conspiradora política, se volvió casi infantil. Trocábase la estatua en una sílfide con todos los graciosos monines de niña mimada.

—Ya que sabéis que no soy la esposa de vuestro amigo Gaines, ¿no me haréis más caso?

—Al contrario, exclamé: os haré más que antes.

Al aproximarme á ella, Elena desapareció repentinamente. Oyóse el crujido de la llave en la cerradura, y partió una dulce risotada del otro lado de la barrera.

Pero ¿á mí que se me daba? No siempre se reiría de mí. Las diversas emociones que me habían agitado el espíritu durante la última hora, me tenían desesperado. No permitiría que se hiciera de mí un juguete.

Quizá fuera bien corto el tiempo que me quedaba en este mundo, y disfrutaría lo posible de él y..... ¡viva la bagatela!.....

Apuré de un trago una copa de champaña, y notando toda aquella vajilla y porcelana de aquel banquete del cual apenas había probado bocado, murmuré amargamente:

—¡Mi comida de bodas oficial!

Luego me arrojé sobre un asiento, lanzando una carcajada que procuraba parecer alegre.

¡Yo, el criminal de hoy, el "déclassé," el fugitivo de la policía rusa, yo, perdido, arruinado, desesperado!.....

SEGUNDA PARTE

UNA ESPANTOSA LUNA DE MIEL

CAPITULO VII

LOS ALBORES DE LA FELICIDAD

Ignoro cuánto tiempo habré permanecido absorto en aquella meditación, que se componía en parte de una agitación semidelirante, y en parte de una inconsciente apatía; pero no creo que haya durado mucho. Oí que llamaban á la puerta. ¿Acaso sería la temible tercera sección? ¿Acaso el barón Friedrich habría sospechado algo cuando en el tren nos encontramos? Había leído en una de las novelas de Stepniak, cuyos horrorosos episodios ahora se me volvían á la memoria, que casi siempre se elegía la noche para arrestar á los delincuentes políticos de la Rusia.

Oyóse afuera un fatídico sonido. ¡Dios del alma!..... ¡Si serían las cadenas con las cuales se me sujetaría!.....

Tambaleando, llegué á la puerta y la abrí.

En el umbral se encontraba un mozo del hotel con una bandeja de plata y las despabiladeras para las bujías de cera que alumbraban el salón. Por vía de pasatiempo, se había entretenido golpeando las despabiladeras contra la bandeja. Una nimiedad, pero á mí me había helado de espanto el corazón. Me preguntó si podría levantar la mesa.

—Seguramente. Y me apresuré á ella para apurar otro trago de coñac. Mientras bebía, me interrumpió otro lacayo, entregándome las tarjetas de Boris Welestky, teniente de la armada imperial, y el mayor Alejandro Welestky, de la guardia imperial.

Estos caballeros deseaban saludar al coronel y á la señora Lenox. Dí orden que se les hiciera subir. ¿Cómo rehusarme á recibir los sobrinos de Constantino? Además de eso, dado el estado de ánimo en que me encontraba, más valía estar acompañado.

Me acerqué á la puerta de la habitación de Elena; pero, por toda contestación á mi discreto golpecito, mi novia oficial me dijo con tono airado que estaba muy ocupada con su equipaje.

—Y te diré hasta mañana, mi maridito. Nos veremos á la hora de almorzar.

—Pero, hijita, tenemos dos huéspedes esta tarde, dos bizarros militares: Boris y Sacha Welestky.

—¿Conque sí?

—Por cierto. Y creo que esto te hará venir, mi dulce bien, refunfuñé.

—Ya lo creo que me hará venir, mi alma, repuso ella con dulzura.

Y en aquel momento se presentaron dos caballeros: Boris Welestky, en su uniforme naval, y su hermano, revestido de los lujosos atavíos de la caballería de la guardia.

Los modales de Boris, algo estólidos, descollaban por su franqueza y honradez. Sus grandes ojos azules se fijaban rectamente en los míos. Y en el apretón de manos que me dió, traslucíase la bondad de su corazón.

Su hermano mayor difería tanto de él en su modo de ser, como difería su uniforme llamativo, de la elegante sobriedad del traje azul del marino.

Tenía más de seis pies de alto, unos ojos pardos muy brillantes, la cabellera rizada, bigote "á la militaire," y un trato impetuoso y afectado, que habría sido peligroso para algunas mujeres.

Después de cambiados los saludos de regla, me dijo Boris como en son de disculpa:

—Temo haber elegido una hora intempestiva para visitaros, coronel. Parecéis hallaros un tanto agitado.

Comprendí, pues, que las emociones que había sufrido se traslucían en el semblante.

—¿Y vuestra señora? dijo Boris: ¿quizá está demasiado fatigada para recibirme? Si es así, lo sentirá mucho Sacha.

Se volvió hacia su hermano con sonrisa un tanto intencionada, agregando,—y yo también.

Contemplando yo las hercúleas proporciones del joven militar, no pude menos que decir:

—¿Por qué será que se abrevie de esa manera el nombre de un gigante como vos?

—Son las damas, las que dan en llamarlo así, contestó Boris.

—En efecto, dijo Sacha riéndose: mis enemigos me llaman Alejandro, mis amigos Sacha.

Confío en que vos, mi coronel entraréis en el número de mis íntimos y me trataréis de Sacha.

La puerta de Elena se abrió, y presentóse ésta en el salón, cazando al vuelo las últimas palabras de mi joven pariente. Dirigió una mirada encantadora al hermoso joven de retorcido bigote, diciendo suavemente:

—Y yo también.

—Así lo espero, prima mía, exclamó Sacha. Y aproximándose á mi esposa oficial con la impetuosidad de un joven y la osadía de un militar, la besó en la mejilla con exceso de cordialidad. Este saludo, de práctica en aquel país, fué repetido por Boris, pero de manera mucho más discreta.

Yo comprendía que la hechicera hermosura de la señora Vanderbilt Astor de Gaines de Lenox ya había atraído la atención de los dos caballeros y quizá el corazón de uno de ellos, pues quedaron ambos contemplándola, y ella les indicó que se volvieran á sentar.

—¿Y es ésta la abuela? dijo Sacha.

—Con razón, Laura, dijo Boris con la franqueza proverbial del marino, con razón se han ocupado de vos en el teatro de la Opera.

—¿En el teatro de la Opera? ¿Quién se ha ocupado de mí? pre-

guntó Elena. Y noté con mucho disgusto reprimido la facilidad con que se apropiaba del nombre de pila de mi verdadera mujer de París.

—Palikoff de Proebrashenky y el príncipe Oboresky también. Os encontraron en la estación con las princesas Palitzín, respondió el oficial.

—¡Ah! ya me acuerdo: tuve el placer de ver allí al capitán Palikoff y al príncipe Oboresky, primo mío, murmuró Elena lánguidamente, pero acentuando un tanto el título de parentesco.

—¿Y qué han dicho de mí? No; no: veo que los dos queréis hablar de una vez. Eso prueba que lo que vais á repetir es algo muy lisonjero, y yo no quiero las lisonjas de segunda mano.

—¡Os equivocáis, señora! dijo Boris.

—Es un epigrama, y el viejo Oboresky estará muy triste si no os lo repetimos.

—En ese caso, decidme vos lo que es, dijo Elena mirando á Sacha.

—Dijo lo siguiente, señora: "Acabo de ver una dama que se conservaba bella después de viajar dos días en ferrocarril."

—Entonces ¿cómo habrá sido antes de partir? preguntó Boris alegremente.

—Figuraos cómo habrá sido, repuso Elena ruborizándose.

—He ahí lo que me trajo aquí esta noche, observó Sacha con un profundo saludo. Y cuando me acuerdo (continuó como quien habla consigo mismo), que, á no estar yo de guardia hoy, os hubiera visto dos horas más antes!

Y sus pardos ojos acentuaron notablemente sus palabras.

—¿Habríais ido á la estación para recibirnos? ¡Qué bueno hubiéseis sido! exclamó Elena.

—Sí, dijo Boris; también hubiésemos visto á la princesa Dozia Palitzín, la prometida de Sacha.

Este, al oir que su hermano le recordaba su compromiso de matrimonio, le lanzó una mirada horripilante; pero luego brillaron sus ojos con mucha ternura cuando se encontraron con los de la dama, que harto le correspondieron.

En cuanto á mí, maldita la gracia que me hacían todos esos saludos, cumplimientos y miraditas que el hermoso militar dirigía á mi esposa oficial, y me apresuré á intervenir.

La conversación se hizo más general, refiriéndonos Sacha algo de la charla del círculo de la corte, mientras Boris, á fuer de buen marino, no se cansaba de elogiar la extremada velocidad y las bellas líneas de esu torpedero, el "Voadmik."

Pero dentro de un rato, á pesar de mis esfuerzos, formamos dos grupos, quedando Boris conversando conmigo á un lado de la mesa, mientras al otro lado, sentados juntos en un sofá, Elena y Sacha charlaban alegremente.

Ignoro cuál habrá sido el tema de su conversación. Cuando se tiene el ánimo lleno de los horrores que aguardan á un criminal en la Rusia, no se halla la mente de uno muy despejada.

Sin embargo, noté que, al principio, se reían mucho Elena y Sacha, y se dirigían uno á otro en son de broma; pero, más tarde, adoptaron una actitud más íntima,

hablando en voz muy baja, acentuando la dama sus palabras, encogiéndose muchas veces sus blancos hombros, y el caballero correspondiendo por medio de una mirada que, sin duda alguna, habrá creído muy mortífera.

No me cabía duda ya de que allí delante mismo de mis ojos indignados, mi novia oficial estaba coqueteando todo lo más que podía.

Tan preocupado estuve, que apenas si comprendí varios detalles muy interesantes que me daba Boris respecto de la vida íntima de mi hija, y algunas anécdotas que me contó de Constantino Welestky, á quien llamaba "el viejo ruso más digno que quede del reinado de Alejandro II."

—Y seguro estoy, coronel, agregó el joven, que vos lo amaréis tanto como nosotros, cuando lo conozcáis íntimamente.

En seguida, Boris se levantó, disponiéndose á dejarnos.

Yo bien comprendía que se daba cuenta de la preocupación que me embargaba el ánimo, pero que la atribuía á la conducta que observaba Sacha para con mi esposa, porque ví que dirigía á éste una mirada de reconvención.

También es muy posible que no haya encontrado la conversación mía tan interesante como se hallaba su hermano la de la dama del sofá.

Pero antes de partir, Boris me dió un nuevo sobresalto.

—¿Quizá no hayáis sabido todavía, me dijo al levantarse, que Margarita saldrá pasado mañana de sus propiedades en Rjasam, con destino á esta ciudad?

—Partirá mi hija pasado mañana? dije, levantándome á mi vez todo azorado.

El joven, como es natural, supuso que aquella agitación provenía de la alegría que me había infundido la noticia que me acababa de participar.

—Por cierto, dentro de tres días estará acá. Ya me figuraba lo feliz que seríais al saberlo. Hace cerca de dos años que no la habéis visto.

Y el joven alzó el sombrero y la capa.

Esta indirecta suya fue muy mal recibida por Sacha. Se levantó de muy mala voluntad, diciendo á Elena:

—Mañana volveré, primita mía, y espero que me permitiréis haceros conocer todas las diversiones de San Petersburgo. Vendré solo, sin traer conmigo ningún hermano que esté suspirando por los placeres de las mesas de baccarat del Yacht-Club; de modo que podré gozar por más tiempo de vuestra agradable conversación.

—¡Las mesas de baccarat del Yacht-Club! Pero si eres tú el aficionado á ellas, repuso Boris con sorpresa.

Luego, dirigiéndose á mí, observó:

—Constantino ya os ha propuesto como miembro de aquella sociedad, y espero que allí pasaréis unos ratos muy agradables.

Diciendo esto, se despidió de mí, estrechándome la mano, y de mi supuesta señora por medio de un profundo y cordial saludo. Pero el diablo de Sacha, después de darme la mano, volvió á imprimir un ósculo en la mejilla de Elena, por lo cual le maldije interiormente de todo corazón.

Pero me hallaba tan impresionado por las funestas consecuencias que resultarían de la próxima llegada de mi hija á San Petersburgo y que me perjudicarían tanto á mí como á la mujer que las había causado, que no me preocupó mucho esta nueva fase de mi luna de miel oficial.

Apenas hubieron desaparecido, me volví iracundo hacia Elena:

—Habéis tenido la desfachatez de volver á usar el nombre de Laura, mi esposa.

—¿Qué no comprendéis todavía que es indispensable á nuestra seguridad que yo me valga de ese nombre? Y si vais á irritaros de esa manera, Arturo, hacedme el servicio de cerrar la puerta. Podríais, quizá, alzar la voz y nuestra discusión nos perdería á los dos.

Cerré la puerta con estruendo y repuse sarcásticamente:

—¿Supongo que sería de vuestro agrado que yo también os llamara Laura?

—¡Cómo no! contestó tranquilamente. Valdría mucho, pues "mucho" más, que así lo hicierais. Pero si acaso vuestra conciencia os remuerde demasiado, podremos hacer una transacción. En adelante me trataréis de "señora," ó si me llamáis Elena, explicaréis á vuestros parientes que es aquel nombre el apodo cariñoso con que la distinguís á vuestra mujer.

—¡La conciencia! exclamé yo con ironía. ¿Qué tiene que ver la conciencia con todo esto?

La joven quedó muy turbada.

—Espero que algo tenga que ver con ella, murmuró, al menos en este caso.

—Por cierto, dije yo desdeñosamente, con respecto á los demás. Mañana mismo vendrá la señora de Constantino Welestky á visitarnos. Mañana mismo nos recibirá bajo su techo, y se os dispensará todas las consideraciones que merece mi esposa, la madre de mi hija. Pero os juro, señora, que no se producirá nada de lo que acabo de exponer, porque tengo la firme intención de explicarlo todo á Constantino.

—Eso implicaría perderle á él ó á vos, contestó la desconocida. Siendo él oficial del gobierno y súbdito del Czar, se hallaría en el triste deber de delataros, y dejándolo de hacer, se convertiría en cómplice nuestro. Descubierto esto, sería su nombre borrado de entre la nobleza rusa, secuestrándose sus propiedades.

Contadle, pues, lo que nos pasa y se verá en la obligación de adoptar uno de los dos caminos: ó á vos, que sois su pariente y huésped, os pierde delatándoos á la policía, ó guarda silencio por tal de salvaros. Si adopta el primer medio que acabo de indicar, nosotros estamos perdidos. Si elige el segundo, llegará la hora en que se descubra todo, y él también quedará arruinado.

Demasiado verdaderas y sensatas me parecieron las palabras de Elena. En vista de este cúmulo de circunstancias, era indispensable el bienestar de Welestky, que yo me encerrara en el más profundo mutismo.

—Supongo entonces, dijo Elena con tono burlón, que no me delataréis todavía. ¿Continuaré por uno ó dos días siendo vuestra esposa oficial?

—¡No tal! exclamé. Esta farsa

no durará ni media hora más. Mi honor no me permite continuar con este engaño.

Y me dirigí hacia la puerta con el sombrero en la mano y poniéndome apresuradamente el sombrero.

Tornóse lívido el rostro de Elena.

—¿A dónde váis? preguntó con voz desfallecida.

—Voy á ver á nuestro mutuo amigo el barón Freidrich, contesté irónicamente, mientras llegaba hasta el umbral de la puerta.

Al hacerlo, la voz de Elena, antes tan exaltada, me llegó suave y tierna como el soplo de la brisa.

—Entonces, dijo, entonces antes de partir, decidme adiós y perdonadme, porque es ésta la última vez que me veréis.

—La última.....

—Indudablemente. Seréis vos detenido en el cuartel general de policía, y yo..... yo me encontraré en un calabozo subterráneo en la otra ribera del río. ¡Perdonadme á mí, porque yo os perdono á vos! ¡Soy yo la última mujer que veréis en este mundo! ¡Sois vos el último hombre cuya mano estrecharé, aquella mano que me sentencia á muerte!

Y, en efecto, me estrechaba la mano en las suyas, porque había vuelto á entrar en el salón al oir aquellas palabras que á fe no eran de naturaleza á acrecentar mis deseos de ver al barón Friedrich.

—Y vos, continuó, sea lo que fuere lo que con vos hicieren, á pesar de los tormentos, de la desesperación que habéis de sufrir, ¡perdonadme á mí que os he traído al suplicio, al patíbulo!.....

—Os perdono, contesté con profundo suspiro, dejándome caer completamente desalentado en el sofá.

—Yo bien comprendo que habéis estado muy celoso. Me encontrasteis poco reservada con aquel mayor de la guardia. ¡Puf! ¿acaso os parece que podría yo amarle á él ó á ningún otro ruso que fuera que pudiese yo desearle algo que no fuera su ruina y su desesperación? Yo, cuya madre.....

Se detuvo repentinamente esta mujer misteriosa; luego, agregó con altivez:

—Tenéis el derecho de imponeros de ellos por causa de los extraños vínculos que nos unen, y porque vuestra seguridad personal de ello depende, en caso de resolveros á postergar vuestra visita al barón Friedrich. La policía secreta rusa ha interrumpido toda comunicación entre los círculos de nuestra asociación en este país y los que se hallan en el extranjero. Se ha descubierto nuestro código y los medios de que disponíamos para enviar nuestro mensaje á través de la frontera.

Continuando esta incomunicación, se destruye nuestra santa causa. Y es con el fin de restablecer las vías de comunicación y formar un código nuevo, que juego yo la vida, llegando hasta esta ciudad á título de estar ligada á vos por el supuesto vínculo del cual trataís de aprovecharos.

—Tenéis vos mi vida, señora. ¿Acaso no merezco alguna recompensa? pregunté sordamente, porque durante toda esta angustiosa entrevista no nos habíamos atrevido á levantar la voz, temiendo que las paredes mismas fuesen espías.

—¿Y creéis que vuestra vida val-

ga lo que mi honor? dijo Elena muy altiva y majestuosa, y tan linda, ¡ay de mí! ¡tan linda!.....

¡Mi vida pertenece á mi amada patria! ¡mi honor también!..... Hasta que haya desempeñado mi cometido, estoy en vuestras manos. Si esta noche me denunciáis á la policía, quedaré imposibilitada de entregar á nuestros amigos el código nuevo y las instrucciones indispensables para su uso. Me hallo indefensa: pero sé que tenéis un corazón honrado y leal, incapaz de abusar de mi comprometida situación.

Y con el porte de una Boadicea dispuesta á los martirios romanos, se dirigió hacia su habitación y allí desapareció.

Sin pronunciar palabra, me encaminé hacia la puerta que daba al vestíbulo. Aquella mujer me había vencido de nuevo.

En el acto de franquear el dintel, volvió Elena nuevamente á reunirse conmigo.

—¿Váis á ver al barón Friedrich? me preguntó toda azorada.

—No; me dirijo al Yacht-Club.

—¡Que Dios os bendiga! exclamó la joven. Hice bien de confiarme á la lealtad de un caballero norteamericano.

La dejé en seguida, llegando hasta el vestíbulo del hotel, casi desierto ya por lo avanzado de la hora.

Solamente tres horas hacía que por allí había pasado á mi llegada de la estación, muy agitado é incomodado, ¡pero cuán diferente ahora el estado de mi ánimo al de entonces!.....

Ya todo había cambiado para mí. Tenía la mente embargada á todo instante por ineludibles temores, por las angustiosas inquietudes de aquel que huye de la justicia, la justicia rusa, sobre todo.

Durante años y años, la lectura de innumerables novelas nihilistas á cual más terrorífica, y las repetidas descripciones de los periódicos, me tenían bien enterado del salvajismo moscovita y de los horrendos castigos que se aplicaba en la Rusia á los criminales.

Un empleado del hotel me preguntó muy risueño si acababa de perder alguna parte de mi equipaje. Había notado, pues, mi agitación. ¿Acaso sería este atento sirviente uno de los agentes de la Tercera Sección?

—No, respondí tartamudeando; luego pedí me hiciera el servicio de indicarme dónde se hallaba el Yacht-Club.

Mostróse muy impresionado al oirme nombrar tan aristocrática asociación, y llamó un "valet de place" que me sirviera de guía.

Bajamos la escalera. En el vestíbulo, dos porteros me hicieron un profundo saludo, cambiando entre ellos algunas palabras en ruso.

Al retirarme noté que seguían mirándome. ¿Serían estos hombres también espías? Todo, todo ahora para mí estaba lleno de desconfianza y temor.

El lacayo bien pronto me encontró un carruaje. Al extender la mano para recibir la propina, hizo una reverencia hasta el suelo mismo, pero creí que me miraba con desconfianza. Cada grito que soltaba el cochero á sus jamelgos, me hacía estremecer.

Mientras andaba por entre los edificios de granito del Newsky, tuve tiempo de reponerme, y bien

pronto me encontré en la Morskaja Grande y á las puertas del Club más á la moda en San Petersburgo, y el más hospitalario á aquellos á quienes permite la entrada.

Gracias á la previsión de Constantino Welestky, ya me esperaba mi tarjeta de admisión.

Dentro de algunos momentos me encontré en el fastuoso salón dedicado al juego más fuerte y desenfrenado de toda la Europa, probablemente del mundo entero, porque el indio norteamericano sólo juega su caballo, sus frazadas, su fusil, su esposa y toda su familia; pero el tártaro apostará su alma inmortal misma al rodar los dados ó al barajarse los naipes.

El salón estaba repleto de uniformes espléndidos, luciendo algunos de ellos las condecoraciones ganadas en dos y hasta en tres guerras distintas. El deslumbrante efecto era de cierta manera modificado por algunos trajes diplomáticos poco llamativos, varios trajes de etiqueta particulares y uno ó dos uniformes de marino.

Entre estos últimos no tardé en ver á Boris, quien se me aproximó con su hospitalidad tan dispuesta y tan cordial, exclamando con su franca voz de marino:

—¿Con que la señora estaba fatigada, y vos habéis venido á divertiros un rato en nuestra compañía? Sacha ya está muy ocupado (y miró hacia una mesa de baccarat, donde su hermano jugaba de la manera exaltada y desenfrenada peculiar al eslavo), de modo que á mí me toca el presentaros á nuestros amigos. Ya os conocen de nombre, porque vuestra señora os ha hecho famoso.

Y me presentó á una cohorte de las celebridades y elegantes de San Petersburgo; los que se mostraron muy amistosos y cordiales con el coronel norteamericano que había conducido allí á la futura reina de la próxima estación de invierno, dejando así desierto á París y "haciendo feliz á San Petersburgo," como decían mis nuevos amigos en su modo tan bárbaro como lisonjero.

Conseguí siquiera mitigar un tanto los horrores de esa noche en compañía de aquellos caballeros, con cigarros "ad libitum" y champaña helada, la bebida favorita de esa capital septentrional "ad nauseam." Traté de amortiguar mis inquietudes por medio de la disipación, y calmar los nervios con la nicotina.

Luego aposté unos cuantos rublos y gané; y bien pronto, con aquella suerte especial que á veces favorece al hombre que se halla en algún trance angustioso, ví amontonarse delante de mí una cantidad de billetes de banco suficiente para sufragar los gastos de una vida muy regalada durante algunos días.

—Venid acá, mi querido coronel, y traedme un poco de suerte norteamericana, puesto que me ha abandonado la suerte rusa por completo, me dijo Sacha, desde el otro extremo de la mesa. Y agregó con sonrisa burlona:

—Afortunado en el juego y desgraciado en el amor.

—Entonces, Sacha, exclamó un joven que se hallaba á su lado, no debes tú aproximarte á la mesa de juego desde que aquella bailarina que sabemos, abandonó por tí á todo un gran duque del Imperio.

Momentos después me retiré de la mesa, de donde una vez más desapareciera el mayor Sacha Welestky. La conversación de todos me hizo comprender que, aun en esta capital licenciosa, aquel pariente mío tenía fama de ser el calavera más rematado y afortunado de todos los que en la caballería de la guardia desfilaban delante el Czar. Lindo renombre para un joven de veintiocho años.

—Debías abandonar á la traicionera diosa del azar, dijo Boris á su desvergonzado hermano. Si juegas con tanto desenfreno, no tardará en llegar á oídos del Czar, y ya sabes lo mucho que le desagrada el que sus oficiales se hagan notorios en las mesas de juego.

—No seas tonto, contestó Sacha: ninguno de los nuestros me delataría, y en cuanto al servicio de este Club.....

—La mitad se compone de espías, interrumpió Boris, de modo que deberíais tener más cuidado.

Al sonar aquella palabra "espía," todas mis inquietudes, todas mis angustias se me volvieron á la memoria en tropel.

Traté de reirme diciendo:

—¿Supongo que el mismo barón Friedrich de vez en cuando aportará por acá?

—¡El barón Friedrich! exclamó Sacha, vuelto indiscreto por el vino. ¿Os parece que podría venir aquí semejante canalla? Más pronto podría franquear las puertas del paraíso que éstas, á menos que viniera por asuntos oficiales y por orden del Czar.

El Yacht-Club Imperial no admite dentro de sus muros á los plebeyos alemanes, aunque sean polizontes muy hábiles. ¡Ah! ¿conque Platoff está de banquero? Yo siempre le gano á aquel cosaco.

Y Sacha se volvió á la mesa de baccarat, y Boris me prometió acompañarme hasta el hotel.

Al retirarnos del Club, empezaba á despuntar el alba.

El marino fué conmigo hasta la puerta del hotel de Europa, charlando con toda la libertad de un pariente. Su asunto principal era su hermano Sacha.

—Es muy calavera, dijo, pero esperamos que, una vez casado, cambie su género de vida. Creo que en el tren habéis visto á su prometida, Dozia Palitzín, una preciosa niña muy joven y muy acaudalada. Pero Sacha se olvida de ella para seguir á cada lindo rostro que encuentra, y, por desgracia, casi siempre con demasiado éxito.

¿Acaso tenía Boris la intención de advertirme que cuidara mi esposa oficial de los avances de este tenorio militar?.....

Parecía que no, puesto que, momentos después, se puso á conversar sobre asuntos generales, hablándome del magnífico baile que estaba por dar el conde Ignatieff, y para el cual haría lo posible para obtenernos dos tarjetas. Lo que será fácil, agregó, pues la condesa trata siempre de reunir todas las damas más hermosas en sus fiestas.

La conversación fué interrumpida bruscamente. Una media docena de hombres en traje particular cruzaron rápidamente la calle delante de nosotros, tomando un callejón que la atravesaba. Al llegar nosotros á la bocacalle traté de ver lo que pasaba. Aquel siniestro grupo se hallaba delante de una puerta que se les abrió al momen-

to. Al entrar, oyóse el ruido de una desesperada lucha y los ayes de una mujer.

—¡Un incendio! exclamé. Y á la moda norteamericana, estuve por precipitarme hacia aquella casa, cuando Boris me detuvo, asiéndome fuertemente del brazo.

—Allí no se nos necesita para nada, dijo con tono muy significativo: es un asunto policial.

—¡Ah! se trata de un crimen, quizá de un asesinato, dije viendo pararse á la puerta de aquella casa una ambulancia toda cerrada.

Momentos después se echó dentro á dos hombres y una mujer, sujetados con cuerdas; y muy silenciosa ahora la segunda.

—¡Vámonos! dijo Boris precipitadamente, alejándose de aquel paraje. Si lo que se ha cometido es un asesinato, leeréis los detalles mañana en el sumario oficial; pero si es lo que me imagino.....

—Leeré.....

—¡Nada!.....

—¿Cómo así?..... En Norte-América ya habrían acudido veinte reporters, y mañana saldría la noticia con tremendos encabezamientos.

—Los periódicos norteamericanos no gozarían de larga vida en este país, ni los reporters tampoco, repuso el teniente con tono significativo, que dejó ancho campo á la imaginación, quedando todos mis nervios estremecidos.

Notándome tan preocupado, mi compañero también guardó silencio.

Al llegar al hotel, el simpático marino se despidió de mí con un afectuoso apretón de manos, retirándose en seguida.

Subí la escalera y, al entrar á nuestras habitaciones, encontré el salón tal como lo había dejado. La puerta del aposento de Elena estaba abierta de par en par.

Miré adentro, y me detuve con el corazón helado de espanto: ¡Elena había desaparecido!.....

Dejéme caer en una silla, lanzando un profundo gemido.

¡Santos cielos! ¡Qué habrá sido de aquella infeliz!.....

Al cabo de un rato me repuse, y entré en la habitación con el fin de registrarla. Todo su equipaje se hallaba allí: sus baúles, las cajas de sombreros, hasta sus alhajas, pero no se veían señales de Elena.

¿Dónde estaba? ¿Qué le había sucedido?..... ¿Acaso se ocuparía en aquel mo[illegible]to de desempeñar su dificilísi[illegible]do? ¿ó ya habría sido [illegible]...

—¡Di[illegible]ose aquella muje[illegible] yo había visto ech[illegible]ancia, toda atada com[illegible] que se lleva al matader[illegible]

Sentí hela[illegible] la sangre en las venas al [illegible] en la suerte de ella, pe[illegible]o de los rasgos [illegible] de esta sinie[illegible]l que no sintie[illegible] contra la joven po[illegible] peligros que me había aca[illegible] aunque á veces sus coqueter[illegible] me indignaban.

Después de meditar bien la cuestión, me convencí que no me quedaba más recurso que la inacción. Era más que peligroso imponer á los del hotel de la misteriosa ausencia de Elena. Si había sobrevenido alguna complicación, más valía que yo fingiera ignorar aquella repentina desaparición.

Entré, pues, apresuradamente en mi aposento y, arrojándome sobre

un canapé, quedé entregado á una angustiosa expectativa.

Pero, después de algún tiempo, las sendas copas de Clicquot Yacht-Club que había apurado, me afectaron el cerebro; sentí pesadez en la cabeza, y luego me dormí, para soñar con escenas tan terribles, que jamás me olvidaré de aquella noche.

¡Y tal fué mi luna de miel oficial!.....

CAPITULO VIII

UN LUNCH CON EL BARON FRIEDRICH

Fuí despertado á la mañana siguiente por un [illegible] que se sentía á la puer[illegible] habitación. Era alguien [illegible]

En [illegible] gentina llegó á m[illegible]

—¿Arturo, qué tienes? Tus gemidos resuenan por todo el hotel.

Me incorporé, todo confuso. ¿Qué era lo que había pasado? El sol brillaba á [illegible] de los cristales de mi v[illegible] cuál era la siniestra [illegible] por cuyo motivo, el de[illegible] aquella inolvidable pes[illegible] nada más que una cor[illegible] mis angustias?

—¡Arturo!....

¡La voz de Elena!.... Me levanté como por un sacudimiento eléctrico, acordándome de lo que había pasado la noche anterior.

—¿Qué hay? vociferé.

—El almuerzo, vida mía. Eres tan dormilón y las truchas se están enfriando, contestó mi esposa oficial en el mismo tono.

Hice una apresurada "toilette" y abandoné mi aposento para confrontar todas las dificultades, los enredos y peligros que me aguardaban en la graciosa personita de mi esposa oficial; la que sirviendo el té en una mesa cubierta de un suculento almuerzo, presentaba un cuadro tan atrayente como doméstico.

Llevaba un traje seductor y coquetón, de aquellos que las damas llaman peinadores, ó trajes para té, ó medio toillette. Ignoro cuál sea el nombre verdadero de esos vestidos hechiceros y extravagantes en los que las señoras están mil veces más graciosas é irresistibles que en todo el esplendor de un traje de etiqueta.

Me puse á la mesa, encontrando allí una tarjeta policial en la que se me concedía licencia para residir [illegible] semanas en la capital.

—[illegible]a me has hecho esperar[illegible] rato, Arturo mío, dijo [illegible] tono dulzón.

[illegible]neficio del sirviente que [illegible]ervaban, había creído prud[illegible] representar el papel de marido cariñoso, besando en la frente á mi supuesta mujer, la que no podía poner resistencia alguna, sin causar las más desastrosas consecuencias al servicio de té que tenía delante.

Por un momento me miró con sobrada altanería; luego volvióse toda sonrojada al sirviente, diciéndole:

—No necesitamos nada más.

El hombre se retiró muy risueño. Era evidente que nos suponía un par de tortolitos.

—Por favor, Arturo, cierra aquella puerta, exclamó ella. ¡Uf!

¡qué corriente de aire tan penetrante!

Cumplí en el acto con aquel mandato, echando á la vez una ojeadita subrepticia para cerciorarme de que el sirviente no nos estaba espiando por la boca-llave.

Luego que volví á la mesa, Elena me preguntó á media voz:

¿Qué significan aquellos ayes horribles que dabais durante el sueño? A no despertar yo, todos los que se hallaban en el hotel hubieran acudido para averiguar la causa.

—Señora, repuse iracundo, soñé que me habían arrestado y que sufría los tormentos del látigo por causa vuestra.

La inflexión patética que imprimí á estas últimas palabras, hizo que Elena estallara en carcajadas histericadas, lo que aumentó todavía más la indignación que ya sentía.

—Los sueños siempre se realizan en sentido contrario, contestó sonriéndose, y agregó con súbita formalidad: Debemos consultar sobre la conducta que nos tocará observar para conjurar la fatal tempestad que nos amenaza. Sentaos cerca de mí, y mientras almorzamos discutiremos la cuestión.

Al aproximarme más á ella, murmuré:

—Salisteis anoche, ¿dónde?

—Más vale que no sepáis eso, repuso Elena. Imponiéndoos de los detalles del cometido que entro á desempeñar, sólo conseguiré aumentar las dificultades de vuestra situación, caso de ser arrestado, y sería mucho más severo el castigo que mereceríais. Os bastará, pues, saber que ya he adelantado mucho en el cumplimiento de mi deber, y sin infundir sospecha alguna aquí, puesto que todos han creído que yo había ido á visitar á la familia de Welestky. Estas truchas son deliciosas, ¿por qué no las probáis?

—No tengo disposición, respondí muy malhumorado.

En seguida continuó la conversación, interrumpiéndose á cada momento para seguir almorzando, pues parecía que á esta extraordinaria mujer las inquietudes y los tormentos sólo conseguían abrirle más el apetito.

—Nos hallamos rodeados de mil complicaciones. ¿Una taza de cafe, alma mía?

—No, gracias, contesté con semblante adusto, agregando en seguida una pregunta también:

—¿Son nuevas las complicaciones?

—¡Sí: éstas son! (Y me enseñó una cantidad de esquelas.) Es menester arribar á alguna conclusión definitiva acerca del proceder que nos incumbe seguir, y luego obrar de acuerdo con aquel plan de acción. ¿Debo ó no alternar con la aristocracia rusa?

Mientras hablaba, me arrojó una media docena de invitaciones, tarjetas, etc., que llevaban impresos algunos de los nombres más distinguidos del país.

Entre ellas figuraba una invitación al baile de la condesa Ignatieff, que venía junto con una tarjeta de la princesa Palitzín.

Comprendimos que era ella la que nos había conseguido que se nos invitase á la fiesta.

—Si me encierro aquí rehusando todas estas invitaciones, parecerá inexplicable nuestra conducta, y con sobrado motivo. Pero si las acepto, nos veremos obligados á

arrostrar todos los peligros de la publicidad..... ¿Qué opináis vos sobre el particular?

—¿Cuánto tiempo permaneceréis aquí?

—Hasta que mi obra quede terminada.

—¿Lo que significa?.....

—Tres días á lo más, aunque tan adelantada la tengo ya, que quizá la acabe esta tarde misma.

—Y luego que hayáis desempeñado vuestro cometido, ¿estaréis dispuesta á abandonar este país tan pronto como os sea posible encontrar algún medio de hacerlo? pregunté con ansiedad.

—Sí; pero ¿cómo encontrar ese medio? He ahí la cuestión. Es fácil entrar á la trampa, pero salir de ella, ¿cómo?

Y Elena se encogió de hombros.

—Si deseamos encontrar la salida, nos es indispensable no dar pábulo alguno á la desconfianza, dije gravemente. Y debo escribirle en el acto á mi señora.

—Tenéis razón, respondió mi compañera. Hacedlo inmediatamente.

—Tendré que encerrar la carta á mi esposa bajo sobre dirigido á mis banqueros en París, por medio de la embajada norteamericana, repuse. Y luego exclamé, acordándome repentinamente de otra complicación más:

—Y Margarita estará aquí dentro de tres días.

—Es necesario que no venga.

—¿Y cómo se lo podré impedir?

—Telegrafiándole. Podéis enviar á ella todos los telegramas que os plazca, puesto que no tenéis ninguna hija oficial en San Petersburgo, repuso Elena sonriéndose. Y ahora, en cuanto á nuestros deberes sociales, me será imposible negarme á la señora Welestky; igualmente imposible el no devolverle la visita.

Si acepto aquella invitación, debo aceptar las demás. A mi modo de ver, nuestra mejor salvaguardia contra la sospecha consistirá en una aparente libertad de acción.

—Haced lo que os plazca, desde que ya me hallo en este atolladero, repuse con mal humor.

Entonces le dí todos los informes que se me ocurrían respecto de mi hija; le expliqué algunas cuestiones muy delicadas acerca de la repartición de bienes que me había traído á San Petersburgo como representante de Margarita en la capital rusa, y varios otros asuntos que facilitarían en mucho á mi cómplice el desempeño de su papel de señora Lenox.

Le advertí que tratase de sustraerse de toda pregunta referente á la América, y de no contestarlas directamente; de no jactarse demasiado de sus antepasados, los Vanderbilt-Astor, y de no ocuparse de asuntos de cuyo alcance no estuviese muy bien impuesta.

—Vosotras las damas, os perdéis siempre por causa de vuestra demasiada fineza, le dije, haciéndome el oráculo.

Mi discípula escuchó estos consejos míos con una sonrisa un tanto solapada, murmurando:

—Gracias, gracias. Os agradezco mucho vuestro esfuerzo para hacer que yo sea tan sabia como vos. Y ahora, otra cuestión tenemos pendiente todavía. ¿No parecerá raro que salgáis de San Petersburgo sin ver á vuestra hija ni ocuparos de los asuntos que os han traído aquí?

—Hoy mismo trataré de ver á

mi abogado y empezaremos á arreglar los asuntos legales de Margarita, procurando terminarlos con toda la prisa posible, contesté.

Y me dispuse á salir para cumplir con lo dicho.

Dentro de un momento, la señora Lenox oficial, descendió conmigo la escalera y nos encontramos en la Newsky.

En una plaza principal, situada á poca distancia, Elena entabló conversación en ruso con el auriga de uno de varios coches cerrados que allí se hallaban, y le alquiló el vehículo.

—Dejadme á mí que dé las órnes necesarias. Os explicaré todo á medida que sigamos andando. Conozco bien esta ciudad y el cochero es hombre de toda confianza.

Y muy tranquilamente dió orden de que nos llevara á la legación norteamericana, sentándose luego mi bella guía á mi lado.

Al llegar á la legación, envié mi tarjeta adentro, y se me condujo al despacho del "Chargé d'affaires."

Como siempre, el ministro estaba ausente. Al entregar las tarjetas que deseaba dejar para aquel dignatario, se me dió una carta de París, que me causó una feroz punzada en el corazón al meterla en el bolsillo sin abrirla.

Le dije al secretario de la legación cuáles eran mi nombre y mi posición, exhibiendo á la vez las cartas que había traído.

—¿Os puedo servir en algo, coronel? preguntó el secretario cortésmente.

Le impuse de mi deseo de que se enviaran mis cartas al extranjero entre las malas de la legación.

—Siento infinito tener que negarme á hacerlo, repuso el diplomático; pero me es imposible cumplir con vuestro deseo. Se sospecha que alguna de las legaciones inferiores hayan sido sobornadas por los nihilistas para hacer pasar sus correspondencias, y todos nosotros hemos empeñado nuestra palabra de honor, por medio del decano del cuerpo diplomático, que no enviaremos cartas particulares entre nuestras malas.

Bajo esta condición, hemos conservado el derecho de sellar las bolsas de cartas. Lo que sí puedo hacer si queréis, es recibir y guardaros toda carta vuestra que llegue del extranjero. No incurrimos en responsabilidad alguna haciéndolo.

En todo lo demás, se puso enteramente á mis órdenes y me dió una carta de presentación á un distinguido abogado, según le había pedido.

Agradecile sus atenciones y me retiré.

—¿Qué os pasa?..... preguntó mi compañera, al ver el semblante compungido que tenía al volver al coche.

Le conté lo que pasaba con las cartas.

—Dejad todo eso para mí, exclamó Elena alegremente, diciéndole al auriga:

—Llévenos á la oficina telegráfica lo más pronto posible.

Luego que llegué allí, hice un telegrama á mi hija, anunciándole mi llegada. Le dije que dirigiera cualquier despacho que quisiera mandar, á la legación de los Estados Unidos, agregando: "No lo dirijas á ninguna otra parte. Quédate donde estás, que yo mismo iré á verte. En mis cartas te explicaré todo."

Ya había conjurado el peligro

que existía por ese lado, porque comprendía que desde que los intereses de mi hija estaban en manos mías, la familia Welestky, por motivos de delicadeza, no le escribiría por ahora.

—Señora, dije á Elena con la garganta oprimida, permitidme que lea esta carta que acabo de recibir de París, y contestarla también, si es que lo puedo sin peligro. Deseo también escribir á mi hija.

—Y lo haréis con toda seguridad, contestó la joven con tono que inspiraba la confianza.

E indicó al cochero dónde debería llevarnos. Este, después de inmutarse momentáneamente, asintió con un movimiento de cabeza harto significativo, y rodamos por entre las calles atestadas de gente donde los varios trajes de Europa y el Asia enteras hacían un efecto de los más pintorescos. Allí se veían los caballeros vestidos á lo Picadilly más correcto, damas "en parisiennes," militares elegantísimos, circasianos de aspecto agreste, con la cimitarra plateada al cinto; persas, paisanos, judíos, polacos, sirvientes, soldados, cosacos que cabalgaban sobre sus fuertes petizos, y mil otros tipos extraños que formaban un conjunto tan estrambótico, que sólo se le podría igualar en dos partes del mundo: el puente de Constantinopla, ó el antiguo "Mouski" del Cairo.

Noté que nuestro auriga seguía un camino muy tortuoso, y que algunas veces iba muy rápidamente, y otras con sobrada lentitud.

Pasamos por la grandiosa iglesia de Razan, el estupendo templo de San Isaac con su cúpula de oro; por muchos palacios, muchas plazas y cuarteles, canales con balaustrada de granito, monumentos, templos.

De vez en cuando, nuestro cochero echaba una mirada en su derredor, como si eligiera su camino, y por fin, entramos en una calle apartada, que distaba unas dos millas de la oficina de telégrafos.

Luego, nos detuvimos delante de una modesta tienda con dos vidrieras que llevaban impresas estas palabras poco llamativas:

LE BRUN

Modas de Paris

—Dentro de dos horas volveréis á buscarme, dijo mi hermosa guía al cochero, agregando algunas órdenes de poca importancia. Y, ocultándose el rostro bajo un tupido velo, subió la escalera rápidamente.

Nuestro conductor fustigó sus jamelgos y desapareció.

Después de pasear una mirada investigadora por toda la calle para cerciorarme de que nadie nos espiaba, entré también en la tienda de modas.

Mi supuesta esposa conversaba con una francesa de aspecto muy decente.

—Necesito un traje para el baile de la condesa Ignatieff, que tendrá lugar dentro de tres días. ¿Podréis hacérmelo?

—¡Cómo no! todavía más pronto que eso, si la señora lo desea, respondió la modista, muy respetuosa.

En seguida, Elena le dijo algunas palabras al oído.

La mujer le indicó una puerta que se hallaba á un lado, y mi misteriosa compañera me llevó á un pequeño salón amueblado con bastante comodidad.

Yo me encontraba cada vez más confundido.

—Aquí tenéis todo lo indispensable para escribir. Ahora ocupaos de vuestra correspondencia, mientras yo elijo mi traje.

—Pero tenéis tantísimos trajes ya, objeté.

—Pero quiero otro, un capricho de mujer. No seáis preguntón, y, sobre todo, no os acerquéis á la puerta de calle.

Hablando así este enigma, me dejó con el corazón henchido por una horrible sospecha. ¡Nos hallábamos en una guarida nihilista!

Escribí á mi esposa—mi amada esposa en París—en contestación al cariñoso billete suyo que me habían entregado en la legación. Creo que derramé lágrimas. Me consta que mi carta estaba mal redactada, de pésima ortografía, pero bien fácil de comprender.

Le advertía á mi mujercita ausente que no escribiese á nadie más que á mí acerca del asunto que tenía yo pendiente, y que mandase todas sus cartas bajo sobre dirigido á la legación.

Le dije que no me mandase telegrama aunque el cielo se viniese abajo, porque todos los despachos telegráficos quedaban en poder del gobierno. Que cuando escribiera á nuestra hija, me mandase la carta á mí primero, para que me impusiera de su contenido, siéndome indispensable esto para llevar á cabo las negociaciones financieras en pro de Margarita. Hice una descripción de la cariñosa acogida que la familia Welestky me había acordado. Después de un examen previo de los asuntos legales de mi hija, entraría á ocuparme de ellos con la ayuda de un abogado. Agregué que bien pronto regresaría á París, y le advertí de la manera más solemne, que ni pensara siquiera en venirse á San Petersburgo, pues el clima era horrible y la población se hallaba asolada por la grippe, complicada con el cólera asiático.

Esta carta la dirigí á Drexel, Harjes y Cía., París.

Luego escribí á Margarita, diciéndole que cuando me escribiera, mandase las cartas al cuidado de la legación, y que yo me encargaría de todo recado que quisiera enviar á su madre. Agregué que iría muy pronto á visitarla, de modo que era inútil que se molestara haciendo un viaje á San Petersburgo, advirtiéndole que, particularmente, en caso de venir, sería poco delicado el alojarse bajo el techo de los Welestky durante las discusiones que tendría que efectuarse en el transcurso de sus asuntos pecuniarios; y si, por el contrario, buscaba otra vivienda, violaría las leyes más fundamentales de la hospitalidad rusa. Por todos estos motivos, valdría mucho más que se quedara en Rjasam. Acabé rogándola que no escribiera á nadie más que á mí, y prometí más tarde llevar á su madre para que le hiciera una visita, para lo cual regresaría á París, porque ninguna dama debería viajar sola desde allí hasta San Petersburgo.

Dado el estado de ánimo en que me encontraba, temblando como un azogado cada vez que oía rechinar una puerta sobre sus goznes, ó reirse algunas de las costureritas que trabajaban en la habitación

contigua, no me parece que todas estas excusas y explicaciones hayan carecido de ingenio.

Momentos después, volvió Elena á mi lado.

—¡Si vierais mi traje para el baile de madama Ignatieff! exclamó. Será una verdadera maravilla.

Y bajando la voz en seguida, me pidió le diera las cartas que acaba de escribir.

—Tenéis la mano húmeda, continuó cuando se las entregué; estáis nervioso, sobreexcitado.

Ahora, procurad reponeros; volved al hotel, ó mejor todavía, al Club, y olvidáos completamente de haber estado aquí. Os prometo que estas cartas serán remitidas á sus destinatarias. Más tarde volveré al hotel y si, por casualidad, encontráis á mi primo Sacha, decidle que no venga á visitarnos antes de las cinco. Quiero tener bastante tiempo para arreglarme antes que venga.

Asentí de muy mala voluntad á esta recomendación, dirigiéndome hacia la puerta, y bajé las escaleras paseando la mirada inquieta é investigadora de un extremo de la calle al otro, pero el vecindario parecía ser de los más tranquilos.

No se veía más que á un niño que jugaba con un barrilete. ¿Acaso serviría de señal? Apresuré todavía más el paso. La respiración se me hizo difícil, y me sentí inundado de sudor, á pesar del penetrante frío que hacía.

¡Ay de mí! ¡cuánto tiempo se necesitará para llegar á ser un criminal endurecido!

Caviloso y meditabundo me hallaba al andar por aquella calle. Me sería forzoso permanecer tres días, por lo menos, en San Petersburgo. Imposible partir más antes. Y ya que me encontraba rodeado de peligros, era de todo punto necesario educar mis traicioneros nervios.

Procuraría ser tan sereno como aquel nihilista que escribía tratados filosóficos con una bomba de dinamita en la mano izquierda. Aprendería á mascar despachos telegráficos con el tabaco, conversando tranquilamente con el mismo jefe de policía. Trataría de.....

En aquel momento, mis meditaciones fueron interrumpidas.

—¡Ah, mi amigo, el coronel Lenox!.....

¡Válgame Dios! ¡Era el mismo jefe de la policía el que me hablaba!.....

El barón Friedrich se hallaba delante de mí. Por fortuna, mis largas piernas ya me habían llevado á alguna distancia de aquella sospechosa tienda de modas. Me encontraba ahora en una calle muy concurrida, donde mi presencia no podía causar extrañeza.

Conforme con el plan que acababa de concebir, fingí estar encantado del encuentro.

—Mi querido barón, le dije con la mayor urbanidad, ¡cuán contento estoy de veros!

Y consultando el reloj, agregué:

—Ayer me habéis obsequiado con un almuerzo como jamás había probado. Hoy desearía corresponder en lo posible, ofreciéndoos un lunch tan bueno y como pueda encontrar.

—¡Muy bien! exclamó. Yo os podré indicar el mejor restaurant de San Petersburgo, aunque tan pequeño, que podríais haber que-

dado en la ciudad sin reparar en él.

En seguida vino á mi lado, caminando con sus mesurados pasitos y conversando sobre muchos tópicos de interés general, y supuse que la habilidad con que yo fingía podría resguardarme también de toda sospecha, como el hecho de haberme manifestado tan deseoso de gozar de la sociedad del jefe de la Tercera Sección.

Al cabo de unos minutos, nos encontramos frente á un restaurant que tenía este letrero:

"PICHON, Restaurant Francais."

Tendí la mirada por el estrecho callejón donde se hallaba situado.

—Efectivamente, dije, yo nunca hubiera dado con este hotel.

El barón Friedrich me indicó que entrara, con un gesto impaciente de la mano; y bien pronto estuvimos los dos sentados á una mesa desvencijada en un salón reservado, de aspecto igualmente viejo y desteñido.

Noté con bastante interés que aquí, al menos, el altipotente jefe de la Tercera Sección no era mejor atendido que cualquier otro cliente.

El mozo se retiró para cumplir con las órdenes que acababa de recibir, y dije yo á mi compañero:

—No os conocen acá.

—En efecto, respondió con malévola sonrisa, soy completamente desconocido en este restaurant. Pero parece que vos habéis descubierto quién soy. Tengo cuidado de no comer dos días seguidos en el mismo sitio. Si el pobrecito de Friedrich acudiera siempre al mismo restaurant, agregó guiñándome el ojo, el pobrecito de Friedrich moría envenenado algún día.

Yo, que no había almorzado aquella mañana, me había entretenido devorando el omnipresente pan francés que se encontraba en la mesa; pero al oir aquellas siniestras palabras, lo dejé caer con la rapidez del rayo.

—¡Ja, ja! (y el barón soltó la carcajada), ¡conque mi pobre amigo ha perdido el apetito!

Expuse tartamudeando que estaba dispuesto á arrostrar cualquier peligro, por tal de tener el agrado de acompañarlo á él.

—¡Muy bien entonces! Trate de arrostrar este peligro que se nos presenta, contestó el jefe político; y comenzó á atacar el lunch con muy buen diente.

Al ver el ejemplo que me daba, cobré bríos y encontré que la colación era excelente.

Mientras esperábamos se nos trajera un nuevo plato, mi compañero observó:

—¿Cómo es eso, mi amigo Lenox?..... ¡Parecéis estar enfermo!

—Es que casi no he dormido anoche.

—¡Ah!

—Estuve en el Yacht-Club.

—¿Y el resultado?

Saqué del bolsillo un rollo de rublos.

—Habéis tenido suerte, señor. ¿ madama de Lenox os permite semejante distracción? A propósito de ella, ¿cómo se halla? ¿Tan encantadora como siempre?

—No: está haciendo compras como siempre.

—¡Hacéis gala de "esprit," coronel!

—Soy verídico. La señora desea comprar un traje nuevo para el baile de la condesa Ignatieff.

—¡Con que tan pronto habéis conseguido ser invitado! exclamó

el barón Friedrich mirándome envidioso. Pero tal vez vaya yo también.

—¿Pensáis asistir?

Indudablemente, si el Czar se resuelve á honrar la fiesta con su presencia.

Y una expresión inquieta, casi miedosa, se dibujó en la mofletuda fisonomía de aquel hombrecillo.

—Vos mismo no tenéis muy buen semblante, observé.

—No, repuso el barón: os seré franco. Las inquietudes que me acarrea la posición que ocupo, son por demás pesadas. Me asemejo á un niño que trata de impedir que las moscas ataquen la miel ¡Pero hay tantas moscas! Algún día quizá se me escape una, y entonces.....

—¿La miel sufrirá? interrumpí yo.

—"Mein Himmel," y el niño también, replicó, encogiéndose de hombros.

Luego agregó con mucha intención:

—Hace algunos años le sucedió un percance á vuestro presidente Garfield, en Washington.

—¡Fué asesinado!

—¡Eh! no se dicen semejantes atrocidades. ¿Y qué le pasó al jefe político de Washington?

—Nada. Creo que permaneció en su puesto.

—¿Y no le pasó nada? ¡Cuán feliz sería desempeñar los deberes de jefe político entre vosotros! Sois una gran nación. ¡Qué diferentes somos nosotros! Aquí es cuestión de la cabeza del criminal ó de la propia.

El barón exhaló un suspiro; pero luego dijo con su acostumbrada vivacidad:

—Y ahora, os dejo. Tan ocupado estoy, que desde que llegué á esta ciudad, no he tenido tiempo de acostarme.

—Anoche he presenciado una de vuestras obras, dije yo.

—¿Cómo? ¿Dónde?..... El barón ya se mostraba lleno de desconfianza y de curiosidad. ¿Qué sabéis vos de lo que hago yo?

Le hice una descripción del incidente que Boris y yo habíamos presenciado al regresar del Yacht-Club, en las primeras horas de la mañana.

—¡Tenéis razón! exclamó: logré cazar uno, pero ella,, la principal, la más importante de todas, ¡qué no daría yo por poderla apresar!.....

Imposible de describir el acento con que pronunció estas palabras. Centelleaban de tal modo sus ojillos, que aun á través de sus obscuras antiparras, se veía aquel siniestro resplandor.

—Eso sí que me valdría una media docena de condecoraciones y la confianza imperecedera de mi soberano. ¡Ah! ¡pero es tan hábil, tan astuta!..... Por eso, es adversaria digna del barón Friedrich. ¡Ay de mí! mucho me temo que nunca conseguiré mi objeto.

Pasó las manos por entre la melena con una desesperación absurda, y agregó:

—Pero me he demorado mucho. Hasta la vista, coronel.

Luego que estuve por franquear el dintel de la puerta, volvió á dirigirse repentinamente:

—Decidme: ¿no habéis visto una hermosísima dama en el tren que os condujo desde Berlín hasta Eydtkuhnen?

—He visto varias, contesté.

—Indudablemente; pero ésta á

quien me refiero tiene los ojos pardos, el cabello castaño, un trato exquisito y un encanto especial é irresistible. Reúne á un cerebro de diplomática, la seductora gracia de una niña.

—¡La he visto! exclamé con el corazón en la boca.

—¿La conocéis? ¿Quién es?

—Mi esposa, repuse con un valor nacido de la desesperación.

—¡Vuestra esposa!..... Ya caigo, dijo el barón riéndose de una manera extraña. ¡Qué farsante sois, señor! ¡Tratáis de chancear con el mismo jefe de la policía! Pero los norteamericanos son así: ¡siempre bromistas!

Me hizo una guiñada y me dejó.

¡Dios mío! ¿qué significaba aquella guiñada? La situación se volvía de más en más tirante.

Aquella dama que se había usurpado el nombre de mi señora era de tal modo notable, que toda la sagacidad del barón Friedrich, toda su larga experiencia, toda la viveza y la astucia de su espíritu tartárico, reunido á la filosofía heredada de sus antepasados alemanes, convergirían á un solo objeto: la captura de esa mujer. Y más encarnizado todavía se mostraría su implacable enemigo hacia ella, puesto que comprendía que su carrera y hasta su seguridad personal dependían de aquella captura.

Al arribar á esta conclusión, me levanté bruscamente de la mesa y aboné lo que había invertido en el lunch.

Era de todo punto indispensable salir de la Rusia tan pronto como fuese posible. Y para poder partir de manera razonable, me urgía comenzar inmediatamente á ocuparme de los intereses de mi hija (esos intereses que me habían traído á este país maldecido), y tramitarlos antes de emprender la fuga.

Abandoné el restaurant precipitadamente, y me dirigí al estudio del abogado que me había sido indicado en la legacion norteamericana.

CAPITULO IX

LA SOCIEDAD ENTERA FESTEJA A LA NOVIA

—¡Ahí viene derechito del estudio del abogado, supongo!

Así se me dirigió Elena al volver yo al salón del hotel de Europa. Hablaba en un tono alegre, y la expresión de sus ojos era muy tranquilizadora.

—Sí, contesté, tenéis razón, y os puedo asegurar que todo va muy bien.

—Dejadme presentar á madama de Welestky. Hace media hora se halla aquí acompañándome y hablándome de nuestra adorable Margarita. Olga, os presento mi esposo.

Una dama de porte muy aristocrático, de aspecto altivo y encantador, cuyo cabello de nívea blancura suavizaba su hermosura é imprimía todavía más distinción á sus modales, se aproximó á mí y me dió una cordial bienvenida, estrechándome la mano y ofreciendo una delicada mejilla para recibir el saludo de práctica en el país.

—Mi esposo Constantino deseaba acompañarme aquí, pero no lo fué posible, porque tuvo que demorarse en una asamblea del consejo, dijo la señora. Sin embargo, vengo yo con la comisión de hacer que os trasladéis inmediatamente

á nuestra morada. Vuestras habitaciones ya están listas para recibiros.

¡Otra complicación para mí! Estaba dispuesto á arrostrar cualquier peligro, antes de permitir que Elena se instalara en casa de mis parientes.

Mientras meditaba el mejor medio de sustraerme de esta obligación social, la causa de todas mis dificultades vino en mi auxilio:

—Acabo de decir á Olga (¡cuánta soltura tenía para usar los nombres de pila de todos nosotros!) que nos quedamos aquí muy pocos días.

—¡Pocos días!..... exclamó la hospitalaria Olga. Segura estoy que mi esposo nunca permitirá eso. Y continuó hablando con toda la locuacidad rusa, describiéndonos el sentimiento que tendría Constantino al saber que nuestra estadía sería tan corta, y que ella y toda su familia estarían tan inconsolables como él por causa de nuestra partida.

—Ni siquiera tendréis tiempo de ver á vuestra hija, agregó.

—Siento infinito, señora, repuse, pero esta vez nuestra visita tiene forzosamente que ser cortísima, puesto que un asunto muy urgente reclama mi presencia en París tan pronto como haya terminado los primeros detalles que se refieren á los intereses de Margarita; pero os prometo que, dentro de un mes, regresaremos aquí.

—¿Y por cuánto tiempo os podréis quedar ahora?

—Creo que sólo tres días. Ya comprenderéis que siendo así.....

—Podríais venir á mi casa á pasar dos días siquiera, dijo Olga con tono persuasivo.

—¡Dios mío, señora! ¿me haríais acomodar mi equipaje dos veces en dos días? objetó Elena. Y estoy tan ocupada, como deseo asistir al baile de la condesa Ignatieff. Se me está confeccionando un traje especial, y como sabía que nos quedaríamos aquí tan breves días, no quise hacerme acompañar de mi doncella.

—¿Y eso qué tiene? preguntó la señora Welestky. Yo os mandaré una de las mías.

Felizmente, la llegada de las princesas Palitzín, en aquel momento, interrumpió la discusión.

—Hemos venido, dijo la señora casada, entrando al salón inmediatamente, después de la tarjeta que nos acaba de mandar, para cerciorarnos de que habéis recibido la invitación al baile del conde Ignatieff. Os la mandamos anoche por correo. Además de eso, quisiera suplicaros tengáis la amabilidad de asistir en nuestra compañía.

—Perdonadme, interrumpió la señora Welestky. Eso me incumbe á mí. Me haré un gratísimo deber de presentar mis parientes norteamericanos á mis compatriotas.

Y las dos damas entablaron una amistosa discusión sobre cuál de las dos tendría el placer de hacer los honores de San Petersburgo á mi esposa oficial. Mientras tanto, la princesa Dozia, quien parecía haberse enamorado locamente de Elena, reforzaba las súplicas de su cuñada por medio de besos, abrazos, cariños y zalamerías de mil géneros.

Ignoro cuánto tiempo hubiera durado esta contienda, á no ser por la repentina aparición de Sacha, más bizarro y arrogante que nunca, ostentando varias nuevas con-

decoraciones que, indudablemente, se había puesto con el fin de llamar más la atención de Elena.

—¡Al fin, mi primita Laura! exclamó saludando á su supuesta pariente. Luego se detuvo, dió una rápida mirada en su derredor y se mordió el labio al notar la presencia de su prometida.

Esta, al verle, exclamó impremeditadamente:

—¿Cómo es esto, Sacha? ¿No me dijiste que estabais de guardia hoy?

—Sí, es cierto. Pero logré escaparme por media horita. Era mi deber venir aquí á saludar á los recién llegados, Dozia mía.

Así contestó Sacha con mucha serenidad; y, después de dirigir la palabra á los demás que allí nos encontrábamos, trató de apartarse un poco con su prometida, para hacer las paces, sin duda; puesto que, al pasar por mi lado, le oí murmurar:

—Porque al fin y al cabo, Laura es una abuela, Dozia; ¡figúrate, una abuela!.....

—Por cierto, pero una abuela hermosísima, contestó la linda princesita en voz baja.

Mientras se desarrollaba esta pequeña escena íntima, se nos entregó las tarjetas de varios parientes de la familia Welestky, como también las de algunas de las relaciones de la princesa Palitzín, que nos habían sido presentadas en la estación del ferrocarril.

El salón bien pronto fué pequeño para contener aquella reunión de hermosas damas y distinguidos caballeros que venían para saludarnos á la señora de Lenox y á mí.

Y entre toda esta aristocrática concurrencia, mi esposa oficial descollaba por su gracia y elegancia, conduciéndose con una exquisita cortesía que, desde luego, hizo que todos simpatizaran con ella.

Nuestro recibo improvisado bien pronto se convirtió casi en "lever;" y Elena obsequiaba á todos, atendía á todos, encantaba á todos, entre ellos al secretario de la legación de los Estados Unidos, el que, habiendo oído ponderar mucho la belleza y el éxito social de su gallarda compatriota, vino á "poner el águila norteamericana á sus pies," como decía valiéndose del florido lenguaje que allí se usaba.

Pero no pude menos que notar que, durante toda la tarde, ninguno se halló con tanta frecuencia al lado de Elena como Sacha. A ninguno como á él volvíase ésta complacida para recibir sus agasajos y miraditas, y á fe que no fué parco ni en lo uno ni en lo otro, sin atender á la triste reconvención que brillaba en los ojos de la joven Dozia, á quien dejó completamente olvidada.

Yo, por mi parte, me quedé conversando con la señora Welestky y la princesa Palitzín, discutiendo la mejor manera de aprovechar de los cortos días que debíamos pasar en San Petersburgo; y al echar de ver las galanterías de su hermoso sobrino para con mi supuesta señora, Olga ya no trató más de persuadirme á prolongar nuestra estadía en aquella ciudad.

Por fin, se resolvió que esa misma tarde iríamos á comer á casa de la señora Welestky—un convite puramente de familia; y en caso de quedarnos para el baile de la condesa Ignatieff, asistiríamos á él con las princesas Palitzín.

Me levanté todo asombrado en medio de esta discusión.

Había un hermoso piano en el salón, y la princesa Dozia, fastidiada de las solícitas atenciones que su novio prodigaba á otra, había abandonado su retiro para rogar á mi supuesta esposa que cantara algún trozo.

—No podéis negar que sois poseedora del don del canto, porque os he oído en el coche del tren, aunque cantabais en tono sumamente bajo. Desearía oiros ahora.

—¿Desearíais que cantara? preguntó Elena graciosamente. Entonces prestad oído. Cantaré, aunque estoy algo olvidada. ¡No, gracias!..... exclamó, al ver que Sacha se apresuraba á ofrecer sus servicios para volver las hojas de la música. Canto de memoria, de manera que no necesito molestaros.

Y, dentro de un momento, sonaron en nuestros oídos las patéticas notas del "Swannee River," cantadas con toda la conmovedora dulzura con que la Nilson sabía impregnar aquella antigua melodía africana.

Al terminar su canto esta joven conspiradora, tan especialmente favorecida por la naturaleza, todos la rogamos que volviera á deleitar nuestros oídos, y ella, sin hacerse de rogar, cantó: "Home, sweet home," sin floreos ni variaciones, pero con tanta de aquella ternura y tristeza, con tanta de esa divina dulzura con que la Patti embellece y glorifica aquella melodía, que al apagarse el último acorde quedamos silenciosos, suspensos, anhelando que esas dulces notas sonaran siempre en nuestros oídos.

Muchos ojos se habían llenado de lágrimas, entre ellos los de la misma Circe que así nos encantaba, y aun los del réprobo Sacha, pero no interrumpieron las miradas de cariño que lanzaba á la hermosa cantatriz.

También los azules ojos de Dozia estaban bañados en rocío al contemplar suplicante á aquel cuyo desamor tanto apenaba su tierno corazón.

En seguida se retiraron todas nuestras nuevas relaciones, después de un coro entusiasta de aplausos por aquellas melodías tan admirablemente cantadas, y una confusión de invitaciones.

Sacha mismo se veía en el deber de retirarse, puesto que había llegado la hora de comer, y la etiqueta le obligaba á partir.

Al salir el joven, Elena se despidió de la última de sus huéspedes, y le oí decir:

—Os ruego, señora, que no os olvidéis de visitarnos este invierno, cuando vayáis á París. He aquí nuestra dirección.

Y sacó una tarjeta de una tarjetera elegantísima con monograma, y la entregó á la dama rusa.

Esta se retiró en seguida, dejándome á mí horrorizado ante lo que había pasado.

—¡Os habéis traicionado! exclamé, en cuanto quedé solo con Elena.

—¿De qué manera? preguntó ella tranquilamente.

—¿De qué manera? Pues, señora, ¿no habéis dado vuestra tarjeta á aquella dama? Cuando lea la inscripción, descubrirá en el acto vuestro verdadero apellido.

—No creo que exista peligro alguno por ese lado, repuso riéndose.

Examinad mi tarjetera. Inspeccionad mis tarjetas.

Me las metió delante de los ojos, y las contemplé estupefacto.

..La tarjetera llevaba el monograma "L. M. L.," las iniciales de mi verdadera esposa, y la tarjeta era ésta:

Laura V. de Lenox

No. 37, Boulevard Malesherbes

idéntica en todos sus detalles á la "carte de visite" que mi esposa usaba aquel mismo día en París.

—Las hice imprimir el día antes de emprender mi viaje á la Rusia,, dijo la bella conspiradora alegremente. No hay como ser cuidadosa en estos pequeños detalles, Arturo.

Nada contesté, por lo asombrado que estaba al ver tanta previsión y astucia.

—¿Y os agradaron las melodías africanas que canté? preguntó.

—Cantáis como una verdadera "prima donna," contesté entusiasmado. Pero ¿cómo sabíais esas canciones tan enteramente norteamericanas?

—Las aprendí á propósito para desempeñar mejor mi papel de señora Lenox, la bella americana, repuso esta criatura extraordinaria. Y sé muchas más, agregó, por ejemplo: "La Bandera estrellada." ¿Desearíais oirla?

Sin esperar que le contestara, se sentó al piano y cantó la patriótica canción, de manera á hacerme exhalar hondos gemidos al pensar en todo lo que daría por tal de hallarme ahora resguardado por sus protectores pliegues, y lejos, muy lejos de aquella águila doble que ostenta la bandera imperial rusa.

—Y ahora tengo que hablaros, señora, de nuestros asuntos particulares, dije.

—Está bien: podéis empezar.

—Pues principiaré diciéndoos que Sacha.....

—Qué tarde es! interrumpió la joven, mirando su reloj. Apenas tendré tiempo de arreglarme para asistir al convite de Olga Weletsky.

Y se alejó corriendo; pero, antes de llegar á su habitación, me dijo:

—Tranquilizaos, porque hoy todo me ha ido á las mil maravillas; y ahora os pondréis el frac, como buen esposo que sois.

—Y tan cariñoso como bueno, agregué yo riéndome.

Y siguiendo su consejo, yo también me dirigí á mi aposento para revestirme de mi marcial indumentaria, y emperejilarme lo mejor que me fuera posible.

Una hora después, ambos nos hallamos sobre el "Quai Anglais," dando la espalda al hermoso Neva, y delante de la hospitalaria mansión de la familia Welestky.

Hice mi entrada ruboroso y abochornado, por causa de aquella mujer que á mi lado iba para recibir los agasajos que se debían á mi esposa, y aceptar, en vez de ella, el cariño y los festejos que se prodigarían á la supuesta madre de mi Margarita.

Pero tan avezado, tan empedernido estaba ya, que apenas pude reprimir mi hilaridad al oir que el lacayo anunciaba la llegada del coronel Lenox y "señora."

Se nos condujo á la sala principal, donde nos encontramos con toda la familia, la que consistía de Olga, Constantino, Boris, Sacha, los dos hijos de Welestky, del cual uno era paje de la corte y el otro cadete imperial, y una preciosa niñita de nueve años.

Esta linda criatura, llamada Sofía, entró á la sala acompañada de su institutriz, una bella joven francesa de gentil y bella figura, y vestida con suma elegancia. Madama Welestky me la presentó como la señorita Eugenia de Launay.

Mientras yo charlaba con mi anfitrión, noté que Elena, de manera inexplicable, no tardaba en captarse las simpatías de todos, especialmente de los niños. El pajecito de corte se convirtió en paje de la audaz conspiradora; el cadete imperial hizo gala de su más marcial apostura en su honor; la pequeña Sofía, sentada en sus brazos, persistía en llamarla "abuelita," lo que hacía poquísima gracia á Elena.

—Laura no es abuela tuya, hija, le dijo Olga sonriendo.

—Ya lo sé; pero desde que es abuela de mi primita, ¡debe serlo mía también! exclamó la niñita. Laura es mi abuela hada. Así Sacha la llama siempre. El.....

Pero la frase fué interrumpida por una lluvia de besos que Elena dió á la niña, y que, en mi opinión, obedecían al deseo de ocultar sus sonrojos y muy visible turbación.

Al oír esta cándida revelación, todos callaron, produciéndose un silencio sepulcral, que sólo fué interrumpido por una carcajada de Sacha.

En aquel momento noté que la institutriz lanzaba una mirada rápida y amenazadora á mi supuesta esposa.

—Cállate, hija, dijo la señora Welestky. Tu lengua es más larga que tus años.

—Pero si es la verdad, mamá mía, parece una hada. Y los pardos ojos de Sofía contemplaron llenos de admiración á aquella bella joven, quien vistiendo un traje de género diáfano y lustroso, ideado por el genio de un Worth ó de un Pingat, sobrepasaba todavía los elogios de la niña.

—Ten cuidado de no destrozar el vestido del hada, entonces, dijo Olga, porque la criatura, abrazándose mucho á su hermosa pariente, ajaba mucho el exquisito traje que llevaba.

—Más vale que te retires ahora, agregó la dama.

—Pero volveré después de comer, mamá, ¿no es cierto?

—Dejadme entrar para los postres, suplicó la niñita, al alejarse con la señorita de Launay.

Al entrar las dos al vestíbulo, ví que la joven francesa se daba vuelta.

Sacha se hallaba al lado de Elena, llenos de cariño sus ojos de tártaro; y al contemplar ese cuadro, se dibujó en el semblante de la institutriz una expresión de indecible angustia y desesperación.

¡Pues está lindo! pensé yo; parece que el señor Sacha requiebra al por mayor. Y eché á reir no de muy buena gana al ocurrírseme que el joven dirigió también á mí sus ataques por medio de mi supuesta señora.

La conversación se hizo general, y Boris y yo nos paseamos por los salones. El joven me describía los cuadros que adornaban las paredes.

Aquí se veían un guerrero que había tomado parte en las antiguas guerras con los tártaros; más allá, otro antepasado que había gozado el honor asaz peligroso de ser chambelán de la célebre emperatriz Catalina.

Por fin nos aproximamos á las ventanas al frente de la morada, desde donde se veían deslizarse rápidas las olas del río, cubiertas por el comercio de todas las naciones del mundo, animadas por las lanchas á vapor, los botes y las barcas que á la pálida luz de la luna iban ó venían presurosos.

—Bien pronto cesará todo este movimiento, observó Boris, contemplando aquella escena con ojos de marino experimentado. La estación está ya muy avanzada. Muy tranquilo quedará el Neva dentro de algunos días, y sus hielos se cubrirán de trineos en vez de barcos.

Tendí la mirada más allá de la plateada corriente, y en la orilla opuesta ví destacarse unos enormes edificios de granito.

Quedé todo trémulo, porque habiendo leído con atención mi "Guía del Viajero," bien sabía que me hallaba delante de aquella espantosa cárcel en cuyos húmedos calabozos, abajo del lecho del río, tantas vidas se habían extinguido entre ayes y gemidos.

—La fortaleza de los emperadores Pedro y Pablo, observó Boris, al notar lo que llamaba mi atención.

—¿La cárcel política?

—¡Sí!

En aquel momento sonó en mis oídos la argentina voz de Elena.

—Arturo, creo que os esperan para acompañar á la señora Welestky al comedor.

—Sí, agregó Sacha, aproximándose á su supuesta prima. Y el jefe de la casa tendrá la dicha de llevaros á vos á la mesa. Pero yo me sentaré del otro lado.

Al pasar por el espacioso vestíbulo para llegar al espléndido comedor, no bastaron para alegrarme ni siquiera la simpática vivacidad y el animado rostro de Olga Welestky.

Al ver por vez primera aquella colosal fortaleza en cuyos subterráneos tantos presos políticos habían exhalado su postrer suspiro; donde la hija de la bella emperatriz Isabel alzara angustiada al cielo sus blancas manos cargadas de cadenas, á la vista de la creciente del río que corría presurosa para ahogarla; aquella funesta cárcel donde se encierra hoy en día á los enemigos del Czar, y donde yo ¡mísero de mí! tal vez tuviera que pasar toda la vida que me quedaba, mi ánimo se había abatido por completo, y toda mi acostumbrada alegría se había disipado.

Entramos al comedor, profusamente iluminado, con la lujosa mesa cubierta de flores, de las cuales los rusos despojan despiadadamente á sus jardines de invierno ó invernáculos para ese fin, y mis pensamientos tomaron un giro menos sombrío.

De acuerdo con la costumbre moscovita, habíamos hecho justicia á la "sacuska" de pescado salado, caviar y otros manjares de que se participa con el fin de proporcionarse un apetito anormal; y luego que hubimos probado de algunos platos del banquete mismo, y el vino había circulado abundantemente, yo ya había recobrado el ánimo por completo.

Constantino Welestky, el jefe de la casa, era la hospitalidad personificada, y Sacha, al lado de Elena, se mostraba contentísimo.

La conversación fué animada, amenísima. Al llegar los postres, narré unas anécdotas de mi vida militar entre las llanuras, las que fueron festejadas por carcajadas unánimes.

Al notar el éxito de mis relatos, me puse á contar mi "piéce de résistance," aquella célebre historia de la captura del sargento Flaherty por cinco indios guerreros.

Era el caso de que los salvajes, después de apresar á su enemigo, se habían embriagado bebiendo el "wiskey" que el valiente sargento llevaba siempre consigo, en vez de agua, y á la mañana siguiente, al presentarse éste en la parada, todavía ebrio, ostentaba las cinco cabelleras de las cuales había despojado á sus compañeros durante las diversiones "espiritistas" de la noche anterior.

—Primero los despellejé y después los desperté. Tal fué su manera de referir su hecho de armas al oficial superior.

No necesito decir que esta anécdota la conté con aquel estilo inimitable que poseo, ocurrente, gracioso y decidor; porque es indudable que pocos serán los que tengan el don especial mío para hacer resaltar una situación risible. Bien recuerdo aquella vez, cuando el príncipe de Gales me dijo..... pero no..... no quiero incurrir en digresiones.

De todos los presentes, la que más se rió fué Elena, hasta tal punto, que por poco no se sofocó.

—¡Pero qué particular! observó Sacha, reponiéndose, que á su señora le divierta tanto un cuento que ya debe haber oído un centenar de veces.

—Decid más bien, un millar de veces, repuso Elena, encogiéndose de hombros.

—En efecto, dijo la señora Welestky, Margarita ya me ha referido aquella aventura, diciéndome que vos, Laura, siempre poníais una cara fastidiada cuando el coronel la repetía.

—¡Cómo no! exclamó Elena con una graciosa morisqueta: eso me sucede cuando estamos solos; pero delante de los demás, me hago un deber de festejar las anécdotas de mi esposo. ¿No es cierto, Arturo? Y me dirigió una sonrisita tan traviesa, que yo también eché á reir.

La dueña de la casa hizo la señal de costumbre, y las damas se retiraron del comedor, dejándonos solos á nosotros los caballeros, para charlar mientras consumíamos el vino y fumábamos.

Boris, comprendiendo al parecer que su tío y yo desearíamos ocuparnos de algunos asuntos de familia, dentro de poco se levantó de la mesa y se dirigió al salón, donde se hallaban las señoras junto con su hermano Sacha, cuyo deseo constante de eternizarse al lado de Elena me hacía rechinar los dientes de indignación.

Quedamos sólo Constantino y yo, é inmediatamente empezamos á ocuparnos del asunto que me había traído á la Rusia, es decir, el arreglo de los bienes que mi yerno había legado á Margarita.

No tardé en comprender que no habría discusión alguna sobre el particular.

La familia de Welestky estaba dispuesta á conceder todo cuanto

estableciera el testamento, y aun más; de manera que sólo me habían llamado para que hiciera las veces de tutor, de modo que no cupiera sospecha alguna acerca de las generosas intenciones que abrigaban sus parientes rusos hacia mi hija, en cuanto á su futura riqueza, poderío y estado social.

Me valí de la ocasión para manifestarle á Constantino que en cuanto estuviesen terminados algunos detalles preliminares, me vería en la obligación de regresar á París, pero que no tardaría en volver para firmar los documentos definitivamente.

Algo sorprendido quedé al notar que mi anfitrión no ponía resistencia alguna á nuestra partida. Se contentó con decirme que siempre tendría sumo placer en recibirnos:

—Tanto por vosotros mismos, como por el cariño que profesamos á Margarita, agregó.

Después de una corta pausa, prosiguió de la siguiente manera:

—Sentiría en el alma, coronel, que me creyérais un impertinente; yo pertenezco á esta capital, mientras que vos sois de una nación que habla con la mayor libertad; de modo que me permitiré aconsejaros que seáis sumamente discreto. En estos momentos, la policía ejerce una vigilancia especial, particularmente sobre todo aquel cuyas opiniones políticas no coincidan con las del gobierno.

—¿Y por qué? pregunté ingénuamente. Acaso hablarán los diarios.....

—Mi estimado coronel, interrumpió mi anfitrión con una sonrisa extraña, aquí los diarios ignoran todo lo que pasa. La policía secreta guarda todo para sí.

Luego, bajando mucho la voz, agregó:

—Aquí mismo, entre mi servidumbre, habrá más de un espía y más de dos.

—¿Y qué buscan?

—Buscan nihilistas, contestó en mi oído. Es siempre igual. La espada de Damocles que pende de un cabello por encima de nuestras cabezas. Y Welestky se levantó de la mesa, lanzando un profundo suspiro.

Al hacerlo, llegaron á nuestros oídos los dulces acordes de la "Bandera estrellada." En el salón, Elena, sentada al piano, volvía á cantar aquella pieza que llenaba mi pobre corazón de angustia y desesperación.

Adelantándome á Constantino, le dije á mi esposa oficial:

—No cantéis eso, Elena, ¡ya sabéis cuánto me conmueve!

Al oirme, Sacha, que se hallaba al lado de la hermosa conspiradora, observó con aire maligno:

—El militar norteamericano se conmueve al oir su himno nacional. Arde en deseos de volver á emprendérselas con sus antiguos adversarios, los indios de la llanura.

Le dirigí una furibunda mirada, cual si de muy buena gana lo vería á él incluído entre aquellos salvajes que nombraba, porque durante toda la tarde se mostraba cada vez más atento, más cariñoso para con la dama que daba en llamarse la señora Lenox.

Y otros también se habían apercibido de la conducta del joven oficial de la guardia; pues Mlle. de Launay, la institutriz, que había vuelto al salón con su discípula, contemplaba la pareja de una manera que indicaba que Elena le me-

recía tanto odio á ella como Sacha á mí, y por el mismo motivo.

También los dueños de casa se mostraban algo incomodados por lo que Sacha se preocupaba tan poco de disimular su nuevo capricho, capricho que nadie podía menos de notarlo.

Entonces se apoderó de mí la idea de la venganza, y tuve una de esas súbitas inspiraciones que me convierten á veces en tesoro de mis amigos y terror de mis adversarios.

Esta reunión era puramente de familia, de manera que podría usar de una libertad de acción que me hubiera sido vedada en "soirée" de etiqueta.

Me aproximé, pues, á mi supuesta señora, y me convertí en esposo atento y cariñoso.

Dondequiera que se dirigiera, ahí estaba yo, y hasta me permití saludarla en la frente, sin que ella pudiese rehusar esta prueba de cariño.

Manifesté un ingenio verdaderamente diabólico haciendo que Sacha presenciase todas estas galanterías, y noté con fruición que le llenaba de ira; pero al mismo tiempo no pude menos de comprender con tanta pena como asombro, que Elena no estaba menos disgustada que su admirador.

Los demás, mientras tanto, se divertían al ver las atenciones que yo prodigaba á mi supuesta señora.

—Vosotros los americanos tenéis un carácter muy particular, exclamó Welestky. Os enorgullecéis de vuestro cariño y hacéis gala de él.

—Sí, repuso el encolerizado Sacha. Ya fastidian con su mucho cariño.

Terminóse luego el animado convite, como sucede con todas las cosas de este mundo.

Olga y Elena pasaron juntas al vestíbulo, y la primera invitó á su supuesta pariente la acompañara al día siguiente para hacer varias visitas y asistir á unos recibos; pero la enigmática Elena le dijo que sólo podría otorgarle las horas de la tarde, porque había prometido asistir al baile de la condesa Ignatieff en compañía de la princesa Palitzín.

Al despedirme, oí que la señora Welestky decía á Elena:

Vuestro esposo os quiere mucho.

—Sí, repuso ésta con tono indignado. Siempre me persigue con sus atenciones después de haber bebido mucha champaña.

Confieso que esta respuesta no me cayó en gracia; y al abandonar aquella hospitalaria mansión, tenía yo un semblante de los más adustos y feroces.

Apenas nos hubimos sentado en el carruaje, cuando vimos á Sacha que bajaba precipitadamente la escalera y se dirigía hacia nosotros.

—Solamente para daros el último adiós, mi bella prima, dijo estrechándole la mano; pero al hacerlo, mis ojos de lince distinguieron un billetito que deslizaba entre los blancos dedos que se extendieron para recibirlo.

No bien hubimos partido, me revestí de la más severa dignidad.

—Señora, dadme ese billete en el acto.

—¿Qué billete?

—Aquel que os entregó ese miserable.

—¿Y con qué derecho me pedís una carta dirigida á mí?

—Señora, me valgo del derecho de un esposo ofendido, aquel derecho que poseo desde que os conver-

tísteis en mi esposa oficial. Mientras llevéis mi nombre, señora (estas palabras las pronuncié con un tono verdaderamente formidable), me hallo en el deber de protegeros de todo avance que pudiera proyectar la más leve sombra sobre el honor de un esposo oficial.

La pobrecita quedó completamente anonadada por aquella repentina formalidad.

—Tomadlo, mi bienhechor, murmuró, mansa como un corderito.

Pero al entregármelo, se echó para atrás, presa de un acceso de risa casi convulsiva.

CAPITULO X

EL DIABLO DE SACHA

Quedé conmovido por efecto de tan espontánea docilidad. Guardé el billetito en el bolsillo del frac, y viendo que mi compañera parecía dispuesta á escucharme con toda atención, empecé á hacerle una descripción detallada de los defectos del joven oficial.

Le conté cómo malgastaba cuantiosas sumas de dinero; que llevaba un género de vida que deshonraba su ilustre apellido; que era de carácter caprichoso é infiel; y puede ser—no afirmo que así haya sucedido—pero "puede ser" que yo, por mi cuenta, haya cargado un tanto el cuadro de las hazañas del pobre Sacha, con el fin de que descollasen más á los ojos de Elena.

—Y más de todo esto, señora, agregué, le advierto que sus galanterías quizá encierren algún peligro para usted.

—¡No lo creáis! repuso la dama con una serenidad que me encantó.

—Para nosotros dos entonces, continué. ¿Os fijásteis en la institutriz, Mlle de Launay?

—No, respondió con negligencia, ni siquiera la miré.

—Pues más os hubiera valido mirarla. Se comprende que Sacha también á ella la debe haber requebrado, y que la joven está furiosa al notar que ahora no le hace más caso.

Está celosísima de vos, y los celos de las damas á veces suelen producir unos resultados lamentables.

—Y los celos de vosotros los caballeros, ¿qué producen? preguntó Elena con sobrada intención.

Juzgué que esta pregunta era bastante intempestiva, de modo que continué, haciendo caso omiso de ella.

—Nuestra situación es tan crítica, que debemos hacer lo posible para precavernos de crear mala atmósfera en nuestro alrededor. Si se llegara á abrigar la más mínima sospecha acerca de nosotros, la policía descubriría en el acto la falsa posición en que nos encontramos. Estamos rodeados de espías.

A aquella francesa, aguijoneada por los celos, tal vez se le ocurra inventar alguna funesta calumnia.

Una sencilla falsedad nos perjudicaría tanto como la verdad; y en cuanto á inventar historias, las damas, por lo general, tienen poco reparo. ¿Queréis que os cuente lo que pasó con un amigo mío?

—Todas vuestras anécdotas están repletas de palpitante interés, repuso Elena, mirándome con grandes ojos candorosos.

—Fué en la ciudad del Cairo que encontré por primera vez á

O'Rooney Bey, el mahometano irlandés.

Este valiente militar se hallaba en el colmo de la desesperación, por causa de la anarquía que reinaba en su harem. Una de sus odaliscas, presa de celos devoradores, había calumniado de tal manera á sus compañeras, que el infeliz O' Rooney, ciego de ira y del alcohol en que trataba de sofocar sus sentimientos, había hecho dar muerte á la mitad de su harem por medio de la cuerda del arco.

Jamás había visto un pesar que se igualara al suyo.

—Figuráos, mi querido coronel, me decía entre sollozos, he perdido treinta esposas este año..... "sin que haya epidemia"..... ¡Pero el buen Bey vino á descubrir la verdad de los hechos, y entonces..... yo me hallaba en su palacio, cuando la sacaron á la infame calumniadora atada en una bolsa y la arrojaron al Nilo.

—¿Sabéis coronel, que vuestras anécdotas suelen ser á veces raras por demás? Me parece que no siempre sois de una veracidad intachable. Sin embargo, os prometo atender á la indicación que me habéis dado referente á la señorita de Launay.

Hablaba con voz tan dulce y sumisa, que aquel rápido cambio de tono me hubiera parecido algo sospechoso, á no ser que estoy ya muy acostumbrado á los repentinos caprichos y las veleidades de las damas, puesto que durante muchos años he hecho un estudio especial del bello sexo.

Regresamos al hotel, donde me aguardaba otra sorpresa.

Al llegar al salón de nuestro departamento, Elena me dijo con irresistible dulzura:

—¿No queréis que os ayude á sacaros vuestro sobretodo?

Y desde luego se puso á cumplir con su amable ofrecimiento de una manera juguetona y hasta cariñosa, que no me llamó la atención, porque siempre era esposa cariñosísima en público, y acababa de entrar un sirviente para recibir sus órdenes. Ella había pedido té á la rusa; pero en cuanto á mí, confieso que prefería un refresco un poco más fuerte.

El fámulo se retiró para traernos lo que habíamos pedido.

—Vamos, Arturo, dijo Elena, poneos vuestro "smoking jacquet," mientras yo también cambio el traje por otro más cómodo. Dentro de diez minutos nos volveremos á encontrar aquí, y mientras tomamos el té, os daré una grata noticia, tan grata, que logrará tranquilizar en sumo grado vuestro sistema nervioso.

Se retiró á su aposento, y yo, feliz por razón de sus dulces miradas y muy orgulloso de sus galanterías, entré en mi habitación para volver á salir dentro de poco, luciendo un espléndido saco de fumar y un gorrito egipcio.

Elena no tardó en reaparecer, en toda la elegante sencillez del traje para té.

Era aquél un vestido blanco de un género muy delicado y "collant," que la hubiera convertido en estatua á no ser por la gran cantidad de blondas y encajes que la modificaban, imprimiéndole un carácter muy etéreo. Era coquetón y lindo aquel traje á más no poder.

La nívea blancura de los brazos

y la garganta de Elena se destacaban por entre aquellas blondas, y las puntas de los dos delicados zapatitos, aparecían por debajo de la falda ricamente bordada.

Al verla tan hermosa y tan encantadora, me olvidé momentáneamente de los angustiosos temores y sobresaltos de las últimas veinticuatro horas; pero al oir sus primeras palabras, se me volvieron á la memoria en fúnebre tropel.

Al sentarse á la mesa para servir el té, me dijo en tono muy bajo y significativo:

—Aquel cometido que me veía en el deber de desempeñar, lo he terminado hoy todo.

—Habéis restablecido ya las com..... principié, lleno de alborozo.

—¡Calláos, por Dios! interrumpió mi bella enigma; cuanto menos se habla, mejor.

—¿Luego, os halláis pronta ya para salir de este país? exclamé con el corazón aliviado de un tremendo peso.

—Sí, tan pronto como obtengamos el pasaporte.

—Gracias á Dios, dije; y el corazón me latió muy tranquilamente ya. Mañana mismo podré arreglar los asuntos de mi hija lo suficiente para poder regresar á París. Por la mañana, temprano, devolveré nuestra tarjeta de residencia á las autoridades y pediré el pasaporte para salir de la Rusia; y al día siguiente saldremos ilesos de la trampa en que nos hallamos metidos ahora. Y, lleno de alegría, me dispuse á acariciar los sedosos cabellos de la flamante señora Lenox, cuando me detuve, petrificado por las siguientes palabras, pronunciadas en tono altanero:

—Nada más de eso, mi valiente coronel.

—¿Nada más de qué? pregunté en el colmo del asombro, aunque la altiva actitud que había asumido, demasiado me convenció de la verdad de sus palabras.

—Me haréis el servicio de no permitiros hacerme cariño alguno cuando estemos solos, me dijo, encarándose conmigo airada y soberbia, los labios contraídos por una sonrisa burlona, que ahora estaban muy pálidos, á pesar del rubor iracundo que iluminaba su semblante.

—¡Ya es tarde para todo eso! continuó.

—¡Es tarde! ¿Cómo? ¿Qué queréis decir?.....

—Quiero decir lo que tengo dicho, repuso. Ya es tarde. Ayer me hallaba indefensa, puesto que no había comunicado la nueva clave á mis correligionarios, ni la manera de remitir las cartas. Pero hoy (cuán orgullosa su voz ahora, cuán osada y triunfante) hoy que están restablecidas nuestras comunicaciones, desempeñado mi sagrado cargo, antes de permitiros la menor familiaridad, caballero.....

—¿Qué haréis? pregunté con ironía, porque me indignaba su insolente despejo.

—¡ESTO!..... Un frío círculo de acero me heló la frente; el pequeño revólver "bull-dog" de Elena me oprimió la sién, y sus delicados dedos se posaban sobre el gatillo.

La sorpresa me hizo retrocedar.

—Está bien, caballero, ya que os he impuesto de los sentimientos que abrigo hacia vos, podremos conversar de una manera razonable.

Hubiera sido muy fácil arrancarle el arma de la mano; pero, durante la lucha, era indudable que se escaparía el tiro. En aquel hotel tan concurrido, hubiérase fijado la atención general en nuestras habitaciones. La policía intervendría, porque en la Rusia no se permite á nadie llevar armas sin permiso de la policía, y al contraventor de esta ley se le considera como un criminal; de manera que me conformé con escucharla tranquilamente, admirado del rápido cambio que se había operado en su modo de ser.

—Comprendámonos, prosiguió Elena. Mientras nos encontremos en este país, me hallo en el deber de permitiros tratarme de esposa en el público (habíase de ver la morisqueta de disgusto que hiciera al hablar así y que me llenó de la más sèntida ira), pero de otro modo, me guardaréis todas las consideraciones que se deben á una dama á quien ni siquiera le conocéis el apellido.

—¿Y os mostráis tan soberbia para con aquel que por vos ha arrostrado tantos peligros?

—Habéis sido muy bueno conmigo, no lo niego. ¡Os lo agradezco y se acabó.

—Pero tratándose de Sacha, ¿supongo que no os mostraríais tan altanera? exclamé, olvidando la caballerosidad que me distingue, en aquel torbellino de indignación que me anonadaba.

Elena se puso muy pálida.

—Me insultáis, caballero.

—Acordaos, señora, dije con toda formalidad, que mientras llevéis mi nombre y séais mi esposa á los ojos de los demás, protegeré yo vuestra reputación y la mía como si verdaderamente nos hubiésemos unido delante del altar.

—Sabed, mi esposo oficial, dijo la conspiradora en tono burlón, que si mi conducta no es de vuestro agrado, fácil os será encontrar un remedio.

—¿Cuál?.....

—El divorcio..... contestó con una carcajada maligna, dirigiéndose hacia su aposento, mientras yo, paralizado, consternado, contemplaba aquella personificación de la audacia y el descaro.

—¡Si supiérais cuánto me fastidiáis á veces, Arturo! agregó bostezando.

Al llegar á la puerta se detuvo, encolerizada de nuevo.

—¿Por qué os atrevisteis á conduciros así en lo de Welestky? preguntó con el semblante lleno de ira. ¿Por qué persistíais en prodigarme atenciones que me son odiosas? No tuve allí más recurso que permitir vuestras impertinencias, pero en adelante será muy diferente.

—¿Queréis saber por qué me conduje así, señora? Pues os lo diré. Os colmé de requiebros á propósito para enfurecer á aquel diablo de Sacha. Os habéis indignado más bien por causa de él que por otro motivo. Bien veo que amáis á aquel mequetrefe, aquel militar "dandi," aquel infame, aquel tenorio de la guardia.....

Pero Elena, soltando la carcajada, se había refugiado en su habitación,, para no oir la diatriba con que yo deseaba favorecerla.

Al quedarme solo, me acordé que ella no había salido completamente victoriosa de aquella escena, puesto que yo tenía en mi poder la

carta de aquel aniquilador de felicidades ajenas. ¡Y la leería!

Si apareciera en ella algún término que pudiera sonar mal en los oídos de un esposo, yo le pediría satisfacción.

El suponía que Elena era esposa mía; bastaba con que ella llevara mi nombre. Toda ofensa que se le dirigiera, á mí me heria tanto como si se tratase de Laura misma.

Sin más titubear, entré en mi aposento y puse la mano en el bolsillo de mi sobretodo.

¡Horror! ¡Furor! ¡Desesperación!..... ¡El billetito se había hecho humo!

Las hábiles manos de la sirena lo habían escamoteado al ayudar á quitarme el sobretodo. He ahí el verdadero motivo de su momentánea amabilidad.

Pero esa carta, yo la obtendría. Me precipité hacia la habitación de la prestidigitadora, pero me detuve al oir que cantaba la "Bandera estrellada," y que las sentidas estrofas de la patriótica canción, se interrumpían á menudo para dar paso á sendas, argentinas carcajadas.

—¡La carta! vociferé. ¡Dadme la carta!.....

—Ya la hice pedazos..... fué la respuesta que recibí.

—¿Pero la leísteis?

—Indudablemente.

—Desearía hablaros, señora.

—Hasta mañana, coronel Lenox. Os aconsejo que tratéis de echar un buen sueño, lo que os volverá más sensato. No os hablaré más esta noche. Hasta mañana.

¿Dormir? ¿Cómo conciliar el sueño cuando me estaba sofocando de ira? No me era posible respirar en el cálido ambiente del salón. Poniéndome precipitadamente el sobretodo, abandoné mi departamento y salí á la calle, donde me puse á pasear de una extremidad á la otra de la cuadra.

Aquella mujer que me había hecho arrostrar tan tremendos peligros, se mofaba de mí y me despreciaba. Y, sin embargo, cada polizonte que me veía, me traía á la memoria el grave riesgo que por ella había corrido y que existía todavía.

Después de pasearme por las calles durante media hora, se me ocurrió dirigirme al Yatch-Club; pero al aproximarme á sus puertas, profusamente iluminadas, me detuve.

Indudablemente encontraría á Sacha, y en el estado de ánimo en que me encontraba, sería muy capaz de cometer alguna locura. Quizá llegaría á desafiarle, lo que acarrearía una investigación policial que tendría los más funestos resultados.

Volvíme, pues, al Newsky, todavía resplandeciente de luces, porque era antes de media noche, y lo primero que me llamó la atención fué una farmacia francesa.

Llevaba el alma destrozada por mil emociones distintas. ¿Acaso no era preferible la insensibilidad? Sin más titubear, entré á la farmacia. Un joven farmacéutico francés detrás del mostrador, me preguntó cortésmente en qué podía servirme.

—Padezco mucho de insomnio; me es indispensable dormir, y desearía me diera algún medicamento adecuado.

—Indudablemente, contestó el joven. Os puedo proporcionar unos polvos que producirán el efecto que deseáis.

Mientras se preparaba el medicamento, entablé conversación con el farmacéutico, con tal de distrarme.

—¿Cuánto tiempo tardaría uno de estos polvos en surtir efecto? pregunté.

—Una hora, probablemente.

—Es un intervalo algo largo. ¿No me sería posible apresurar el efecto?

—Seguramente. Tomad dos dosis. De esa manera lograréis disminuir el tiempo de acción.

—¿A cuánto tiempo se reducirá el plazo?

—A media hora, más ó menos.

—¿Y tomando tres? pregunté, anhelando librarme del estado de angustia en que me hallaba.

—Tres..... probablemente surtirían efecto dentro de quince minutos, pero.....

—Quizá fuera expuesto, interrumpí.

—No tanto como eso, repuso el joven reflexionando; pero no os aconsejaría tomar tres.

—¿Pero en caso de tomar una dosis excesiva? pregunté, pues siempre me agrada comprender el uso de los intrumentos de que me valgo.

—Tomaréis los antídotos recomendados para contrarrestar los efectos del opio.

—¿Cuáles son?

—El café, el ejercicio continuo, y, si fuera necesario, la belladona.

Concluyó de preparar el medicamento, que consistía de ocho paquetitos de polvo, y me los entregó diciendo:

—Esto durará para muchas noches.

—¿Me daríais un poco de belladona?

—Imposible de rehusar á un caballero de vuestro aspecto, repuso, llenando un pequeño frasco y dándomelo.

—¿Cuántas gotas de esto constituye la dosis?

—Diez, y si fuera necesario se repite á la hora.

Aboné la pequeña suma que acababa de invertir en drogas, y tomé uno de los polvos antes de salir de la farmacia. Luego me volví al hotel y me retiré á mi aposento.

Me encontré con que la dosis de opio no surtía efecto tan pronto como hubiera deseado, y tomé otra dosis.

Al acostarme, me olvidé de la triste situación en que me hallaba, el dolor moral se convirtió en insensibilidad, y logré conciliar el sueño.

A la mañana siguiente me desperté cuando el sol ya resplandecía alto en el cielo; me sentía alegre, casi feliz. No temía más ni á la policía secreta ni al Czar en persona.

Los horribles sonidos de un organillo que me llegaban por la ventana, me parecían tan celestiales como la música de una ópera italiana cantada por algún célebre artista.

¡Cuán terrible es el opio como amo, cuán benéfico como sirviente de la doliente humanidad!

Me levaté, me vestí y entré al salón, encontrando la mesa desierta.

El sirviente me informó de que la señora ya había almorzado y salido.

Estuve casi contento de no encontrarme con aquella que tanto me maltrataba, y almorcé con una

taza de café y un huevo semicrudo, reflexionando en la desesperación de Sacha cuando le arrancara á mi esposa oficial de sus galanteos y zalamerías.

¡Cuán pronto nos hallaríamos en seguridad!..... Mañana mismo conduciría mi peligrosísima compañera á través de la frontera alemana.

Fuí inmediatamente á casa de mi abogado, con la mente embargada por este bello proyecto, y allí pasé casi todo el día.

Ya estaban listos los preliminares para el arreglo de los asuntos de mi hija. Como representante suyo, firmé aquellos documentos.

En cuanto á eso, me hallaba ya completamente libre y en condición de abandonar la ciudad de San Petersburgo cuando quisiera.

Regresé al hotel para decirle á Elena que dispusiese su equipaje para nuestra partida. A la puerta del salón me sorprendió ver á la señorita de Launay.

—La señora Lenox ha salido, observó, notando la extrañeza con que la contemplaba. Yo vine á verla de parte de la señora Welestky, que deseaba saber la dirección de la modista de la señora Lenox en París.

—Mi esposa se la enviará inmediatamente, le respondí, porque mañana mismo salimos de San Petersburgo.

—¡Mañana! exclamó la institutriz, muy aliviada al parecer.

—Seguramente. Os ruego me hagáis el servicio de saludar á la señora Welestky y avisarle de nuestra próxima partida.

—¡Mañana!..... repitió la joven á media voz, cual si le fuera difícil dar crédito á tan fausta noticia. Y se alejó muy contenta, el paso leve y los ojos brillantes.

No encontrando á Elena, entré al escritorio del hotel, entregué mi tarjeta, y pedí que se mandara buscar el pasaporte para que el coronel Lenox y señora saliesen de la ciudad al día siguiente.

Perfectamente, contestó el empleado. ¿En qué tren deseáis partir?

—En el tren de la una de la tarde que va directamente á Berlín, vía Eydtkuhnen.

—Partiréis más pronto de lo que habíais pensado. El señor coronel ha cambiado de parecer, observó el escribiente, muy risueño.

Y no le faltaba motivo. Tenía los ojos fijos en el vestíbulo por donde pasaba Elena en aquel momento, con un elegante traje de paseo; á su lado, el arrogante Sacha con su vistoso uniforme, inclinando la cabeza hacia la suya y hablándole á la vez con los labios y con los ojos.

Cubrióseme de rubor el rostro. ¡Hasta los sirvientes del hotel habían notado las coqueterías de aquella que llevaba mi nombre!

Este miserable sirviente, este encargado (y perdedor) de equipajes, suponía que yo abandonaba la Rusia por tal de sustraer á mi cara mitad de los halagos del infame Sacha, demasiado poderosos para que me fuera posible combatirlos. Me aproximé á la dama con un semblante verdaderamente imponente, y ésta, al verme, se detuvo mordiéndose el labio; pero reponiéndose desde luego, se sonrió placenteramente.

—Arturo, qué mal te has portado: he tenido que almorzar sola es-

ta mañana, porque no me agradaba despertarte.

—¡Ah, ya! Demasiado Yacht-Club anoche, ¿no es así, mi querido Lenox? exclamó Sacha, con la mano extendida y la voz más amistosa del mundo.

Los eslavos son actores insuperables. Yo bien sabía que me odiaba, pero no me habría de sobrepasar en cuanto á habilidad diplomática, y aunque yo á él lo aborrecía de todo corazón, le estreché cordialmente la mano que me ofrecía, diciendo:

—No tal, mi primo; jamás me atrevó á tentar la diosa del azar, después de habérseme mostrado propicia la noche anterior. Luego, por tal de atormentar á los dos, la besé á Elena en la mejilla de la manera más cariñosa,—una demostración de afecto que ella no pudo rechazar, dadas las circunstancias.

—Acabo de acompañar á la señora Weletsky para hacer algunas visitas, observó la dama tratando de disimular su indignación. Mi primo Sacha, con su acostumbrada amabilidad, ha consentido en ir hasta el palacio de la princesa Palitzín. (Y le lanzó una miradita agradecida que me llenó de coraje, y continuó): Ya sabéis que pasaré el resto de la tarde allí, y desean que vayáis vos á palacio para comer. He entrado al hotel de paso para buscar unas pieles más abrigadas por lo mucho que ha refrescado el día y para deciros que Constantino Weletsky desea veros esta tarde.

—Casualmente en este momento me dirigía á su casa. Acabo de firmar los documentos preliminares referentes á los asuntos de mi hija, y ya estamos en condición de abandonar este país.

—¿Saldremos de la Rusia? preguntó Elena precipitadamente.

—Partiremos mañana á la una.

—¿Os iréis... mañana? preguntó Sacha, lleno de dolorosa sorpresa.

—¡Ja, ja! pensé yo interiormente. Aquella noticia no es muy de su agrado. Y efectivamente le temblaban los labios de ansiedad al preguntar:

—Pero ¿y el baile de la condesa Ignatieff? No podréis asistir, vos que os llevaríais la palma de la hermosura. No podéis, no debéis iros.

—Imposible me es quedarme por más tiempo, murmuró Elena, modificando la negativa por medio de una mirada de sus hermosos ojos.

—Sí, asentí yo, la señora Lenox anhela volver á gozar de las distracciones de París.

Y, deseoso de hacer sangrar las heridas de mi rival, agregué con mucha intención:

—El joven Enrique San Germain quedará encantado de volveros á ver, Elena. Adios, hasta esta tarde.

Me saqué el sombrero para despedirme, cuando de pronto me acordé de la inesperada visita de la señorita de Launay.

—Quisiera deciros dos palabras, vida mía. Mi querido Sacha nos dispensará un momento.

Al notar la expresión de mi semblante, Elena comprendió al punto que debía haber ocurrido algo grave, y asintió inmediatamente á mi pedido.

—Esperadme un momento, Alejandro, dijo: el coronel Lenox desea sermonearme. Supongo que,

como siempre, se tratará de los baúles.

Y con una graciosísima muestra de disgusto, se me aproximó con un semblante muy formal.

Sacha nos dejó solos, y la joven preguntó inmediatamente:

—¿Qué ha sucedido?

—Subamos al salón, repuse.

Me siguió sin pronunciar palabra.

Al llegar á la puerta de su habitación, le dije al oído:

—Registrad bien vuestros baúles y tratad de ver si alguien ha estado examinando vuestros efectos.

Elena entró y, después de practicar una precipitada inspección, volvió á mi lado, diciendo:

—En efecto, alguien ha andado aquí durante mi ausencia.

—¿Teníais algo en vuestro poder que nos pudiese traicionar?

—Nada absolutamente.

Después, notando la inquietud que me devoraba, se apresuró á tranquilizarme.

—No temáis nada. Tomé la precaución de hacer marcar todo antes de salir de París. ¡Ved!..... Y me tendió una cantidad de delicados pañuelitos de manos, bordados, cuyas iniciales me hicieron estremecer, pues eran "L. M. L.," las de mi señora.

—¿No teníais papeles?

—No, todos los que se refieren á aquel asunto, me los guardo aquí, me contestó, dándose una palmadita en la frente.

—¡Qué hábil sois!

—Así lo creo, repuso tranquilamente; pero ¿por qué habíais sospechado que se me había registrado el equipaje?

—Por este motivo, contesté. Hace momentos encontré á la señorita de Launay á la puerta de nuestras habitaciones. Me explicó que venía á veros de parte de la señora Welestky; pero, cinco minutos más tarde, me decíais vos que acabábais de visitar á aquella dama. ¿Qué necesidad tenía de visitaros?

—¡Oh! ¿ella? Me idolatra esa niña, repuso riéndose.

—Entonces acordaos de aquel cuyo nombre lleváis, continué gravemente; de aquel á cuyo rostro habéis hecho subir los colores de la vergüenza por causa de vuestra conducta indiscreta.

—Segura estoy que vos no sois enemigo mío, á pesar de que bien merezco vuestra antipatía, dijo Elena, con tristeza.

En seguida procedí á imponer á Elena de todos los detalles de mi entrevista con la institutriz, agregando:

—Ya veis, señora, que, conforme os había dicho, vuestras coqueterías con Sacha os han causado una enemistad más.

—"¿Más?" repitió, abriendo desmesuradamente los ojos. ¿Quiénes son los otros?

—Si no tenéis otra enemiga, no es por no merecerlo, respondí severamente. Acordaos de la princesita Dozia Palitzín; acordaos de aquel cuyo nombre convertís en juguete, continué con más formalidad todavía; aquel cuyo rostro cubrió de rubor vuestra indiscreta conducta.

—Vos, al menos, no sois mi enemigo, repuso Elena con dulzura, agregando con abatimiento:

—Tal vez algún día, cuando sepáis todo, me concederéis vuestro

perdón. En cuanto á la señorita espía, os prometo que me las ha de pagar. Pero la señora Palitzin y Sacha me esperan, agregó dirigiéndose rápidamente al vestíbulo, donde, volviendo la cabeza hacia mí, exclamó en alta voz:

—No temas, Arturo: los baúles estarán listos para el tren de la una, mañana.

Dicho esto, se alejó presurosa, y yo, con un suspiro, me dirigí á la morada de Constantino Welestky, en el "Quai Anglais."

Mi pariente ruso me esperaba. Mis abogados le habían enviado los primeros documentos y los había firmado, previa consulta con su notario.

Nos pusimos, pues, á departir amigable y hasta confidencialmente.

El me expresó su pesar de que nuestra visita fuese tan breve, pero no traté de persuadirme á que nos quedáramos más tiempo.

Aun más: me pareció que se alegraba de que mi esposa se retirara tan pronto de San Petersburgo.

Concluida nuestra conversación, entramos juntos á la sala, donde se hallaban reunidas la señora de Welestky, la pequeña Sofía y su institutriz, cuyos ojos brillaron de alegría al oirme anunciar que partiría al día siguiente.

Al propio tiempo, manifesté á Olga que cuando viniera mi esposa á despedirse de ella personalmente, tendría sumo placer en proporcionarle la dirección de su modista en París.

—¿La dirección de la modista de Laura? preguntó la dama con extrañeza.

—Sí, señora; ¿no os acordáis de haber dicho que desearíais obtenerla? preguntó la señorita de Launay, ruborizándose ante mis inesperadas palabras.

—En efecto, yo recuerdo haber dicho algo al respecto, repuso Olga.

—Y por ese motivo me tomé la libertad de ir á pedirla, dijo la institutriz.

—Sí, agregué, y se molestó en ir á nuestro hotel á pie.

—¡Eres demasiado buena, Eugenia! exclamó la señora Welestky, agradecida.

—¡Cómo no! observó Sofía, siempre deseosa de tomar parte en la conversación. La señorita ha estado con nosotros solamente dos semanas, y ya nos ama á todos, aun á aquel diablo de Sacha.

—¡Cállate por Dios, criatura!

—No hables así de tu primo, exclamó la azorada madre.

—¿Quién ha estado contando chismes á esta niña? preguntó el indignado padre con voz terrible.

Un silencio asaz elocuente sucedió á esta pregunta, durante el cual yo me despedí, convencido ya de que la visita de la institutriz á las habitaciones de Elena, había sido hecha por cuenta propia y no por la de la señora Welestky, como había dicho.

Sea como fuere, no había encontrado nada que nos comprometiera. Empecé á silbar de puro contento al pasearme por la ribera del río, admirando el panorama de los buques que recibían su último cargamento, antes que el invierno posara su fría mano sobre el Neva, convirtiéndolo en hielo.

Al entrar en la plaza del Almirantazgo, me encontré con el barón Friedrich. Me sonrió amistosamente, diciendo:

—¿Conque no volveremos á participar juntos de otro lunch, coronel? Sé que pensáis partir mañana.

—Es verdad, asentí yo; pero ¿cómo sabéis vos eso? No hace dos horas todavía que devolví mi tarjeta de residencia.....

—Si os quedarais aquí por más tiempo, sabríais que estoy impuesto de todo lo que pasa. Me es indispensable saber todo: en ello va mi seguridad personal.

Se puso á caminar á mi lado con sus pasitos menudos y mesurados, dando dos brincos por cada largo tranco militar que daba yo.

—¿Volveréis aquí..... más tarde en la estación? preguntó.

—En efecto, repuse; pero ahora me veo en la necesidad de atender á unos asuntos apremiantes que tengo pendientes en París.

Estuve por darle algunas explicaciones sobre esta nuestra brusca partida, cuando él me interrumpió con una risita muy maligna:

—¿Vuestros asuntos en París? ¡Bien..... muy bien!..... ¡Pero qué diablo es aquel Sacha!

—Aquí está mi despacho, agregó.

Y desapareció en las grandes oficinas del Departamento del Interior, cuyo frente da á aquella enorme plaza, dejándome encendido de indignación.

—¡Que mil incendios lo devoren á Sacha!..... dije interiormente. Todos suponen que me voy huyendo de aquel infame.

Pero, después de una madura reflexión, quedé convencido de que era de suma importancia, tanto para la seguridad personal de la supuesta señora Lenox como para la mía, que se atribuyese nuestra repentina partida á esta causa.

¿Acaso sería éste el motivo de la incalificable conducta de Elena? ¿Acaso esta sagaz mujer había previsto é ideado este pretexto para que pudiésemos partir repentinamente?

Era muy posible; pero no por eso dejé de sentirme conmovido, anonadado bajo el peso de una vergüenza inmerecida.

CAPITULO XI

EL BOLSILLO DEL TRAJE DE BAILE

Al regresar al hotel, encontré tres cartas que me aguardaban. La primera, un billetito escrito muy de prisa por Elena:

"Date prisa, Arturo mío—decía. "Yo acabo de arreglarme, y voy sola al palacio de la princesa Palitzín; ven á reunirte conmigo lo más pronto posible para salvar tu alta reputación de cortés y galante, llegando de buena hora á la fiesta.

"Tu mujercita que te quiere."

Bajo las circunstancias actuales, me agradó mucho que Elena hubiese ido sola á lo de Palitzín, pues confieso que me quedaba poquísima disposición de hallarme "téte á téte" con mi novia oficial, soberbia é insolente.

La segunda esquela provenía de Boris, quien me escribía desde á bordo de su buque en Cronstadt, invitándonos á la señora Lenox y á mí á que fuésemos á visitar su barco.

Se comprendía que ignoraba nuestra próxima partida.

El tercer sobre contenía un pa-

pasaporte para el coronel Lenox y señora, permitiéndonos salir de la Rusia, vía Eydtkuhnen.

¡Cuán profundo fué el alivio, cuán grande la felicidad que me inundaron el alma al leer este documento!

Mañana mismo dejaría atrás para siempre, los angustiosos temores de los días pasados, abandonando la Rusia con mi esposa oficial.

No recaía sobre nosotros sospecha alguna: ¡la puerta de la trampa estaba abierta!

Me vestí y fuí al palacio de la princesa, con el ánimo muy sobreexcitado, encontrándome con un banquete tal como no se ve sino en los regios círculos de una de las grandes capitales europeas.

Casi todos los caballeros vestían los más lujosos uniformes, siendo el mío el único traje particular.

Los convidados eran todos jóvenes y muy animados; pero, aun entre ellos, descollaba Sacha como el dandy más alegre y decidor.

Noté, alarmado y disgustado, este incremento de buen humor en el oficial tártaro, desvaneciéndoseme, por lo tanto, el apetito y la locuacidad, de manera que temo haber sido algo prosaico durante la primera hora del convite.

Pero, poco á poco, me fuí reponiendo por efecto de los generosos vinos que se servían con tanta abundancia, y volví á ser jovial y ocurrente, como siempre, divirtiendo á todos mis vecinos con mis anécdotas turcas, egipcias, españolas, mexicanas y norteamericanas; en fin, el hecho es que distribuyo mis cuentos humorísticos por casi todo el globo.

Pero una hubo que no se reía: la princesa Dozia. Sus bellos ojos volvíanse con indecible tristeza á fijarse en el rostro del ingrato Sacha, quien, sentado al lado de Elena, se dedicaba á ella sin disimulo alguno.

Es costumbre rusa que ninguno se preocupe mucho de su esposa en público; de modo que yo me contenté haciendo honor á la champaña y galanteando á varias de las bellezas rusas que me rodeaban.

A poderme quedar más tiempo, ¡quién sabe cuántos estragos hubiera causado en los sensibles corazones de aquellas damas rusas!

Y simultáneamente, á cada instante, me decía interiormente: Mañana, á la una, terminará este conflicto de sentimientos encontrados.

Así traté de olvidar las inquietudes y temores del momento, y acordarme sólo de la tranquilidad y la paz que existían para mí en el porvenir; y logré pasar un rato muy agradable hasta cuando nos fuimos á despedir de nuestros anfitriones.

—¡Qué convite tan encantador y ameno!..... murmuró Elena. ¿Sabéis, mi querida princesa, que éste será el último al cual asistiré en la Rusia?

—¿Cómo así? exclamó madama Palitzín sorprendida.

—Supongo, observé yo, que la señora Lenox se refiere al hecho de que tengo en el bolsillo nuestro pasaporte para salir de este país mañana.

—¿Y la llevaréis á vuestra señora? ¡Eso no puede ser: yo no lo permitiré! Mañana es la fecha del baile de la condesa Ignatieff en la

Sala de la Nobleza. Será una escena memorable. Y vos, coronel, ¿trataríais de privar á vuestra esposa que asista á tan hermosa fiesta? Porque—esto os lo digo en confianza,—el Czar mismo ha prometido asistir, aunque hasta ahora se ha guardado una profunda reserva sobre el particular. El emperador, por motivos de prudencia, nunca permite que se divulgue su intención de asistir á una fiesta particular, hasta el día mismo que se ha fijado para que tenga lugar; pero no creo cometer una imprudencia prometiendo presentaros mañana á nuestro soberano. Eso importará un verdadero acontecimiento en la vida de vuestra señora.

—¡Un verdadero acontecimiento en mi vida..... sí!.....

Al repetir Elena las palabras de la princesa, parecía hallarse dominada de alguna extraordinaria y poderosísima emoción.

Irguióse su figura, asumiendo una actitud todavía más noble y majestuosa que antes. Resplandecieron sus ojos con un fulgor que yo ¡necio de mí! atribuí tan sólo á su vanidad y deseo de ser admirada.

—Siento en el alma, dije fríamente, pero necesito volver á París á causa de un asunto urgente, y donde voy yo, va mi esposa. Los maridos norteamericanos conceden á sus señoras la más amplia libertad, pero.....

—Pero ella os hará arrepentir de vuestro propósito, interrumpió la princesa risueña. Prometedme, señora, que haréis lo posible por quedaros.

—Os escribiré..... mañana, contestó mi supuesta esposa lentamente, casi balbuceando.

—Ya sé que el coronel os hará el gusto de acceder á vuestros deseos.

—Os equivocáis, señora, repuse con tanta severidad, que la princesa me miró con cierta extrañeza.

En seguida volvió los ojos en dirección á Sacha, quien, en aquel momento, se aproximaba para dirigir otra "última palabra" á "la linda americana." Pero no consiguió su intento, pues me apresuré á conducir á Elena abajo, á ayudarle á entrar en nuestro carruaje y á partir antes que aquel oficialito tuviese tiempo de bajar hasta la vereda.

Muy preocupada estuvo Elena por la noticia que la princesa Palitzín acababa de participarle. Durante nuestro regreso al hotel no me habló casi, y yo, por mi parte, no me sentía con humor muy jovial, puesto que, en toda la noche, la ingrata conspiradora no había vuelto los ojos ni una sola vez en dirección mía, de manera que al llegar á la puerta de nuestro departamento, le dije brevemente:

—Ya tengo el pasaporte.

—¿Sí?.....

—Y partiremos mañana, vos y yo.

—Sí.

—A la una sale el tren. Cuidado que todo el equipaje esté pronto.

—Sí.....

El monosílabo de que consistían sus contestaciones, se asemejaba casi á un suspiro y se hubiera dicho que apenas se daba cuenta de mis palabras.

—Está bien, entonces. Buenas noches, señora.

—Buenas noches, contestó la joven. Y se retiró á su habitación; pero noté que á la luz del gas parecía mucho más pálida que cuando

las bujías de cera que iluminaban la mesa del palacio Palitzín, bañaban con su suave resplandor su hermoso rostro.

Yéndome al Yacht-Club, pasé dos ó tres horas jugando al baccarat, pero la traicionera diosa del azar se me mostró tan adversa, que al fin comencé á temer que la mala suerte quizá seguiría persiguiéndome en otras cosas más importantes que las cartas.

Despuntaba ya el alba cuando volvíme á casa y dí orden que se me despertara á las diez de la mañana, lo que me dejaría tres horas justas para areglar la balija de viaje, almorzar y conducir hasta el tren á aquella que constituía mi peligro y desesperación.

Imposible me sería dormir, dado el estado de ánimo en que me encontraba; de manera que tomé dos polvos, suponiendo que sería fácil despertarme después de seis horas de sueño.

Al entrar al salón para dirigirme á mi aposento, ví que filtraba por una rendija de la puerta de Elena una luz que todavía ardía, y resonaban sus pasos al ir y venir apresuradamente.

—Y con razón, dije interiormente. Ella sí tendrá que trabajar con su equipaje. Habrá pasado toda la noche preparándolo.

Luego entré en mi aposento y me acosté. Bien pronto el opio proporcionó un rato de descanso á mi fatigada mente.

Durante el sueño, oí muchos ruidos, ví muchas visiones.

Soñé que alguien llamaba á la puerta diciendo:—Ya son las diez. Dentro de poco, otro llamado y otra voz que decía:—Cuidado, señor, ya son las once;" y que yo le respondí con unas frases turcas de terrorífico significado.

Después volvióse muy dulce el sueño, y se me apareció Elena arrepentida y triste, murmurando palabras de despedida y dándome un billetito.

Momentos después, fuí despertado por otro llamado á la puerta. Era el portero.

—Son las doce, señor.

—¡Las doce! ¿no te dije que me despertaras á las diez?

—Traté de hacerlo, señor, pero fué inútil. A las once, volví á llamaros, y la señora, al salir, me dijo que no os dejara dormir después de las doce.

—¡Está bien! exclamé. Y me levanté lleno de alborozo, para disponerme á partir de San Petersburgo.

Sólo me quedaba una hora para vestirme, preparar la balija y tomar el tren, y todo por aquellos endemoniados polvos.

En cuanto á Elena, ella, al menos, tendría ya todo dispuesto. Pero al abandonar mi habitación, recibí una descomunal sorpresa.

Encima de la mesa del salón, se encontraba un billetito dirigido á mí:

"Mi caro Arturito: He resuelto quedarme para el baile de la condesa Ignatieff. No pude resistir la tentación de participar de aquella diversión. Pero no quiero hacerte demorar más.

"SIGUE TU SOLO HOY A BERLIN, Y DE NINGUNA MANERA TE MOLESTES ESPERANDOLA A TU

ELENA."

Yo conocía bien aquella letra, y quedé estupefacto contemplando esta sorprendente esquela.

No hubiera creído que, por todas las fiestas del mundo, aquella mujer hubiera continuado arrostrando tan tremendos peligros.

Me senté confundido é indeciso, mirando el reloj. Tan distraído estaba, que lo abrí en el anverso y se fijaron en mí los azules ojos de mi esposa en París. Era el retrato en miniatura de Laura, y durante los cuatro días pasados, yo ¡ingrato de mí! no lo había mirado una sola vez.

Sería una locura incalificable de parte mía, reflexioné, quedarme aquí con riesgo de perder la vida por causa de una dama que sabía preservarse de todo peligro mejor que yo.

Luego que hube arribado á esta conclusión, me ocupé de arreglar la balija, una obra que acabé en unos minutos, y notando que el reloj marcaba las doce y cuarto, ataqué el almuerzo que me había estado esperando desde las diez.

Tomé dos tragos de café frío, unos cuantos bocados de tostado duro y una costilla, y ya estaba listo.

La puerta de la trampa estaba abierta de par en par; me levanté de mi asiento, encaminándome al escritorio del hotel.

¡Después, el ferrocarril, la libertad!

Pero antes de abandonar aquel salón, dí una mirada á la habitación de Elena.

Me separaba para siempre de aquella criatura, la causa de tantas inquietudes, de tantas amarguras para mí, y no podía menos que lanzar hondos suspiros al pensar en la triste suerte que probablemente le tocaría, porque creo que no existirá el hombre que, sometido como yo al poderoso atractivo de aquella Cleopatra moderna, dejase de interesarse de manera vivísima en su porvenir.

Pero, tratando de sofocar estos sentimientos, estuve por abrir la puerta, cuando, sobre el mismo dintel, ví un papelito doblado que, al parecer, había sido introducido por debajo de la hoja.

En momentos como aquellos, todo inspira inquietud y desconfianza.

Levanté el papel precipitadamente y lo abrí, leyendo en seguida estas palabras:

"Si estimáis en algo vuestro honorable apellido, no dejéis sola á tu esposa en San Petersburgo."

Este anónimo estaba escrito en letra disfrazada de mujer.

Al momento de leerla, comprendí que no era el baile Ignatieff lo que había decidido á Elena á quedarse, sino la simpatía que Sacha había sabido inspirar en su corazón.

Cuanto más cavilé sobre el asunto, más persuadido estuve de la verdad de mi sospecha. Toqué la campanilla y dí orden de que se mandara la cuenta, preguntando á la vez si alguien había venido á verme aquella mañana.

—Nadie ha venido, se me contestó.

¿Cómo se explicaba el hecho de que Sacha no hubiese venido á despedirse de nosotros? ¿Que la princesa Palitzín tampoco hubiera entrado, siquiera por un momento, para desearnos un feliz viaje.

Claro era que sabían que Elena no partiría hoy. He ahí el motivo.

Sentí henchírseme el corazón de una ira ciega, de una desesperación indecible. ¿Acaso estaba bien que partiese yo, dejando á aquella mujer que arrastrase mi nombre por

el lodo? ¿Era digno huir y permitir que aquel mequetrefe tártaro triunfase de mí?

Bien comprendía cuán grave era el riesgo á que me exponía quedándome; pero si ella lo podía arrostrar, yo también lo haría.

Se refería ella en su carta de manera encubierta al peligro que corría. Era porque trataba de atemorizarme y hacerme huir, por tal de poder prestar oído á los halagos del infame, del detestable Sacha.

Pero no me iría. ¡No! Antes abandonaría algún puesto militar confiado á mi cuidado, que salir de la Rusia bajo semejantes circunstancias.

El honor de mi nombre intachable, mi orgullo varonil, requerían que me quedara, y sentí el corazón henchido de aquel espíritu indomable que me había animado cuando, el 74 en pró de mi jefe don Carlos, en compañía de Núñez, el célebre conspirador, contrabandista y bandido, defendí un paso entre las montañas contra un regimiento entero de españoles, famoso hecho de armas que me valió el apodo de "A cuchillo Lenox" en toda la península de España.

También me acordé de otras de mis hazañas, cuando, sirviendo bajo las órdenes de Gordon, en el Sudán, defendí una pequeña avanzada cerca de Berbería, contra todas las fuerzas unidas de El-Mahdi, y fuí el último en abandonar el fortín: por cuya heroica conducta los belicosos oficiales ingleses me llamaron el "Bulldog Lenox," un sobrenombre por el cual todavía me distinguen.

Lancé una sarcástica carcajada al arribar á la decisión de no partir bajo ningún concepto.

—Os haré una linda jugada, señora Elena, pensé, y á ti también, miserable Sacha. Os haré creer que he partido y que estáis ya libres de mí.

Me encaminé tranquilamente al escritorio del hotel, pagué la cuenta, y manifesté que mi señora se quedaría para asistir al baile de la condesa Ignatieff.

Luego salí, consulté el reloj y tomé un carruaje, dando orden al auriga que me llevase á la estación del ferrocarril, pero que faltaba mucho tiempo para la partida del tren: porque los cocheros rusos corren tan precipitadamente por las calles, que aunque verdaderamente no tenía más que veinte minutos para el viaje, yo temía mucho que me haría llegar á tiempo para tomar el tren.

Felizmente había nevado levemente por vez primera aquel invierno, lo que hacía que las calles estuviesen resbalosas y obstaculizaba la marcha del fuerte caballito cosaco; y, al llegar á la estación, resonó el silbido del tren que acababa de partir.

¡La puerta de la trampa se me había cerrado para durante unas veinticuatro horas más!

Confieso que quedé muy trémulo al acordarme que tendría que pasar otro día más, amenazado por un peligro constante, por la mano de aquella justicia rusa que á cualquier momento podría herirme. Estos temores constantes perjudican más al sistema nervioso que todo el peligro formidable de una batalla, ó la mortífera carrera de una carga llevada al enemigo.

Pero, por fin, me iba acostumbrando á esta azarosa vida y conse-

guí reponerme dentro de poco, repitiendo interiormente con sardónica sonrisa:

—¡Qué sorpresa para vos, mi querido Sacha! ¡y para vos también, Elena, la reaparición intempestiva del esposo oficial!

En cumplimiento del plan que había ideado, llené de improperios al auriga por la lentitud de su marcha, y le dí orden de que volviera inmediatamente al hotel, donde, treinta minutos después, impuse á los empleados de la mala suerte que me había cabido, y, riéndome, les dije que tendrían que sufrir mi presencia un día más.

En seguida subí al salón para encontrar inmediatamente todas mis sospechas.

Abrí impremeditadamente la puerta con la llave que tenía, y entré. Ahí estaba el hermoso Sacha de gran uniforme, á su lado Elena, en un precioso traje de recibo, y en aquel mismo momento el audaz militar acababa de depositar un ósculo en la blanca mano de mi esposa oficial.

Al verme, levantóse ésta toda azorada, con el rostro tan demudado, tan horrorizado, que me asombró en ella tan excesiva turbación.

—¡No habéis partido!..... exclamó con voz desfallecida. ¡Dios del alma! "¿por qué" os habéis quedado?

—No me fué posible partir, repuse alegremente; perdí el tren, lo que no me pesa, por cierto, puesto que así pasaré más tiempo en compañía de mi cara mujercita.

Impremí tanta ternura á esas palabras, que á ambos les costó mucho reprimir su ira.

Pero Sacha se repuso al instante, diciendo con una serenidad que le envidiaba, á la vez que me hacía odiarle todavía más:

—¡Qué felicidad, mi querido coronel; ahora podréis acompañarnos al baile. La ausencia de vuestra señora esta mañana, fué un ardid de la princesa Palitzín, en el cual yo participé, para no permitiros despojar á la sociedad de San Petersburgo de la presencia de la dama que será la reina entre las hermosas que allí acudan.

—¡Ah, ya! ¿Fué un ardid para que pudiérais asistir al baile, Elena? pregunté.

—¡Por cierto! He aquí la prueba de ello, exclamó la joven Elena, cuyos ojos despedían chispas, y cuyo rostro se hallaba cubierto de un rubor que yo atribuí á su enojo.

—Veis mi traje de baile, Arturo: acaba de llegar en este momento. Corrió hacia su habitación y, abriendo la puerta de par en par, nos enseñó una espléndida "toilette" de baile. Ya veis que os hago confesión plena, agregó.

—Preparaos, pues, mi coronel, dijo Sacha, para acudir á la fiesta á las diez, y no os olvidéis de llevar á vuestra señora. Ya me ha prometido concederme la primera mazurca.

La desfachatez de este tártaro miserable hizo que los colores se me subiesen al rostro, é ignoro cómo habría terminado aquella fastidiosa entrevista, á no ser por la oportuna llegada de la princesa Palitzín.

—¡Cuán contenta estoy de que os hayáis quedado, coronel! me dijo al verme; vuestra presencia amenizará todavía más la fiesta. Con vuestro permiso, pasaré por

aquí á las diez, para buscaros á vos y la señora Lenox. Os prometo que presenciaréis una de las escenas más notables de nuestra vida.

Las dos damas, luego, se pusieron á consultar á media voz sobre algún misterio de "toilette" y arreglo, mientras Sacha, mordiéndose el retorcido bigote de fastidio por lo que se le había interrumpido la entrevista con Elena, se despidió de nosotros y se marchó.

Pero la princesa Palitzín demoró mucho más que él.

Elena se esforzaba por conseguir que se quedara con nosotros durante toda la tarde, quizá impulsada por el temor de lo que tendría yo que decirle cuando se retirara la visita.

El estado de ánimo de aquella bella y misteriosa criatura era cada vez más inexplicable. En momentos, parecía hallarse presa de una sobreexcitación febril: ora llevaba impresa en el rostro una expresión de profundo abatimiento; ora se reía con una alegría histericada y ficticia.

Era muy tarde cuando la princesa, por fin, se decidió á partir, diciendo:

—Y ahora me veo en la obligación de atender á mis deberes, puesto que yo también tengo que estrenar un traje.

Por fin, nos hallamos solos, y Elena, contemplándome con ojos angustiados, sollozó:

—¡Por Dios, Arturo! ¿por qué no habéis partido como os dije que lo hicierais?

Un momento quedó silenciosa; en seguida agregó, retorciéndose las manos:

—¡No os habéis ido! ¡Seréis, pues, el único responsable de vuestra suerte!.....

Entró en su habitación dejando abierta la puerta, y yo seguí paseándome por el salón y gozando con la desesperación que había manifestado ante mi imprevisto regreso, que no obedecía á otro motivo que la ira que sentía, porque yo estaría presente en el baile, para defender mi honorable apellido de los avances de aquel atolondrado oficial de la guardia, por cuyo amor ella exponía la libertad, la vida misma.

Al pasar por la puerta entreabierta de la habitación, noté con asombro que aquella delicada dama, en cuyas manos nunca había visto antes una aguja, se ocupaba ahora de practicar alguna modificación en su magnífico traje de baile.

—Ya veo, señora, observé en tono irónico, que aquella "toilette" no os parece lo bastante hermosa para deleitar los ojos de Sacha. ¿Qué defecto tenía? Decidmelo, por favor. ¿Acaso el corselete formaba alguna arruga que pudiera afearlo en la opinión de aquel tártaro?

—No; respondió ella con una docilidad que me sorprendió: es la falda que no cae bien. Y siguió cosiendo.

—¡Ah! ¿era la falda? Ya supongo que los pliegues no estarán bien armados ó que el tontillo no está lo bastante ajustado al esbelto talle, que el brazo del militar rodeará en la próxima mazurca.

—Sí, repuso siempre con el mismo tono sumiso, por lo que comprendí que mis burlescas alusiones á su adorador la habían fulminado. En efecto, es el tontillo que no me agrada. ¿Queréis verlo? Está

muy incómodo, carece de bolsillos, y yo ahora me ocupo de ponerle uno.

—¡Un bolsillo en un traje de baile! exclamé yo sardónicamente. ¡Es todo lo que falta! ¿Qué diría Worth si os oyera? ¿Y para qué lo necesitáis? ¿Acaso meteríais allí el paquetito de esencias, el pañuelo de manos?..... Suponía yo que estos objetos eran expresamente para la vista.

Levantóse bruscamente Elena de su asiento, exclamando:

—¡Por Dios, os ruego que no me atormentéis más!..... Dejadme meditar..... (Y rompió repentinamente á llorar sin consuelo.) ¡Dejadme, os lo pido, entregada á mi conciencia y á mi Dios!.....

—¡Vuestra conciencia!..... ¡Conque os molesta vuestra conciencia!..... ¡Qué desgracia!.... ¡Ah, ese diablo de Sacha!.....

Y repitiendo con sarcasmo las mismas palabras que á mí me habían impresionado tan fuertemente, me retiré apresuradamente del salón, dirigiéndome al Yacht-Club, donde comí.

Sólo faltaba media hora para las diez, cuando volví á presentarme en el hotel para ocuparme de mis preparativos de baile y velar por la dama que llevaba mi nombre, sin cuidarse demasiado de conservar su honorabilidad.

Al pasar precipitadamente por el salón, dirigiéndome á mi aposento, hirió mis oídos un profundo suspiro que partía de la habitación de Elena.

La puerta estaba entreabierta, y la luz entraba en el salón todavía obscuro.

Impulsado por la curiosidad y todas las mil emociones encontradas que agitaban mi atribulado corazón, miré á aquel sér que tanto me atormentaba.

Pero retrocedí al momento, conmovido y asombrado, porque allí, hincada con su traje de baile, blanco, puro y reluciente, descubiertos los brazos y la garganta, destacándose su nívea blancura á la tenue luz que los bañaba, se encontraba Elena, orando, suplicando cual si rogara al Supremo Hacedor se apiadara de un alma que se iba, de un alma delante la cual se abrían anchas las puertas del infierno, un alma perdida para este mundo y para el venidero.

No me atreví á interrumpir aquella tierna escena, y volvíme sigilosamente á mi aposento, donde me ocupé de mis preparativos de baile, muy pensativo y meditabundo.

¿Qué nueva faz era ésta que se desarrollaba en la misteriosa naturaleza de aquel bello enigma, y qué era lo que indicaba?

Fuí despertado de estas meditaciones dolorosas é inquietas, por una exclamación hecha con voz placentera y alegre:

—Arturo mío, date prisa. Ya ha venido la princesa Palitzín á buscarnos.

Era Elena la que hablaba.

Entré en el salón, y encontré que las dos damas me esperaban. Y ella, mi esposa oficial, más hermosa y más deslumbrante que nunca, leve el paso, los ojos resplandecientes de alegría y de triunfo.

Pero ¿por qué había orado como ora la que se halla al borde de la Muerte? ¿Por qué se reía cual si se le abrieran de par en par las puertas del Paraíso?

CAPITULO XII

EL BAILE DE LA CONDESA IGNATIEFF

No me quedaba ya tiempo para entregarme á meditaciones filosóficas.

Ayudé á las dos damas á subir á nuestro carruaje. Cinco minutos más tarde, nos hallábamos entre la multitud de coches que entraban al gran patio de la Sala de la Nobleza, donde tenía lugar el gran baile que la condesa Ignatieff daba en honor del nombramiento de su hermano para gobernador de la Siberia Occidental, y que sería verdaderamente notable á causa de la presencia de toda la brillante aristocracia rusa y de su soberano.

—¿No veis aquello? exclamó la princesa. Os dije la verdad. El Czar mismo debe venir, porque he allí los cosacos de la guardia.

Miré por la ventana del carruaje y ví efectivamente que á la entrada del magnífico edificio dedicado expresamente á las fiestas de la nobleza, se encontraba una fila de lanceros cosacos, granaderos de gran uniforme, y veinte ó treinta lacayos con la librea de la condesa Ignatieff.

—¿Pero estáis segura de que vendrá? preguntó Elena muy agitada.

—¿Quién, el emperador? No hay duda alguna. Ya se hallan á la entrada algunos de sus chambelanes y las tropas de Palacio están de guardia, señal infalible de que Su Majestad imperial tiene intención de asistir al baile.

Al llegar á la gran portada, noté que el rostro de Elena estaba muy pálido. Tal vez fuera efecto de las luces eléctricas.

Momentos después, subió majestuosa la gran escalera de mármol, apoyada en mi brazo, porque el príncipe Palitzín se encontraba allí, esperando á su esposa.

Al llegar al último escalón, noté la presencia del barón Friedrich y comprendí que la princesa tenía razón: el Czar asistiría al baile.

Elena miró en la dirección á que yo había dirigido los ojos, y vió también al jefe de la policía secreta.

Quizá su sistema nervioso, ya debilitado por las crueles inquietudes de su situación, se haya resentido de aquel imprevisto encuentro; quizá alguien, entre aquel gentío, al pasar por su lado la haya empujado involuntariamente, el hecho es que, al dirigirse á ella el jefe de la Tercera Sección, diciéndole con amable sonrisa:

—Habéis cambiado de parecer, señora. Supongo que la perspectiva de asistir á esta fiesta os ha inducido á posponer vuestra partida.

Elena al contestarle, sonriendo también:

—¿De qué no sería capaz una dama por tal de presenciar una fiesta como la de esta noche? tambaleó, oprimiéndose contra mi brazo para no caer.

Al hacerlo, el tontillo de su vestido, aquel donde había colocado el bolsillo, me golpeó con bastante fuerza.

—Elena, le dije riéndome, ¿sabes que pesa mucho tu frasquito de esencias? Serás temible para tus compañeros esta noche.

—¿Te parece? repuso ella, haciendo un esfuerzo supremo para reponerse. ¡No! la esencia Jockey-

Club no produce resultados muy funestos, por lo general.

En seguida me olvidé del incidente del frasquito de esencia, porque la princesa Palitzín, con su esposo el gobernador general de Polonia, nos condujo hasta donde estaba la señora Ignatieff.

Esta, con la graciosa afabilidad que tantas simpatías le habían valido en Londres y Constantinopla, cuando su esposo actuaba de embajador en aquellas capitales, acogió con palabras cordiales de bienvenida á los americanos que tan lejos se hallaban de su país natal. Nos alejamos de ella para dar paso á otros huéspedes, y parado sobre la tarima donde la dama recibía, recorrí con la mirada aquel fastuoso salón donde se desarrollaba una escena tan espléndida como jamás había presenciado, y que se distinguía por una magnificencia que más tenía de la barbarie oriental que del civilizado Occidente, aunque reunía las glorias del Asia y de la Europa.

Imposible describir el golpe de vista. Más imposible todavía enumerar los detalles de aquel panorama de variantes tan hermosas como continuas, donde se alternaban los graciosos trajes parisienses y occidentales, con los espléndidos uniformes de los caballeros, viéndose el traje diplomático del enviado boliviano, al lado de los diamantes y las estrambóticas prendas de algunos de los vencidos Khanes turcomanos; y todo este conjunto de colores y de indumentaria; toda aquella multitud de tipos tan diversos se movía y se renovaba en un salón vastísimo y de indescriptible suntuosidad, embellecido por palmeras y otras plantas que le convertían en hermosísimo verjel oriental, flameando en alto mil banderas, iluminada la escena por bujías de cera al parecer tan numerosas como las estrellas del cielo, perfumado el aire por millares de flores traídas de la lejana y risueña Crimea; impregnada toda la escena por la melancólica poesía de la deliciosa música de la orquesta de la gran Opera; avivada á veces por los melodiosos acordes de la banda militar de la caballería de la guardia.

Y agregad á todo esto el movimiento, la vivacidad, el impulso social peculiares á esta tierra de colmos é imposibilidades, y se tendrá una idea aproximada del aspecto que aquella fiesta presentaba á los ojos del guerrero Arturo Lenox, más acostumbrado al vivac ó al campo de batalla que á los bailes y "boudoirs," aunque indudablemente es tan ducho para lo uno como para lo otro.

Con el ánimo sobreexcitado, embriagado por aquella escena, de las que estimulan los sentidos y la mente, no es extraño que me olvidara momentáneamente de mi extraordinario peligro, y lo precario de mi situación; y murmuré en el oído de Elena, que se apoyaba todavía en el brazo:

—¡Voto á bríos! que me hallo más que contento de haber perdido el tren. Nada me hubiera recompensado por haber faltado á la fiesta.

—¿Estáis contento?..... preguntó Elena con dulzura. Y agregó con una expresión muy particular en su semblante:

—Espero que gozaréis mucho de este baile. Pero vamos á saludar á

Olga y Constantino Weletsky. Ya llegan.

Luego, dirigiéndose á mis parientes, exclamó alegremente:

—Estáis sorprendidos de vernos aquí, ¿no es cierto? ¿Creíais que nos hallábamos en camino para Berlín?

Yo entonces les saludé también, explicándoles el repentino cambio que se había operado en nuestras intenciones.

No pude menos que comprender que no estaban muy regocijados por haber prolongado nuestra estadía en San Petersburgo, particularmente cuando, en aquel momento, el terrible Sacha se apareció á la espalda de Elena, diciéndole:

—Acordaos que me habéis prometido lo menos seis piezas y, por lo último, la más codiciosa, la mazurca.

Varios caballeros más se apresuraron á disputarle el derecho de bailar con "la bella americana;" entre ellos se hallaba Boris, quien había llegado de Cronstadt expresamente para asistir á esta fiesta notable.

Por mi parte, dejé que todas las avispas se disputasen mi linda mariposa; pero me cuidé de abrogarme el derecho de acompañarla en los primeros lanceros y en un vals en que,—sin ser presumido,—creo poder afirmar que le demostré que no me había olvidado de mis mocedades, cuando me distinguía en el cotillón en la vieja sala de West-Point.

¿Acaso le será posible al cadete olvidarse de sus bailes de clase, cuando la juventud prestaba aun más encanto á la sonrisa de una hermosa, y agregaba poético matiz al ardor militar? ¡Jamás!

Porque bien se comprende que sólo los bravos ganarán el amor de las hermosas.

Estas piezas, en que tanto lucí mi gallardía, las bailé en las primeras horas de la reunión, y puedo asegurar, con la mano en el corazón, que ninguna, pero "ninguna" pareja bailó con más gracia y gentileza que el coronel Lenox y su novia oficial—porque me consta que entre todos los mequetrefes de la guardia imperial, no había uno solo que me pudiese sobrepasar.

Por cierto que no figura en mi repertorio aquella bárbara pieza nacional, la mazurca.

Pero, por perfectamente que guardase Elena el compás, aunque flotaba su forma leve y diáfana como la de un hada posada sobre una flor, se mostraba tan absorta, tan preocupada, que, por fin, comprendiendo cuán profunda era su indiferencia hacia mí, la dejé para que los demás se dedicasen á ella, aun el miserable Sacha; y, renegando interiormente de su conducta desagradecida para conmigo, resolví mostrarle que otras eran más sensibles que ella al atractivo que sé desplegar cuando me place hacerlo.

Me prendí, pues, del brazo de Boris, que pasaba en aquel entonces á mi lado, y juntos paseamos por los salones.

El joven marino, cuyo corazón se hallaba libre de toda simpatía especial, me obligó á prometerle que, si por acaso nos quedásemos más tiempo en San Petersburgo, iríamos á Cronstadt á pasar el día á bordo de su buque.

Al alejarme de él, me encontré con algunas de las damas que me habían sido presentadas en el con-

vite del día anterior del palacio Palitzín, y bailamos juntos; pero todo el tiempo yo fijaba mis ojos inquietos en Elena, llenándome de despecho las mil atenciones de que el infame Sacha la hacía objeto. En fin, aquel tártaro ruin fué tan persistente, tan obstinado, que logró desprenderse de todos sus rivales, quedando, por lo tanto, casi enteramente libre para prodigar sus galanteos á la conspiradora.

Bien pronto me impuse por una conversación que entreoí, que otros también habían notado lo que pasaba.

—Aquel americano debería cuidar más á su hermosa señora, dijo una dama á su compañero. Si ese desvergonzado Sacha la sigue de esta manera, no tardará en sobrevenir algún desenlace funesto. Observar la pobre Dozia, cómo los sigue con su triste mirada.

—No tal, señora, replicó el caballero. La princesa Palitzín no teme nada por su cuñada, y la prueba es que ella misma trajo aquí á la bella americana.

—Vosotros los caballeros sois tan ciegos, repuso la dama, riéndose. M. de Palitzín se ha dado justa cuenta del carácter perverso de Sacha, y desea que su cuñada se imponga también de ello: de manera que estos galanteos le convienen admirablemente.

—¡Ah! Ya comprendo. La princesa supone que la hermosa americana será causa de que se deshaga el compromiso? exclamó el caballero

Yo estaba lívido de despecho y de vergüenza; pero siquiera algo había aprendido con aquella charla mortificante. Ya comprendía el motivo que había inducido á una dama tan encumbrada como la princesa, á molestarse tanto por tal que nos quedásemos en San Petersburgo.

Traté de reponerme de mi agitación y me encontré al lado del bárón Friedrich.

Este caballero parecía todavía más regordetón con su uniforme especial, y evidentemente era el único entre toda aquella brillante muchedumbre que no tenía amigos. Aislado y desapercibido, contemplaba con mirada triste y codiciosa las diversiones en las que á él no le era dado participar.

Condolido de su solitaria situación, me dirigí á él.

—¿Queréis que tomemos un poco de champaña, barón? pregunté.

—Tendré sumo placer en acompañaros, repuso él, animándosele el rostro. Pero dispensadme por un momento. Y se volvió hacia un oficial que parecía participarle alguna nueva.

—Ahora estoy pronto, agregó el jefe de policía secreta: vamos al buffet.

Mientras apuramos la champaña, departimos casi confidencialmente.

—No habéis bailado esta noche, le dije, por tal de hacer conversación.

—No; he venido por asuntos oficiales, y estaré muy contento cuando los haya terminado. La cena tendrá lugar á la una de la mañana, y después se bailará la gran mazurca. La familia imperial, con su séquito, llegará á tiempo para presenciar el baile nacional, y cuando ellos se retiren, yo también podré abandonar la fiesta, contestó Friedrich con sonrisa fatigada.

—El emperador llegará tarde, observé.

—Sí, siempre lo hace. Es por tal de que se reciban antes los informes de toda la policía y de los inspectores, guardias y chambelanes. A la hora referida, se tiene ya la seguridad de que ningún sujeto sospechoso ha penetrado por entre el cordón exterior de las tropas.

Hablaba el barón con tono muy confiado, y me sonreí pensando en lo poco que desconfiaba de Elena. Pocos momentos después oímos la marcha que anunciaba la hora de la cena. La acompañé á la señora de Weletsky, y Constantino entró al comedor con la princesa Palitzín.

En cuanto á Elena, se mostró muy deseosa de desprenderse de nosotros y formar parte de otro grupo más joven y alegre, encabezado por Sacha, quien bebió "copas de amor" en honor de mi esposa oficial, hasta que su tío no pudo disimular su despecho e inquietud.

Pero la princesa contemplaba á la pareja con la más benévola sonrisa, aunque no había dejado de comprender que el pobre corazoncito de Dozia se partía.

Me sentía más que exacerbado contra aquella gran señora que jugaba mi honorable apellido con tanta diplomacia y disimulo, pero no pude menos de compadecer á su cuñada.

Noté que le faltaba compañero para la mazurca, aunque bailaba admirablemente; pero todos estaban en la creencia que aquella pieza correspondía á Sacha. Le rogué, pues, á la princesita me hiciera el honor de acompañarme, á lo que asintió sin titubear.

No le faltaba orgullo á la joven, habiéndose dado cuenta de los galanteos de su prometido para con la bella americana, se decidió á pasar un rato agradable en compañía del bizarro coronel yankee.

Así fué que, cuando sonó el toque de clarín que preludiaba la formación del brillante círculo de la gran danza nacional, entré á formar parte con la señorita Dozia apoyada en mi brazo. Yo comprendía que no me sería posible corcobear y brincar con la gracia salvaje del eslavo, pero en cuanto á repartir puntapiés á diestra y siniestra, ahí estaba yo; y, hallándome en un estado de ánimo feroz é iracundo, muy poco cuidado sé me daba si aplastaba unos cuantos bellos pies, y destrozaba con mis marciales talones infinidad de volantes de encaje y trajes de tul.

¡Y cuán bello era aquel círculo deslumbrador!..... Las damas eran todas jóvenes, todas en traje de corte, escotadas, resplandecientes sus blancos hombros y torneadas gargantas á la luz de mil bujías de cera.

Los caballeros oficiales de la guardia, casi en su totalidad, llevaban vistosos uniformes, altas botas húngaras, relucientes espuelas de oro, el moño al hombro, las charreteras y las condecoraciones.

Sacha condujo á su bella compañera hasta la cabecera del cuadro, mirándolos yo asombrado. ¿Era posible que tuviese Elena la audacia de encabezar esta danza, en la que sólo consiguen descollar los rusos, polacos ó húngaros, habituados toda la vida á bailarla?

Pero mi esposa oficial demostró la mayor serenidad, charlando alegremente con su compañero.

Por un momento, se le cubrió el rostro de lívida palidez: fué cuan-

do el preludio del himno nacional anunció la llegada del autócrata de todas las Rusias.

Pero, al entrar aquel personaje al salón, irguió Elena su cuerpo, altiva, orgullosa, majestuosa.

Abrióse ancho camino en el círculo de danzantes y todos se levantaron con respetuosas reverencias al aparecer la imponente figura de Alejandro III.

Bizarro, rubio, de azules ojos, era un hermoso tipo de soldado y de soberano, al pisar el suelo de aquel vasto salón de baile. Su bella consorte se le apoyaba en el brazo, pero su dulce mirada era nerviosa é inquieta al dirigirla por todos lados.

Seguido de su séquito y saludando á derecha é izquierda, aquel monarca, que reina sobre noventa millones de súbditos, se encaminó con su emperatríz hacia el sitio de honor que se le había reservado. Y allí se sentaron los regios personajes, rodeados de las damas de honor y de los altos oficiales de la corte.

Sonó luego el alegre toque del clarín. Sacha se adelantó con Elena. Se daba principio á la mazurka.

Esta hermosa danza es una mescolanza del cotillón y del "réel" de Virginia; sus bellos cuadros son graciosísimos.

Cuando se la baila con la devoción especial del eslavo para los ejercicios de Terpsícore, el verlo es un sueño de hadas, el participar en él un verdadero éxtasis.

Al romper la marcha el bizarro Sacha con mi esposa oficial con las manos enlazadas, varias parejas lo siguieron. Y entonces, animado por el chasquido de tacos, al compás de aquella música salvaje y rítmica, tornóse vivaz y delirante el remolino de bailarines, cada vez más entusiasmados y alegres.

Resonaban los tacos de las botas húngaras y el crujido de las espuelas, y flotaban sobre el encerado piso las faldas de gasas, tul y encajes, vislumbrándose los ágiles y delicados pies de las damas.

Y yo, acompañado de la encantadora Dozia, entré á tomar parte en aquella vertiginosa danza y á lucir mis pasos más bellos en honor del "Tío Sam."

Verdad es que no me era posible rivalizar con el invencible Sacha, quien bailaba como salvaje tártaro de las estepas; pero, sin embargo, á mi modo de ver, estaba haciendo verdaderas proezas, cuando de pronto hirió mis oídos un gemido plañidero de la princesita mi compañera.

—¡Mi Dios! coronel, me estáis destrozando los pies. ¡Ay, ay, ay! . . .

—¿Destrozándole los pies?

Con sobrado motivo se quejaba. ¡Pobre criatura!

Yo estaba bailando encima mismo de sus pies, pues las doscientas libras de hueso y músculos que constituían mi cuerpo, habían perdido repentinamente toda su energía y vitalidad. Girando en el baile, había sorprendido una expre-

sión que en los ojos de mi esposa oficial resplandecía, y un mortal estremecimiento me había invadido el corazón. Mi espina dorsal había perdido súbitamente su cuerda vital; mi cerebro habíase inundado de desesperación y de horror, porque "por fin había comprendido por qué era que Elena se había quedado para asistir á aquella fiesta."

Al fijar su mirada en el rostro del Czar, ví fulgurar la llama que iluminaba los ojos del cazador al encontrar su presa, ¡de la fiera que acababa de divisar su víctima!...

—¡Santo cielo! Esta mujer se había quedado en la Rusia con el solo fin de encontrarse de frente con el autócrata, "¡y asesinarlo allí mismo, sin piedad!....

Cual rayo que brilla repentinamente en un cielo obscuro, así se me presentó al espíritu la verdad, con todas las pruebas fehacientes.

Elena había deseado abandonar la Rusia la noche anterior. Pero le habían participado la nueva de que el Czar asistiría á este baile, lo que le ofrecería una oportunidad tal como jamás se le volvería á presentar. Y por eso, despreciaba todos los peligros,—no por amor á Sacha, sino por odio al Czar, Aquel bolsillo en su traje de baile, lo había hecho para contener su "bull-dog," "y por medio de aquella arma le quitaría la vida al autócrata de noventa millones de almas, en medio de la brillante fiesta."

Ignoro cómo conseguí conducir á mi compañera á su asiento, sin hacerme notar demasiado. En cuanto á ella, me permitió dejarla con sumo agrado. No me había distinguido muy mucho en el baile.

Y, ya solo, sentí la mente embargada de mis temores punzantes que penetraban en mi cerebro como rayos repentinos. Si Elena llevaba á cabo su nefanda obra, ¿qué sería de los Weletsky que la habían presentado en aquella sociedad? Se rían víctimas de la más completa ruina social.

¿Y la princesa Palitzín que había traído aquella mujer espantosa al baile? Para ella sería la ruina oficial.

¿Y yo? ¿Cuál sería la suerte mía, yo que había conducido á la Rusia á la terrible conspiradora con el título de mi esposa oficial, con pasaporte falso, para consumar su espantosa obra de muerte,—yo que, á propósito había perdido el tren aquella mañana? Todo, todo se reunía para convertirme en cómplice "prima facie" en el hecho.

"¿Y cuál sería el castigo que se impondría á los asesinos del Czar?"

—¡Santo Dios! Tanto valía que yo mismo levantara la tapa de los sesos imperiales. Sentíme inundado de un helado sudor. El corazón me latía á razón de doscientas pulsaciones por minuto. Mi cerebro estaba helado, todo delirante.

Y, en medio de todo este torbellino de inquietud, espanto y desesperación, ardía fijamente una idea

que se sobreponía á todas las demás.

Era un deber imperioso, ineludible, el hacer algo en el sentido de defendernos á todos. ¿Qué era ese "algo"?

Si le contaba todo á mi amigo el barón Friedrich, ¿conseguiría salvarme? Quizá me salvaría... de sufrir mayores tormentos. En vez de ser martirizado, se contentarían sólo con ahorcarme.

Volví hacia el jefe de la policía secreta mis ojos angustiados.

Los suyos, siempre ocultados bajo sus antiparras azules, estaban fijos en aquella inolvidable mazurka.

Y qué cuadro más hermoso y terrible que aquel de esa mujer, lleno el físico de gracia, de donaire, de poesía, y con la muerte en el corazón! Aquel baile al que se entregaba la seductora joven, era como el canto del cisne, más bello por ser el último.

Me precipité hacia el barón, con la intención de balbucear en su oído: "¡Por Dios, señor, arrestad á mi esposa.!" Pero me detuve, acordándome de que no dejaría de echar mano á mi persona también.

Se me ocurrió luego la idea de valerme de mi supuesta autoridad marital para obligarla á abandonar el baile; pero al verla, comprendí que no habría medio de hacerla partir, á no ser que se la arrancara por fuerza del salón. Al volver sus hermosos ojos hacia la tarima imperial, yo había visto brillar en ellos la mirada del cazador que ve delante de él la codiciada caza que ha perseguido por años enteros, el objeto de mil emboscadas, —un disparo como para recordar toda la vida.

Traté de raciocinar,—si es que raciocinio se puede llamar á aquellos pensamientos espantados que se me presentaban como ráfagas de angustia.

Hasta que terminara la danza, Elena no tendría ocasión para aproximarse á la tarima imperial. Pero luego, cuando llegara el momento en que el soberano saludara á la dama organizadora de la fiesta, y aquellas de entre la concurrencia que merecieran tan alto honor, la princesa Palitzín había prometido presentar mi esposa oficial al monarca moscovita.

En aquel mismo momento, éste, atraído por la insólita belleza de Elena, se ocupaba de ella con su séquito, y, dentro de breve rato, cuando se hallaría ésta delante de su víctima, haciéndole profunda reverencia, allí mismo, en medio de los suyos, rodeado de cortesanos, de soldados, de todos los que le eran más adictos, perecería el autócrata á manos de aquella débil mujer.

¡Y tan pronto! ¡Tan breves los momentos que faltaban para la consumación del nefando acto!....

Antes de eso, yo debía, yo "tenía" que hacer algún esfuerzo para impedir tan espantosa calamidad. Sino.... el barón Friedrich... Recorrió mi cuerpo horrible estre-

mecimiento, lanzaron mis labios hondo gemido.

Convulsivamente, sin tener conciencia de lo que hacía, había metido la mano en el bolsillo del chaleco, el que usaba siempre de noche, y había sentido cuatro paquetitos. ¡Los polvos!... "¡El opio!... ¡La insensibilidad!...."

Insensible Elena, no se extrañaría que su esposo la llevara inmediatamente á su domicilio.

Corrí..., ¡no! "volé" hacia uno de los "buffets," donde pedí que me sirvieran una copa de champagna. Y, sin ser notado, vertí en el líquido el contenido de tres paquetitos, meditando, adusto y melancólico, sobre el efecto que probablemente surtirían en tan delicada organización física.

Dentro de diez minutos quedaría imposibilitada la audaz conspiradora de consumar su funesta obra. Era verdad que, al tomar tres polvos, corría algún peligro su vida; pero, ¿por ventura se preocupaba ella misma de precaverse de la muerte? ¿Entonces, por qué debería yo mostrarme más compasivo? ¡No!.... no correría ya más riesgos por ella.

Y tuve el valor moral de pedir para mí otra copa de champaña, por tal de salvar las apariencias; aunque, á cada momento, temía oir el fúnebre estallido que indicaría que había pasado la hora de la salvación. Con las dos copas en la mano, volví á entrar á la sala.

Al hacerlo, lancé un suspiro de desahogo. Elena estaba siempre en el mismo sitio, al lado de Sacha, muy fatigada al parecer.

No había que perder un momento siquiera.

La mazurka ya terminaba. El regio grupo hacía ademán de levantarse.

Me aproximé á Elena, quien se hallaba jadeante por causa del violento ejercicio. Le tendí la copa narcotizada..... Sus labios estaban secos. La fiebre del martirio ardía en sus venas. Aceptó ávidamente la copa que le ofrecí, dándome las gracias, y bebió anhelante, como el viajero del desierto que, por fin, encuentra la apetecida agua del oasis.

Tal vez le haya tomado algún sabor inusitado, porque me lanzó interrogadora mirada, al decirle yo, sonriéndome:

—Brindo á tu salud y bienestar, mi esposa adorada. Habéis superado á las mismas rusas en esta mazurca.

Y apuré la copa de champaña inofensiva.

—Demos una última vuelta, exclamó Sacha.

Y volvieron á entrar al círculo con todavía más gracia, animación y entusiasmo que antes.

Pero, dentro de poco, tornáronse muy lánguidos los graciosos movimientos de la joven. Sintióse invadida por invencible pesadez, pero trató de reaccionar; é, inspirada por potente fuerza de voluntad, luchó y venció momentáneamente al narcótico que la adormecía.

¡El Czar se había levantado de su asiento! Había llegado el momento de las presentaciones.

Quizá también la música le haya

renovado las deprimidas fuerzas, porque se tocaba el inmortal trozo del Baile de Máscaras, de Verdi, aquel trozo que lleva conmigo la muerte, y aquellos fúnebres acordes resonaban por entre las palmeras y los naranjos de esta feérica reunión.

Luchaba heroicamente; la ví temblar y asirse del brazo de Sacha, quien la apartó del círculo.

Del brazo del joven oficial, empezó á aproximarse al Czar. Leí en aquel rostro expresivo la más firme resolución de vencer, de sobrepujarse á la languidez que invadía todos sus miembros, hasta que hubiese terminado su obra de muerte.

Ya no esperaría presentación alguna.

Me lancé en su seguimiento, y alcanzándolos, le dije al oído á Sacha:

—Mi esposa está indispuesta. Dejádmela, porque sé lo que debo hacer para que vuelva en sí.

En aquel momento, Elena vaciló, cayendo desplomada entre mis brazos. Pero, rápida como una flecha, se repuso y anduvo unos diez pasos más, procurando abrirse paso por entre la multitud hasta llegar cerca del emperador; y entonces, sin más trámite, llevó la mano al bolsillo del tontillo.

Pero, felizmente, yo me había adelantado á su funesta intención, sujetándole fuertemente la muñeca.

Luchó conmigo desesperadamente, envolviéndome en una mirada suprema de angustia, por aquella ocasión para siempre perdida. Un débil gemido, un sollozo..... y el narcótico había prevalecido sobre aquella inquebrantable voluntad..... Y se durmió en mis brazos..... ¡á veinte pasos del inconsciente autócrata que hubo de asesinar!.....

LIBRO TERCERO

LA DISOLUCION DE LOS VINCULOS

CAPITULO XIII

EL MASAJE DEL ODIO

Produjose viva agitación en nuestro derredor. Las compasivas damas murmuraban:

—La hermosa americana se ha desmayado.....

Y muchos brazos masculinos se extendieron para ayudarme á llevar mi bella esposa fuera del salón de baile.

Pero el mismo estado de tensión nerviosa en que me hallaba, me prestaba una fuerza descomunal, y, desconociendo los solícitos ofrecimientos de Sacha, que casi me obligaba á aceptárselos, me abrí paso por entre la masa compacta de uniformes y vestidos de baile, hasta el "buffet," que se encontraba á la entrada de la gran escalinata.

Al llegar allí, Sacha, con los ojos bañados en lágrimas (porque los moscovitas se emocionan con suma facilidad), me dijo:

—¡Por Dios! decidme que no está muerta vuestra señora. Se ha agitado demasiado bailando aquella mazurca. ¡Ay de mí! ¡Cuándo se volverá á ver tanta gracia, tanta belleza y animación!.....

Y se retorcía las manos, desesperado, mientras yo, acordándome de lo que el farmacéutico me había recomendado, me apresuré á mandar que me trajeran una taza de café.

Me lo trajeron negro, cargado y caliente, como se acostumbra á tomarlo en Rusia; y, separando por fuerza los blancos dientes de Elena, apretados convulsivamente, conseguí verter una cantidad del líquido en su boca, cuidándome muy poco de las manchas que caían afeando la inmaculada y reluciente blancura de la seda, los encajes y el tul que constituían su traje de baile.

El barón Friedrich se me aproximó.

—¡Pobre amigo Lenox! Vuestra señora se halla muy indispuesta, me dijo al oído.

—No es nada de cuidado, respondí: estos vahídos le suelen ocurrir cuando baila demasiado. E indicando la esbelta cintura de la joven, agregué:

—Y mi esposa se obstina en llevar el corsé tan apretado.....

—Abuelita, no debería bailar

con tanta energía, observó el barón. ¡Qué agilidad tan sorprendente para una dama de su edad! Pero el médico de la corte llegará dentro de un momento. Viene por orden del mismo Czar. Yo le conduciré aquí.

Y se alejó para desempeñar su cometido.

¡Que la viera el médico de la corte! ¡Imposible! Aquella mirada experimentada no tardaría en descubrir los síntomas inequívocos del opio. Se entraría en averiguaciones, y para nosotros la desconfianza era la perdición.

Me apresuré á mandar á un lacayo fuera á traerme el tapado de Elena; dí orden á otro que llamara mi carruaje.

Y, resguardando la bella enferma del frío, la tomé entre mis brazos, bajé la escalera de mármol y entré al coche, sonriéndome triunfante en las barbas de Sacha, que nos seguía á toda prisa.

Pero bien pronto se desvaneció aquella sonrisa.

Al sacar el revólver con las seis balas que hubieron de ultimar al soberano ruso, del bolsillo de Elena, para meterlo en el mío, le oí la ronca respiración que produce el opio en sus víctimas.

¡Dios del alma! Tal vez hubiese sido muy fuerte la dosis que le había propinado. ¿Y si nunca más abría los ojos á este mundo? Eso me acarrearía las pesquisas de la policía, el descubrimiento, la perdición.

Acordándome de todo esto, empecé á sacudir despiadamente de un lado para otro á mi compañera. El ejercicio violento, continuo, era uno de los mejores remedios contra el sueño producido por el abuso del opio; pero la paciente siguió en el mismo estado, con la respiración anhelante y prolongada.

Continué, pues, prodigándole las más bárbaras palmadas en sus lindos hombros, y á sacudirla hasta que sus dientes castañetearon; y así llegamos al hotel, siempre padeciendo ella de los efectos del opio.

Un "dvornik" soñoliento nos abrió la puerta, y me precipité hacia nuestro departamento con la hermosa enferma. No me atrevía á valerme de los servicios de un médico. ¿Cómo explicar el hecho de haber suministrado un poderoso narcótico á mi esposa, en el momento mismo que se aproximaba á la tarima de la familia imperial?

Llevaba siempre conmigo la llave del salón, y abrí sigilosamente la puerta, para sufrir una nueva conmoción nerviosa.

La habitación estaba á obscuras, y yo acababa de sentar á Elena en una silla y me ocupaba de buscar los fósforos, cuando oí á mi lado un leve paso, como si alguien tratara de valerse de la obscuridad para alejarse desapercibido.

No me atreví á dar la voz de alarma; pero, al mismo tiempo, era indispensable cerciorarme de si se trataba de un ladrón ó de un espía.

Saqué el revólver de mi bolsillo y, dirigiéndome rápidamente á la puerta, agarré de la garganta al silencioso intruso, apretándole el arma contra la sién.

—Ahora, le dije á media voz, encended luz, si no queréis que os levante la tapa de los sesos.

Conduje hacia la mesa al desconocido, y me obedeció. Al iluminar la luz aquel rostro, retrocedí asombrado. Me confrontaban los pardos

ojos de la señorita de Launay, la institutriz de Sofía Weletsky.

A mí me sucede una cosa particular. Cuanto más emocionantes, más sorprendentes las circunstancias bajo las cuales me encuentro, más sereno y tranquilo está mi ánimo.

Me dirigí á la puerta, cché llave, y, guardando ésta en el bolsillo:

—Escuchadme, dije á nuestra inesperada visita. Mi esposa se halla muy indispuesta. Ha bailado demasiado esta noche, y padece del corazón. Comenzaré por suministrarle su medicina.

Entré á mi habitación, saqué el frasquito de belladona y lo administré según las indicaciones del farmacéutico.

No tardó en surtir un efecto benéfico, y dilatáronse las pupilas de los ojos de Elena.

—Ahora, dije, dirigiéndome á la institutriz, vos me ayudaréis á echarle aire á la enferma y reanimarle la circulación. Daos prisa. Ayudadme inmediatamente á llevarla á su habitación, y si esperáis que os muestre alguna compasión, haced todo lo que os ordene.

La señorita de Launay quedó sobrecogida por mi extraordinaria serenidad, y prestó ciega obediencia á mis indicaciones.

Mientras así se afanaba, yo le dije al oído:

—Habéis venido aquí como una ratera, una ladrona.

—¡No tal! exclamó indignada.

—¿De veras? pregunté con sonrisa sardónica. ¿Y cómo probaréis vuestra inocencia cuando se os ha encontrado á media noche en nuestras habitaciones?

Quedó callada la joven, pero se retorcía las manos de desesperación.

—Pues bien, continué. Ya me he dado cuenta de lo que sois. Estáis actuando de espía de la policía secreta. No temáis responder: ella no os puede oir, agregué, mirando á Elena, quien, vacilante el paso, se dirigía á su habitación, ayudada por mí y por la improvisada visita.

—Tenéis razón, contestó la francesa suspirando.

—Y siendo así, continué, ¿cómo os habéis atrevido á venir aquí sin orden expresa del barón Friedrich?

Hablaba en tono muy confiado, porque estaba segurísimo de que no recaía la más mínima sospecha sobre nosotros.

—¿Habéis venido por cuenta propia? pregunté.

—¡Es verdad! repuso la institutriz con voz entrecortada.

Luego exclamó repentinamente y con desesperación:

—He venido por cuenta mía. He venido por ver si encontraba alguna carta dirigida á ella..... (y lanzó una mirada furiosa á la inconsciente Elena), alguna prueba de amor de aquel hombre que ha jurado que sólo á mí me quiere. Quiero probarle que miente; que, á pesar de todas sus promesas y protestas, está locamente enamorado de la bella americana, vuestra esposa.

—Por fin nos comprendemos, repuse; vos, por amor á Sacha, queréis impedirle galantear á mi esposa; yo, como esposo de Elena, deseo lo mismo. Ayudadme, pues, á restablecerla, y la alejaré de este país en cuanto esté en condiciones para viajar

—¿Y cómo queréis que yo os ayude á curar á mi rival? preguntó la iracunda francesa. Para mí vale más, mucho más, que muera.

—Me ayudaréis á curarla, contesté brevemente, porque si rehusáis á obedecer mis órdenes al pie de la letra, yo os denunciaré ante la policía como ladrona. Habéis penetrado aquí en calidad de espía del gobierno: de otro modo, el propietario del hotel no os habría permitido entrar á nuestras habitaciones; pero carecéis de orden alguna emanada del barón Friedrich, y él os castigará severamente por haberos atrevido á invocar el nombre de su departamento para vuestros fines particulares.

Todo esto lo dije con tono firme y seguro, porque comprendía que no habría encontrado en las habitaciones ó el equipaje de Elena, nada absolutamente que nos comprometiera.

Al notar lo sereno de mi actitud, la señorita Eugenia se turbó cada vez más, y contestóme temblorosa:

—Estoy dispuesta á obedeceros.

—Pues bien, es menester que esta señora se mueva continuamente. Devolvedle la vitalidad al corazón y la circulación á los miembros.

Dadle un masaje tan violento como si vuestra propia vida de ello dependiera.

Dadle palmadas, sacudidla, obligadla por fuerza á que se mueva. Más le valdrá que os mostréis dura con ella.

Entonces la francesa, animada por mis órdenes recibidas, se emprendió con su rival, dándole un masaje tal como hubiera dejado boquiabierto al más desapiadado "maisem" del baño turco.

Las palmadas que daba á la enferma resonaban por toda la habitación, y la sacudía de manera tan vigorosa é implacable que, por fin, Elena, jadeante, empezó á luchar contra aquel tratamiento heroico, rogando á su victimaria que tuviese compasión de ella, que la permitiese dormir, descansar.

Y á fe que era digno de verse aquel masaje del odio: la desesperada resistencia de la bella víctima y la rabia y la energía de su rival, cuyo mismo furioso encono devolvía la vida y la razón á Elena.

Mientras tanto, fuí al salón, sonó la campanilla y dí orden de que se me trajera inmediatamente café muy cargado.

La mañana acababa de despuntar, y toda la servidumbre estaba ya en pie, lista para obedecer toda orden recibida, de manera que bien pronto se me trajo la bebida salvadora. Regresé con ella á la habitación de la enferma, y noté con satisfacción que la señorita de Launay seguía cumpliendo con su deber con mil amores, y con los más lisonjeros resultados.

Luego obligamos á la enferma á que tragase un poco de café. El efecto fué inmediato, sus ojos empezaron á recobrar su expresión habitual; sus pupilas se normalizaron, y me lanzó una mirada de tan tremenda reconvención, que me dió á comprender que al fin se daba cuenta de todo lo que había pasado.

¡Santo cielo! ¡Estaba por hablar!

Hice un gesto desesperado para indicar á la institutriz que se retirara de la habitación, pero ella hizo ademán de resistencia.

Entonces, asiéndola del brazo, la

obligué á atravesar el salón, y la encerré bajo llave en una habitación contigua. Desde allí, le era de todo punto imposible oir las palabras pronunciadas por mí ó por aquella mujer cuyo pensamiento postrimero había sido el de ultimar al Czar, y cuyas primeras frases al despertar de su letargo, se referirían infaliblemente á ello.

Me volví hacia Elena, quien seguía contemplándome con aquella mirada de indecible reproche.

Se levantó y se dirigió hacia mí con paso vacilante.

—¡Miserable! ¡Infame!..... exclamó. Por causa vuestra, la Rusia ha perdido la esperanza de su libertad.

—Hija mía, repuse, la esperanza de libertad para este país envolvía la "certidumbre" de mi muerte, y yo no estoy muy deseoso de suicidarme.

—¿Y qué vale vuestra miserable vida comparada con la libertad de noventa millones de almas? exclamó desdeñosamente la conspiradora.

Iluminárónsele los ojos de siniestro resplandor.

—¡Cuánto os odio!..... dijo. Y se vió de nuevo acometida de la descompostura ocasionada por el narcótico.

La obligué á que tomara más café y á que tragara una pequeña dosis de belladona, y le dije en seguida, convencido de que ya estaba lo bastante restablecida para comprender la necesidad de guardar para con todos los demás el más profundo silencio acerca del atentado que hubo de cometer, por mucho que á mí me dijera al respecto.

Me encaminé, pues, hacia la habitación donde había encerrado á la señorita de Launay, encontrando á ésta muy azorada y alicaída.

—Dejadme salir, quiero volver á casa, me dijo.

—Primero, me contestaréis unas cuantas preguntillas, y haremos un convenio.

—¡No, no! imposible que me demore más. Si la familia Weletsky llegara á descubrir mi ausencia, me obligaría á abandonar su morada, y se disgustaría en sumo el barón Friedrich, puesto que fué él quien me mandó allí.

—¿Y con qué motivo?

La institutriz quedó callada.

—Contestadme inmediatamente, señorita.

—Creo que fué á pedido de la princesa Palitzín. Aquella dama estaba muy deseosa de obtener pruebas de lo infiel que era Sacha á su prometida; pero al vigilarle yo, me enamoré de él..... Es tan hermoso y tiene un trato tan atrayente, que.....

Se detuvo retorciéndose las manos, angustiada. Yo intervine con semblante adusto, agregando:

—¿Supongo entonces que os ha sido muy fácil suministrarle al barón todos los informes pedidos?

—Os ruego que no me hagáis demorar más..... No puedo, no debo ausentarme por más tiempo del palacio.

—Primero, señorita, haremos el convenio al cual me referí. Si yo os permito salir de aquí sin denunciar á la policía que os habéis entrado á nuestras habitaciones "con efracción" y de noche, vos me tendréis al corriente de la conducta que observa Sacha con mi esposa.

—Os prometo hacerlo, contestó desesperada, tanto por vos como por mí.

Al arrancarle esta promesa, abrí la puerta, permitiéndole retirarse y regresé á la habitación de Elena, todavía muy indispuesta, presa de náuseas y con la respiración entrecortada, pero consciente y rencorosa, por lo cual sentí el más profundo alivio, comprendiendo que los efectos de la poderosa droga que le había administrado, habían sido contrarrestados por el masaje del odio que había recibido de manos de la señorita de Launay.

CAPITULO XIV

SE CIERRA LA TRAMPA

En cuanto á mí, por un momento sentí agotadas mis fuerzas por la violenta tensión nerviosa, mental y física de aquella memorable noche. Me hallaba completamente rendido.

Pero tal es la extraordinaria elasticidad de mi temperamento y mis músculos que, después de beber sendos tragos de coñac, de tomar un baño frío y hacer la "toilette" diaria, sentí el ánimo sereno y dispuesto á afrontar todas las contrariedades y peligros que me amenazaban aquel día.

Mientras almorzaba, hice un bosquejo mental de lo que más me convendría hacer.

Esto era muy sencillo, reduciéndose á partir con Elena, y salir de la Rusia, en cuanto á ella le fuera posible viajar.

La repentina enfermedad de mi esposa oficial había sido tan pública, que no me era posible partir sólo, sin dar pábulo á muchos comentarios, y quizá á alguna desconfianza.

Fuí á visitar á Elena y la encontré dormida; pero era aquel sueño el del cansancio y no el efecto del narcótico. Sin embargo, al ver la palidez de su bello rostro, comprendí lo imposible que le sería ponerse en viaje aquel día. Pero al día siguiente partiríamos.

Era más que locura demorar más tiempo en San Petersburgo.

Al entrar al salón, encontré allí las tarjetas de varias personas, preguntando cómo seguía la señora Lenox, y algunas visitas que manifestaron vivo interés en la salud de la dama cuya belleza y donaire habían llamado tanto la atención en el baile de la noche anterior.

Entre estas visitas figuraba la señora Weletsky y su esposo, quienes se habían retirado del baile antes de la mazurca, por cuyo motivo habían ignorado, hasta aquella mañana, la súbita descompostura de mi esposa.

La princesa Palitzín les acompañaba.

Contesté á todos que la señora Lenox padecía de una leve afección al corazón, que no ofrecía peligro alguno.

Se había agitado por demás bailando, pero al día siguiente se hallaría completamente restablecida y emprenderíamos nuestro viaje á París.

En aquel momento se hallaba tan postrada, que le era imposible recibir visitas.

Después de haberme puesto así al abrigo de más preguntas, por el

momento, me apresuré á precaverme de las venideras, suministrando los mismos informes en el escritorio del hotel, y dando orden de que no se admitiera á nadie absolutamente.

Sólo entonces tuve tiempo de darme cuenta de lo mucho que aumentaban los riesgos que corríamos con cada hora que nos demoráramos en San Petersburgo.

Podrían llegar cartas de mi esposa en París; mi hija, pasando por alto las recomendaciones que le había hecho, por telegrama, tal vez viniera á la capital para perderme de manera tan inconsciente como irremisible.

Al acordarme de esta probabilidad tremenda, me apresuré á ir á la legación norteamericana.

Me esperaba allí una esquela de Margarita, reconviniéndome por no haberle otorgado el permiso de venir á la ciudad para verme; pero agregando que, desde que yo así lo deseaba, estaba dispuesta á obedecerme, hasta que recibiera carta mía.

Felizmente, pues, por ese lado, no existía, por ahora, temor de que se llegara á descubrir el pastel, y regresé al hotel con el ánimo un tanto tranquilizado.

Al entrar me encontré con el barón Freidrich.

—¿Qué tal, amigo Lenox? exclamó al verme. Acabo de preguntar por la salud de vuestra señora, y estoy encantado de saber que se halla ya tan restablecida, aunque no lo bastante para ponerse en viaje.

—Todavía no, contesté; partiremos mañana.

—¿Pensáis ir directamente á "París"? preguntó el jefe de policía, acentuando el "París" de manera asaz alarmante.

Despidiéndome de él, volví á mi departamento muy caviloso. ¿Qué significaba aquel énfasis inquietante? Pero no me preocupaba más del asunto. Tal vez no fuera más que el resultado de mi inusitada agitación.

Me dejé caer en un canapé y me dormí profundamente. Cuando desperté era ya tarde.

—¡Qué felicidad! El sueño me había devuelto las abatidas fuerzas, á la vez que me libraba de ocho horas de mortal inquietud.

¿Y cómo seguiría Elena?

Dí un golpecito discreto en la puerta de su habitación, y me otorgó en voz débil permiso para entrar.

—Estoy por mandar traer la comida, hijita, y haréis bien en acompañarme en la mesa, le dije en tono alegre, por tal de tratar de reanimarla.

Pero la joven hizo un gesto negativo, con aire muy abatido.

—Debéis recapacitar, continué, siempre con el mismo tono festivo, tan en pugna con mis verdaderos sentimientos. El maridito oficial estará muy solo si no lo acompañáis á comer.

—¡Miserable!.... murmuró Elena, lanzándome una mirada de tigre.

Creí prudente dejarla al recibir aquella lisonja, y me contenté con comer solo.

Al llegar á los postres, hallándome otra vez de buen humor, y con apetito, pues éste jamás me abandona, á no ser por la falta de víveres, sonó un golpecito en la puerta, y creyendo yo fuera el mozo del hotel, le dije que entrara.

Pero cuál no sería mi despecho al ver aparecer al mayor Sacha Weletsky.

—He venido cuatro veces ya, y se me ha dicho que la señora no podía recibir á nadie, exclamó iracundo. El estado de salud de vuestra señora, me inspira tanta inquietud, que no me es posible ya ignorarlo.

¿Cómo se halla? Sé que se encuentra algo mejorada; pero ¿está completamente restablecida? ¿Se hallará en estado de recibir á aquel que se halla unido por los dobles vínculos del parentesco y la simpatía?

Estuve por responder á este torrente de palabras, que la señora Lenox seguía tan indispuesta, que era inútil tratar de verla, cuando en el momento mismo de hablar, ví aparecer en el umbral á Elena misma, vacilante el paso todavía, pero fresca y hermosa como siempre en su "négligé" de enferma.

—Me fué tan grato oir la voz de un amigo, dijo con intención, que no pude menos que entrar á saludaros, mi querido Sacha.

Antes que yo tuviese tiempo de acercarme á ella, Sacha se me anticipó, ofreciéndole el brazo para conducirla á un salón, con mucha ternura y cortesía.

Al notar esto, resolví desempeñar de nuevo mi papel de esposo oficial.

—Está bien, Elena; te permito conversar con tu primo por diez minutos, nada más. Sacha mismo debe comprender que no te hallas en estado de recibir visitas. Y alzando un periódico de la mesa, fingí leerlo. Sabe Dios lo que le habrá dicho.

Yo no entendí palabra, ni me fué posible oir lo que se decían los dos; pero el militar había aproximado mucho su silla á la de la interesante enferma, y la conversación debe haber sido muy del agrado de ambos, porque cuando consulté el reloj yo exclamé:

—¡Ya transcurrieron los diez minutos!..... la dama se mostró tan recalcitrante, como rabioso el caballero.

—Hija mía: con el doble título de médico y de esposo, me veo en el deber de insistir, dije con mucha amabilidad, porque sabía que no tenían más recurso que acatar mis órdenes. Sacha no podía quejarse de que yo me mostrara solícito por la salud de la paciente, y Elena no le podía dejar saber que yo no tenía sobre ella derecho alguno.

Me levanté tranquilamente y, á pesar de los ruegos de Elena y el semblante adusto que me ponía, y las miradas mortíferas de Sacha, conduje á mi supuesta señora á su aposento, diciéndole con la mayor ternura:

—Mañana te hallarás muy restablecida, vidita mía, y entonces podrás charlar por más tiempo con el primo Sacha.

Y, cerrando la puerta de la habitación, me volví hacia el bizarro mayor, quien se había levantado y se tiraba el bigote con cara de pocos amigos.

—Sois un verdadero tirano con vuestra señora, me dijo.

—Y así también seríais vos, mi querido primo, si tuvierais una esposa tan bella. Seguramente, os mostraríais tan cuidadoso de su salud como yo de la mía.

En seguida toqué la campanilla, y dí orden que se me trajera té y tostado para la bella enferma, di-

ciéndole al mohino Sacha que ella se iba á acostar.

No siéndole posible desconocer semejante indirecta militar, se retiró; y yo, mirándole partir, no pude menos de admitir que el puesto de esposo oficial no carecía de ventajas.

Cuando se me trajo el té, lo llevé á Elena, quien se hallaba reclinada en un sofá, muy fatigada por aquella brevísima conversación. Se negó rotundamente á aceptar el alimento que le ofrecía.

—Es indispensable que comáis algo, señora, dije yo con energía. Necesitáis recobrar vuestras fuerzas para poneros en viaje mañana.

Lanzaron sus ojos furibundos destellos, é incorporándose, exclamó con la voz trémula de enojo:

—¡Sí! Las fuerzas que vos me quitasteis con vuestras infames drogas.

—Os las suministré por tal de salvarme la vida.

—¡No tal! No fue por salvar vuestra vida, sino por defenderlo á "él,"—á aquel hombre que se hallaba casi entre mis manos. Un momento más, y hubiera yo, de un solo golpe, libertado quizá para siempre á la Rusia. Y aquel golpe me hubiera sido dulcísimo asestarlo en favor de todos estos seres que aquí viven esclavos, oprimidos, pisoteados bajo los pies del tirano.

—Pero, Elena, exclamé, ¡habláis como judía ó polaca!

—SOY LO UNO Y LO OTRO, respondió.

—¡Cómo!..... exclamé, jadeante de asombro.

—Sí, continuó ella. ¡Soy polaca por la sangre de mi padre! ¡Judía por los agravios de mi madre!....

Y luego, serenándose un tanto, prosiguió:

—Mi padre fué un noble polaco; pertenecía á aquella clase que el tirano que traté de fulminar anoche, y todos sus antepasados, se han esforzado por aniquilar, tal como han aniquilado á mi desdichada patria, la Polonia.

Fué judía mi madre, hija de un banquero de Varsovia; y á pesar de la disparidad de raza y rango, tanto la amó mi padre, que se unió con ella.

Pero el gobierno ruso, al tener conocimiento de que se había atrevido á desposarse con una joven de la despreciada casta judía, se valió gustoso de la ocasión para ordenar que su nombre fuera eliminado de entre la lista de la nobleza polaca, declarando nulo el matrimonio é ilegítima yo, el único vástago.

Sobrevino la rebelión de los años 63 y 64. Mi padre, trastornado por la cruel injusticia con que se le trataba, ingresó en las filas de los insurgentes y luchó con ellos. Cuando fueron derrotadas aquellas bandas patrióticas, mi madre se negó á descubrir el secreto de su escondite, y por eso—por eso ¡ay Dios!..... ella—mi madre—¿me escucháis, americano atolondrado? —mi adorada madre fué condenada al suplicio del látigo y desterrada á la Siberia!.....

¡Jamás llegó allí!..... Se dió muerte por escaparse de las asechanzas de los viles cosacos que la custodiaban.

Y nunca supo mi padre la cruel suerte que á su amada esposa le había cabido, porque el mismo día en que fuera ella azotada en una plaza pública de Varsovia, murió

él, cosido á puñaladas, en una aldea incendiada.

Vuestro rostro expresa incredulidad, coronel Lenox. Os es difícil creer que se cometan actos tan salvajes para con una mujer indefensa; pero dáos la molestia de hojear los anales históricos de Polonia de los años 1863 y 64, y allí veréis que no fuimos nosotros las únicas víctimas de la espantosa crueldad de nuestros verdugos, sino un pueblo entero.

Yo, á la sazón, contaba sólo algunos meses de vida, lo cual me salvó. Eran muy acaudalados los parientes de mi desdichada madre, y uno de ellos, mi tío, me llevó á los Estados Unidos. Más tarde, fuimos al Austria, donde terminé mis estudios, y me impuse de la manera cómo se había ultimado á los autores de mis días; y ahora, cuando se vuelve á perseguir á los de mi raza, á oprimirlos, á echarlos de sus moradas, famélicos y desnudos, ¿acaso debo yo apiadarme de aquel que instiga tan nefandos actos?....

—Pero el Czar Alejandro no es personalmente responsable..... empecé yo.

—¿Que no es personalmente responsable? ¿Qué me decís? ¿No es él, por ventura, el que dirige todo el sistema? Si oís hablar de un ministro asesinado en la Bulgaria, de un príncipe secuestrado en Belgrado, de una insurrección fomentada en el Afganistán, el autócrata de la Rusia no consuma estos actos con su propia mano; pero ¿quién, si no él, lo excita y promueve?.... El Czar es la cabeza del gobierno, y se muestra siempre desapiadado, implacable siempre..... ¿Por qué debo yo entonces sentir compasión por él?..... Fué vuestra mano la que desvió el arma de la justicia, porque temíais por vuestra miserable vida, y por haberlo hecho, jamás os perdonaré.

—Pero, ¡por Dios! Elena, protesté: ¿me odiáis porque siento en mí el deseo natural de conservar la vida?.....

—Si sentís ese deseo, coronel, me dijo con desdeñoso acento, os recomiendo hacer lo que sea posible por tal de que nos alejemos de la Rusia, porque si se descubriera la verdad de lo que anoche aconteció, correría yo igual suerte de mi desventurada madre; con la sola diferencia de que sufrió ella públicamente, y yo sucumbiría en secreto. El gobierno ruso ha comprendido, por el horror que los países civilizados no tratan de disimular, que el martirio en secreto surte el mismo efecto que el suplicio público y que es mucho más prudente.

En cuanto á vuestra suerte, mi bravo coronel, sería igualmente.....

—Callaos, por favor, dije, todo estremecido; no discutamos mi suerte. Partiremos mañana.

—Por cierto. Yo estaré pronta, pues es lo mejor que podemos hacer. ¡Pero nunca más se me presentará la ocasión de anoche! ¡Nunca más!

¿Por qué me desviásteis el brazo?

Sollozaba como para partir el alma, retorciéndose las manos angustiada.

—El ya estaría frío y yerto, continuó; y yo.....

Calló bruscamente, pero brillaba en sus magníficos ojos el fuego del martirio.

—¡Alejáos, miserable! ¡Al sólo veros me sofoco de indignación!..... exclamó, lanzándome miradas de

profundo desprecio. ¡Vil esclavo, que teníais miedo de morir en pro de la libertad!.....

Según la experiencia que he adquirido durante los años d vida que tengo, cuando una dama se eleva en semejantes alturas beatíficas del histerismo, vale más dejarla sola para que se entretenga á sus anchas; de modo que creí prudente retirarme con bastante precipitación de la presencia de la airada hermosa. Y, bajando á la calle, pasé un rato paseándome por ella.

Más tarde fuí á la farmacia y compré más polvos; volví al hotel á media noche, tomé una dosis de opio, dando orden de que se me despertara á las ocho, infaliblemente, y me olvidé en seguida de mis inquietudes y temores.

A pesar de madrugar mucho la mañana siguiente, encontré á Elena sentada ya á la mesa, alegre, conversadora, hermosísima.

Parecía haberse olvidado por completo de su condición de conspiradora.

—¿Veis las lindas flores que se me han enviado? dijo indicándome varios obsequios de despedida, sobre uno de los cuales ví la tarjeta de Sacha.

—¡Pobre joven! dijo Elena sonriendo: me ha pedido encarecidamente le permitiera despedirse de nosotros en la estación del ferrocarril; pero no he accedido, porque temo que se conmoviera demasiado.

Yo nada contesté á esto, ocupándome afanoso de nuestros últimos preparativos de viaje. Los baúles de Elena estaban listos, y aceptó gustosa mi ayuda para cerrarlos con llave y atarlos, porque todavía se sentía muy débil.

A las doce, salimos del hotel, con treinta minutos para llegar hasta la estación Varsoivo. Dentro de poco nos hallamos allí, rodeados de numerosos vehículos. Al encontrarme entre aquella muchedumbre que iba y venía, recobré toda mi perdida alegría, y gozaba con pensar que ya no volvería á ver más al barón Friedrich. Me encaminé hacia la boletería y pedí al empleado alemán me facilitara dos boletos para Berlín, vía Eydtkuhnen.

—¿El número de vuestro pasaporte? preguntó él brevemente, hallándose sumamente atareado.

—El número 7,287, respondí.

Leyó la lista que tenía delante, se frotó los anteojos una ó dos veces (todos los alemanes en la Rusia usan anteojos), y contestó:

—Creo que debe haber algún error. No he recibido orden ninguna de facilitar boleto para el pasaporte número 7,287.

—¡Ah, ah! exclamé azorado, agregando con desesperación: Sólo hace dos días que se expidió este pasaporte, el número 7,287. Debéis padecer de algún error. Volved á leer la lista: el número 7-2-8-7.

—¡Cabal, señor! Ese es el número. Indudablemente habrá alguna equivocación; pero no me es posible daros los boletos sin recibir algunas instrucciones al respecto. Os recomiendo acudir al Ministerio del Interior para que subsane el error cometido.

—¿Quién más pide boleto?

Estas últimas palabras iban dirigidas á una alemana con dos niños, que se hallaba á mi espalda.

Ignoro cómo volví á reunirme con Elena sin desmayarme. En mi

pecho, allí donde se había encontrado mi corazón, existía ahora un pedazo de hielo, y me parecía que los pies no tocaban el pavimento.

Pero Elena se guardó bien de hacerme pregunta alguna. Al mirarme, su rostro quedó tan pálido y demudado como el mío.

—Venid, me dijo en voz baja. Y luego que nos alejamos de los que nos hubieran podido oir, prosiguió:

—Hablad muy quedito, porque probablemente se nos vigila ya. ¿Os negaron los boletos sobre nuestro pasaporte?

—Sí; ¿qué haremos?

—Mostraos convencido de que sólo se trata de un error insignificante. Volved á pedir boletos ahora mismo. ¡Esperad! Yo misma iré.

Se dirigió á la boletería, y comprendí, por sus gestos, que le aplicaba una felpa al empleado, que le hacía abrir los ojos.

Volvió en seguida á reunirse conmigo.

—Tendréis que dar orden de que se vuelva á llevar nuestro equipaje al hotel, y debemos fingir estar sumamente contrariados de que se haya cometido un error respecto del pasaporte.

Mandé todo el equipaje al hotel otra vez, y llamé un coche, diciendo al auriga: "Al Hotel de Europa."

Ayudé á subir á la joven, y después de partir, le dije al oído:

—¿Acaso esperabais conseguir los boletos?

—No, por cierto, repuso con tono alegre, aunque noté que su pequeña mano enguantada estaba muy trémula. Pero, al oirme, todos los espías que nos rodeaban habrán creído que era un error no darnos los boletos, y que debíamos haberlos conseguido.

—¿Y encontráis mejor que volvamos al hotel? pregunté, porque tenía una idea descabellada: que Elena intentara bajarse repentinamente y huir, con ó sin mí, á alguna guarida nihilista.

—Seguramente. Si no ¿á dónde iríamos? Si se desconfía de nosotros, y no dudo que en este mismo momento rodean por aquí varios espías.

Sería de todo punto imposible escaparnos de ellos á la luz del día. Y si no se sospecha nada, no hay ardid más seguro para nosotros que aparentar la mayor inocencia.

—¿Creeis, por ventura, que efectivamente no se trata sino de un error del boletero? pregunté, con el corazón henchido de esperanza.

Pero al oir la contestación que me diera, volvió á ser de plomo y hielo.

—No, dijo Elena con la mirada muy luminosa, que parecía vislumbrar un algo tan indefinido como espantoso, aunque los labios no le temblaban como antes. ¡No! Creo que se nos ha cerrado la trampa, y eso significa para nosotros: LA MUERTE.

Perdonadme, Arturo, perdonadme, os lo ruego, porque yo os he perdido. Y, sollozando, me asió convulsivamente del brazo.

Pero yo no tuve ya para ella ni una palabra de consuelo ni una mirada alentadora.

¡Ay, Dios! ¡cuán yerto y frío queda el corazón al asomarse delante de nosotros el pálido espectro de la muerte!.....

CAPITULO XV

¿CUAL DE LOS DOS HERMANOS?

Sólo al llegar muy cerca de las puertas del Hotel de Europa, se repuso Elena, exclamando repentinamente:

—Para seguir desempeñando debidamente nuestro papel, es menester aparentar tener el ánimo sereno y alegre.

En aquel momento, pasaba una de nuestras relaciones del baile Ignatieff, y mi compañera la saludó con placentera sonrisa.

Entramos al patio del hotel y, apoyándose Elena en mi brazo, me dirigí al escritorio, diciendo en tono festivo:

—Ya veis que no es tan fácil desprenderse de nosotros.

—¿Cómo es eso? ¿No os habéis marchado? preguntó sorprendido el escribiente, poniendo la pluma en el escritorio.

—Nuestro pasaporte era un poco defectuoso, repuse con indiferencia, y quizá nos quedemos aquí un par de días más: casi me alegro de ello, porque mi señora no se halla en estado de viajar todavía. Seguiremos alojándonos en el mismo departamento que tuvimos antes.

Pero el empleado nos miraba con desconfianza.

—Será menester hablar con el secretario, dijo.

Le acompañé, pues, al escritorio particular de aquel funcionario, y me apresuré á explicarle lo que había acontecido. Pero aquél, que tan atento se me había mostrado hasta entonces, parecía hallarse inquieto y confundido.

—Perdonadme, coronel Lenox, dijo, si os hablo con franqueza; pero nos es materialmente imposible hospedar á las personas que tienen el pasaporte defectuoso. Nos lo prohiben las ordenanzas de la policía.

—¿Defectuoso? exclamé, esforzándome por demostrar gran contrariedad; ¿cómo podéis decir que este pasaporte es defectuoso? Si os atrevéis á repetir la palabra, mandaré buscar á mi amigo el barón Friedrich. Supongo que una garantía suya bastará.

—Por cierto, contestó el secretario, y espero que me perdonaréis haberos surgido algunas dificultades, pero las órdenes que recibimos del Departamento de Policía, son terminantes.

Llamó á un mensajero y, por aquel conducto, mandé dos líneas á mi omnipotente amigo, rogándole tuviera la amabilidad de pasar por el Hotel de Europa para verme, en cuanto le fuera posible.

Volví en seguida al lado de Elena, para imponerle de lo que pasaba.

—Habéis hecho muy bien enviando á buscar al barón, me dijo. De esa manera, hacemos comprender que no tenemos causa de temor.

Dentro de media hora vino Friedrich, con paso precipitado, dibujándose en sus labios una sonrisa incomprensible.

—Mi querido Lenox, exclamó efusivamente, mirándome por entre sus antiparras, vuestra señora.... ¿estará muy enferma cuando no se ha puesto en viaje hoy?

Y abrió los ojos asombrado—

"demasiado" asombrado á mi parecer—cuando supo lo que había pasado con los boletos y pasaportes.

—No os aflijáis, amigo mío, dijo entonces. No es nada. Se trata de algún error de aquellos torpes empleados de ferrocarril. Los pasaportes tienen que pasar por media docena de manos distintas, y un error insignificante perjudica toda la rutina. No tengáis cuidado alguno.

Con uno ó dos días de trámite oficial, todo quedará arreglado; y, mientras tanto, os recomiendo cuidar mucho á vuestra hermosísima señora. Para ella, vale mucho más que descanse antes del viaje.

—Pero, mi querido barón, dijo Elena con un gesto adorable de contrariedad, ¿no sabéis que se niegan á admitirnos aquí con el pasaporte que tenemos, á no ser que vos les deis alguna garantía?

—¡Cómo!..... vociferó el barón, hinchándose de furia su rechoncha figurita. Y se aproximó al secretario, que se rebajaba de manera tan abyecta delante de él, y le reconvino como sólo se suele hacerlo en la Rusia ó la Turquía, donde se acostumbra tratar á los inferiores peor que á las bestias.

—¡Y trataréis bien á mis amigos, miserable perro de hotelero!..... dijo, concluyendo su feroz diatriba. Los trataréis "muy bien." Todo lo mejor que tenéis en el hotel, será para ellos.

Luego, volviendo hacia nosotros:

—Y ahora os dejo, porque estoy muy atareado. Todavía os quedan uno ó dos días para divertiros en San Petersburgo.

Debéis llevar á vuestra señora á la Opera esta noche. Divertíos, alegraos. Adiós.

Nos saludó con efusión, besando repetidas veces la enguantada mano de Elena, y se retiró.

Los atentos criados nos condujeron al mismo departamento que antes, y nos instalaron allí.

En cuanto estuvo arreglado el equipaje y nos quedamos solos, pregueté en voz baja á Elena:

—¿Creéis que desconfía de nosotros?

—Temo que sí, contestó ella; me pareció muy exagerada su sorpresa.

Y de pronto agregó:

—¿Sabéis por qué sospecha de mí?

—Lo ignoro, repuse; pero procedí á referirle los detalles de la curiosa entrevista que había tenido, después del baile, con la señorita de Launay.

—No me parece que eso tenga que ver con la desconfianza del barón Friedrich, repuso Elena. Aquella joven está muy celosa de mí por causa de Sacha, y vos también estáis celoso.

¡Celoso de un ruso! continuó riéndose, agregando luego con bastante intención:

—Tal vez la señorita Eugenia me sea muy útil todavía.

Dicho esto, se ocupó en desempaquetar su equipaje.

Había transcurrido media hora, más ó menos, cuando la princesa Palitzín hizo irrupción en la sala, acompañada de Sacha.

—Fuí á la estación á despedirme de vosotros, exclamó el mayor,

y tuve la felicidad de saber que os quedabais.

—Y por ese motivo, interrumpió la princesa Palitzín, hemos venido á invitaros al teatro Michael esta noche. Necesitáis divertiros, porque los dos tenéis el aire apesadumbrado.

—Es verdad, repuse: no me conviene el papel de enfermero.

—Como el de enferma no me conviene á mí, agregó Elena.

—Entonces, asunto concluído, vendréis con nosotros. No permito que mis primos se nieguen á nuestro pedido, dijo Sacha.

Y yo asentí casi con agrado, porque todo era preferible á la siniestra expectativa de la mano amenazadora que estaba por caer.

Entonces se retiraron, y á permitírmelo los nervios, hubiera debido estar contento; porque Elena, quien tan desdeñosa se me había mostrado, y anoche no más, me había jurado un odio inextinguible, se encontraba ahora muy arrepentida, y á cada momento me suplicaba encarecidamente la perdonara haberme traído al pie del cadalso. Verdad es que estos ruegos no eran como para serenar mi ánimo intranquilo y que se me erizaba el cabello cada vez que me hablaba de esas cosas; pero no por eso dejé de concederle lo que me pedía.

Por fin, la inacción se me hizo insoportable:

—Iré á la Legación para preguntar si hay cartas, dije, levantándome de mi asiento, y volveré á tiempo para llevaros al teatro.

Al llegar á la puerta, Elena me llamó:

—Aquel revólver que me quitasteis la otra noche....

Se lo devolví en silencio; pero formularon mis ojos una muda pregunta, á la cual contestaron los suyos. No se dejaría capturar viva.

En seguida me dirigí á la legación, extrañándome sobremanera no encontrar carta de mi esposa, pues tiempo le había sobrado para escribirme.

Me retiré de allí y fuí al Yacht-Club, donde me encontré con Boris Weletsky, y comimos juntos.

Cuando estuvimos de sobremesa, en contestación á una pregunta suya, le dije que pensábamos quedarnos un par de días más en San Petersburgo, puesto que la señora Lenox todavía no se hallaba en estado de viajar.

—Pues entonces, exclamó el hospitalario joven, os exijo el cumplimiento de la promesa que me habéis hecho. Os esperaré mañana en Cronstadt á vos y á vuestra señora, para visitar mi buque y las fortificaciones. Seréis mis huéspedes.

Le contesté que no era posible convenir nada sin consultar á Elena.

—Efectivamente. Después de la Opera nos encontraremos, y vos me impondréis de lo que haya resuelto la señora Lenox.

Accedí á su pedido, regresando en seguida al hotel.

Elena ya estaba pronta para asistir á la función; pero noté que,

por primera vez, se había puesto colores en las mejillas.

Al entrar sin aliento en el salón, pregunté:

—¿Ha pasado algo?

—¿Desde que habéis partido? ¡Nada! sucede siempre así cuando el golpe está á punto de caer. ¡Cuanta más callada está la policía secreta, más funesta es! Pero, entre nosotros, agregó con una sonrisa casi imperceptible, estoy en la creencia de que el barón Friedrich espera algo.... algunas prueba final, antes de atreverse á arrestarnos.

Le referí entonces la invitación con que Boris me había favorecido.

—¿Qué os parece? pregunté. ¿No creéis que deberíamos gozar de la libertad que todavía se nos concede?

—Desearía reflexionar antes de resolver la cuestión. Vestíos para ir al teatro, y yo, mientras tanto, decidiré sobre lo que conviene hacer.

De acuerdo con esta recomendación, me dirigí á mi aposento para emperejilarme, cuando oí que Elena lanzaba una exclamación de júbilo.

Me dí vuelta, y ví que se ocupaba en revisar unos periódicos rusos, y que lo que le llamaba la atención era una noticio marítima.

Cuando volví para acompañarla al teatro, noté que una nueva esperanza iluminaba sus ojos.

Apoyada en mi brazo, se dirigió al carruaje que nos esperaba.

—¿Habéis resuelto algo referente al paseo? pregunté.

—Sí. Aceptaréis la invitación inmediatamente é iremos á Cronstadt por el primer vapor que salga.

Diez minutos después nos hallábamos en un palco-balcón, viendo representar "Girofé-Girofia" por una brillante Compañía francesa recién llegada de París. La "prima donna" había tenido un éxito tremendo, como sucede generalmente en la Rusia, donde no existe un término medio entre un "coup" brillante y una derrota lamentable. El rostro de la artista no me pareció ser del todo desconocido.

Al poco rato, la princesa Palitzín entró al palco, acompañada del sempiterno Sacha.

Tenía éste dos hermosos ramos, de los cuales presentó uno, de pálidas rosas "La France," á la princesa, con la cortesía característica de los rusos, ofreciendo el otro, compuesto puramente de flores y pimpollos blancos, á mi esposa oficial. Examinó ésta el delicado obsequio con bastante atención, y se me inundó el pecho de coraje al observar que un billetito yacía semioculto entre los pétalos.

En el momento en que me impuse de esto, resonaban por todo el teatro los aplausos que saludaban á "Girofé."

¡Elena no leerá este billete! dije entre mí. Y obedeciendo á una súbita inspiración, me uní en cuerpo y alma á la ovación que había merecido la cantatriz. Nadie como

yo tan pródigo de aplausos, ningún "bravo" tan frenético, tan atronador como el mío. Superaba á los del moscovita más entusiasta.

Y repentinamente, como un arrebato de admiración imposible de reprimir, saqué el ramo de la mano de mi esposa oficial, y lo arrojé á los pies de la "prima donna."

Luego, fingiéndome reponerme, pedí mil perdones á Elena, cuyos ojos lanzaron rayos, menos salvaje todavía que las miradas con las que me favorecía el mayor de la Guardia de Caballería, quien próximo á mí se hallaba.

Pasaron algunos momentos, y mientras Sacha cambiaba algunas palabras á media voz con la princesa, Elena me dijo al oído:

—Devolvedme aquel ramo. Tenía un billete oculto entre las hojas.

—¡Un billete de Sacha! dije yo; ¡jamás!

Palideció Elena, murmurando:

—Tratad de devolverme aquel ramo, os repito. De ellos dependen nuestras vidas.

La miré fijamente, y sus ojos me dijeron que no mentía.

Dejé pasar algunos momentos y, disculpándome para con mis compañeros, salí del palco, devanándome los sesos, por encontrar un medio de recobrar el ramo.

Después de recapacitar, me acordé que aquella "prima donna," cuyo semblante me había parecido familiar, era una artista que había trabajado en el teatro "Variétés" de París, donde yo la había conocido. Consulté el programa, y se me confirmó la sospecha.

Me dirigí, pues, á la entrada del proscenio, y envié mi tarjeta á la señorita Eulalia de Borbón. (Las artistas francesas siempre son de noble prosapia. Nunca les falta un "de" al apellido.)

Dentro de breve rato, la "diva" me recibió.

—Mi estimado coronel, me dijo, no puedo concederos más que dos palabras; estoy muy apurada. Pero habéis sido muy gentil al acordaros de mí.

—Os arrojé un ramo, señorita, comencé sin más trámite.

Ya lo noté. Eso prueba que no me habéis olvidado.

—Pero aquel ramo, continué, contiene un billetito que no es para vos.

—¿Que no es para mí? contestó la diva con los ojos chispeantes de despecho. ¿Para quién era, entonces? Seguramente no será para esa miserable de Serafina, que cree poder bailar y no sabe hacerlo, ó esa atrevida Georgette, cuya audacia llega al extremo de querer cantar conmigo, cuando tiene una voz de rana.

—No, repuse. La carta es para mi señora, y era suyo también el ramo, pero podéis guardar las flores, señorita. No necesito más que el billete.

—¿Deseáis vengaros? preguntó riéndose. ¿Se tratará de un desafío?

No lo creo. Pensamos abandonar esta ciudad mañana ó pasado.

—Está bien. Yo también volveré

á París este invierno, á trabajar en "Varietés," de modo que podréis regalarme muchos ramos. Adiós.

Me entregó la cartita; pero, al hacer traspaso de él, notó la inscripción.

—Con que la señora es coqueta, ¿eh? me preguntó, arrojándome un beso irónico con los dedos. ¡Ah! ¡ese diablo de Sacha!... Y se fué riéndose de tal manera, que ardí en deseos de torcerle el pesquezo.

Quedé yo con la carta en la mano. ¿La leería? Sí. Elena me había asegurado que de aquel billetito dependían nuestras vidas.

Salí á la calle, y, á la luz de un farol, leí aquella esquela que tanta importancia revestía para mí.

Consistía de siete palabras:

"Mañana, á las siete de la tarde."

Volví lentamente al palco, y de vuelta de la función entregué el billete á su dueña.

Lo abrió ella, lo leyó, lanzó un suspiro de desahogo, y dijo:

—Está bien. Y nada más.

Cuando llegamos al hotel, Elena se me dirigió de nuevo:

—No parecéis estar de buen humor, Arturo. ¿Por qué no vais al Yacht-Club para decirle á Boris que aceptamos su amable invitación?

No pude menos de ver que quería desprenderse de mí.

—Y vos, ¿qué pensáis hacer? pregunté.

—Más vale, para vuestra seguridad, que no estéis enterado de lo que pienso hacer, me respondió en el oído.

Me despedí de ella y fuime al Yacht-Club, quedando muy complacido Boris Weletsky al saber que le acompañaríamos á Cronstadt la mañana siguiente, á primera hora.

Hice lo posible por interesarme en el baccarat, pero sin conseguir mi objeto. Los bastos se asemejaban en mi exaltada fantasía, á los machetes de los polizontes; las figuras risueñas de las sotas á la malévola sonrisa del barón Friedrich.

Abandoné, pues, el juego, y regresé al hotel. La habitación de Elena estaba abierta..... y ella no se hallaba allí.

Me dispuse á aguardar su vuelta, pero esa expectativa fué demasiado larga, demasiado angustiosa. A cada momento creía oir llamar á la puerta, y una voz que decía: "¡Abrid en nombre del Czar!" cuando vino un mozo de hotel para buscar las botas que se tenían que lustrar, por poco no se me saltó el corazón del pecho.

Por fin, tomé dos paquetitos de mi narcótico, y me dormí. ¡Loado sea el opio!

La voz de Elena me despertó. El sol de otoño inundaba el salón donde me había adormecido.

Me levanté lanzando un alarido, por lo cual Elena soltó la carcajada.

—¡Todavía no! me dijo, contestando á la espantada pregunta que mis labios se resistían á pronunciar. Tal vez nos quede un día más. Divirtámonos, pues. Son las nueve ya. Aprontaos para embarcarnos en el vapor que parte para Cronstadt.

Se dió prisa para almorzar; pero yo, por mi parte, no pude pro-

bar bocado. No sé por qué, pero me estaba volviendo muy inapetente.

Fuimos en seguida al muelle, nos embarcamos en el vapor, y acompañados de Boris, quien nos esperaba, subimos el rápido y azulado Neva por entre islas pintorescas, pobladas de villas y palacetes.

Al salir al golfo de Finlandia, vimos destacarse á la izquierda las columnas de mármol y las cúpulas doradas de Peterhoff.

Veíanse en lontananza los fuertes de granito de Cronstadt; participamos de un lunch en el "Hótel de Russie," y bien pronto nos hallamos á bordo del "Vsadnki," recibiendo las bienvenidas de su capitán. En este rápido buque navegamos por las vidriosas aguas del golfo, visitando varios de los enormes acorazados y algunas fortificaciones exteriores.

Mientras tanto, mi compañera sostenía con el joven oficial ruso una animada charla.

—Todos los buques se detienen delante de las fortalezas, ¿no es cierto? preguntó con sonrisa interrogadora.

—En efecto. Los barcos que entran tienen que esperar al piloto, y los que salen se detienen para ser inspeccionados y aguardar la terminación del examen de pasaportes. El telégrafo nos tiene al corriente del nombre y certificado de pago de derechos de aduana de cada buque; y, al echar ancla aquí, izan la bandera con el número que les corresponde.

—¿Y tendréis hoy que practicar alguna visita de inspección? preguntó Elena. Sería muy interesante presenciarla. Supongo que no habrá inconveniente en que nosotros os acompañemos.

—Al contrario, me será muy grato, repuso el galante Weletsky; podréis visitar á cualquiera que os plazca.

Mientras hablaba, notamos varias columnas de humo que indicaban la llegada de algunos vapores de ultramar que venían de San Petersburgo. La fortaleza empezó á señalar á nuestro buque. Un oficial subalterno se aproximó á Boris para darle cuenta de lo que pasaba, y el joven comandante dió orden de que se hiciesen preparativos para las visitas de inspección.

Se aproximaron los buques, y varios botes fueron bajados al agua. Uno ó dos vapores estaban ya cerca y detuvieron su rápida marcha.

Nuestros botes se dirigieron hacia ellos, se les examinó, y regresaron los inspectores de aduana.

Venía inmediatamente atrás de estos barcos un enorme vapor de ultramar.

—¿Qué buque es aquél? preguntó Elena con aire indiferente; ¿ese vapor grande con dos chimeneas?

—Es el vapor sueco "Dalecarlia," que está por salir.

—¡Qué hermoso es! dijo mi esposa.

—¿Desearíais verlo de cerca? preguntó nuestro atento anfitrión.

—Sí, ese ó cualquier otro. Parece que detiene su marcha.

—Efectivamente. Iremos á bordo de él, entonces, y allí presenciaréis la rutina de su inspección, dijo Boris.

Nos esperaba una falúa, y se apresuró mi primo á hacer entrar

allí á Elena, siguiéndoles yo de cerca.

Al acercarnos al magnífico vapor, se bajó una escalera para que nos embarcáramos en él. La bandera rusa que flameaba en nuestro bote indicaba la presencia de un oficial superior de aquella nacionalidad, de modo que el capitán nos esperaba con el gorro en la mano.

Weletsky le conocía por las muchas veces que su vapor por allí había pasado, y nos lo presentó. Se llamaba el capitán Olafson, de Estocolmo.

Ofreció el brazo á Elena, y nos hizo visitar su buque de un extremo al otro, mientras Boris, disculpándose con nosotros, se ocupó del desempeño de sus tareas, examinando la lista de pasajeros, y revisando los papeles de aduana.

Mientras seguía esto, noté yo con extrañeza lo que pasaba desapercibido para los demás, por cuanto la cubierta del buque estaba atestada de pasajeros, todos agitados y preocupados con los preparativos de viaje. Elena y el capitán sueco se conversaban con mucha animación.

Volvió Boris á mi lado. Era ya hora de partir. Las chimeneas del vapor despedían grandes bocanadas de humo negro y espeso; los pasajeros y los documentos habían sido sometidos á un riguroso examen, y habían terminado las tareas de nuestro joven amigo.

Resonó un estridente silbido; el ruido de pasos precipitados; un tropezón, un grito femenino de dolor intenso, y Elena cayó desplomada en la cubierta. Se había agarrado el pie en un rollo de soga.

Los pasajeros la rodearon inmediatamente, y yo me precipité á su lado, como también lo hizo Boris; pero el capitán del barco no se turbó.

—Que se llame al cirujano, dijo con voz severa, y que se lleve esta señora á mi camarote.

Momentos después, el médico de á bordo nos dió su parecer. Elena se había recalcado muy mal el tobillo.

—¿Muy mal? preguntó Boris muy alterado; ¿pero supongo que podrá salir del vapor?

—El hacerlo le causará unos dolores intensos, y tal vez la perjudique para siempre, repuso el cirujano.

El teniente ruso y el capitán del vapor consultaron precipitadamente, y, por fin, exclamó este último:

—Es imposible, comandante; es menester que yo siga viaje. Acordaos de mi buque, del cargamento, de los seguros: sería cuestión de perder el puesto que ocupo.

—Pero es igualmente imposible que la señora Lenox abandone el país de esta manera, objetó Boris muy inquieto: el coronel carece de pasaporte, no puede ser.

—El pasaporte no me falta, dije yo, terciando en la discusión, pues tengo uno que nos permite, á mí y á la señora, salir de la Rusia vía Eydtkuhnen.

Diciendo así, le presenté el documento sobre el cual se nos habían negado los boletos del ferrocarril.

—En efecto, repuso el teniente, pero este pasaporte no vale para Cronstadt; y las órdenes que he recibido son terminantes.

—¿Pero la dama enferma?..... interrumpió el cirujano apresuradamente.

—Permitidme un momento, dijo

Boris, llevándome á un lado. Mi querido Lenox, es altamente informal permitir que se salga de otro punto de la Rusia que el indicado en el pasaporte; pero tratándose de vuestra señora y hallándose ella imposibilitada de abandonar este buque, tal vez os concedería permiso para dejarla, si me diérais vuestra palabra de honor que la volveríais á traer aquí por el primer vapor que venga de regreso. De otra manera.....

—¿De otra manera?..... repetí yo.

Sus ojos inquietos se fijaron en los míos.

—De otra manera, esto tendría para mí los más graves resultados. Vos, que sois oficial del ejército, sabéis lo que la desobediencia acarrea al marino.

—Voy inmediatamente á ver á mi esposa, respondí, y dentro de breves momentos os diré si podrá ó no moverse de aquí.

Fuime al camarote, donde hallé á Elena tendida en un canapé, demudado el rostro por el dolor, sin el zapato, y con el pie vendado.

Bien comprendí la habilidad con que había tramado este ardid. El plan había sido hecho la noche anterior. El capitán sueco pertenecía á la asociación de que ella formaba parte, y estaba convenido con ella que la sacaría de la Rusia.

Y poniéndose ella en salvo, ¡podría yo también alcanzar la libertad, la seguridad! ¡Dios mío! ¡cuán fuerte era la tentación, cuán incontrastable el deseo de valerme de este medio para escaparme!

Pero aquello la perdería irremisiblemente á aquel bravo marino ruso, mi amigo y pariente, quien, inquieto y preocupado, se paseaba de un extremo á otro de la cubierta. El se confiaba á la honorabilidad de mi palabra; pero no me sería imposible impedir que Elena bajara en Estocolmo, y Boris sería perdido.

Cerré la puerta y me aproximé á la conspiradora, diciéndole al oído:

—Levantaos, señora. Calzaos de nuevo y venid, porque debemos bajarnos de este vapor.

—No puedo, Arturo: sois un desalmado..... y un necio, agregó en voz baja. ¿No comprendéis que por este medio lograremos ponernos en salvo?

—Sí, repliqué amargamente; nosotros nos pondremos en salvo; pero eso implica para aquel desgraciado la degradación y el destierro.

—¡Y qué importa eso! ¡Es ruso: con eso basta!..... La conservación de nuestras vidas: he aquí lo que más nos debe preocupar. ¡Dios del alma! Arturo, no nos queda más recurso que éste, ¿y seréis vos, por ventura, el que lo haga fracasar?? Acordaos de vuestra esposa. Si no me ayudáis ahora á huir, jamás la volveréis á ver.

—¡No, no! ¡Ay de mí, no me tentéis!

—Yo no me atrevo á quedar más en Rusia. Se me ha impuesto del castigo que me aguarda, continuó la joven, sollozando desesperadamente. ¡Dios mío, no quiero quedarme, tengo miedo! No os puedo describir el suplicio al cual se me condenará, por lo aterrador, lo espantoso que es. ¡Por el amor de Dios, tened compasión de mí!

La infeliz se retorcía las manos al hablar y ofrecía un cuadro de terror que desgarraba el alma. Muy dura había sido la prueba, y sus

nervios le habían hecho traición al fin.

Calló un momento para prorrumpir luego en otra serie de frases entrecortadas y vehementes.

—¡Tenedme compasión, os lo suplico! Prometedle á aquel hombre que me volveréis á traer aquí al momento de llegar á Estocolmo. ¡Mentid una sola vez, por mí, Arturo!

Me había asido convulsivamente de la mano; pero ya no me inspiraba sino un profundo desprecio, al pensar en aquel bravo y joven marino, á quien deseaba sacrificar, cuya carrera troncharía por completo, cuya vida convertiría en una negra pesadilla de amargura y degradación, por tal de salvar su propia y mísera existencia.

—Levantaos, la dije severamente; calzaos de nuevo, si no queréis que yo cusnte todo lo ocurrido á Boris Weletsky.

—Y él, ¿qué haría? preguntó jadeante.

—¡Sabría cumplir con su deber!

Se incorporó lentamente, me miró en los ojos, y comprendió que era inquebrantable la resolución á que había arribado.

Lanzó un hondo suspiro, cual si viera desvanecida la última esperanza, y murmuró:

—¡Necio! ¡Idiota! que buscáis vuestra propia ruina.

Luego, serenándose un tanto, prosiguió:

—¡Está bien! Ya terminó el sainete y principia la tragedia. Decid al capitán Boris que estoy muy aliviada y que podré abandonar este buque.

Tuvo en seguida un acceso de risa histericada, prorrumpiendo en las siguientes palabras, incomprensibles para mí:

—Habéis salvado á un hermano, coronel Lenox; pero habéis perdido al otro. ¡Así sea! El marino vale más que el mayor de la guardia.

Salí sobre la cubierta y le manifesté á Boris que mi esposa tenía tanta fortaleza, que me permitiría trasladarla al bote ahora mismo, antes de que sufriera él alguna incomodidad por causa nuestra.

Al oirme, lanzó un suspiro de desahogo, que me dió á comprender el tremendo peso que le había quitado de encima.

Momentos después, Boris y yo llevábamos á Elena hasta la falúa, mostrándose muy admirados el capitán y el cirujano del vapor.

Dentro de media hora nos hallamos de regreso en Cronstadt, y, apoyada en mi brazo, Elena, ya casi restablecida del todo, subió á un carruaje.

Bien pronto llegamos á la estación del ferrocarril y hora y media más tarde, nos encontramos de nuevo en San Petersburgo.

Elena, á cada momento, consultaba su reloj, y parecía hallarse poseída de un deseo febril de regresar pronto al hotel.

—Vamos ligero, coronel, me decía. Estoy con mucho apetito; y vos, ¿no tenéis también disposición de comer? Dí orden que se nos preparara la comida á las seis. Y agregó suspirando:

—Yo esperaba que á esa hora nos hallaríamos muy lejos de aquí. Habría perdido todo mi equipaje y tal vez me habría mareado; pero ahora ¡ay de nosotros! ¿qué nos separa de "aquello?" E indicaba con significativo gesto la colosal

fortaleza en la ribera opuesta del río, poblada de misteriosos suplicios y calabozos subterráneos.

Entramos en nuestro departamento, donde encontramos la mesa tendida y la comida preparada.

Se retiró Elena á su habitación, y me dirigí yo á la mía; pero, al ocuparme de mi "toilette," alisándome el cabello con el cepillo, cayó de él al suelo un fragmento de papel.

Lo alcé, y leí las siguientes palabras:

"Vigilad mucho esta noche á vuestra esposa, porque Sacha tratará de huirse con ella."

El anónimo estaba escrito con la misma letra que el de dos días antes, aquel que me había sido enviado por la instutriz francesa.

—¡Que mil incendios lo devoren á Sacha! exclamé frenético. La fría mano de la muerte me amenaza; pero, sin embargo, ¡no permitiré que ese infame triunfe! Y volví á entrar al salón.

Comencé á sospechar que todo esto era ajeno al ardid del cual se había valido Elena á bordo del vapor sueco. Tenía la intención de abandonarme para que yo solo afrontara los suplicios que la justicia rusa impone á sus víctimas.

Durante la comida, nada ocurrió de particular; pero, al tomar el café, una inusitada pesadez comenzó á apoderarse de mi cerebro y de mis miembros.

Luché desesperadamente contra aquel extraño letargo: pero todo fué inútil. Me sentí adormecido cual si hubiese tomado los polvos de opio de los cuales me solía servir.

Una espesa niebla pareció surgir delante de mis ojos, y en medio de esa niebla destacábase el rostro de Sacha.

Quise levantarme, lanzarme sobre aquel hombre, asirle de la garganta, estrangularlo por haberse atrevido á venir.

Oí un leve murmullo, una voz de mujer, la voz de Elena, que decía:

—No creo haberle dado demasiado. Esta dosis no es tan fuerte como la que él á mí me propinó.....

Luego, quedé sumido en un profundo letargo.

CAPITULO XVI

LA ULTIMA MANOTADA DEL RATON DESESPERADO

Llegó la mañana. Alguien me despertó, tocándome el brazo y diciendo:

—Perdonadme, pero vengo de parte del barón Friedrich.

Era este alguien un caballero vestido de particular.

¡Había llegado el momento fatal! La mano amenazadora había caído sobre mí, y me hallaba en poder de la justicia rusa.

—No os hubiera despertado, coronel Lenox, me dijo el desconocido con mucha urbanidad; pero tengo órdenes imperiosas y terminantes. Tendréis la bondad de vestiros y venir conmigo. Espero que este asunto revista tan poca importancia, que podréis volver á tiempo para almorzar aquí.

Pero yo, levantándome y haciendo mi "toilette," presentía que nunca más almorzaría en aquel hotel. Sentí frío al corazón, aquel frío que sólo conocen los que ven desvanecida la última esperanza.

En cuanto estuve pronto, el des-

conocido me indicó que le siguiera. Al entrar juntos al salón, noté la presencia de dos hombres más, también vestidos de particular, sentados allí muy tranquilos, pero muy dispuestos á obedecer las órdenes que recibieran.

Yo había creído encontrar allí á Elena, con las delicadas manos tal vez cargadas de cadenas, y la hermosa boca amordazada; pero no sucedió así: en ninguna parte se la veía.

Sin embargo, ella tampoco tardaría en caer en manos de la justicia, puesto que, de donde yo me hallaba, oía por entre la puerta su respiración tranquila é igual.

Dormía, pero en cuanto se despertara, se encontraría en las mismas condiciones que yo.

Estuve por llamar á la puerta de la habitación, para advertirle de lo que pasaba, pero mi compañero me detuvo.

—Dispensad, señor coronel. Debéis acompañarme inmediatamente, sin cambiar una sola palabra con vuestra señora. Tales son las órdenes que he recibido.

Le seguí, pues, al carruaje que nos esperaba en el patio del hotel, y juntos nos dirigimos, á través del Newsky, hasta el departamento local de policía—aquel que está dedicado particularmente á los asuntos policiales más urgentes.

Pasando por entre los guardas que abrían paso para mi compañero, subí la escalera y entré á un despacho amueblado con suma comodidad.

A más de la puerta por la que yo había entrado, había otras dos que daban á este despacho, en el cual se hallaba el barón Friedrich sentado á su escritorio, acompañado de dos gendarmes.

Despidió á éstos, y levantóse apresuradamente, diciéndome:

—Mi querido coronel, perdonadme haberos molestado antes de vuestro almuerzo, pero se trata de un asunto urgente. Sin embargo, espero que se arreglará dentro de pocos momentos, y mientras tanto, desearía tuviéseis la amabilidad de aceptar un cigarro.

Procuré aparentar una indiferencia que estaba muy lejos de sentir, y acepté el cigarro que me ofrecía; pero no puedo, con justicia, afirmar que me complacía el fumarlo.

El barón notó mi turbación y se sonrió, observando:

—No es tan bueno el cigarro como aquellos que fumamos hace una semana, cuando veníamos de Wilna..... Pero pasemos á ocuparnos de lo que tenemos entre manos, porque supongo que estaréis con deseos de almorzar. La policía acaba de arrestar á una dama que viajaba en este país con un pasaporte en el que se titula esposa vuestra. Como nosotros bien sabemos que vuestra verdadera esposa está con vos en el Hotel de Europa, sólo hemos hecho venir aquí á la aventurera, para que vos hiciera[illegible] constar que no es vuestra esposa; después de lo cual, tomaremos las medidas del caso, es decir, la trataremos como se acostumbra tratar á la persona que se vale de documentos falsificados.

¡Tan bondadosas estas palabras, pero cuán terrible el significado que encerraban! Quedé helado, espantado, con el corazón en la boca.

Felizmente, no duró mucho la expectativa.

—Dentro de un momento vendrá la estafadora, y, con dos palabras, todo quedará arreglado, agregó el barón.

Sonó una campanilla y al acudir un ayudante, le dijo:

—Que éntre la dama que espera en la antecámara.

Momentos después abrióse la puerta, presentándose una dama con elegante traje de viaje, pero conmovida y alterada, quien, echándo para atrás su velo, exclamó:

—¿Qué nueva ofensa es ésta? Y entonces, notando mi presencia, gritó:

—¡Arturo, Arturo! ¡gracias á Dios, todavía vives!..... ¡Al leer tu telegrama, no esperé verte más en este mundo!.....

Y mi verdadera esposa—la de los ojos azules, la de París—se arrojó sollozando en mis brazos, é inundándome de lágrimas, de cariños y de epítetos amorosos, me partió el corazón, haciéndome pensar en los siete días transcurridos en que, por causa de otra, yo no me había acordado absolutamente de ella.

¿Y el bárón? Contemplaba esta escena con una sonrisa satisfecha y triunfante, aunque noté que desprendía la ceniza de su cigarro con ademán nervioso.

De pronto preguntó:

—¿Quién es esta mujer, coronel Lenox?

—Es mi esposa, mi verdadera esposa, repuse. ¡Santo cielo! Seguramente no me creeréis capaz de renegar de ella, dejándola entregada á la cruel caridad de la justicia rusa.

—¿La justicia rusa? exclamó Laura, mi esposa. La justicia rusa es un escándalo. ¡Qué me importa! Hablaré todo lo que me dé la gana, porque yo había levantado la mano para indicar que guardara silencio. El caso es que recibí tu telegrama informándome de que te hallabas gravemente enfermo, y suplicándome viniese aquí á cuidarte. Ya sabía por tu carta que reinaba en esta ciudad una terrible epidemia. Tomé inmediatamente el tren de París á San Petersburgo, valiéndome del pasaporte que me había dado el ministro norteamericano, y firmado por el embajador ruso en Francia. En cuanto crucé la frontera, fuí arrestada, se me ha traído aquí bajo vigilancia, y he sido detenida hasta ahora como si fuese una criminal.

Ven conmigo, Arturo, á la legación norteamericana. Vamos ahora mismo á pedir justicia contra aquel infame hombrecillo regordetón.

Solté yo entonces una ronca carcajada de puro desesperado que estaba.

—Perdonadme, señora, dijo el barón Friedrich. Estoy en el deber de separaros de vuestro esposo, pero vos misma no tardaréis en salir en libertad.

—¿Y mi esposo? exclamó Laura. ¿Qué será de él?

Las azules antiparras del barón eran impenetrables.

—Después veremos, repuso con aire significativo. Por ahora, os pido mil perdones por haberos hecho detener y por el error que ocasionó tal arresto, pero..... Y el barón se detuvo, haciendo una señal á su ayudante.

Dí un último beso angustiado á mi esposa; se la condujo hasta la habitación donde antes estuviera, cerróse la puerta tras ella. ¡Dios

del alma! ¿La volvería yo á ver en este mundo?

¿Y en el venidero? Quizá tampoco. Me acordaba ahora de tantas y tantas faltas cometidas por mí.....

—Ahora bien, dijo el barón Friedrich desprendiéndose bruscamente del trato amistoso que hasta entonces me había acordado, y convirtiéndose en ministro de justicia:

¿Cómo explicáis todo esto, señor?.... Vale más hacer una confesión completa. Inútiles serán las reticencias, porque ya sé quién es vuestra otra esposa..... "¡y la tengo!".....

Brillaban sus ojillos triunfantes y felices, su rechoncho cuerpecito se erguía, pareciendo más grande, más imponente. Sonó una campanilla, é impartió algunas órdenes apresuradas al ayudante que entró. Ignoro lo que dijo. Todos mis pensamientos convergían á un solo punto: ¡mi propia seguridad!

Luego, volviéndose hacia mí, me dijo con el tono que el juez usa para con el delincuente:

—¿Y bien? Comenzad.

Comprendí lo inútil que era la reserva, y principié á referirle mis extrañas aventuras, desde su comienzo en la frontera.

De vez en cuando me interrumpía, dando palmotadas en el pupitre y exclamando:

—¡Está bien! ¡muy bien! ¡Ahora estoy seguro que la tengo! ¡Sí, la tengo! ¡No se me podrá escapar!.....

Y gozaba cual goza el hombre que, por fin, ha conseguido lo que ha deseado, lo que ha apetecido toda la vida entera; un algo que no se había atrevido á esperar obtener, pero que, extasiado y sorprendido, repentinamente encuentra entre sus manos.

Y había alcanzado hasta la mitad de mi narración, y antes de imponerle de los detalles de nuestra llegada á San Petersburgo, oímos llamar á la puerta del despacho.

—Esperad un momento, dijo el barón; y luego:

—Podéis entrar.

Se presentó al instante un oficial subalterno.

—El consejero Constantino Weletsky desea veros.

Y, mirándome, agregó por lo bajo:

—Creo que se trata de aquel caballero.

—Que pase, entonces.

Apenas acabó el barón de pronunciar estas palabras, cuando apareció mi distinguido pariente ruso, desencajado el rostro, agobiada y humillada la altiva figura; y, antes que pudiésemos dirigirnos á él el barón ó yo, prorrumpió en las siguientes palabras:

—¡Mi pobre amigo Lenox, demasiado comprendo lo que os ha traído por acá! Habéis venido por causa de la terrible desgracia que os ha sucedido, del tremendo agravio que os ha inferido uno de los míos, de quien yo, desde hoy reniego, por haber ultrajado así los deberes de la hospitalidad.

—¿A quién os referís? preguntó Friedrich apresuradamente.

—¿A quién podría referirme, si no á mi sobrino Sacha Weletsky, mayor de la caballería de la guardia, comisión que no continuará desempeñando, porque le pediré al Czar como favor personal, que borre su nombre del escalafón mili-

tar, por lo que ha envilecido á su patria misma huyendo con la esposa de mi huésped.

Hablando así, el anciano caballero se enjugaba las lágrimas de vergüenza y despecho, mientras el barón y yo nos mirábamos en el colmo del asombro.

—Mi querido Lenox, prosiguió, yo os rogué que os hospedaseis bajo mi techo. ¿Por qué no aceptasteis la hospitalidad que yo os brindaba? ¿No comprendíais que yo deseaba que vuestra esposa se alojara en mi morada, por tal de resguardarla de las asechanzas, de las seducciones, de las intrigas de mi infame sobrino, quien no respeta ni los sagrados vínculos del parentesco, ni los deberes de la hospitalidad?

—Pero, mi querido consejero, interrumpió Friedrich, ¿qué historias estrafalarias son éstas que nos contáis?

—No son historias. Os digo la verdad. Acabo de saber que anoche mi sobrino Alejandro Weletsky se huyó de la Rusia con la esposa de este caballero, huésped y pariente mío.

—¡Imposible! exclamó el barón, mientras yo soltaba una carcajada loca.

El jefe político se río también, pero palideció momentáneamente.

—Hace veinticuatro horas la vigila á esa dama una persona de quien no lo será posible escapar, dijo. Aquella que decís vos ha huido con vuestro sobrino, mi querido Weletsky, estará aquí dentro de cinco minutos, para probaros el el error que padecéis.

Pero mientras hablaba, la puerta fué abierta de pronto, y el barón Friedrich palideció, asiéndose convulsivamente del pupitre por no caer, mientras Constantino y yo lanzamos exclamaciones de asombro, porque la que se acababa de conducir á nuestra presencia, amordazada y engrillada, no era la graciosa Elena, sino la esbelta francesa, la señorita Eugenia de Launay, cuyos ojos lanzaban rayos de ira, y cuyos labios, á estar libres, hubiesen prorrumpido en furiosos vituperios.

—¿A qué venís vos? exclamó Constantino pasmado.

—Sacadle la mordaza á aquella mujer, ordenó Friedrich á sus secuaces; y volviéndose hacia Weletsky, le pidió precipitadamente, aunque con su urbanidad de siempre, tuviera á bien retirarse por unos momentos.

Estuve por seguir á mi pariente, cuando sentí que la gorda manecita del barón se me posaba en el hombro.

—En cuanto á vos, coronel, me dijo al oído, os quedaréis aquí: "¡sois mío!".....

Al oir estas palabras, sentí helado el corazón, á pesar de la sorpresa que me causaba la extraña entrevista que tuvo lugar entonces.

Al momento de soltársele la mordaza á la señorita Eugenia, estuvo por hablar. Pero el barón la detuvo.

—¡Silencio! Contestad á mis preguntas y cuidado con pronunciar una sola palabra superflua. ¿Dónde está la mujer que viajaba con el pasaporte de la esposa de este hombre?

—Se ha huido.

—¿Ha huido? ¡Santo cielo! ¿Dónde? ¿Cuándo?.....

—Se fué anoche, acompañada de Sacha Weletsky.

—¿A qué hora?

—A las siete.

—¿A dónde fueron?

—Lo ignoro.

—Esperad un instante, no puede haberse alejado mucho todavía: es imposible.

Y retorciéndose las manos de despecho, murmuró Friedrich:

—¡Dios mío! ¿Y si se ha escapado? Que venga un empleado del telégrafo al momento. Esa mujer no puede hallarse en seguridad todavía. ¿Eydtkuhnen? Es muy lejos. ¿Cronstandt? La vigilancia es demasiado severa..... Sólo un punto hay por donde puede haberse salido de la Rusia en tan pocas horas: ¡Wiborg!

Sonó entonces una campanilla, y empezó á impartir las órdenes del caso.

—Que se haga telegrama a Wiborg en el acto. Preguntad si algún buque zarpó de allí anoche; si así sucedió, averiguad qué pasajeros llevaba. Procurad, sobre todo, saber si Sacha Weletsky, mayor de la caballería de la guardia, aportó por allí ayer. Si iba acompañado de una dama—y si lo hizo—de qué pasaporte se valió. Si están todavía allí, que se les arreste inmediatamente.

Se detuvo un momento el jefe político para proseguir sin demora:

—Que se telegrafíe la descripción de ambos á todas las estaciones de ferrocarril que se hallen dentro de un radio de mil "verstas" de San Petersburgo, y que se ordene sean detenidos los dos fugitivos en cualquier parte que se encuentren.

Y paseándose el airado barón de un extremo á otro del despacho, murmuraba entre dientes.

—No se atreverán á ocultarse en este país. Eso no. Sacha es demasiado vivo para eso: sabe bien que no tardaría en ser capturado.

Volvióse en seguida hacia la institutriz:

—Quiero saber todos los detalles..... Yo tenía entera confianza en vos, porque sabía que odiábais á aquella mujer.

—Sí, interrumpí yo con desesperación; pero amaba á aquel hombre.

—Sí, interrumpí yo con desesperación; pero amaba á aquel hombre.

—¿Qué me decís? ¿Amabais por ventura á Sacha Weletsky, señorita? ¿Era aquél el móvil que os impulsaba? ¡Contestadme en seguida!

La desgraciada se arrojó á sus pies, sollozando:

—¡Piedad, señor, piedad!

—Decidme toda la verdad. He ahí el único medio de obtener piedad del barón Friedrich. Decidme la verdad.

—Yo seguí vuestras instrucciones, y fuí allí á vigilar. Mi Dios, ¿creéis acaso que pudiendo yo impedirlo, hubiera permitido que el hombre á quien adoro se huyese con aquella mujer odiada? Todo el día lo pasé espiando, y los ví á ella y este caballero ir á Cronstadt.

—¿Habrá creído aquella mujer que se me podría escapar por ese lado? murmuró Friedrich. Y al oir su acento, me convencí que el plan que Elena pensaba poner en ejecución á bordo del "Dalecarlia," hubiera fracasado irremisiblemente.

—A las cinco y media de la tarde, prosiguió la institutriz, los ví regresar al hotel, donde se les había preparado la comida.

Al cabo de veinte minutos entró Sacha al departamento, y yo les aceché todavía con más ahínco que antes. Pasaron diez minutos y Sacha volvió á salir. Entonces yo no pude ya reprimir mis sentimientos, y me dirigí á él, reconviniéndole amargamente por su negra perfidia, porque le amaba..... ¡ay de mí! ¡cuánto le amaba!

—¿Y os persuadió á descuidar vuestro deber? interrogó el barón con acento tan desdeñoso como imponente.

—Sí..... él.....

—¿Qué os dijo?

—Me dijo así: Eugenia, eres una tontuela. Estás celosa de una señora que tiene nietos. Debes saber que á mí no me agradan las antiguallas. Me hablaba con aquella voz que adoro y que no puedo resistir. Espera aquí un momento, y yo te probaré la poca intención que abrigo de huirme con aquella mujer.

Al cabo de un momento agregó:

—Pareces estar muy fatigada. Lenox y su esposa están en la habitación contigua, y yo te traeré del comedor una taza de café. Y si así lo hizo, con muchas zalamerías. Yo lo acepté de sus manos, lo bebí.....

—¿Y entonces? sonaba muy hueca la voz del barón.

—Siguió conversando conmigo. Luego, empecé á caer en un letargo; sentí que él me conducía á otra habitación. Después ignoro lo que pasó; pero esta mañana, vuestros agentes me encontraron dormida en el aposento de mi rival y, amordazándome, me trajeron aquí.

—Y por causa del maldito cariño que os inspiraba aquel mequetrefe ruso, habéis malogrado una ocasión como jamás se me volverá á presentar. ¡No esperéis compasión de mí! dijo el barón roncamente, rechazando á la infeliz mujer que se arrastraba de rodillas á sus pies.

De pronto, entró precipitadamente un empleado del telégrafo, y puso un despacho en manos del jefe político.

Lanzó éste un sordo rugido de furor. Tornósele lívido el rostro y se le crisparon las manos, cual si tratara de coger algún objeto intangible que se le deslizara de entre los dedos.

—Saquen de aquí á esa mujer, ordenó con ronca voz. Y que me dejen.

En seguida, aproximándose á mí, me dijo en voz sorda.

—Este telegrama me hace saber que la mujer que yo creía tener entre mis manos, se ha escapado. El mayor Sacha Weletsky fué á Wiborg—un cuerpo avanzado de San Petersburgo—sin pasaporte, puesto que no lo necesitaba, por estar aquel día de servicio en su regimiento. Como oficial del Czar, había obtenido permiso de éste para partir anoche para Dinamarca, pretextando un urgente asunto personal del soberano mismo.

Le acompañaba una mujer, la que presentó el pasaporte de Eugenia de Launay, agente especial del Departamento de Policía secreta—pasaporte general que le permitía dirigirse á donde quisiera en el desempeño de sus deberes. Se embarcaron los dos en un vapor que zarpó anoche á las once y media. Ya me es imposible alcanzarles, porque á esta hora el buque se ha alejado de Cronstadt y hasta de

Rewel. Aquella mujer se halla en alta mar, y por ahora goza de la seguridad más completa.

Y contemplándome á mí con la mirada que fija el buitre en la osamenta que está por desgarrar:

—Pero "¡vos" sois mío!..... agregó con su risita de mal agüero; vos que habéis traído aquella mujer á la Rusia; la habéis presentado á vuestros parientes, que la habéis conducido hasta la misma presencia del Czar á título de esposa vuestra, y con pasaporte falso. ¡Vos sois mío!..... ¡Os he cazado en la trampa!.....

Todo aquel hombre rebosaba satisfacción al mirarme.

Pero, en aquel momento tan crítico para mí, iluminóseme la mente de una inspiración tan peregrina como jamás antes ni después se me ha ocurrido—una idea feliz, nacida de la desesperación; y por lo cual me felicito cada día de la vida que por ella pude salvar.

Al despuntar esta brillante idea en mi atribulado cerebro, el pobre ratón desesperanzado pegó su última manotada.

—Os equivocáis, barón, exclamé; yo estoy tan en salvo como vos mismo.

Escuchadme con atención, mi querido amigo, porque depende vuestra vida de lo que os voy á referir. Es verdad que permití que la dama evadida se valiera de mi pasaporte, y tanto he violado las leyes resus, que merecería ser desterrado á la Siberia.

—¡Y tal vez peor! interrumpió el jefe político con aire significativo.

—Pero yo soy un ciudadano de los Estados Unidos y persona muy conocida, continué, por cuyo motivo no se me podría internar secretamente y sin que á ello se opusieran muy serios obstáculos. La legación norteamericana entraría en averiguaciones.

Verdad es que podríais divulgar todo lo que ha pasado, y castigarme en debida forma por ello: mis compatriotas no podrían impedirlo.

Pero ¿acaso os animaríais á referir todos los hechos que acabo de narraros, al Czar, vuestro soberano?

¿Os atreveríais á decirle que habéis permitido entrar en la Rusia á aquella implacable enemiga suya, que la tratabais como amiga, que la besabais la mano, y que jamás se os ocurrió quién era ella? ¿Le haríais saber que dejasteis que la conspiradora entrara á su misma real presencia con la intención de asesinarle?

—"¡Asesinarle!" exclamó Friedrich jadeante.

—¡Sí, asesinarle! La confianza empezaba á renacer en este espantado corazón, y por consiguiente elevé algo más la voz.

—¡Callaos, por favor! suplicó él. ¡No habléis tan fuerte!

—Y por último, proseguí, ¿os atreveríais á decirle al Czar que no fué vuestra la mano que le salvó la vida, sino la mía?

—¡Imposible! dijo él, azorado. ¿Qué me contáis?

—Os cuento lo que puedo probaros ser verdad.

—Escuchadme en pro de vuestra seguridad oficial. Y le referí todos los detalles de aquella escena, y cómo el narcótico propinado por mano mía, había salvado al Czar de la cazadora que le consideraba como su víctima, y que ya se pre-

raraba a desempeñar su funesto cometido.

En vez de contestar, el barón se cubrió los ojos con la mano, como quien reflexiona profundamente.

—Ahora bien, le dije; me dijisteis una vez que era cuestión ó de la vida vuestra ó de la de vuestros adversarios. ¿Os atreveréis, pues á decirle á vuestro soberano que esta mujer, tan funesta para él como para vos, se ha escapado de entre vuestra manos? Vuestra salvación depende de la mía, y nuestra única tabla de salvación es el silencio. Proporcionadme los medios de abandonar el país inmediatamente con mi esposa, sin ser vistos de nadie.

No me causará preocupación alguna si nos hacéis acompañar de una escolta. Y, sobre todo, tened cuidado de que mi esposa no se relacione aquí con nadie, para que no se sepa que, durante una semana, la sociedad entera ha agasajado á una esposa falsificada.

El barón soltó una maligna carcajada.

—Y para que vuestra señora no se imponga de que, durante una semana, la sociedad ha agasajado á un esposo falsificado, ¿no es así? Mi amigo querido, yo os libraré de la venganza de vuestra esposa, ¡la que superará en mucho las furias del Czar!

Yo también me reí entonces, porque comprendía que el camino se me iba haciendo expedito.

—¡Sí, barón! Ligadnos con cuerdas, encerradnos en un coche de ferrocarril, pero haced que salgamos de la Rusia.

—Así lo haré, respondió.

Desde aquel momento, volvió á tratarme con la misma amistad de antes.

—Cuando yo vaya á París, nos divertiremos mucho los dos, dijo.

—En efecto, á condición de que mi esposa no sepa palabra de lo que ha pasado.

Reflexionó un rato, y luego dijo:

—Vale más que no regreséis al hotel.

—Pero el almuerzo....objeté.

—Almorzaréis conmigo, coronel. A vuestra señora ya se le sirvió la colación.

Sonó una campanilla y dió orden de que se nos trajera el almuerzo á su despacho, como también el equipaje mío del Hotel de Europa.

—¿Supongo, observó con malicia, que los baúles de la dama serán enviados á vuestro domicilio en París?

Poco me faltó para caer redondo al oir semejantes propuesta.

—¿Pero, os iréis sin despediros de aquel noble ruso, Constantino Weletsky? preguntó el jefe.

—¡Dios me libre! repuse al instante.

—La vergüenza de la hospitalidad ultrajada no pesa sobre él, sino sobre vos, dijo Friedrich.

¿Por qué no me dijisteis quién era ella, aquella vez cuando participamos del lunch? "¡Mein Himmel!..." ¡qué presa habría sido para mí!.... ¡Cuántos títulos!.... ¡Cuánto poder me habría valido semejante captura!.... Y vos os

hubierais ganado medio millón de rublos.

Yo tenía miedo, repuse.

—¡Qué miedo ni qué miedo!.... Lo que teníais, era que os enamorasteis de ella, dijo el jefe, con tono zumbón.

La verdad es, agregó, poniéndose más serio, que cuando una criminal es hermosa, todos tratan de escudarla de la justicia.

Por ser tan bella la conspiradora evadida, vos arrostrasteis la muerte por tal de defenderla, y el infame de Sacha Weletsky ha destruído el brillante porvenir que se le ofrecía.

—¿Y vos, barón, nunca sospechasteis quién era mi supuesta esposa?

—De ninguna manera. La encontré muy joven para ser abuela, pero no por primera vez veía algo parecido; y la acogida que os hizo la familia de Weletsky era como para desvanecer al instante cualquiera desconfianza que hubiera podido formularse en mi espíritu.

¡Cuán hábil es esta mujer!.... ¡Cuán fecunda su mente en recursos y ardides!.... Sólo una vez se olvidó momentáneamente del papel que representaba—eso fué cuando, conmovida profundamente por la música de la mazurka, todo su ser respondió á aquellos rítmicos acordes, y bailó como sólo saben hacerlo las rusas, las húngaras ó las polacas. Ninguna señorita Vanderbilt-Astor hubiera bailado aquella danza nacional tal como lo hizo ella.

"Entonces," sí, se apoderó de mí cierta leve inquietud. ¡Pero vuestras credenciales eran tan irreprochables!.... La familia de Weletsky goza de tanto favor del Czar, que no me atreví á cometer quizá una arbitrariedad, y preferí valerme del ardid que tan buenos resultados me dió: hice telegrama á París, enterándola á vuestra señora verdadera que estabais gravemente enfermo... Y, á propósito de aquella dama, ella os espera con impaciencia en la antecámara.

Al cabo de dos horas, cuando partió, á la una de la tarde, el tren que sale de la estación Varsovia, mi esposa y yo salimos de San Petersburgo, vigilados por una escolta de soldados y con orden de no dirigir la palabra á nadie. ¡Pero cuán agradable aquel viaje!.... Me sentía tan feliz como puede estarlo el que se escapa milagrosamente de una muerte segura; y escuché con la mayor cachaza los anatemas que lanzaba Laura contra la policía rusa que la había tratado como nihilista y criminal, según ella. Por su parte, decía mi alterada cara mitad, jamás me permitiría volver á poner los pies en territorio ruso.

Excuso decir que la tal amenaza me causaba una satisfación tan íntima que rayaba en vredadero arrobamiento.

Y el barón Friedrich iba en el mismo tren que nosotros. Nos acompañó hasta la frontera.

Al llegar á Eydtkuhnen, se despidió de mí.

—Lenox, me dijo, la Rusia no es el país que os conviene.

—Tenéis razón, asentí yo.

Sois un hombre muy excepcional, prosiguió el jefe de la poli-

cía secreta; yo daría mucho por tal de que ingresarais á las filas policiales para servir bajo mis órdenes.

—¡No, gracias! repliqué riéndome.

—Coronel Lenox, continuó Friedrich, dándome una palmadita en el hombro: ¿sabéis lo que sois vos? Un tonto de capirote, con uno que otro destello de verdadedo genio. Ahí tenéis vuestro retrato.... ¡Adiós!....

CAPITULO XVII

EN LA OPERA DE PARIS

Pasaron unos tres meses y, en medio de la "haute saison," una noche mi esposa y yo nos apeamos de nuestro carruaje en las puertas del Grand Opera de París.

Era algo tarde y nevaba mucho. Las luces eléctricas centelleaban igualmente sobre los lujosos trenes del rico y los harapos del pobre.

Al ayudarla á Laura á descender del coche, y en el momento de dirigirnos á la entrada principal del teatro, sentí que una mano se apoyaba en mi hombro, y sonó en mis oídos una voz cuyo timbre hacía tres meses no había escuchado.

¡Volví la cabeza, y le ví á Sacha Weletsky!

Las costuras de su gabán estaban muy lustrosas. Ya no era el brillante "dandy" de la Guardia, una de las estrellas de más magnitud del Yacht-Club.

—Está bien; en cuanto haya conducido mi señora al palco, volveré.

—Ya veo, dijo Sacha con tono significativo, que no habéis tardado en consolaros.

—Callaos, por favor, murmuré; dentro de un momento volveremos á vernos.

Y me alejé con Laura, quien se había manifestado bastante sorprendida al notar esta entrevista con un hombre que tenía visos de mendigo, atorrante y caballero de industria.

Acompañé á mi señora al palco, y después de instalarla allí con toda comodidad, le dije:

—Te dejo por un momento, Laura.

—¿Por qué?

—Tengo que hablar con aquel caballero que encontramos al pie de la escalera.

—¿Aquel "caballero?"

—Bueno.... aquel hombre, hija. Quiere hablar conmigo.

—¿Deseará que le hagas alguna caridad?

—Supongo que sí, asentí; es probable que quiera que yo le busque algún empleo.

Y bajé la escalera, sintiéndome muy turbado.

Si se enterara de toda la verdad este hombre arruinado y sin escrúpulo, despojado de su comisión en la Guardia, expulsado del Yacht-Club; confiscados todos sus bienes por causa de su mala conducta, ¡qué presión más terrible podría ejercer sobre mí!.... Y si se le antojara contarle á Laura lo que había pasado.... ¡Santo Padre!...

Al reunirme con él, me dijo con amargura:

—Preferiríais no tener nada que hacer conmigo.

—Efectivamente, repuse; no

tengo motivo alguno para desear veros.

—Pero yo á vos os deseo ver.

—Pues entonces, venid conmigo, le dije. Y le conduje á un café vecino donde podríamos conversar con más desahogo y menos publicidad.

Le ofrecí una copa de vino, la que aceptó gustoso.

—Ahora bien, le dije secamente: ¿qué deseáis de mí?....

—¡Dios del alma! coronel, ¿ignoráis á caso cómo se me ha tratado?.... Se me ha dado la baja en el ejército; mis bienes han sido confiscados, mi nombre eliminado de entre la nobleza rusa. No me queda nada absolutamente. Aquella mujer infame me ha perdido. Sólo cuento con vos, mi querido Lenox; ya no cuento sino con vos.

—¿Y qué queréis de mí,? repetí roncamente.

—Necesito de vuestro auxilio. Ya sé que no era esposa vuestra esa funesta conspiradora. Pero ¡cómo jugó conmigo!.... Me permitió acompañarla á todas partes, me persuadió á huir con ella, á huir con vos, como yo lo suponía; pero lo que buscaba, era ponerse al abrigo de la justicia rusa ¡y á mí me perdió!....

¿Y qué recompensa recibí de ella? ¡Nada, "nada," "nada!" ni siquiera me permitió besarle la mano. En cuanto nos encontramos en alta mar, se puso al amparo de la esposa del capitán dinamarqués del buque, y se me rió en las barbas, diciéndome que á mí me odiaba como á qualquier otro ruso, y que sé complacería de corazón poder perder á todos ellos como á mí me había perdido. Me dijo también que vos, coronel, le habíais servido de juguete. Y ahora bien, mi amigo Lenox, nosotros nos comprendemos; nosotros nos apreciamos mútuamente nuestro verdadero valor. ¿Sabéis lo que eso implica? Ante todo soy hombre de honor. Yo no os delataría á vuestra señora. ¡No! no creáis que yo me conduciría de semejante manera. Es verdad que, en cuanto á mis asuntos pecuniarios, estoy completamente tronado, pero no por eso dejo de ser hombre de honor.

—Lo que no os impidió robarme mi esposa. Vos la suponíais esposa mía cuando huisteis con ella.

—Cosas que suceden en este mundo, mi querido Lenox. Cuando se trata de las damas, cada uno tira por su lado.

—¿Qué deseáis de mí? pregunté.

—Deseo simplemente esto: que me proporcionéis los medios de recuperar un palco. He perdido hasta el último rublo en Monte-Carlo. Prestadme, pues, doscientos cincuenta pesos, y voy á buscar fortuna en los Estados Unidos.

Aquel país es el refugio de los desgraciados. Yo soy joven y fuerte: no me falta habilidad é inteligencia, y ante todo soy hombre honorable.

A pesar de las afirmaciones de Sacha respecto de su honorabilidad, creí más prudente, para mi felicidad doméstica, que no tuviese ocasión de hacer revelaciones comprometedoras á mi esposa.

—No tengo inconveniente, repuse. Venid aquí mañana temprano, y os entregaré la suma que me pedís.

Así lo hice, y partió Sacha para Norte-América, donde, según he sabido, actúa como empresario muy emprendedor de una compañía de ópera francesa, y festeja á las 'prima donne' con tanta asiduidad, como solía en otros tiempos festejar á sus hermosas compatriotas en San Petersburgo.

Después de esta entrevista, volví al palco á reunirme con la señora Lenox, felicitándome de que no me hiciera pregunta alguna, por lo absorta que se hallaba en la música y la aparición, en el palco de enfrente, de una hermosísima dama, sobre la que había fijado sus anteojos de teatro.

Al cabo de un momento me alcanzó su "lorgnette," diciendo:

—Fíjate, Arturo, en aquella joven en el tercer palco del proscenio. ¿Has visto en la vida una mujer más hermosa?

Miré en la dirección indicada, y por poco se me cae el anteojo de la mano, encima de las cabezas de los de la platea.

Aquel rostro era el de Elena, más hermosa y radiante, seductora y atrayente que nunca.

—¿La conoces? preguntó Laura, mirándome desconfiada. Te has estremecido al verla.

—Es verdad. Aquella es la dama por quien se te ha tomado á tí. La policía rusa supuso que tú fueras ella.

—¡Qué favor me han hecho! exclamó mi esposa muy complacida: es una mujer bellísima. Quiero volver á mirarla. Y.... dime, Arturo, ¿soy yo en verdad, tan linda cómo ella?

A lo que yo repuse con el disimulo que se adquiere en veinte años de vida conyugal:

—Por cierto que lo eres á mis ojos, hijita.

—¿Y qué sabes tú de ella? Decidme todo.

Le referí todas las intrigas de la bella conspiradora nihilista. Le conté los casos de varios embajadores que habían quedado seriamente comprometidos por causa suya; que ella sola trabajaba con un solo objeto, y en pro de una sola causa: el vengar la funesta suerte que á los usyos les había cabido, y obtener la libertad de su patria.

La enteré, pues, á Laura, de todo lo que sabía yo rsepecto á Elena, con una sola salvedad: no le dí la más mínima indicación, que, durante siete días, la bella nihilista había pasado por esposa mía en la Rusia. ¡El casado aprende á ser muy discreto! Aquel hecho, le guardé para mí, aunque mucho me temo que, algún día, saldrá á la luz el gato encerrado.

—Y ya que sabes que la conocí en San Petersburgo á esta dama, agregué, creyendo prudente mostrame sin cuidado, ¿supongo que no tendrás inconveniente en que vaya ahora á saludarla ?

—No lo tengo. Vete y dime todo lo que dice: estoy con deseos de aprender más detalles sobre su vida.

Me dirigí al palco de Elena, y pedí permiso para entrar, lo que me fué concedido sin demora.

Elena estaba allí, saludando á un diplomático turco; á su lado, dos oficiales austriacos de alta graduación militar, y un joven millonario norteamericano, quien la contemplaba embelesado.

Al verme, la conspiradora se es-

tremeció levemente; pero dijo al instante:

—Os esperaba, coronel Lenox: os he visto á través del teatro. ¿La dama que os acompañaba será vuestra esposa?

—En efecto, asentí, tratando de dominar un sentimiento de ternura que se vislumbraba en mi acento: pero no es mi esposa oficial.

—¿ Vuestra esposa oficial? interrumpió el joven norteamericano. ¿Qué nuevo título es ese?

—He aquí nuesto secretito, repuso Elena sonriéndole candorosamente.

Se detuvo repentinamente, mirándome toda estremecida, y yo también me turbé, porque sonaron en aquel momento los primeros acordes de "Un Ballo in Maschera," aquella música inmortal, impregnada de muerte; aquella arrebatadora melodía que llegaba á nuestros oídos en aquel memorable instante, cuando cayera la implacable vengadora desvanecida en mis brazos, en momentos de asir el arma mortífera para ultimar al autócrata de todas las Rusias.

Me despedí de ella bruscamente, retirándome de su palco conmovido y meditabundo.

¿Cuántas vidas y cuánto amor no sacrificaría en aras de su venganza, de su patriotismo?....

Y, al llegar á la última etapa, ¿qué fin le cabría á aquella bella criatura, mi "esposa oficial?"....

FIN

LA ROSA DEL RAJA

LA ROSA DEL RAJA

Esa mañana de marzo, como el Paseo de los Ingleses, reververaba bajo el sol, el señor Jorge Illiers enarboló unos lentes de cristal obscuro. Se vió entonces, tranquilamente, en la vidriera de un carrito de sorbetes: esbelto, en traje de tennis, más joven de lo que debía parecer por sus veintitrés años, con su rostro imberbe, liso, y un poco afeminados bajo los cabellos rubios que se escapaban en rizos del sombrero panamá. Y se consideró seductor, con gran satisfacción, porque esa mañana almorzaba ne casa del tio y tutor de Ofelia Cortés, la admirable adolescente cubana.

De pronto se encontró frente á frente con el marqués de Palmieri, un anciano de bigote blanco, erguido, en una cara rosada, que, con aires de grande, se apoyaba en una vara de junco. El joven se inclinó solícitamente.

Y el alto personajáe de la colonia invernante le dijo con afabilidad:

—¿Está usted solo, señor Iliers?... Yo vuelvo ya á casa. ¿Quiere darme el gusto de acompañarme?

Jorge unió inmediatamente su paseo al del aristocrático anciano. Y deseó que el tío de Ofelia Cortés, muy snob y que, según decían, anhelaba obstinadamente para ella un marido con título, lo encontrara en semejante compañía, á él, Jorge Illiers, pobre repórter de diarios deportivos en otro tiempo, pero entonces escritor aficionado y gran espadachín, púgil, jugador de tennis, desde que la herencia impensada de un tío lo había provisto repentinamente de veinte mil libras de renta.

A lo que parece, señor, usted es un excelente esgrimista. Pienso dar en mi casa-quinta, una "polla" á la espada—decía el marqués de Palmieri.

En la plaza Massena tuvieron que detenerse á causa de un autovelocidad y en el que Jorge reconomóvil azulado que marchaba á toda ció con alegría el gran manto gris y los lentes de cuerno blanco de Ofelia Cortés.

—Pues bien, vamos á organizar esa "polla"—declaró el marqués al joven sportman junto al portón de su casa-quinta bañada por el sol. —La fecha y las invitaciones que hay que hacer, requieren cierta

consideración..... Venga á almorzar aquí mañana, conversaremos con provecho..... Y le mostraré mis coleccioncitas.

—¿Es cierto, como dicen, que usted posee una admirable rosa de brillantes?

—Ya la verá. Merece su fama. Hasta mañana.

* * *

—¡Ofelia! ¡La amo tanto!

—¿Tanto?..... ¿Como cuánto? Cuente un poco.

De un salto, la trigueña criollita se sentó sobre la alta balaustrada que terminaba el terrado de la casa-quinta y cruzó sus piernas envueltas en brillante seda gris.

Un olivo tupido y retorcido preservaba á ese rincón del calor del mediodía, en aquel parque casi tropical con sus cactus, sus monstruosos áloes que parecían pulpos, y sus cuadros de césped que se desangraban en invasoras rosas. A lo lejos, los cabos violados se extendían sobre el mar brillante.

—¿Por qué esas burlas, Ofelia?..... ¡Y pensar que hay momentos en que parece que usted me quiere!.....

La niña se rió con una risa como un gorjeo, que arrullaba.

—¿Quién es usted hoy? ¿el poeta que me rima cosas amables, ó el sportman á quien me gusta ver triunfante?—preguntó.

—Ofelia, ¿qué debo ser?

Con la voz cambiada, un poco ronca, la criolla respondió:

—El sportman..... ¿Cómo se llama el anciano con quien se paseaba usted esta mañana?

—El marqués de Palmieri, de la alta nobleza italiana. ¿No sigue usted, entonces, el movimiento social de Niza?

—¿Y ha viajado mucho?

—Así parece.

—¿No posee ese señor magníficas joyas, especialmente..... según dicen..... una rosa de brillantes?

—Una maravilla, aseguran. Me ha prometido mostrármela. Mañana almuerzo con él.

—¡Ah!..... Diga, Jorge, ¿me ama usted?

—¡Sí, la amo!.....

—¿Y puedo pedir al sportman una pequeña prueba de ese amor tan grande?

—¡Cien, no una!

—Una sola. Deseo que robe usted para mí esa rosa de brillantes.

El joven se sonrió, creyendo en una broma.

—Me lo traerá pasado mañana, ¿no es cierto? A las once, hora del tennis.

El rostro afeminado de Jorge, se sobresaltó.

—Pero..... ¿es cierto eso?..... ¿Quiere usted que.....?

—¿Tan mal me he explicado entonces?..... ¿O tiene usted miedo?

—No; pero.....

—Como decía usted que nada lo asustaría con tal que consiguiera mi mano..... Al principio, mi tío no quería ni siquiera recibir á usted y yo me arreglé para que nos viésemos, á pesar de todo.... Luego le cayó á usted una herencia. Con todo, mi tío y mi tía no lo consideran á usted bastante rico, ni bastante noble. Pero si yo los meneara un poco, consentirían inmediatamente. ¿Oye usted? inmedia-

damente. Puen bien; tráigame esa rosa pasado mañana por la mañana y comerá usted aquí en calidad de novio, esta semana..... Se lo juro.

—¡Pero qué idea!..... ¡Substraer esa alhaja!..... Vamos á ver, Ofelia..... ¡Eso es imposible!..... En primer lugar mi tentativa no saldría bien.

—¿Fracasar un sportman como usted? ¡Vaya, vaya!..... Por supuesto, restituiremos anónimamente la joya veinticuatro horas después.

—De esa intención no se sabrá nada si me sorprenden, y me condenarán por robo..... Por robo ¿entiende usted?

La niña se apretó contra Jorge, lo envolvió en sus ademanes, y, con los ojos en sus ojos, murmuró:

—¡Piense en mí solamente, entonces!

Y agregó, rozando con sus labios los del joven:

—Lo amo, Jorge..... ¡Lo amo!

—Si me sorprenden, quedaré deshonrado.....

—No se hable más de la cosa, señor—dijo la criolla fríamente.—Algún otro se atreverá.

Jorge se irguió frunciendo las cejas.

—Yo no vacilo de ningún susto..... Queda convenido.

E inmediatamente, sin agregar nada, furioso, entró en la casa-quinta, se despidió de los tíos de la criollita y se marchó.

Desde el terrado, ésta le dirigió su sonrisa purpurina. Y cuando Jorge hubo desaparecido en el recodo del camino, se dejó caer en un sillón de mimbre y rompió á sollozar.

Jorge Illiers se proponía no satisfacer el extravagante capricho. Esa hijita de plantadores, habría hecho de él, de buena gana, una especie de esclavo.

Pero á la noche, al retirarse, pensaba dolorosamente en Ofelia. Los tíos de la criollita, el señor y la señora Sandisoz, tenían gente á comer. Después, música y baile familiar..... ¿Con quién estaría coqueteando ella? Su belleza y su fortuna considerable, seis millones, le valían numerosos adoradores y ella tenía un modo de no desalentar á nadie que á él, el más favorecido, lo desconsolaba. Cazadores de dote profesionales, aceptarían gustosos la aventura rechazada por él. Jorge durmió mal.

* * *

—Un cigarrillo, señor Elliers.... Y voy á mostrarle mis chucherías; —dijo el señor Palmieri, ofreciendo un estuche de oro por arriba de los cristales, de las piezas de plata, del mantel reluciente y de las flores.

Luego, ceñido dentro de una casaca irreprochable, de corbata clara y con sus cabellos blancos ondulados á tenaza, procedió á Jorge, entrando en una especie de gran estudio, cuya vidriera daba al jardín.

Junto á las paredes había escaparates llenos de piedra en bruto; estaban colocadas formando escalas de colores. Jorge, muy poco entendido en eso, se extasió cortésmente.

Llegaron delante de una especie de arca empotrada en un pilar de hierro fundido.

—Aquí está la rosita de brillan-

tes de que le he hablado—dijo el señor de Palmieri, oprimiendo un resorte.

La puerta cayó. Sobre el fondo, derecha, en medio de un follaje artificial, una enorme rosa blanca resplandecía deslumbradora bajo el brillo concentrado de las lámparas eléctricas. Se habría dicho que eso era luz cuajada en forma de flor.

—¡Qué maravilla!—exclamó sinceramente Jorge deslumbrado.

—Esta agrupación única de brillantes, merece, en efecto, ese epíteto. Su origen es muy antiguo. Durante un millar de años, y más quizá, esa rosa, que tiene carácter religioso, permaneció en poder de una misma dinastía de rajás; era el santo talismán de ella. Ahora bien, al descendiente actual de esa familia ilustre, le gusta venir á divertirse en las grandes capitales de Europa. Me ha cedido, en secreto, esta rosa, mediante una suma muy considerable. Es, cierto, una verdadera fortuna que, sin embargo, no es nada en comparación con el precio que habría podido obtener dirigiéndose á negocientes. Pero esa venta constituía una especie de sacrilegio, y debía quedar rigurosamente ignorada para sus súbditos. Sólo podía dirigirse, pues, á un caballero discreto. Con mis amigos de confianza hago una excepción, sin embargo, y me permito mostrarles esta linda cosa.

—Pero todo el mundo sabe que usted la posee. Varias personas me han hablado de ella.

—Algunos entusiastas no han podido guardar silencio por completo, ¡Bah! Mientras eso no salga de un pequeño círculo..... Lo indispensable es que el rumor no sea oficial, y he dado mi palabra de honor al respecto. Vea; la cosa llega al punto de que, si me robaran esta rosa, yo no podría recurrir á la justicia para recobrarla.

—¡Oh! me parece que esta caja de hierro la protege bien.

—Es cierto..... Mire, la cerradura está falseada..... Los ladrones consumirían sus fuerzas en la empresa de querer forzarla; la apertura de la caja no depende de eso. No se les ocurriría oprimir este tornillo lateral al mismo tiempo que empujaban este otro.

El marqués, después de haber cerrado el cofre, ejecutó lentamente la doble presión que acababa de indicar. Haciendo oír una vibración metálica, la puerta cayó otra vez.

Jorge contemplaba la flor ofuscadora, que podría valerle la posesión de Ofelia. Porque como lo había comprobado muchas veces, la criollita cumplía toda promesa suya, con una puntualidad inquebrantable.

El marqués seguía comentando en el tono satisfecho de coleccionista.

—Como usted ve, la espiga y el engarce de los pétalos son de oro. Y están muy gastados; he hecho colocar la rosa sobre una almohadilla de terciopelo, y tengo que pedir siempre que no la toquen..... ¡Oh! ¡buen golpe darían los ladrones! Una vez arrancados los pétalos, no serían sino simples brillantes negociables sin mayor riesgo en Amsterdam ó en Londres. Pero esta caja de hierro es absolutamente segura..... He hecho abrir aquí un balcón, en el que á menudo vengo á

fumar un cigarro—concluyó el marqués, indicando una puerta en la vidriera.

Desde el antepecho hasta el suelo, había unos cuantos metros apenas.

* * *

Al volver de allá, Jorge se sentía lleno de cólera contra Ofelia. ¿Cómo podía haber supuesto la despótica criatura que él iba á abusar, y tan odiosamente, de la hospitalidad recibida?

En sentido contrario á su marcha, un cochecito bruñido, arrastrado por un frenético poney leonado surgió en medio de un remolino de polvo. Ofelia, en correcto traje de corte sastre, con un tricornio sobre la masa obscura y como cincelado de su cabellera, tenía altas las riendas claras y el látigo con puño de amatista. Junto á ella el aya inglesa se puso á contemplar distraídamente sus mitones negros.

—Esperaba encontrarlo—dijo la criolla al joven, y le pregunto:—¿y qué tiene que decirme?

—Ofelia, su ocurrencia es inadmisible.

—¿Es esa su última palabra?

—Vamos..... Robar á ese caballero, ¡que ha tenido confianza en mí, que.....

El látigo rasgó el aire. El poney desbocado y el cochecito desaparecieron á lo lejos, entre el polvo chispeante.

Después de una comida triste, Jorge se fué maquinalmente á la ópera. En un palco de primera estaban el señor y la señora Sandisoz, su sobrina y el rico, noble y guapo Mauricio de Rouilly-Madiade, el que más celos inspiraba á Jorge entre todos los cortejantes de su adorada.

El joven busto de Ofelia surgía desnudo de una bata obscura, que lo modelaba, lo continuaba, debajo del saliente pecho. Detrás, la cabeza barbuda de Rouilly-Madiade se adelantaba, con el brillo del monóculo y el sarcasemo de la sonrisa. Varias veces, Ofelia se volvió hacia el vizconde y le habló largamente, dando la espalda á la sala.

Jorge jadeó, sintió las palpitaciones penosas de su corazón. Las luces de la escena centuplicadas, oscilaban ante sus ojos. El dolor de los celos se introducía en él atroz.

En el entreacto, Ofelia lo vió, sonrió cortésmente y siguió conversando.

Furioso el joven, salió del teatro. Afuera el teatro estaba tibio.

De modo que se había perdido para él la única mujer querida de su adolescencia.

Distinta de él por su educación y por su raza, Ofelia no comprendía que se negara él á ser lo que ella consideraba, sin duda, como un acto de valor sencillamente.....

Notó que sus pasos lo llevaban hacia la casa-quinta de Palmieri. ¡Oh, sin ninguna intención de ceder ante el extravagante ultimátum! No; muy maquinal y tristemente, fué como subió Jorge la cuesta de Carabici, cabizbajo.....

Estaba delante de la casa-quinta, brillante bajo la luna y rodeada por su parque negro. Una bruma blancuzca se espesaba sobre Niza, se arrastraba por los huecos y las colinas boscosas.

Jorge empujó el portón, que no rechinó, y tomó por una alameda circular.

Pensó que ya el cielo arrullaba el sueño cierto de la gran mansión; podía volver á ver tranquilamente su exterior.....

En breve estuvo delante de la vidriera reluciente del gabinete de colecciones.

Muy cerca de allí, contra un árbol, se alzaba una escalera de jardinero.

Dos minutos de energía, y Ofelia sería suya..... La más grande felicidad no depende más que de un ademán fácil..... El secreto de la caja de hierro lo conoce..... ¡qué lastima que!..... Y, como la rosa sería devuelta al día siguiente, no habría ningún delito en..... ¡Oh, qué tentación!..... El marqués está solo con un viejo criado. Los dos duermen lejos del gabinete....

—En caso de alarma, oiría pasos y se escabulliría sin dificultad.... Y, por otra parte, si la puerta vidriera que daba sobre el balcón no estaba cerrada, el peligro sería insignificante.

Fué á tomar la escalera, la levantó y se asustó de pronto, al ver la siniestra curva de su sombra contra la pared..... No tenía miedo, sin embargo..... Apenas si su mandíbula inferior temblaba un poco. Una vez en el balcón, hizo girar poco á poco la manija..... Muda, la puerta cedió.....

No volvería á bajar ya..... ¡Al diablo!..... ¡A la obra!..... Si lo sorprendían, saldría del paso y explicaría las cosas..... Además á causa del rajá vengativo, el marqués no podría quejarse á la justicia.....

Aventuró un pie sobre el piso; el débil crujido de la madera pareció formidable. Se quedó un momento sin atreverse á respirar, pronto para la fuga. Otro paso fué más fácil.

Puso un pie delante del otro, con infinitas precauciones. Después de cada paso, tanteaba en la obscuridad, delante de él.....

De pronto, sus manos tropezaron con la dura pared fría del cofre metálico.

Buscaron los dos tornillos, cuyo manejo le recordaba su memoria con toda precisión.

La puerta cayó. Sus dedos registraron.....

En medio de un relámpago violáceo, el gabinete surgió entero á sus ojos por un segundo. Después volvió la tranquilidad de la sombra; pero el acre hedor del magnesio se cernía en el ambiente.

Se oye un roce.

Entonces Jorge se precipitó hacia la puerta del balcón: pero chocó contra una especie de cortina de hierro, que, como se lo reveló el tanteo frenético de sus manos, cerraba entonces toda la vidriera.

El gabinete fué iluminándose por zonas sucesivas.

A pocos paso, el marqués apuntaba con un gran revólver.

Al reconocer al intruso, su grito fué de sorpresa y de pena.

—¡Señor Jorge Illiers!..... ¡Usted!.....

—Señor, voy á explicarle.....

—Lo sorprendo aquí, tratando de robarme, y habla usted de explicaciones.....

Jorge jadeaba, azorado, con la lengua estropajosa; nubes de chis-

pas blancas reventaban dentro de sus ojos.

—Señor, le juro que no se trataba de robo, que mañana se le habría devuelto la alhaja.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre?.....

—Le juro por mi honor que.....

—¡Silencio!..... Le prohibo que hable de honor—interrumpió rudamente el anciano caballero.—En cuanto empujó usted el portón, una campanilla eléctrica nos despertó á mí y á mi criado, y cuando adelantó usted la mano para tomar la rosa, soltó usted, eléctricamente también, el escape del obturador de un aparato fotográfico disimulado allá en la pared, y encendió una carga de magnesio..... Ingeniosa idea ¿no es cierto?..... Todas las noches, con dar vuelta á una llave, simplemente, se arma todo eso..... Y ahora poseo positivamente, un negativo que presenta al señor Jorge Illiers ocupado en robarme. Mi criado está desarrollando la placa en estos momentos. Con una prueba semejante, los tribunales lo condenarían á usted sin vacilar, sin que la rosa del rajá, invisible en la fotografía, entre en juego.

—¡Los tribunales!..... ¿Condenarme?..... Usted no va.....—balbució Jorge.

—¿Que no voy á hacer arrestar á ese ladrón?..... ¡Vaya, vaya!.... Está usted aquí en una verdadera cárcel, desde que se bajaron esas cortinas de hierro..... Un ademán ofensivo y lo mato..... Cuando amanezca, se entederá usted con la policía.

—¡Por favor!

—El negativo debe estar ya listo..... ¡Benito! ponga la cadena á la puerta, y desde fuera haga ver á este ladrón..... sí, á este ladrón, qué parecido está..... Vaya á ver, señor.....

Se entreabrió la puerta unos cuantos centímetros. El viejo criado presentó por la abertura, á las miradas enloquecidas de Jorge, un negativo chorreando agua. El joven sportman se vió en él, en la actitud vergonzosa.

—Vuelvo á jurarle, señor, que no se trata de un robo.....

—¡Silencio! ¡Se explicará usted con el juez de instrucción!—dijo el viejo, con el rostro violado de furor.

Y apuntando siempre á Jorge con su revólver, retrocedió hacia la puerta.

El pobre mozo se echó á sollozar. Todo se nublaba ante sus ojos y su cerebro. ¡Tomado infraganti! ¡Arrestado! ¡En la imposibilidad de decir la verdad! ¡La deshonra!

Perdió toda sangre fría y toda presencia de ánimo. Se arrastró ante la figura despreciativa del marqués de cabellos blancos. Protestó cien veces, con juramentos enloquecidos, su inocencia. Se ponía ronco.....

Luego, cuando no pudo hablar más, no fué sino un muchacho tendido de bruces, que lloraba é hipaba. Tanto hizo, que el señor de Palmieri acabó por conmoverse.

—Su arrepentimiento parece sincero y me impresiona, señor. No quiero que su locura comprometa definitivamente toda su existencia. Pero tampoco admitiré que quede impune. Ha dicho usted que posee, gracias á una herencia reciente,

quinientos ó seiscientos mil francos. Pues bien: mi ciudad natal, Messina, acaba de ser devastada por un terremoto; la gente se está muriendo allí de hambre y de miseria. Lo condeno á una multa de medio millón de francos en favor de los desgraciados que hay allá.

—¡Quinientos mil francos!..... Pero tengo que casarme dentro de poco..... Los padres no querrán ya..... y mi vida quedará quebrantada.....

—¡Silencio!..... Le quedará lo bastante para empezar de nuevo honradamente esa vida.

—¡Ah!..... Todo, pero que acabe esta tortura.

—Convenido, señor.

El marqués indicó en un rincón un escritorio, sobre el que Jorge, horrible de dolor y de vergüenza, escribió al dictado:

"Declaro haberme introducido la noche del 19 de Marzo, en la casa del señor Marqués de Palmieri, para robarlo, y haber sido tomado infraganti, como lo atestigua una fotografía, que declaro exacta.—Jorge Illiers."

—¿Están en París sus títulos? Tres días le bastarán para ir á retirarlos. Lo esperaré, pues, el sábado á las dos de la tarde en el Círculo Messena, en el salón de la correspondencia, que á esa hora está desierto. En cambio de la suma convenida, que yo me encargaré de hacer llegar á su destino, entregaré á usted este papel y el negativo. Puede marcharse ahora.

Afuera, el aire frío de la madrugada, mordió los ojos ardientes de Jorge, que se tambaleaba.....

Antes de tomar el expreso de la mañana, el joven expuso á Ofelia, en una larga carta, todos los horribles incidentes de la noche. No le reprochaba nada, pero le suplicaba frenéticamente, que le conservara su fe; y mandó la carta á su destino, por medio de un comisionista.

En la estación, cuando iba á subir al coche, vió al aya inglesa, que tenía en la mano la respuesta de Ofelia:

"Querido Jorge: Cumpla, al pie de la letra, la promesa que ha hecho acertadamente al marqués de Palmieri. Suya,—Ofelia."

Esta carta no impidió que el viaje, la visita al banquero—viejo amigo de familia que, á una historia de deuda de juego, respondió con un sermón interminable,—y el regreso apresurado en un tren nocturno, fuese desesperadamente lúgubre. Es cierto que Ofelia no dejaría inmediatamente á su novio, empobrecido á causa de ella, pero el señor y la señora Sandisoz, hostiles ya á la unión, sabrían irla alejando de él poco á poco.

* * *

No había un alma en el círculo. Reinaba allí el silencio y la austeridad de una iglesia, y olores viejos de fumadero. El marqués de Palmieri se levantó de una mesa, de casaca clara y guantes blancos, con una rosa en el ojal. Jorge puso sobre la mesa el paquete. Desató el hilo obscuro que lo aseguraba y aparecieron fajos de títulos.

—Ahí está la lista..... Sírvase verificar.....—dijo tendiendo un papel al marqués.

Este se ajustó sobre la nariz, contra sus ojillos vivos, unos len-

tes de carey, y sin prisa, pausadamente, con la minuciosidad de un cajero de banco, examinó los fajos. Dos veces tomó el diario, para verificar las cotizaciones.

Al fin, volvió á hacer el paquete y á atarlo. Y sacó del bolsillo el negativo y la carta.

—Aquí tiene el señor lo que prometí devolverle..... ¿Eh? ¿Qué es eso?

Dos individuos salidos repentinamente de detrás de una cortina, acababan de asir con violencia al marqués por los brazos. El jaquet entreabierto de uno de ellos, dejaba ver la banda de comisario de policía.

Y entraba en esos momentos el señor Sandisoz y Ofelia.....

—¡Pescado, amiguito!—dijo en tono burlón el comisario.—¡Lindo caso de extorsión! ¡Ah, pasmosa la estratagema!..... Como anzuelo, la rosa de brillantes, que se puede robar y negociar sin peligro..... Pero esa hazaña ha seducido ya en otras partes, y, probablemente, en Niza también, á varios hijos de familia. ¡La tentación!..... Con esa alhaja tan fácil de tomar, se espera salir de una situación que no se quiere confesar á los padres, y restituir en seguida la prenda. O, si no, un muchacho honrado hasta entonces, deslumbrado de pronto, se decide á cometer un robo. Siempre se elige bien á la víctima. ¡Ah, la trampa es terrible! No escapa uno de ella sino mediante una fuerte suma ó gracias al suicidio. Ese fué el caso, gran bandido, del hermano de la señorita, que se suicidó en Cuba..... ¿No?..... ¡Vamos! Para arreglar una deuda de juego un poco gorda, penetró él una noche en casa de usted. Después, no pudo encontrar el precio del rescate y se mató.... Usted desapareció entonces; hace ya años de eso. La señorita lo ha reconocido, sin embargo, hace unos días, y decidió al señor Illiers á que se dejara cazar en la trampa.

Ofelia, que desahogaba su odio apretando el respaldo de una silla hasta romperse los dedos, se abalanzó de improviso sobre el arrestado, le escupió el rostro y, ebria de furor, se puso á gritarle todos los insultos que conocía en francés, primero, y después en español..... El tío hacía esfuerzos inútiles para apartarla.

Sonó una detonación. El marqués, soltando el mismo revólver con que tres noches antes había amenazado á Jorge, cayó pesadamente.

Ofelia soltó una terrible carcajada, y exclamó:

—¡Como mi hermano!

Y lanzó contra el cadáver, un tintero, una fosforera, una silla. Iba á perder el sentido, y Jorge se la llevó afuera.

La joven pareció despertarse. Se pasó la mano por la frente, como el que busca algo en la memoria, reconoció á Jorge y lo atrajo hacia ella.

Como los de la policía, que estaban extendiendo entonces el sumario, podían ver ese cuadro, el señor Sandisoz se limitó á decir, con violento acento español:

—¡Desde el momento que son ya novios!

J. JOSEPH RENAUD.